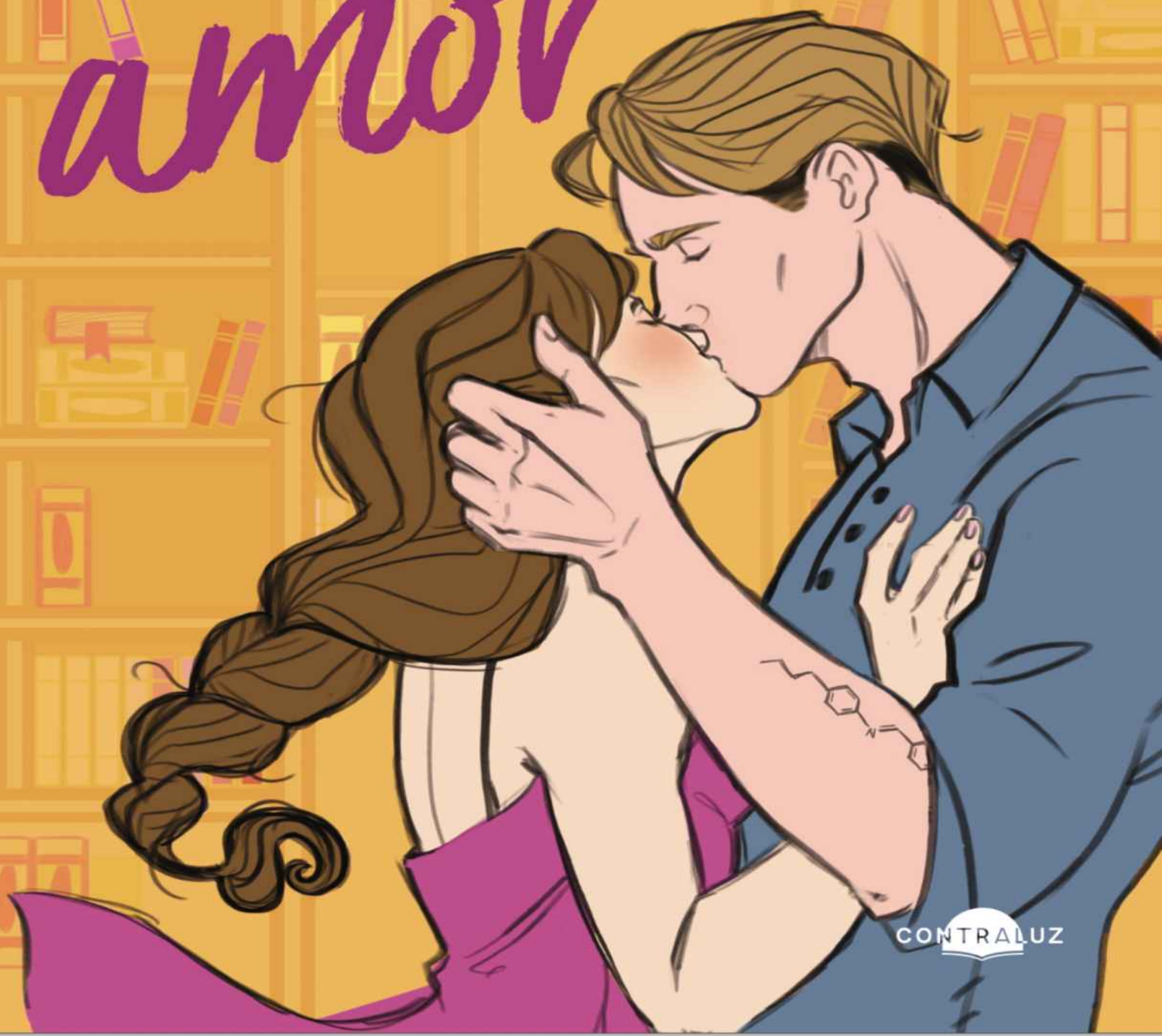


ALI HAZELWOOD

La teoría del amor



CONTRALUZ

ALI
HAZELWOOD

La teoría
del amor

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez



OceanofPDF.com

A todas mis lectoras, desde los días de AO3 hasta hoy.
El cameo de Adam y Olive es para vosotras. ♥

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)



PRÓLOGO

A lo largo de mi vida he sentido arrepentimiento, vergüenza y tal vez incluso una pizca de angustia. Pero nada, absolutamente nada, me había preparado para la ignominia de encontrarme en el cubículo de un baño apretujada contra el arrogante hermano mayor del chico con el que llevo seis meses fingiendo tener una relación.

Esto ha sido tocar fondo a un nivel digno de reconocimiento. Sobre todo si tengo en cuenta que, además, Jack Smith me está salvando el pellejo. Cuando me coge por la cintura para moverme por el estrecho espacio con una fuerza que desafía la gravedad, no sé qué es peor: si el hecho de que sus manos sean lo único que impide que me pliegue sobre mí misma como un coletero o la mortificante gratitud que siento hacia él.

—Cálmate, Elsie —me dice contra la piel de la mejilla con un tono seco (algo habitual en él) pero, en cierta manera, tranquilizador. Está cerca. Demasiado cerca. Y yo también estoy cerca. Demasiado cerca. ¿O no lo suficiente? Ay, ese dulce abandono que se siente cuando una está a punto de morir—. Y estate quieta.

—Ya estoy quieta, Jack —digo sin poder estarme quieta.

Pero, al cabo de un segundo, me rindo. Cierro los ojos. Me relajo sobre su pecho. Siento cómo el aroma que desprende me invade las fosas nasales y evita que pierda la cordura. Y me pregunto, de las millones de decisiones

absurdas que he tomado a lo largo de la vida, cuál ha sido la que me ha llevado a este momento.

OceanofPDF.com



1

ONDAS Y PARTÍCULAS

Veinticuatro horas antes

Durante toda la secundaria, en Halloween iba disfrazada de la dualidad de la luz.

Me hice el disfraz con un rotulador. Recuperé una camiseta interior blanca que papá había tirado a la basura y pinté un montón de círculos y líneas en zigzag por encima. El resultado fue tan pobre que ni siquiera el profesor de Física consiguió adivinar de qué se trataba. Pero no me importaba. Caminaba por los pasillos escuchando la voz de Bill Nye en mi cabeza; qué gracia tenía para explicar que la luz, dependiendo de cómo uno quisiera verlo, podía ser dos cosas diferentes a la vez: una partícula y una onda.

Me pareció una idea fantástica. Y me pregunté si existía la posibilidad de que yo también tuviera dos... no, una multitud de Elsie dentro de mí. Cada una de ellas hecha a mano, a medida, cuidadosamente seleccionada y pensada para ser una persona diferente. De ser así, podría ofrecerle a cada persona el yo que quisiera, que necesitara, que anhelara, y, a cambio, la gente se preocuparía por mí.

Fácil y rápido como un aminoácido.

Es curioso que mi trayectoria como física y mi trayectoria como persona dedicada a complacer a la gente empezaran al mismo tiempo. Podría trazar una línea recta desde el primer concepto de mecánica cuántica que aprendí hasta mi trabajo actual. Bueno, en realidad, hasta mis *dos* trabajos actuales. El diurno, en el que cobro prácticamente nada por elaborar teorías de Física que explican por qué las moléculas pequeñas se agrupan como si fueran un grupito de chicas malas en el recreo. Y el otro, en el que... Bueno. En el que finjo ser quien no soy, pero al menos me pagan bien.

—El tío Paul va a intentar convencernos de hacer un trío. Otra vez —me dice Greg, con esos ojos marrones cargados de disculpas.

No titubeo. No muestro signos de enfado. No me estremezco de asco al pensar en el apestoso aliento del tío Paul o en su pelo grasiento, que me recuerda al vello púbico.

Vale, puede que un poco sí me estremezca. Pero lo disimulo con una sonrisa y un tono profesional al decir:

—Comprendo.

—Ah, y otra cosa —continúa, pasándose una mano por el pelo rizado—: papá ha desarrollado una grave intolerancia a la lactosa, pero se niega a dejar los lácteos. Puede que ocurran...

—¿Ciertos fenómenos gastrointestinales? —Lógico. A mí también me costaría dejar el queso.

—Y a mi prima Izzy se la conoce por recurrir a la violencia física cuando la gente no está de acuerdo con ella sobre el valor literario de la saga *Crepúsculo*.

Doy un respingo.

—¿Está a favor o en contra?

—En contra —responde sombríamente.

Me encanta *Crepúsculo*, incluso más que el queso, pero voy a tener que guardarme la TED Talk sobre por qué Alice y Bella deberían haber dejado plantados a todos esos imbéciles y haber dado comienzo a una nueva vida juntas.

100pre equipo Bellice.

—Entiendo.

—Lo siento, Elsie. La abuela cumple noventa años. Viene toda la familia. —Suspira y su aliento forma una nube blanca en contraste con el aire nocturno de este gélido enero en Boston—. Mamá estará subiéndose por las paredes.

—No te preocupes.

Llamo al timbre de la casa de la abuela de Greg y esbozo mi mejor sonrisa. Me ha contratado para ser su novia falsa, y tendrá a la Elsie que quiere que sea: la que le brinda apoyo y, a su vez, es ligeramente mandona. Una dominatrix a la que no le gusta blandir el látigo, pero que es capaz de hacerlo si es necesario.

—¿Recuerdas nuestro plan de huida? —le pregunto.

—Pellizcarte el codo dos veces.

—Diré que me siento mal y nos escabulliremos. Y cuando nos propongan lo del trío, insinúa de forma muy evidente que tengo gonorrea.

—Eso no disuadiría al tío Paul.

—¿Verrugas genitales?

—Mmm... ¿puede? —Se masajea la sien—. Lo único bueno es que viene mi hermano.

Me tenso.

—¿Jack?

—Sí.

Qué pregunta más tonta. Greg solo tiene un hermano.

—¿No me dijiste que no venía?

—Le han cancelado la cena de trabajo.

Refunfuño para mis adentros.

—¿Qué?

Mierda, he refunfuñado en voz alta.

—Nada. —Sonrío y le aprieto el brazo por encima del abrigo. Greg Smith es mi cliente favorito, y voy a ayudarlo a salir airoso de esta noche—. Yo me encargo de tu familia, ¿vale? Al fin y al cabo, para eso me pagas.

Y es que así es. Y doy gracias todos los días por no haber tenido que recordárselo nunca. Muchos de mis clientes cuestionan de una forma más o menos evidente qué otros servicios ofrezco, a pesar de que las condiciones de servicio en la aplicación Faux son bastante claras. Carraspean, se

acarician la barbilla y preguntan: «¿Qué incluye exactamente esta... tarifa de novia falsa?». A menudo siento la tentación de poner los ojos en blanco y darles un rodillazo en los huevos, pero intento no tomármelo a malas, sonreír con amabilidad y decir: «Sexo no».

También, para adelantarme a las dudas que suelen venir a continuación, digo que nada de besos ni frotamientos, no me desnudo ni digo guarradas, no hago juegos anales, mamadas, pajas ni cubanas. No dejo que me orinen encima ni que me acaricien los pies y no propicio ni permito eyaculaciones cerca de mi persona.

No es que crea que sea nada malo: el trabajo sexual es un trabajo legítimo, y las personas que se dedican a ello merecen tanto respeto como una bailarina, un bombero o un gestor de fondos de inversión. Pero hace diez meses, cuando me saqué el doctorado en Física Teórica en la Northeastern, di por hecho que a estas alturas tendría un puesto académico con una remuneración digna. No imaginaba que, a los veintisiete años, para poder pagar mis facturas tendría que ayudar a hombres adultos a fingir que tienen una vida amorosa activa. Y, sin embargo, aquí estoy, haciendo de novia falsa para pagar mi préstamo estudiantil.

No es por aguarle la fiesta a nadie, pero empiezo a sospechar que, en la vida, las cosas no siempre salen como uno quiere. Se da una inevitable pérdida de fe: hay un número limitado de veces en las que una puede ser contratada para proyectar la idea de que su cliente es un ser humano encantador, que es capaz de encajar y tiene la suficiente disponibilidad emocional como para mantener una relación a medio plazo con una adulta también funcional, todo ello con el fin de... Bueno, los motivos varían. Nunca le he preguntado a Greg por qué Caroline Smith está tan obsesionada con la idea de que su hijo de treinta años tenga pareja. Si me baso en fragmentos de conversaciones que he escuchado dentro del Universo Cinematográfico Smith, sospecho que tiene algo que ver con el enorme patrimonio que entrará en juego una vez que la matriarca muera, y con la creencia de que, si él proporcionara el primer bisnieto, tendría más posibilidades de heredar... una manguera con diamantes incrustados o algo así, supongo.

Ay, los ricos. Son igualitos que nosotros.

Pero hasta la madre de Greg, por entrometida que sea, es mucho mejor que su hermano, que me resulta molesto por un montón de razones que no merece la pena enumerar. Francamente, es un alivio que mi objetivo sea la madre. Significa que, cuando la puerta principal de la mansión Smith se abre, puedo centrar toda mi atención en ella: la mujer reprimida y con un corazón de PVC que se las arregla para darnos dos besos sin llegar a tocarnos, jugar con el pelo de Greg y ponernos dos copas de vino en la mano, todo a la vez.

—¿Cómo va la cosa en el sector financiero, Gregory? —le pregunta Caroline a su hijo, que se bebe la mitad de la copa de un trago. Sospecho que porque ya le he oído explicar en otras ocasiones que, de hecho, no trabaja en el sector financiero. Lo he presenciado al menos cuatro veces—. ¿Y tú, Elsie? —añade sin esperar respuesta—. ¿Cómo van las cosas en la biblioteca?

De acuerdo con las directrices de Faux, a mis clientes no les cuento nada sobre mí: ni mi nombre completo, ni a lo que me dedico normalmente, ni mi verdadera opinión sobre el cilantro (muy rico, si eres de esos a quienes les gusta comer jabón). Y eso, en pocas palabras, es en lo que consiste ser una novia falsa. Al principio no me terminaba de creer que la gente fuera a pagar por esto en la era de Tinder y Pornhub; menos aún que me fueran a pagar a mí, la anodina Elsie Hannaway, del montón en todo. De altura del montón. Con pelo y ojos castaños del montón. Nariz, culo, pies, piernas y pechos del montón... Guapa, sí, bueno, pero de una forma anodina, del montón. Sin embargo, mi vulgar delmontonismo es como una página en blanco a la espera de que alguien escriba algo en ella. Un lienzo sin estrenar sobre el que pintar. Un espejo que refleja solo lo que los demás quieren proyectar. Un trozo de tela que puede hacerse a medida de... En fin, creo que pilláis la metáfora.

La Elsie que Caroline Smith quiere es alguien capaz de encajar con la gente que utiliza el verbo *vacacionar*, no lo bastante llamativa como para atraer a alguien que sea mejor partido que Greg y con suficiente instinto cariñoso como para cuidar del hijo al que puede que quiera, pero al que no se molesta en conocer. Bibliotecaria de la sección infantil me pareció una

profesión falsa perfecta. Ha sido divertido navegar por los foros de internet en busca de anécdotas graciosas.

—Hoy he encontrado tres galletitas saladas con forma de pez dentro de nuestro mejor ejemplar de *Matilda* —cuento con una sonrisa. *Al menos eso fue lo que le pasó al usuario de Reddit mencantanloslibros.*

—Qué gracia —dice Caroline sin reír, sonreír ni mostrar ningún indicio de que realmente le haga gracia. Luego se inclina para acercarse y me susurra como si su hijo, que está a un palmo de distancia, no pudiera oírnos—. Estamos muy contentos de que estés aquí, Elsie. —Creo que ese plural incluye al padre de Greg, que permanece en silencio junto a ella mientras se mete tres trozos de queso Colby Jack en la boca con una sonrisa vacía, propia de alguien que lleva desentendiéndose de las cosas desde 1999—. Estábamos muy preocupados por Gregory. Pero ahora está contigo y nunca lo habíamos visto tan feliz. —¿Sí? ¿Segura?—. Gregory, asegúrate de pasar mucho tiempo con tu abuela esta noche. Izzy va a ir tomando fotos con su Polaroid para dárselas al final de la noche. Más te vale salir en todas.

—Me aseguraré de que así sea, señora Smith —le prometo, entrelazando mi brazo con el de Greg.

Rompo mi promesa quince segundos después, al final del ostentoso pasillo. Él se acaba lo que queda de vino en su copa, me roba dos grandes tragos de la mía y susurra:

—Nos vemos en diez minutos. —Y acto seguido se encierra en el cuarto de baño.

Me río y lo dejo a lo suyo. Siento la necesidad de protegerlo, la suficiente como para romper el protocolo estándar de Faux y aceptar repetir citas, la justa como para querer defenderlo de atacadores, piratas y familiares. Tal vez sea porque la primera frase que me dijo fue: «Mi madre no deja de preguntarme por qué no salgo con nadie». Entonces, titubeante y exhausto, me explicó por qué eso no iba a ocurrir. Esa explicación me tocó de cerca. Quizá sea porque siempre tiene un aspecto similar a cómo me siento yo: cansada y agobiada. En otra línea temporal seríamos mejores amigos y estaríamos unidos gracias a las inevitables úlceras por estrés que pronto harán estragos en el revestimiento de nuestros estómagos.

Encuentro la cocina vacía, me acerco al fregadero y observo cómo el líquido rojo se arremolina en el desagüe mientras vierto lo que queda de mi copa. Qué desperdicio. Debería haberlo rechazado sin más, pero eso habría dado lugar a preguntas, y no quiero explicar que el alcohol es un peligroso terrorista glucémico y que mi pobre páncreas no negocia con...

—¿No ha sido de su agrado?

Doy un respingo y suelto un chillido. Casi se me cae el vaso, que probablemente cuesta más que mi matrícula para el doctorado.

Creía que estaba sola. ¿No estaba sola? Sí que estaba sola. Pero ahora el hermano mayor de Greg está en la cocina, apoyado en la encimera de mármol, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos multicolores me miran con esa expresión inescrutable suya, tan habitual. Yo estoy entre él y la única puerta que tiene la estancia. O lo he pasado por alto o este hombre acaba de doblar el continuo espacio-tiempo.

Eso o lo he confundido con el frigorífico. Al fin y al cabo, son de tamaño similar.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy... Sí. Sí, lo siento. Es que... —Fuerzo una sonrisa—. Hola, Jack.

—Hola, Elsie. —Dice mi nombre como si fuera algo que hace a menudo. Como si fuera la primera palabra que aprendió, algo que le sale natural, y no solo un montón de vocales y consonantes que apenas ha tenido motivos para usar antes.

No sonrío, por supuesto. Bueno, sonreír sonrío, pero nunca a mí. Siempre que estamos en la misma habitación, lo siento como una presencia imponente, celestial y sombría, cuyo principal pasatiempo parece ser considerarme indigna de Greg.

—¿No te ha gustado el vino?

—No es eso. —Parpadeo, nerviosa.

Tiene un tatuaje en el antebrazo que asoma por debajo de la manga remangada de la camisa. Porque, cómo no, lleva vaqueros y una camisa de cuadros a pesar de que en la invitación se especificaba que la indumentaria debía ser semiformal.

Pero es Jack Smith. Puede hacer lo que quiera. Probablemente tenga un permiso escrito en sus ridículos bíceps y un sello estampado en ese fragmento azul que tiene en el ojo derecho y que destaca sobre el resto del iris marrón.

—El vino estaba muy bueno —digo reponiéndome—, pero tenía una mosca en la copa.

—¿Ah, sí?

No me cree. No sé por qué lo sé, pero lo sé. Y él sabe que lo sé. Puedo verlo, no, puedo *sentirlo*. Noto un cosquilleo en la base de la columna, líquido, centelleante y cálido. *Cuidado, Elsie*, me dice. *Hará que te arresten por cometer un delito de lesa uvacidad. Pasarás el resto de tu vida en una prisión federal. Te visitará una vez a la semana para mirarte a través del plexiglás y hacerte sentir incómoda.*

—Izzy debe de estar buscándote —digo, esperando librarme de él—. Está arriba.

—Lo sé —responde, pero veo que no tiene intención de subir. Se limita a estudiarme atentamente, sin prisa, como si supiera algún secreto sobre mí. Que me paso el hilo dental, como mucho, una vez a la semana. Que no sé lo que es el Dow Jones, ni siquiera después de haberme leído la entrada de Wikipedia. Esas u otras cosas más turbias y aterradoras.

—¿Ha venido tu novia? —pregunto para llenar el silencio.

Una vez trajo a alguien a una comida familiar. Una geóloga. La mujer más guapa que he visto nunca. Además de simpática, divertida... Ojalá pudiera decir que no pegaban en nada.

—No.

Silencio, otra vez. Más miradas. Sonrío para ocultar que estoy apretando los dientes con fuerza.

—Hacía mucho que no te veía.

—Desde el Día del Trabajo.

—Ah, cierto. Se me había olvidado.

No se me había olvidado. Aparte de hoy, he visto a Jack dos veces, o sea, hemos coincidido en dos ocasiones, primero una y luego otra, y ambas se resisten a abandonar mi mente. Son como trozos de espinaca de los que se te quedan entre las muelas.

La primera fue en la cena de cumpleaños de Greg. Nos dimos un buen apretón de manos mientras él asentía con la cabeza. Se pasó la noche mirándome fijamente y oí cómo le preguntaba a Greg: «¿Dónde la conociste?», «¿cuánto tiempo hace de eso?» y «¿vais en serio?» con un tono inquisitivo y fingiendo desinterés, lo cual me produjo un extraño escalofrío.

Así pues, Jack Smith no era mi mayor fan. Vale. Bueno. Tampoco es que me importe.

Y luego vino el segundo encuentro. Fue a finales de verano, cuando los Smith organizaron una fiesta en la piscina para celebrar el Día del Trabajo. Yo no me metí en el agua porque no hay bikini que logre esconder mi bomba de insulina.

No me avergüenzo de ser diabética. A estas alturas, tras casi dos décadas, ya he hecho las paces con mi sistema inmunitario hiperactivo, que se divierte destruyendo células necesarias. Pero la reacción de la gente al saber que debo inyectarme insulina de forma regular es impredecible. Cuando me la diagnosticaron (a los diez años, tras un ataque en clase de gimnasia que me otorgó el cruel pero poco creativo apodo de Elsie la Temblorosa), oí a mis padres hablar en voz baja desde el otro lado de la cortina divisoria que tenía al lado de la cama, en la habitación del hospital.

—Y ahora esto... —Mamá sonaba agotada.

—Ya. —Papá sonaba igual—. Debe de ser culpa nuestra. Lance está a punto de abandonar el instituto. A Lucas cualquier día de estos lo van a arrestar por pelearse con alguien en el aparcamiento del Walmart. Cómo no, la única hija que no nos trae problemas resulta que tiene algo.

—No es culpa suya.

—No.

—Pero esto nos va a salir caro.

—Sí.

No culpo a mis padres: mi hermano Lance acabó dejando los estudios (y ahora se gana la vida la mar de bien como electricista) y Lucas, efectivamente, acabó detenido (aunque detrás de un Shake Shack y por posesión de drogas que ahora son legales). Mamá y papá estaban cansados, agobiados. Y eran un poco pobres. Querían un respiro, algo fácil por una vez en la vida, y yo lamentaba de verdad no poder dárselo. Para

compensarlos, he intentado que mis problemas de salud —y cualquier otro problema derivado— sean lo más fácil de ignorar posible.

Me he dado cuenta de que le caigo mejor a la gente cuando no tienen que gastar energía emocional conmigo.

Por eso no me metí en el agua el día de la fiesta en casa de los Smith y opté por quedarme sentada sobre una toalla y comerme un trozo de tarta, procurando no dejar de sonreír. Y por eso calculé mal los carbohidratos que estaba ingiriendo y la insulina que iba a necesitar. Y por eso me fui tambaleando por el césped en dirección a la casa de vacaciones de los Smith, en Manchester-by-the-Sea, puesta de glucosa, con la visión nublada, la cabeza martilleándome, intentando recordar dónde había dejado el teléfono para poder ajustar la dosis y...

Me topé con Jack.

Literalmente.

No lo vi y me tropecé con su pecho como si fuera un agujero negro supermasivo. Que no lo era. Un agujero negro, me refiero. Bastante supermasivo, eso sí.

—¿Elsie? —*Uf*. Su voz—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, estoy... —*A punto de vomitar*.

Me puso la mano en la mejilla y me estudió la cara.

—¿Quieres que llame a Greg?

—No hace fa... —Un dolor punzante me inundó la cabeza.

—Voy a llamar a Greg.

—No. Ni se te ocurra llamar a Greg, por favor.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque... —*Porque una buena novia falsa no da quebraderos de cabeza. Solo sonríe, evita tener una opinión clara sobre el cilantro y nunca, jamás, te obliga a marcharte de una fiesta en la piscina*—. ¿Puedes...? Necesito ir al baño y... mi teléfono...

Un segundo después estaba en un cuarto de baño que parecía un spa de lujo y con el bolso en el regazo. Me encantaría decir que no sé cómo llegué hasta allí, pero hay un recuerdo que flota por mi cabeza, un recuerdo de unos brazos fuertes que me levantan, que me llevan, y yo sobre ellos, ligera

como un pájaro; de un aliento cálido en mi sien, murmurando palabras que no logro recordar.

Y, por desgracia, eso fue todo. ¿Fue Jack amable y servicial? Sí. ¿Se creyó la historia que me inventé después sobre que no quería molestar a Greg con mis migrañas? Su mirada escéptica, fría e insistente me decía que no. Tal vez sospecha que me drogo. Tal vez teme que contamine el linaje de los Smith con mis débiles genes propensos al dolor de cabeza. Estoy segurísima de que cree que su hermano puede aspirar a más.

Pero no importa. Jack no es mi objetivo. Es su madre. Lo cual es bueno, porque no tengo ni la menor idea de quién es la Elsie que Jack quiere.

Este es un hecho sin precedentes. Soy toda una profesional a la hora de captar señales, pero Jack... no me envía *ninguna*. No sé qué amplificar, qué atenuar; qué ocultar y qué fingir; qué personalidad sacrificar en su honor. Es como si intentara descifrarme sin cambiarme, y eso es imposible. La gente no es así, no conmigo.

Así que cuando me pregunta: «¿Qué tal va todo, Elsie?», con un tono demasiado inquisitivo, sonrío con la mayor neutralidad posible.

—Pues como siempre. Todo genial. —*Al menos esta vez no estoy a punto de perder el conocimiento en tus brazos*—. ¿Y tú? ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

Es una especie de profesor de Educación Física, según me dijo Greg. No es de extrañar, ya que tiene pinta de ser el típico que lleva una pegatina de algo relacionado con el CrossFit en el coche y bebe batidos de proteínas mientras lee la columna sobre levantamiento de pesas de la *Men's Health*. Los otros Smiths son morenos, ágiles e insustanciales. Y luego está este armario empotrado de pelo rubio, que mide un palmo más que su pariente más alto y que va por ahí con esa voz grave y unos rasgos extremadamente masculinos. Mi teoría: enfermera sobresaturada por la cantidad de trabajo y cambiazos en las cunas del hospital.

—¿Estás teniendo un buen semestre?

Suelta un gruñido. No he terminado de convencerlo, pero me contesta:

—De momento no he matado a ninguno de mis alumnos. De momento.

Un sentimiento sorprendentemente familiar.

—Me parece todo un logro.

—A mí no.

Mierda. Me está haciendo sonreír.

—¿Por qué quieres matarlos?

—Son unos quejicas. No leen el plan de estudios. —¿Plan de estudios para Educación Física? Lo único que nuestro profesor de gimnasia nos daba era la certeza de que, si no lográbamos subir la cuerda, nos avergonzaría en público. La educación avanza—. Mienten.

Trago saliva.

—¿Mienten sobre qué?

—Sobre muchas cosas. —Le brillan los ojos y se le crispan los labios y se le hunden los hombros dentro de la camisa y...

Solía pensar... no, solía *estar convencida* de que los chicos de pelo claro no eran atractivos. En secundaria todo el mundo iba detrás de Legolas, pero yo era más de Aragorn. En los test de BuzzFeed para saber de qué casa de *Juego de Tronos* era, nunca me tocaban los Targaryen. Odio que Jack Smith, con esa mandíbula perfecta, esos labios perfectos y esas manos perfectas, me resulte atractivo.

Tal vez sea mejor no mirarlo y ya. Sí, eso haré.

—Si me disculpas —digo con cortesía—, seguro que Greg me estará buscando.

Me doy la vuelta antes de que pueda responder y me invade la sensación de haber conseguido liberarme de una singularidad espaciotemporal.

Uf.

El salón no está muy lejos, grande pero abarrotado, bonito a pesar del exceso de cuadros navales y muebles de cuero con aspecto hostil. Paso unos minutos asegurándole a la tía de Greg que antes de elegir el *catering* para la boda lo consultaremos con ella; fingiendo no darme cuenta de que el tío Paul se relame los labios mientras me mira; charlando amistosamente con un surtido de primos sobre el tiempo, el tráfico y lo mala que es *Crepúsculo*. La cumpleañera abre los regalos junto a la chimenea y le dice a una de sus nueras:

—¿Un cupón para un baño de barro? Espléndido. Será como practicar para cuando me entierren y estéis todos peleándoos por mi dinero.

Muy propio de ella. El día que conocí a Millicent Smith, me puso las manos sobre los hombros y me dijo: «Tener hijos ha sido el mayor error de mi vida». Tenía a su hijo mayor al lado. Aún no sé si es una bruja malvada o si es que le sale ser cruel inconscientemente. En cualquier caso, es mi personaje favorito de todos los Smith.

Me alejo con una sonrisa y termino delante del tablero de Go que hay en una esquina, con las fichas abandonadas a mitad de una partida. Lleva aquí desde mi primera visita. Los cuadrados de madera y las piedrecitas de porcelana desentonan en medio de la decoración costera. Greg está charlando con su padre y me pregunto si tardaremos mucho en irnos. Tengo que corregir treinta y tres ensayos de la asignatura de Vibraciones, Ondas y Ópticas que seguramente harán que quiera tirarme por un puente. También tengo que crear una plantilla de respuestas para el examen de Fundamentos de Ciencia de los Materiales. Y, por supuesto, tengo que preparar la entrevista de trabajo. Quiero... no, *necesito* que me salga perfecta. No hay margen de error, ya que es la única forma de librarme de pasar las noches teniendo citas falsas y los días intercambiando correos electrónicos con sexxy.chad.420@hotmail.com sobre si la alergia al gluten de su chinchilla es motivo suficiente para librarse de hacer el parcial de Introducción a la Física. Tendré que ensayar un mínimo de once veces, que es el número de dimensiones que existen según la teoría M, mi versión preferida de la teoría de supercuerdas, ya que...

—¿Juegas?

Doy un respingo. Otra vez. Jack está de pie al otro lado del tablero, estudiándome con esos ojos oscuros. Tiene a toda su familia aquí, ¿por qué en vez de esta pendiente de ellos pierde el tiempo incordiando a la novia falsa de su hermano?

—¿Elsie? —Mi nombre, otra vez. Pronunciado como si el universo hubiera creado esa palabra expresamente para él—. Te preguntaba si juegas al Go. —Percibo en su tono cierto regocijo. Lo odio.

—Ah. Em... un poco. —Es un eufemismo. Este juego te retuerce la mente y es muy pero que muy intrincado, por lo que es la actividad extracurricular preferida de muchos físicos—. ¿Y tú?

Jack no responde. En su lugar, añade unas cuantas piedras blancas al tablero.

—Uy, no. —Niego con la cabeza—. Es la partida de otra persona. No podemos...

—¿Te van bien las negras?

La verdad es que no. Pero trago saliva y, vacilante, cojo las piedras y las coloco. Mi orgullo juega un bonito tira y afloja contra mis instintos de supervivencia: no quiero ocultar mis habilidades y dejarlo ganar, pero, si pierde, es posible que se transforme en un bisonte que escupe fuego e incinere un muro de carga. Y no quiero morir aplastada por esta casa, junto a Jack Smith y su tío obsesionado con los tríos.

—¿Cómo está Greg? —pregunta.

—Está allí, con tu primo —digo distraída mientras miro cómo coloca más piedras.

Me parece ridículo lo grandes que tiene las manos. Pero también son elegantes, lo que no tiene sentido. ¿Qué otra cosa tampoco tiene sentido? Que haya dos sillas, pero que ninguno de los dos se siente.

—Pero ¿cómo está?

En mi humilde experiencia, los hermanos, en el mejor de los casos, se toleran entre ellos, y, en el peor, se pegan chicles en el pelo. (En el mío. En *mi* pelo.) Jack y Greg, en cambio, están muy unidos por razones que no logro adivinar, dado que Greg es un desastre humano adorable que rebosa *Sturm und Drang*, mientras que Jack... no sé muy bien cómo se las gasta. Tiene un leve aire de malote, una pincelada de misterio, una pizca de finura. Y, a su vez, un toque de ansia, un aura de crudeza sin refinar. Por encima de todo, parece un tío guay. Demasiado guay como para ser guay, incluso. Como si en el instituto se hubiera perdido el baile de fin de curso para poder asistir a la exposición de arte que hacía un colega en el Guggenheim y aun así lo hubiesen elegido rey del baile.

Jack parece un hombre distante. Falto de interés. Seguro de sí mismo sin ni siquiera tener que esforzarse. Carismático de una forma desconcertante, opaca, inaccesible.

Pero se preocupa por Greg. Y Greg se preocupa por él. Le oí decir, con mis propios oídos, que Jack es su «mejor amigo», alguien en quien «se

puede confiar». Pensé que, en realidad, tanto tanto no debe «confiar» en su «mejor amigo» o, de lo contrario, le contaría la verdad sobre lo de la relación falsa. Pero me lo callé porque soy una novia falsa a la que le gusta dar apoyo.

—Greg está bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Cuando hablamos el otro día parecía preocupado por lo de Woodacre.

¿Por lo de qué? ¿Está hablando de algo que la novia de Greg debería saber?

—Ah, sí —miento—. Un poco.

—¿Un poco?

Me entretengo jugando con las piedras. No me está siendo tan fácil ganar como esperaba.

—Está mejor ahora. —*El tiempo todo lo cura, ¿no?*

—¿Ah, sí?

—Mucho mejor, sí —digo mientras asiento con entusiasmo.

Él también asiente, aunque con menos entusiasmo.

—¿De verdad?

La verdad es que a Jack no se le da nada mal jugar al Go. ¿Cómo es posible que no haya arrasado ya con todas sus fichas?

—De verdad.

—Pensaba que lo de Woodacre era dentro de un par de días. Me imaginé que seguiría estando alterado.

Me pongo tensa. Tal vez debería haberle pedido a Greg que me contara más sobre su vida.

—Ah, sí, cierto. Ahora que lo mencionas...

—Elsie, hazme un favor —dice mientras se acerca un pasito más hacia el tablero, irguiéndose ante mí como una torre. No es que yo sea bajita. Me niego a sentirme bajita—. ¿Podrías recordarme de qué va eso de Woodacre?

Mierda.

—Es... —Intento no perder la sonrisa—. Woodacre es Woodacre.

Jack me mira con cara de *No intentes tomarme el pelo.*

—Eso no es una respuesta, ¿no te parece?

—Es... —Me aclaro la garganta—... una cosa en la que Greg está trabajando. —¿Qué sé sobre el trabajo de Greg? Que es un científico de

datos. Nada más—. No conozco los detalles. Cosas de científicos que no entiendo. —Sonrío para quitarle importancia, como si no me pasara la vida construyendo complejos modelos matemáticos para descubrir los orígenes del universo. Me duele hasta el corazón.

—Cosas de científicos que no entiendes —repite. Me estudia como si me estuviera retirando la cáscara y esperara encontrar una fruta podrida bajo mi piel.

—Sí. La gente como tú y yo no lo entenderíamos.

Frunce el ceño.

—Gente como tú y yo.

—Sí. Me refiero... —sigo hablando mientras le sostengo la mirada y pongo otra piedra sobre el tablero— ¿acaso sabemos para qué sirven los números siquiera?

Cierro la boca de golpe. Ambos íbamos a dejar una piedra en el mismo punto. Nuestros dedos se rozan y algo eléctrico e inidentificable me recorre el brazo. Espero a que se aparte, pero no lo hace. Aunque era mi turno. ¿No era mi turno? Estoy bastante segura de que...

—Bueno, ¡no será esto un empate!

Retiro la mano. Millicent está a mi lado, observando el tablero. Sigo su mirada y casi ahogo un grito porque... tiene razón.

Acabo de *no* darle una paliza al puto Jack Smith en el Go.

—Hacía mucho tiempo que Jack no perdía o empataba una partida —dice Millicent con una sonrisa de satisfacción.

Hacía mucho tiempo que yo no perdía o empataba una partida. ¿Qué coño ha pasado aquí? Miro a Jack, que sigue mirándome con el ceño fruncido, juzgándome en silencio. Mi cerebro se congela. Me entra el pánico y suelto lo primero que se me ocurre.

—Hay más jugadas posibles en el Go que átomos en el universo conocido.

Alguien suelta un resoplido.

—Me sé de uno que lleva diciéndome eso desde que iba en pañales. —Millicent mira con perspicacia a Jack, que sigue mirándome. Aún. A mí—. Elsie y tú hacéis muy buena pareja. Aun así, Jack, querido, deberías asegurarte de que firme un acuerdo prenupcial.

Tardo un momento en entender a qué se refiere. Entonces caigo y me pongo roja.

—Ay, no. Señora Smith, yo estoy saliendo con Greg. Su otro nieto.

—¿Estás segura?

¿Perdón?

—Sí, claro.

—No me lo había parecido. —Se encoge de hombros—. Pero ¿qué sabré yo? Soy un murciélago de noventa años que retoza en el barro.

Miro cómo se aleja arrastrando los pies hacia la mesa de aperitivos. Luego me vuelvo hacia Jack con una risa nerviosa.

—Guau. ¿Qué acaba de...?

Sigue mirándome. A mí. Inmutable. Con intención. Con esa heterocromía parcial. Como si yo fuera interesante, muy interesante, muy pero que *muy* interesante. Abro la boca para preguntarle qué le pasa. Para exigirle la revancha, un duelo a muerte. Para rogarle que deje de contar los poros de mi nariz. Y es entonces cuando:

—¡Sonreíd, chicos!

Giro la cabeza y el flash de la Polaroid de Izzy me ciega al instante.

—Después del aniversario de mis padres, que es el mes que viene, no creo que necesite traerte más. —Greg pone el intermitente de la derecha y entra en el aparcamiento de mi edificio—. Le diré a mi madre que rompiste conmigo. Que te supliqué que no te marcharas. Que te canté una serenata. Que te compré mi peso en peluches... Todo en vano.

Asiento, comprensiva.

—Te habré roto el corazón y estarás demasiado triste para salir con otra persona.

—Puede que necesite encontrar consuelo mediante una lista de reproducción de Spotify.

—O cambiar de peinado.

Hace una mueca. Me río y, cuando el coche se detiene, me apoyo en la puerta del copiloto para estudiar su atractivo perfil bajo las luces amarillas.

—Dile que te engañé con el repartidor de comida a domicilio. Eso te concederá más tiempo de duelo.

—Buenísima idea.

Nos quedamos en silencio mientras pienso en la situación de Greg. En la razón por la que necesita una novia falsa. En que se sintió cómodo contándome *eso* a mí, una extraña, y no a su propia familia. En lo mucho que nos parecemos.

—Cuando esto acabe, si necesitas... si quieres hablar con alguien... con una amiga... Estaré encantada.

Su sonrisa es sincera.

—Gracias, Elsie.

Apenas salgo del coche, el hielo cruje bajo el tacón de mi bota. Me doy la vuelta.

—Ah, y... ¿Greg?

—¿Sí?

—¿Qué es eso de Woodacre?

Suelta un lamento. Apoya la cabeza contra el reposacabezas.

—Es un retiro de meditación en silencio que nuestro jefe nos obliga a hacer. Nos vamos mañana. Serán cuatro días sin contacto con el mundo exterior. Sin correo electrónico, sin Twitter. Sacó la idea de un boletín de Goop, la marca de Gwyneth Paltrow.

Oh.

—¿Así que no tiene nada que ver con... cosas de ciencia?

Me lanza una mirada de desespero.

—Todo lo contrario. ¿Por qué?

—Eh... —Cierro los ojos. Dejo que la mortificación hunda sus colmillos en mi cerebro—. Por nada. Buenas noches, Greg.

Cierro la puerta, hago un leve saludo con la mano y dejo que el aire gélido se me meta en los pulmones. La Estrella Polar parpadea desde el cielo y recuerdo la entrevista de trabajo de mañana.

No importa si esta noche he hecho el ridículo con el hermano de Greg, porque, con un poco de suerte, no tendré que volver a ver al imbécil de Jack Smith.

OceanofPDF.com



2

FISIÓN NUCLEAR

De: sexxy.chad.420@hotmail.com

Asunto: Re: Re: Re: Mi chinchilla

Ey, doctora H.:

Entiendo que no le importe la alergia al gluten de Miss Mofletotes, pero ¿y si le digo que anoche me multaron por conducir borracho? ¿Me libra eso del parcial de Física 101?

Atentamente,

Chad

De: McCormackE@umass.edu

Asunto: no puedo ir a clase

adjunto una foto de lo que he vomitado esta mañana

Emmett

De: Dupont.Camilla@bu.edu

Asunto: Disertación sobre El mercader de Venecia

Dr. Hannaday:

Me preguntaba si, cuando tenga un momento, podría darme su opinión sobre lo que he escrito en relación con la iconografía del cofre de plomo. Adjunto el documento de Word.

Atentamente,

Cam

De: michellehannaway5@gmail.com

Asunto: ELSIE PONTE EN CONTACTO CONMIGO LO ANTES POSIBLE TUS HERMANOS VUELVEN A TENER UNA ACTITUD POCO RAZONABLE Y NECESITO AYUDA INTENTÉ LLAMARTE ANOCHE PERO NO CONTESTABAS

[este mensaje no tiene contenido]

De: Monica.Salt@mit.edu

Asunto: Entrevista vacante MIT

Estimada doctora Hannaway:

Quería transmitirle una vez más lo emocionada que estoy de que vaya a entrevistarse para la vacante en el departamento de Física del MIT. Estamos muy impresionados con su CV y hemos reducido las opciones a usted y otra persona. Al comité de selección y a mí nos encantaría poder conocerla esta noche en el restaurante Miel, donde esperamos poder disfrutar de una cena informal antes de que mañana demos inicio a la primera fase de su entrevista en el campus.

Si le parece bien, me gustaría que nos viéramos a solas unos minutos antes de que comience la cena para charlar un poco. Hay algunas cosas que me gustaría explicarle.

Saludos,

Doctora Monica Salt

Catedrática de Física en Wentworth

Departamento de Física, Presidencia

MIT

Mi corazón lanza chispas de la emoción.

Dejo el té sobre la mesa de la cocina y hago clic en *Responder* para confirmarle a Monica Salt que sí, por supuesto que me reuniré con ella cuando y donde quiera, ya me convoque en Mordor a las dos y cuarto de la madrugada, porque ella tiene la llave de mi futuro. Pero en cuanto pongo la mano sobre el ratón, un dolor terrible me apuñala en la palma y me sube por el brazo.

Chillo y me levanto de la silla de un salto.

—¡La madre que me...!

—¿Dónde están? ¡¿Dónde están?! —Mi compañera de piso entra a trompicones en la cocina, en pijama y con un antifaz de Noam Chomsky en la frente. También va blandiendo un bate de béisbol de plástico como si estuviera loca—. ¡Fuera de aquí o llamo a la policía! ¡Esto es allanamiento de morada!

—Cece...

—¡Es una infracción y un delito grave! ¡Os arrestarán por agresión! ¡Mi prima se colegia este año y os va a interponer una demanda millonaria que...!

—Cece, no hay nadie.

—Ah. —Le da unas cuantas vueltas más al bate, parpadeando como una lechuza—. ¿Por qué estamos gritando entonces?

—Porque tu puercoespín ha decidido hacerse pasar por mi ratón, *por ejemplo*.

—Eriza. Sabes perfectamente que es una eriza.

—¿Estamos seguras de eso?

Bosteza y tira el bate hacia su habitación. No acierta y rebota en el suelo de linóleo desconchado.

—Más pequeña. Más bonita. Con más púas. Además, Erizabeth Bennet no es nombre para un puercoespín.

—Cierto. Perdón. —Me llevo la mano al pecho—. El dolor me ha nublado la razón.

—No pasa nada. Eri es buena por naturaleza, te perdona. —Cece la levanta—. ¿A que sí, cariño? ¿A que perdonas a Elsie por llamarte lo que no eres?

Miro fijamente a Eri, que me devuelve la mirada con ojos brillantes y triunfantes. Maldito alfiletero sintiente. *Te voy a freír con ajetes picados*, digo para mis adentros.

Juraría que he visto que hinchaba un poco las espinas.

—¿Dónde estuviste anoche? —pregunta Cece, por suerte ajena a nuestra guerra entre especies. Me pregunto qué dice de mí que la mejor amiga de mi mejor amiga sea una eriza—. ¿Faux? ¿Con ese tal Greg?

—Sí.

—¿Cómo te fue?

—Bien. —De repente recuerdo la *no* paliza a Jack Smith—. Bueno, pasable. ¿Y a ti?

Cece y yo empezamos a hacer de novias falsas durante el periodo económico y emocional más oscuro de nuestras vidas: mientras nos sacábamos el doctorado. Yo solo poseía dos pares de calcetines desparejados y vivía a base de teoremas de cosmología computacional y fideos instantáneos. En retrospectiva, creo que estuve peligrosamente cerca de desarrollar escorbuto. Entonces, en una noche oscura y tormentosa, mientras contemplaba la posibilidad de vender una válvula cardíaca, un examigo, J. J., me envió el enlace a la página de contratación de Faux. También un emoticono de risa, de esos a los que se les salen las lágrimas por los ojos, y un simple: *Mira esto!! Es como lo que hacíamos en la uni.*

Fruncí el ceño, como suele pasar cuando me recuerdan la existencia de J. J., y no contesté, pero sí me fijé en que la tarifa por hora era alta. Y mientras ejercía como profesora adjunta de Cálculo Multivariable, trataba

de formarme una opinión sobre la gravedad cuántica de bucles e intentaba no darles una paliza a mis compañeros de promoción (todos hombres) por dar siempre por hecho que debía ser yo quien les hiciera el café, me creé un perfil. Después vinieron las entrevistas. Y después me emparejaron con mi primer cliente: un veinteañero con pocas luces que me miró con cara de pena y me preguntó: «¿Puedes fingir ser de mi edad? ¿Y que eres canadiense? Nos conocimos en el instituto, en un campamento de verano, y te llamas Klarissa, con K. Además, si alguien pregunta, *no soy virgen*». «¿Es probable que alguien me lo pregunte?», le contesté. Se quedó pensando un momento. «Si no se da el caso, ¿podrías dejarlo caer disimuladamente?»

Aquello no fue *tan* mal como esperaba, así que le pregunté a Cece si también quería probarlo. Prometo que no es que la odie en secreto; fue lo único que se me ocurrió al darme cuenta de que ambas habíamos elegido tener carreras profesionales absurdas (es decir, pertenecientes al mundo académico). Estamos sobreeducadas y somos demasiado pobres para sobrevivir. El apartamento cutre en el que vivimos es la prueba de ello. Está lleno de cables a la vista y arañas terroríficas que parecen las hijas bastardas de una avispa gigante y un cangrejo de los cocoteros. Si tuviéramos un grupo de amigos como los de las comedias de la tele, daríamos una fiesta para celebrar que nos van a quitar el amianto. Por desgracia, solo estamos nosotras dos. Y el peligro de desarrollar escorbuto.

—Pues verás —dice mientras me roba la taza de té y se sube a la encimera. No se lo impido: ¿quién necesita cafeína después de haberse pinchado con mil púas?—, tuve que quedar con un tío.

—¿De qué pie cojea? —Lo que se traduce como: *¿Qué trauma desgarrador y arraigado en lo más profundo de su alma ha sacado a este pobre diablo de la pecera y le ha hecho desembolsar un fajo de billetes para fingir que no está solo?*

—Es uno de los tuyos.

—¿De los míos?

—Un científico.

Cece es lingüista y está terminando un doctorado en Harvard. Nos conocimos cuando su antiguo compañero se fue del piso: al parecer, Eri se

había comido un trozo de sus calzoncillos. También parece ser que lo de poner *Immigrant Song* a todo volumen mientras hace huevos pochados los sábados por la mañana no es algo que la gente normal aguante. Cece estaba desesperada por encontrar a alguien que la ayudara con el alquiler. Yo me sentía como si acabaran de despellejarme viva y estaba desesperada por no seguir viviendo con J. J. Dos almas desesperadas que se encontraron en tiempos de desesperación y conectaron desesperadamente. Tuvimos la suerte de que yo me vi capaz de reunir setecientos dólares al mes, de que no sentía mucho apego por mi ropa interior y de que tenía unos auriculares con cancelación de ruido.

Y menos mal, la verdad. Las peleas entre compañeras de piso son un coñazo, con todo eso de tener que poner notas pasivo-agresivas y emplear otros métodos agresivo-agresivos, como el de envenenarlas con limpiacristales. Estaba dispuesta a doblegar, retorcer y esculpir mi personalidad de mil maneras diferentes para llevarme bien con Cece, pero resulta que la Elsie que Cece quiere es muy parecida a la Elsie que soy: alguien que se pone las botas comiendo queso mientras se queja del mundo académico y que, como ella, opta por tomar el paracetamol para niños porque está más rico. Eso sí, también me toca fingir que me gusta el cine de vanguardia, pero, aun así, sigue siendo una amistad sorprendentemente agradable.

—¿Qué tipo de científico es? —le pregunto.

—¿Es que hay más de un tipo? —Sonrío—. No sé. ¿Químico? ¿Ingeniero? Era... guapo. Gracioso. Me contó un chiste sobre el musgo. Es la primera vez que alguien me hace una broma relacionada con el musgo. Me desvirgó en ese aspecto. —Su tono es ligeramente soñador—. Es como... da la sensación de ser alguien con quien *querrías* salir de verdad, ¿sabes?

—¿Con quien yo querría salir?

—Mujer, no *tú* tú. —Agita la mano—. Antes preferirías saltar al agua con piedras en los bolsillos que tener una cita de verdad, aunque eso es porque tienes un concepto erróneo de las relaciones románticas y crees que solo pueden funcionar si ocultas una parte de ti y te amoldas a lo que piensas que los demás quieren de ti...

—No es un concepto erróneo.

—... pero el resto del mundo no le prohibiría la entrada en sus aposentos a alguien como Kirk.

—Conque Kirk, ¿eh?

Al principio temía que Cece fracasara estrepitosamente en lo de ser una novia falsa. Para empezar, es demasiado guapa. Sus ojos separados, su barbilla puntiaguda y su arco de Cupido bien marcado pueden resultar inusuales, pero, en conjunto, es la cosa más sexy y espectacular del universo. Segundo: es todo lo contrario a una página en blanco. Es una criatura que mea con la puerta abierta, come una mezcla de cereales dulces y salados, y se dedica a contar con un encantador ceceo muchas anécdotas escabrosas sobre la vida sexual de lingüistas muertos. Yo quizá oculto demasiado mi personalidad, pero ella *acribilla* a la gente.

Y al final sí ha resultado ser un problema: a los clientes les gusta demasiado.

—¿Qué les dices cuando te piden tener una cita de verdad? —me preguntó una noche. Estábamos compartiendo una bolsa de Babybels mientras veíamos una película rusa muda que tenía ocho partes.

—No estoy segura. —Me pregunté si el tipo que me había ofrecido setenta pavos por acostarme con él en el coche entraba en esta categoría. Probablemente no—. Nunca me ha pasado.

—No jodas.

Me encogí de hombros.

—Nadie me ha ofrecido tener una cita de verdad.

—No puede ser.

Dejé que el queso se me derritiera en la boca. En la pantalla, alguien llevaba veinticinco minutos sollozando.

—No creo que la gente vea en mí lo que hay que tener para que te inviten a una cita.

—Se sienten intimidados. Porque eres inteligente. Y guapa. Y simpática. Eri te ama, y ella es la que mejor juzga el carácter de la gente. Además, sabes un montón de cosas sobre la galaxia Renacuajo.

Todo eso era falso, excepto lo último. Por desgracia, enumerar datos aleatorios sobre cúmulos estelares a cuatrocientos millones de años luz no

se considera una cualidad digna de interés amoroso.

Volviendo al ahora, Cece continúa:

—Kirk el Científico me preguntó si podía volver a contratar mis servicios. La semana que viene. Le dije que sí.

Intento mantener un tono desenfadado:

—Según la política de Faux, no se debe tener más de una cita.

—Lo sé, pero tú también lo incumpliste por Greg. —Se encoge de hombros, tratando de mantener una actitud desenfadada. Mucho desenfado hay en la sala. Hmm...—. Aunque, claro, quizá acabo cancelándolo, porque para la semana que viene ya tendrás tu puestazo en el MIT, y yo me retiraré de la escena de las citas falsas para convertirme en tu mejor amiga a tiempo completo.

Me vuelvo a sentar en la silla. Lo deseo tanto, *tantísimo*, que suelto un quejido. Mi vía de escape del mundo de los falsos noviazgos. Y, sobre todo, mi vía de escape del círculo más cutre y lamentable del mundo académico: el de los profesores adjuntos.

Sé que sueno dramática. Sé que el título evoca imágenes excelsas. ¿«Profesora»? Tiene prestigio, alimenta las mentes, lleva chaquetas de *tweed*. ¿«Adjunta»? Una palabra bonita, que empieza con la primera letra del alfabeto y recuerda ligeramente a un estornudo. Cuando le digo a alguien que soy profesora adjunta de Física en varias universidades de Boston, piensa que he triunfado en la vida. Que soy toda una adulta. Y yo se lo permito. Por ejemplo, mi madre: ya tiene mucho de qué preocuparse, entre el idiota de mi hermano y el idiota de mi otro hermano. Para ella es bueno creer que su hija es un ser humano plenamente operativo con acceso a un seguro de salud básico.

¿Qué no es bueno para ella? Saber que imparto nueve clases y que me tengo que desplazar entre tres universidades diferentes, lo que se traduce en unos quinientos estudiantes enviándome fotos del extraño sarpullido que tienen en la entrepierna para justificar su ausencia. Saber que gano tan poco dinero que equivale prácticamente a la nada. Saber que no tengo contrato fijo ni prestaciones extra.

Aquí es cuando empieza a sonar una lúgubre sonata de violín.

No es que no me guste enseñar. Es que... *odio* enseñar. De verdad, de verdad, *de verdad*. Me ahogo constantemente en las arenas movedizas de los correos electrónicos de los estudiantes y estoy demasiado hecha mierda como para moldear la mente de los jóvenes y que resulte en algo que no sea aberrante. Mi sueño era entrar en el mundo académico de la física como investigadora a tiempo completo, con una pizarra delante y largas horas dedicadas a reflexionar sobre las teorías de las secciones ecuatoriales de los agujeros de gusano de Schwarzschild.

Y, sin embargo, aquí estoy. Haciendo de profesora adjunta y de novia falsa en los ratos libres. Carga docente: cien por cien. Carga de desesperación: incalculable.

Pero cabe la posibilidad de que las cosas estén cambiando. Los adjuntos son mano de obra barata, los falsos autónomos del mundo académico, pero los puestos como titular... ay, los puestos como titular. Me estremezco solo de pensarlo. Si los adjuntos son como boyas flotantes en mar abierto, los titulares son plataformas petrolíferas clavadas en el fondo del océano. Si los adjuntos abren los conciertos de Nickelback, los titulares son cabeza de cartel en el Coachella. Si los adjuntos son quesitos de La vaca que ríe, los titulares son queso Pule, elaborado con cariño con leche de burras de los Balcanes.

La cuestión es que llevo un tiempo siendo una novia falsa de quita y pon y estoy agotada. Estoy harta. Estoy lista para tener una relación de verdad; idealmente, una con el MIT, quien me proporcionará un buen plan de jubilación y un compromiso a largo plazo.

A menos que elijan al otro físico que están entrevistando. Ay, Dios. ¿Y si eligen al otro físico que están entrevistando?

—¿Elsie? ¿Estás pensando en si contratarán al otro candidato?

—No me leas la mente, por favor.

Se ríe.

—Escúchame, eso no va a pasar. Eres la hostia. Después de todos estos años estudiando y pensando en multiversos y ecuaciones binomiales y... ¿protones? —Levanto una ceja—. Vale, no tengo ni idea de lo que haces. Pero muchas veces has renunciado a tener vida social, e incluso a tener higiene personal, para *elevarte* por encima del mar de hombres blancos y

mediocres que inunda el sector de la Física Teórica. Y, de repente, este año sale una oferta de trabajo, *una*, y de entre cientos de candidatos, llegas tú a la ronda final...

—Han salido *dos* ofertas de trabajo. Lo que pasa es que los de Duke no me llamaron ni para entrevistarme.

—Porque la Universidad de Duke es un pantano nepotista y el puesto estaba destinado a ser para la llama de la novia del primo del presidente, o algo por el estilo. —Se baja de la encimera, se sienta frente a mí y me coge la mano—. Vas a conseguir el puesto. Lo sé. Sé tú misma en la entrevista. —Se muerde el labio—. A menos que puedas ser Stephen Hawking. ¿Hay alguna forma de que puedas...?

—No.

—Entonces vas a tener que ser tú misma sí o sí. —Sonríe—. Piensa en el futuro. En el salario digno que tendrás. Nos permitirá contratar a algún muchacho musculoso para que venga a poner la parte de arriba del aparador en su sitio. —Señala el aparador que hay en la esquina del salón. Cece y yo nos estancamos a mitad del montaje. Hace tres años—. Y, por supuesto, me permitirá mantener el nivel de consumo de queso al que estoy acostumbrada.

Con Cece es fácil sonreír y dejarme llevar por la imaginación.

—Pecorino romano ilimitado.

—Y toda la insulina que el inútil de tu páncreas desee.

—Ladrillos de hormigón. Para aplastar a las arañas cangrejo-avispon resistentes al insecticida.

—Una pequeña tele de plasma para el terrario de Eri.

—Tatuajes a juego que digan «El mundo académico es una mierda».

—Un retrete de oro.

—Un bidé de oro.

Suspiramos. Luego nos reímos. Luego me pongo seria.

—Solo quiero que alguien me pague a cambio de pasarme el día contemplando los modelos cosmológicos del universo observable, ¿sabes?

—Lo sé. —Su sonrisa se suaviza—. ¿El Dr. L. considera que tienes posibilidades?

Laurendeau (o Dr. L., aunque nunca me atrevería a llamarlo así a la cara) fue mi mentor durante el doctorado y es la persona a la que debo todos y cada uno de mis éxitos académicos. Está tan involucrado en mi carrera laboral como lo estaba antes de que me graduara, y se lo agradezco constantemente.

—Es optimista.

—Pues ya está. ¿Cuántos días durará la entrevista?

—Tres.

—¿Empiezas hoy?

—Sí. Esta noche me hacen la primera en una cena informal. —Pienso en que la presidenta quiere que nos reunamos antes. ¿Es eso buena señal? ¿Mala? ¿Raro? Ni idea—. Mañana, demostración de cómo imparto clase. Pasado, presentación sobre mi investigación y picapica final. Y durante los tres días tendré varias reuniones con miembros de la facultad.

—¿Te lo has preparado?

—¿Hacerme bolita en la cama cuenta como preparación? ¿Plantearme mi propia existencia? ¿Ofrecer el sacrificio de una criatura a los dioses de la academia? —Miro a Eri, que se muestra pertinentemente atemorizada.

—¿Has buscado los perfiles de los miembros del comité en internet?

—Aún no me han dado sus nombres ni un itinerario detallado. Aunque ya está bien así. Tengo que contestar correos. E ir a comprar medias. Y llamar a mi madre.

—No, no, no. —Cece levanta la mano—. No llames a tu madre. Te va a cargar con todos sus problemas. Necesitas concentrarte, no estar escuchando cómo se queja de que tus hermanos se han pegado por el último perrito caliente que quedaba.

—Mujer. Están al borde del fratricidio por una mujer. —Los Hannaways: material de primera para el programa de Jerry Springer.

—Da igual. Prométeme que, si te llama tu madre, le contarás lo de la entrevista. Y que le reprocharás que tu infancia fue mediocre, por no decir más.

Lo medito.

—¿Qué tal si te prometo que la voy a evitar durante unos días?

Entrecierra los ojos.

—Bien. ¿Así que vas a salir a por medias?

—Sip.

—¿Puedes pasar por el súper a comprarme cereales?

Lo cierto es que no tengo tiempo para eso. Pero lo que no te mata te hace más fuerte. O te hace maldecir tu patológica incapacidad para poner límites, una de las dos.

—Claro. ¿Qué clase de...?

—¡No! —Da una palmada en la mesa—. Elsie, tienes que aprender a decir *no*.

Me masajeo la sien.

—¿Quieres dejar de ponerme a prueba?

—Pararé cuando dejes de anteponer las necesidades de los demás a las tuyas. —Deja la taza, ya vacía, y coge a Eri—. Voy a hacer pis. ¿Aún quieres que te preste mi vestido rojo para esta noche?

Frunzo el ceño.

—¿Cuándo te he pedido yo que me dejes el...?

—También te maquillaré, ya que insistes.

—De verdad que no necesito que...

—Vale, tú ganas. También te depilaré las cejas. —Me guiña el ojo. Eri me fulmina con la mirada, posada como un loro en su hombro. La puerta del baño se cierra tras ellas.

El reloj de pared marca las siete menos cuarto. Suspiro y me permito un pequeño capricho: hago doble clic en el documento de Word que hay en la esquina superior izquierda de mi pantalla. Me desplazo hasta la última página del manuscrito a medio escribir y luego vuelvo arriba. El título, «Una teoría unificada del cristal líquido bidimensional», me saluda con nostalgia. Durante unos segundos dejo volar mi imaginación hacia un futuro cercano, uno en el que pueda tener tiempo para terminarlo. Tal vez incluso enviarlo para que se publique.

Suspiro profundamente mientras lo cierro. Luego me paso el dedo por las cejas, acomplexada, y vuelvo a lo de contestar correos.

Las entrevistas de trabajo en el mundo académico son conocidas por estar optimizadas para garantizar el máximo sufrimiento de los candidatos. Así pues, no me sorprende cuando llego al Miel y descubro que se trata de un restaurante de los que tienen varios tenedores en la mesa, porciones minúsculas y camareros que dicen *Si me lo permiten, les recomiendo probar un sauvignon blanc de 1934*.

Guardo un minuto de silencio por el queso caro y delicioso que voy a pedir pero que no voy a disfrutar porque estaré ajetreada con lo de mi futuro: *bleu d’Auvergne*; *brie*; *camembert* (bastante diferente del *brie*, a pesar de lo que digan los paganos). Entro en el restaurante y, con los tacones que llevo puestos, parezco un cervatillo recién nacido al andar.

No había medias normales en la tienda, por lo que llevo unas hasta el muslo (un tributo apropiado a lo burlesca que es mi vida). También estoy un 56 por ciento segura de que no debería haber dejado que Cece me convenciera de llevar su vestido rojo carmesí, su pintalabios rojo cardenal o su esmalte de uñas rojo lava.

—Pareces Taylor Swift en 2013 —me ha dicho, satisfecha, tras rizarme el pelo y recogérmelo en un lado.

—Mi idea era más bien ir a lo Alexandria Ocasio-Cortez en 2020.

—Ya —me ha contestado entre suspiros—, la tuya y la de todas.

Cojo el móvil. Más allá de las grietas con inexplicable forma de vulva que tengo en la pantalla (el iPotorro, lo llama Cece), encuentro un correo de última hora de mi mentor:

Vas a causarles una fantástica impresión. Recuerda: tú mereces este puesto más que ningún otro candidato.

Su confianza es como una mano sobre mi hombro: tranquilizadora, cálida e incómodamente pesada. No debería estar tan nerviosa. No porque tenga el puesto asegurado (no tengo *nada* asegurado, a excepción de la muerte, la certeza de que debo devolver el préstamo estudiantil y que si meto la mano en el bolso sacaré Mentos de hace tres años cubiertos de pelusa). Lo que *sí* tengo es mucha práctica mostrando a la gente que soy quien quieren que sea, y en eso consisten las entrevistas. Una vez interpreté de forma muy convincente a una bailarina enamorada. Me arrodillé en

medio de un restaurante abarrotado para declararme a un hombre calvo de mediana edad que olía a pies, y todo para que acabara rechazándome delante de su archirrival del trabajo. Debería ser capaz de convencer a un puñado de profesores del MIT de que soy una física decente. ¿Verdad?

No lo sé. Puede ser. Creo que sí. Sí.

Me centraré en el protocolo de novia falsa. Cece y yo lo llamamos el EPI. (Bueno, yo lo llamo el EPI, Cece solo niega con la cabeza y pregunta: «¿Qué coño os pasa a los científicos? ¿Os acosaban en el instituto o algo?») Primero, *evalúa* las necesidades: ¿qué quiere ver la persona que tengo delante? Luego, *planifica* una respuesta: ¿cómo puedo convertirme en lo que quiere? Y, por último, *interpreta*...

—¿Doctora Hannaway?

Me doy la vuelta. Una mujer de pelo oscuro me estudia mientras ensayo mentalmente cómo ser una persona humana.

—¿Doctora Salt?

Su apretón de manos es firme. De negocios.

—Es un placer conocerla en persona.

—Igualmente.

—Venga conmigo, iremos al bar.

La sigo, un poco fascinada. La Dra. Monica Salt escribió el manual de física teórica. Literalmente. *El Salt* lleva más de una década en mi estantería. Novecientas páginas repletas de contenido extraordinario. Además, es perfecto para aplastar a las arañas cangrejo-avispón.

—¿Doctora Hannaway? —Suenas asertiva. Carismática. Una tía dura. Así me gustaría sentirme a mí.

—Elsie, por favor.

—Monica, entonces. Me alegro de que te hayas postulado para el puesto. Cuando vi tu currículum, pensé que alguna otra universidad ya te habría contratado antes de poder llegar a entrevistarte.

Sonríoy no digo nada. *Sip, esa soy yo. Teniendo que rechazar ofertas de trabajo a montones.*

—Tu tesis sobre las distorsiones estáticas de los cristales líquidos en la nemática biaxial fue impresionante, Elsie.

Me ruborizo. El sexo no me dice nada, pero quizá esto sea lo que me pone: ser elogiada por una de las principales eruditas en mi campo. Se le caen a una las bragas, ¿eh?

—Muy amable por tu parte.

—No puedo creer hasta qué punto tu trabajo ha afectado ya a nuestra comprensión de los sistemas fuera de equilibrio y el movimiento coherente macroscópico. Los cristales líquidos son un tema candente en la física teórica, y tú te has convertido en una experta.

Me siento completamente halagada. Bueno, casi completamente; hay algo en su tono que me tiene en vilo. Algo extraño. Pendiente.

—Tus descubrimientos van a tener una gran repercusión en muchos campos, desde la creación de muestras hasta la imagen óptica, pasando por la administración de fármacos. Realmente impresionante.

Es como si hubiera un *pero*.

—No sé cómo expresar lo impresionada que estoy con la producción científica que has generado en tan poco tiempo.

Definitivamente hay un *pero*.

—Sea cual sea la institución que elijas, tendrá suerte de tenerte entre sus filas, y pienso que el MIT sería el sitio perfecto para ti. Voy a serte sincera: basándome en lo que he visto, creo que deberíamos contratarte a ti.

... ¿Pero?

—Pero.

Lo sabía. Lo sabía. *Lo sabía*, pero, aun así, mi corazón da un vuelco.

—Elsie, te he pedido que nos veamos a solas porque creo que sería mejor que supieras cómo está la situación... política ahora mismo.

—¿Política? —No debería sorprenderme. El mundo académico CTIM es un 98 por ciento política y un 1 por ciento ciencia (el resto, sospecho, memes de «Deberías estar escribiendo»)—. ¿A qué te refieres?

—Puede que estés barajando varias ofertas de trabajo, y quiero asegurarme de que nos elijas a pesar de... lo que pueda pasar durante la entrevista.

Frunzo el ceño.

—¿Qué puede pasar?

Suspira.

—Como sabes, en los últimos años ha habido cierta... cierta acritud, entre físicos teóricos y experimentales.

Contengo un bufido. *Acritud* es un bonito eufemismo para decir que, si la Purga se anunciara en este mismo momento, tres cuartas partes de los experimentalistas del mundo irían con sus machetes recién afilados a llamar a las puertas de los teóricos. Por supuesto, todo sería en vano: los teóricos estarían lejos, blandiendo sus cimitarras en el porche de las casas de los experimentalistas.

Sí, en este escenario que tantas veces recreo en la cabeza, los teóricos tenemos las armas más guais.

Somos especies diferentes y punto. Peras y manzanas. Enanos y elfos. Científicos guais y científicos menos guais. Los teóricos utilizamos cálculos matemáticos, construimos modelos, explicamos los porqués y los cómo de la naturaleza. Somos *pensadores*. A los experimentalistas... bueno, les gusta tentar a la suerte. Construyen cosas y se ensucian las manos. Como los ingenieros. O como niños de tres años en un arenero.

Los teóricos creen que son más listos (*spoiler*: lo somos) y los experimentalistas creen que son más útiles (*spoiler*: no lo son). Esto crea un poco de... Sí. *Acritud*.

Monica, gracias al universo y a las partículas subatómicas que lo forman, es una física teórica. Intercambiamos una larga mirada de comprensión.

—Soy consciente —le digo.

—Bien. Y habrás oído que Jonathan Smith-Turner se ha incorporado recientemente al MIT, ¿no?

Me pongo tensa.

—No, no lo sabía.

—Pero sabes quién es Jonathan Smith-Turner. Y habrás leído su... artículo.

No es una pregunta. Monica es sabia y plenamente consciente de que no existe ninguna dimensión, ningún universo paralelo, ninguna línea temporal independiente en la que un físico teórico no sepa quién es.

Porque Jonathan Smith-Turner no es un simple experimentalista, es *el* experimentalista. Y hace varios años, cuando yo todavía estaba en el

instituto y él ya era probablemente un hombre adulto que debería habérselo pensado mejor, hizo algo horrible. Algo imperdonable. Algo abominable.

Hizo que los físicos teóricos parecieran tontos.

Impulsado por lo que solo puedo suponer que era amargura, un exceso de tiempo libre y el celibato involuntario, se propuso demostrar al mundo que... en realidad, no sé qué pretendía demostrar, pero escribió un artículo científico sobre mecánica cuántica que estaba lo suficientemente lleno de tecnicismos y ecuaciones como para parecer escrito por un teórico.

Excepto que el artículo era completamente inventado. Falso. Una parodia, por así decirlo. Entonces quiso hacer la gracia de mandarlo a nuestra revista más prestigiosa, *Crónicas de Física Teórica*. Y esperó. Me imagino que frotándose las manos con maldad, cómo no.

Y ahí es donde las cosas se torcieron. Porque a pesar de someterse a una revisión por pares supuestamente rigurosa, el artículo fue aceptado. Y publicado. Y estuvo publicado durante varias semanas, o al menos hasta que aquello explotó, que fue cuando alguien que probablemente estaba asociado con Smith-Turner publicó una entrada en un blog (sí, por aquel entonces existían los blogs).

El título era «¿La física teórica es pseudociencia?». El texto de la publicación, que detallaba cómo Smith-Turner había conseguido que se publicara una sarta de disparates en la revista más respetada de la física teórica, era aún peor. «¿Acaso el campo de la física ha perdido su rumbo? [...] ¿Es todo una invención?» Y mi preferida: «Si la física teórica es un galimatías, ¿es justo que nuestros impuestos se destinen a financiar a los teóricos?».

No es que esté siendo innecesariamente dramática cuando digo que aquello fue un lío enorme. Salió en Facebook, en las noticias (incluido el programa *60 Minutos*)... Hasta Oprah habló del tema: «el caso de Jonathan Smith-Turner», «el fraude teórico», «el escándalo de la física». Einstein se revolvió en su tumba. Newton vomitó su manzana. Feynman se metió en silencio en un tanque de helio líquido. La joven Elsie, que en su adolescencia ya sabía lo que quería ser de mayor, hirvió de rabia y decidió boicotear toda cobertura que se hiciera sobre el asunto. Declaró la prohibición de todos los medios de comunicación en la casa de los

Hannaway. (Todo el mundo hizo caso omiso, ya que en casa de los Hannaway tendían a olvidar que la joven Elsie existía; probablemente sus padres estaban demasiado ocupados intentando evitar que sus hermanos tiraran huevos al cobertizo del vecino.)

El interés de la opinión pública se desvaneció poco después. *Crónicas de Física Teórica* retiró el artículo y se disculpó por el descuido, un puñado de teóricos con jerséis ridículos y peluquines acudieron a YouTube para defender su honor, y Jonathan Smith-Turner nunca hizo ninguna declaración pública sobre el tema. Afortunadamente, la cantidad de energía mental que a la gente normal le gusta gastar en pensar sobre física es limitada.

Pero el engaño fue un golpe humillante y devastador, y el sector nunca se recuperó por completo. Todo por una broma absurda. Ahora, más de una década después, los fondos para financiar las investigaciones de física teórica se han reducido drásticamente. Las ofertas de trabajo en el campo están diezmadas. El chiste sigue siendo que la física teórica es similar a la escritura creativa, se han escrito libros sobre cómo los teóricos son unos locos explotadores, y cuando buscas *física teórica* en Google, las primeras sugerencias para completar el texto son: *no es ciencia real, es una tontería y está acabada*.

(Calumnias. Google solo dice calumnias y todo el mundo debería cambiarse a Bing.)

Pero la cosa es peor todavía por dos razones. Estas dos razones son el motivo de que todo esto, para mí, haya pasado a ser ya un asunto personal. En primer lugar, uno de los mayores descalabros asociados al artículo fue que la comunidad de físicos teóricos, instados por la necesidad de salvar las apariencias, no tardó en encontrar un chivo expiatorio: censuró formalmente al editor jefe de *Crónicas* (lo que sería la versión académica de empujar a alguien a un lecho lleno de cactus y darlo por muerto).

Ese editor era Christophe Laurendeau, mi mentor.

Sip.

La segunda razón es que, lamentablemente, Smith-Turner y yo trabajamos en el mismo subcampo de la física. Una parte de nuestros trabajos sobre cristales líquidos se solapa, y de vez en cuando me pregunto

si eso es motivo suficiente para cambiar el tema de mis investigaciones. ¿Agujeros negros? ¿Retículos? ¿Supremacía cuántica? Sigo dándole vueltas. Mientras tanto, he estado haciéndole boicot. Durante años me he negado a interesarme por lo que hace Jonathan Smith-Turner. Me he negado a leer sus artículos, a reconocer su existencia, a mencionar siquiera su nombre.

En retrospectiva, probablemente debería haberle seguido la pista.

—Naturalmente —dice Monica—, Jonathan es un talentoso experimentalista que aporta valor al departamento. Se incorporó el año pasado, procedente de Caltech, con una importante beca para dirigir el Instituto de Física del MIT. Tenemos suerte de contar con él. —Su expresión deja bien claro que no cree tal cosa—. El puesto para el que te entrevistas es conjunto. La mitad de tu sueldo lo pagará mi departamento, la otra mitad el Instituto de Física. Que está dirigido por Jonathan. Quien, a su vez, se decanta firmemente hacia el otro candidato que estamos entrevistando. —Suelta un suspiro—. No puedo decirte quién es el otro candidato, por razones obvias.

Mis dedos empiezan a apretar el vaso.

—El otro candidato es un experimentalista, supongo.

—Sí. Y un antiguo colaborador de Jonathan.

Cierro los ojos, y me doy cuenta de que... mierda.

Esta entrevista es una competición para ver quién llega más lejos. Teóricos vs. experimentalistas. Departamento de Física vs. Instituto de Física. Monica vs. Jonathan.

Comité de contratación: Civil War.

—Si consigo el trabajo, ¿Jonathan Smith-Turner sería mi superior? — Hay un máximo de cosas en las que estoy dispuesta a ceder a cambio de tener tiempo para investigar, un seguro médico y un poder adquisitivo que me permita comprar queso.

Monica niega con la cabeza enérgicamente.

—No, a efectos prácticos al menos.

—Entiendo. —El alivio me invade. Muy bien—. Gracias por ser directa conmigo. Seré igual de directa: ¿hay algo que pueda hacer para que me elijan a mí y no al otro candidato?

Me estudia, sería por un momento. Luego se le dibuja una gran sonrisa en la cara, y eso me lo dice todo. Así es como descubro quién es el yo que Monica quiere: una campeona. Es su tributo a los Juegos del Hambre de la física. Una gladiadora que se enfrente a Jonathan Smith-Turner, el señor de todas las CTIM, a quien ella desprecia.

Bueno, puedo hacerlo. Porque resulta que desprecio a la misma persona.

—Tienes que saber, Elsie, que la mayoría de los miembros del profesorado que conocerás durante la entrevista, incluido Jonathan, ya han decidido por qué candidato apostarán a la hora de elegir a quién se contrata, y esa decisión se basa en si prefieren a un teórico o a un experimentalista. Ya saben si votarán por ti o por George, y no hay mucho que podamos hacer para que cambien de opinión.

Levanto una ceja y luego disimulo. A Monica se le ha escapado sin querer que el candidato de Jonathan Smith-Turner se llama George, pero lo que siento es diametralmente opuesto a la sorpresa. *Por supuesto* que querría contratar a un hombre.

—Pero —prosigue— hay un puñado de profesores que están a caballo entre lo teórico y lo experimental. Son los doctores Ikagawa, Álvarez y Voight. Forman parte del equipo de investigación de Volkov y siguen sus directrices. Lo que significa que el voto de Volkov será decisivo. Mi consejo es que hables con él en los ratos muertos mientras dure la entrevista. Si es posible, adapta tu presentación a sus intereses. Y... no sé si Jonathan intentará darle ventaja a su candidato y hacerte quedar mal, pero... desconfía de él. Ten mucho cuidado.

Asiento lentamente. Y luego vuelvo a asentir, respirando hondo, desenredando la maraña de pensamientos que tengo.

Sí, las entrevistas de trabajo en el mundo académico están optimizadas para garantizar el máximo sufrimiento de los candidatos, pero esto ya es politiquero puro, y yo no vengo lo suficientemente preparada. Soy una chica sencilla. Con necesidades sencillas. Lo único que quiero es pasarme los días resolviendo ecuaciones hidrodinámicas para calcular el caos espaciotemporal a gran escala que exhibe la nemática. Y quizá, si es posible, comprar a precio razonable las hormonas pancreáticas que tienen que permitirme vivir.

Pero... (me muerdo el labio inferior, pensando rápidamente) quizá pueda hacerlo. Soy una gran física, toda una profesional en darles a los demás lo que quieren, y una vez que consiga este trabajo, solo estaremos yo y mi ciencia. Además, ser seleccionada por delante del candidato de Smith-Turner sería como vengar al Dr. L. y a la física teórica, aunque solo fuera un poco. Qué pensamiento tan bonito y reconfortante.

—Vale —le digo a Monica. Hace apenas diez minutos que la conozco, pero nos miramos como si fuéramos aliadas de toda la vida. Es la típica camaradería que surge al tramar un asesinato conjunto. El de Jonathan Smith-Turner, claro—. Puedo hacerlo.

Se la ve satisfecha.

—Sé que esto es poco ortodoxo, pero eres la candidata ideal. La mejor opción para el departamento.

—Gracias. —Sonrío, proyectando una seguridad en mí misma que no siento—. No te defraudaré.

Ella me devuelve la sonrisa, cálida y férrea a la vez.

—Muy bien. Vamos. El resto del comité ya debe de haber llegado. —La sigo hasta la entrada, con la cabeza dándome vueltas por la cantidad de información nueva, intentando no caminar como un T. Rex—. Ah, ahí están.

Me duele decir que me es vergonzosamente fácil identificar a los físicos de entre las personas que están en la sala de espera. Y no por los pantalones cargo ni los chalecos ni por la tendencia generalizada a llevar el pelo despeinado. Ni por las gafas con cadena, que llevan de forma no irónica. Ni siquiera es porque todos sean hombres, en línea con la hiperabundancia de machos que hay en mi campo.

Es porque los oigo contando un chiste sobre física.

—¿Cuál es la peor teoría sobre gravedad cuántica? —pregunta un señor mayor con gafas fotocromáticas. Parece una versión buena del Pingüino de *Batman*—. ¡Esa en la que no caes! ¿Lo pilláis?

La risa que sigue suena genuina. Hay que ver cómo es mi gente.

—Hola a todos. —Monica se aclara la garganta—. Esta es la doctora Elsie Hannaway, y va a tener el placer de acompañarnos esta noche.

Ofrezco mi mejor sonrisa. Me siento como si estuviera en una audición para entrar en un *reality show*. *Operación Academia*, *Científico busca esposa*, *La isla de los científicos*. Me saludan con apretones de manos vacilantes y torpes, propios de quienes se sienten más a gusto mirando una pizarra que teniendo contacto físico con otras personas, pero no se lo tengo en cuenta. Yo soy igual, lo único que he aprendido a disimularlo un poco mejor.

Varios miembros de la facultad me resultan familiares, tanto teóricos como experimentales, algunos solo por el nombre, otros por conferencias y ponencias a las que fueron invitados. El Pingüino resulta ser Sasha Volkov, a quien le dedico una sonrisa más amplia que a los demás.

—Soy fan de sus artículos sobre la materia oscura —le digo. No es ninguna mentira. Volkov es alguien importante. Estoy lo bastante familiarizada con su trabajo como para lamerle un poco el culo—. Me encantaría charlar sobre...

—Doctora Hannaway —me interrumpe. Es un hombre barrigón y marca mucho la pronunciación de las consonantes al hablar—, tengo una pregunta muy importante.

Ah.

—Soy toda oídos.

—¿Sabe cuál es la fórmula de un velociraptor?

Frunzo el ceño. ¿El *qué*? ¿Es una pregunta trampa? La fórmula de un...
ah.

Ah, claro.

Carraspeo.

—¿Es, por casualidad, em... la distanciarraptor dividida por el tiempo raptor?

Se queda un segundo mirándome con rostro impertérito. Entonces suelta una carcajada lenta y satisfecha.

—Esta... —me señala, mirando a Monica—. Esta me cae bien. ¡Buen sentido del humor!

Claramente, la Elsie que Volkov quiere va por ahí contando chistes de padre sobre física. Tendré que preparar un repertorio.

—Creo que ya estamos todos. Deberíamos ir tirando hacia la mesa... Ah, mira. —Monica se detiene y levanta la vista hacia algo que queda a mis espaldas. Su semblante se endurece—. Ahí están Jonathan y Andrea. Más vale tarde que nunca.

Respiro hondo, tratando de prepararme para lo que se viene. Soy capaz de ser amable con Jonathan Smith-Turner. Soy capaz de ser educada con este hombre que solo ocupa un espacio académico desperdiciado. Y soy capaz de conseguir que llore cuando me den el puesto a mí.

Monica y yo nos sostenemos la mirada durante una fracción de segundo para hacernos una promesa en silencio, y entonces me doy la vuelta, dispuesta a ser la persona más simpática del mundo, dispuesta a estrecharle la mano a ese gilipollas sin decir *Puaj* ni *Te odio* ni *Gracias por arruinar nuestra reputación, capullo*.

Y entonces me quedo quieta.

Porque la persona que acaba de entrar...

La persona que está de pie en la entrada del restaurante, con los copos de nieve derritiéndose sobre su pelo rubio...

La persona que está desabrochándose el abrigo North Face...

... no es otra que Jack Smith.



3

REACCIÓN EN CADENA

Parpadeo como si fuera tonta. Una, dos, siete veces.

Luego parpadeo de nuevo, por si acaso.

¿Por qué está Jack aquí, quitándose la nieve de la parka, haciendo que el espacio de la entrada parezca la mitad de grande debido al tamaño de sus hombros? ¿Sirven esta noche menú de dieta keto en el Miel? ¿Se ha perdido de camino a una convención de calistenia?

Me estoy debatiendo entre ignorarlo o hacerle un breve saludo cuando escucho a Monica decir:

—Llegas tarde.

Suena a reprimenda. Y parece que está hablando con Jack, que comprueba su reloj de pulsera (un reloj de pulsera a estas alturas de la vida, madre mía) y responde con calma:

—Estaba en el laboratorio. Debo haber perdido la noción del tiempo.

—Tuve que arrancarle las pinzas ópticas de las manos —interviene la mujer rubia que está a su lado (¿Andrea?).

Monica pone los ojos en blanco. No puedo parar de mirar a uno y otro, desorientada. ¿Jack conoce a Monica? ¿Comparten gimnasio? ¿Por qué le dice que llega tarde?

—Ya que por fin nos honras con tu presencia, esta es la doctora Elsie Hannaway, una de las candidatas al puesto. Elsie, esta es la doctora Andrea

Albritton, profesora adjunta del departamento. Y él es el doctor Jonathan Smith-Turner, director del Instituto de Física del MIT.

Casi me pongo a dar vueltas mirando a mi alrededor. Casi empiezo a registrar el restaurante en busca del escurridizo Jonathan Smith-Turner. Pero no lo hago, porque Jack me está mirando fijamente y su expresión es muy parecida a como yo me siento.

Confundida. Desconcertada. Preocupada por la salud mental de Monica.

—Te has confundido —le dice con esa voz tan suya que tiene mientras niega con la cabeza con expresión divertida—. Elsie no es...

Se queda callado y su actitud cambia: la diversión se disuelve. Algo se tuerce y hace que apriete esa ridícula mandíbula de superhéroe que tiene. Las cejas, cada vez más fruncidas, gritan: *¿Qué cojones?*

Jack Smith siempre es obstinado y peculiarmente ilegible, pero ahora mismo puedo asegurar que está *cabreado*. Quiere insultarme. Masacrarme. Darse un festín con la tierna médula de mis huesos.

Pero no hace nada de eso. Su expresión cambia de nuevo, esta vez a una cortés inexpresividad, mientras me ofrece la mano. No tengo más remedio que estrechársela.

—Doctora Hannaway —dice con esa voz prodigiosa que tiene y que me resulta inquietantemente familiar. Su piel está fría, a temperatura he-venido-andando-por-las-calles-de-Boston-sin-guantes-en-enero. Tiene las manos callosas. Dan miedo—. Gracias por su interés en unirse al MIT.

—Doctor Turner —logro decir con un nudo en la garganta.

—Smith-Turner.

La corrección me sienta como un puñetazo en el esternón. No puede ser. Jack Smith y Jonathan Smith-Turner *no* pueden ser...

—Pero llámame Jack.

... la misma persona.

—La doctora Hannaway se hace llamar Elsie, *Jonathan* —dice Monica con aires de superioridad.

Jack ignora su tono.

—Elsie —repite, como si lo dijera por primera vez. Como si no hubiera pronunciado mi nombre anoche, en la única partida del Go que no he ganado en años.

Mierda.

Espero a que uno de los dos confiese que ya nos conocemos, pero es en vano. Mi boca permanece cerrada. La suya también. Sus ojos marrones permanecen fijos en los míos, y me siento atrapada, como una libélula exótica.

Esto está mal. Jack Smith es profesor de Educación Física. Greg me lo dijo cuando nos encontramos en la cafetería para planear nuestra historia. ¿Verdad?

—Y tengo un hermano. Tres años mayor que yo —dice Greg mientras deja su taza en la mesa—. No le voy a decir que te he contratado, pero es muy agradable, a diferencia de... bueno, mis otros parientes.

Asiento, tecleando Hermano en una nota del móvil. Cercano, añadido.

—¿Me podrías decir su nombre y contarme algo sobre él?

—¿Algo sobre Jack?

—Sí, algo sobre lo que pueda hablarle cuando nos veamos. En una situación tipo «Greg me ha hablado mucho de ti. Eres hipoterapeuta, ¿verdad? Y sé que te encanta tallar jabón. Por cierto, qué bonito que conocieras a tu esposa escalando el Machu Picchu».

Greg niega con la cabeza.

—Jack no está casado.

—¿Tiene pareja?

—No. No suele salir con muchas chicas.

Levanto una ceja y Greg vuelve a negar con la cabeza.

—No es que sea como yo. Tiene... amigas, mujeres con las que... Pero deja siempre muy claro que no le interesa tener una relación.

Asiento. ¿Un casanova? Uf.

—¿Tu madre no lo acosa con que tiene que sentar la cabeza como hace contigo?

—Es complicado. —La expresión de Greg casi diría que denota culpabilidad—. Pero no, a mamá le da un poco igual lo que haga. Veamos, algo sobre Jack... —Tamborilea con los dedos—. Da la impresión de ser un poco tosco, como si lo único que le importara fuera su trabajo, pero... es

simpático. Amable. Por ejemplo, fue la única persona que asistió a mi recital de Jesucristo Superstar cuando iba al instituto. —Suspira—. Hacía el papel de Pedro.

—¿La única persona de tu familia?

—La única persona del público. Aplaudió mucho. —Se encoge de hombros—. Y es un friki muy inteligente. Le gustan los juegos de mesa. Hace poco que ha vuelto a Boston, antes estaba en California.

—¿En qué sector trabaja?

—Educación. Fís...

Un fuerte sonido procedente de una mesa cercana nos sobresalta. Es una niña pequeña que está dando golpes con el puño en la mesa mientras le grita a su madre: «¡Plátano no; galleta!».

«Cariño, estos días has estado enferma.»

«No estoy enferma. Solo...» De repente, se dibuja un charco de vómito en la parte delantera de su camiseta.

Greg y yo intercambiamos una mirada antes de continuar con nuestra conversación:

—También, em... le gusta hacer deporte con sus amigos. Cosas así.

Asiento y apunto: «Profesor de Educación Física. ¿Monopoly? ¿Gym bro? No es el objetivo. Irrelevante».

Hasta ahora.

De repente, Jonathan Jack Jesucristo Superstar Smith-Turner, que juega a juegos de mesa y trabaja en algo que empieza por fís- y que definitivamente no es educación física, es relevante de cojones.

Es imposible. Es demencial. Esto debe de ser una cámara oculta. La teoría de la relatividad general era cierta: he viajado en el tiempo hasta principios de los 2000. Las cámaras y el tío Paul están escondidos detrás de esa pretenciosa maceta de helechos que hay en la esquina. La entrevista es un montaje. Mi vida entera es un chiste.

—Oye, Jack —dice Volkov desde detrás de mí con un acento de Europa del Este extremadamente marcado—, ¿por qué un fotón no puede hacerse una pizza?

—Porque no tiene masa —murmura Jack, con los ojos clavados en mí.

Tiemblo de frío y de calor mientras los demás se ríen. Como de costumbre, Jack es inaccesible; no tengo ni idea de lo que le está pasando por la cabeza. Como de costumbre, siento que me está arrancando la piel como si fuera una mandarina y que puede ver todas mis partes blandas, secretas y ocultas.

¿Cómo de dolorosa será mi muerte a manos de Cece si le vomito el vestido?

—¿Reserva del MIT? —La recepcionista sonríe—. Si me siguen, los llevo a su mesa.

Me doy la vuelta con torpeza, como si vadeara la corriente. Mi mente no para de dar vueltas. Así que Jack es físico (mal). Experimentalista (mal). *El* experimentalista (mal). Quiere contratar a un tal George (mal). Me conoce como la bibliotecaria con la que sale su hermano (mal). Nunca le he caído bien (mal). Cree que me he inventado lo del doctorado (muy mal) y que estoy timando al MIT para que me contraten (fatal).

—No dejes que te afecte —me susurra Monica al oído.

—¿Q-qué?

—Jonathan se te ha quedado mirando como si estuvieras tratando de colar una botella de champú en el control de seguridad. Está claro que es uno de sus juegos de poder. Ignóralo.

Mierda, ¿y si me delata ante Monica? ¿O ante Volkov? Ay, Dios, ¿voy a tener que explicarles a mis futuros compañeros a qué me dedico en mis ratos libres? ¿Voy a tener que contarles lo de Faux? Apuesto a que el *filet mignon* combina maravillosamente bien con las anécdotas de un cobrador que amenazó con destrozarme las rótulas.

—Vale—. Sonrío débilmente.

Según mis cálculos, estoy de mierda hasta el cuello.

Hasta la barbilla diría incluso. Y subiendo.

Monica se da cuenta de que me voy a sentar lejos de Volkov y dice:

—Aquí hay una corriente de aire terrible. ¿Puede alguien cambiarse conmigo? Elsie, ¿te importaría?

Empieza el juego de la silla. Va maniobrando hasta conseguir que esté entre ella y Volkov. Excelente. ¿Qué es menos excelente? Que Jack está justo enfrente de mí. Su cuerpo es el doble de ancho que el del

experimentalista que hojea el menú a su lado. Me mira como si yo fuera una granada y él estuviera a punto de quitarme las semillas.

Intento pensar de qué manera esta entrevista podría haber empezado de forma menos propicia y no se me ocurre nada. Quizá si Godzilla hubiese entrado en el restaurante y se hubiera zampado el centro de mesa hecho con orquídeas.

Miro hacia la entrada. ¿No estará Godzilla a punto de...?

—¿Dónde estás actualmente, Elsie?

Giro la cabeza hacia Jack. Su mirada está puesta en mí y solo en mí, como si estuviéramos solos en el local. En Boston. En el supercúmulo de galaxias Virgo.

—No... no entiendo la pregunta.

—Tu lugar de trabajo. Si es que trabajas actualmente.

Se me encienden las mejillas.

—Doy clases en las universidades de Boston, Emerson y UMass Boston.

—Ah. —Llena mundos enteros con ese único sonido, ninguno de los cuales me interesa descubrir—. Refréscame la memoria, ¿la UMass está clasificada como una institución de nivel uno en materia de investigación?

Mis fosas nasales se ensanchan. Recuerdo lo que siempre dice mi madre («Pareces un cerdito cuando haces eso») y hago un esfuerzo consciente por relajarme.

—De nivel dos.

Jack asiente como si no lo supiera ya de antes y da un sorbo de agua como si nada. Me pregunto qué pasaría si le diera una patada por debajo de la mesa.

—Debería trasladarse a una institución de nivel uno, doctora Hannaway.

—Volkov me lanza una mirada de padre preocupado—. Es que no hay punto de comparación. Más recursos. Más fondos.

No me digas.

—Así es, Dr. Volkov.

—¿Y eres profesora titular ahí, Elsie? —pregunta Jack.

—Adjunta. —Juro que al final voy a tener que darle una patada. En las pelotas. Es el único uso aceptable que puedo hacer de mi pie.

—Qué envidia me dan los adjuntos —murmura Volkov, distraído, mirando la página de entrantes—. Tienen libertad de movimiento. Flexibilidad. Eso mantiene el espíritu joven.

Me obligo a dibujar una sonrisa.

—Mucha flexibilidad, sí.

Ofrecerme a reenviarle los artículos de opinión quincenales que publica el *Atlantic* en los que se explica que somos la clase baja del mundo académico me parece de mala educación, así que, en silencio, le deseo que algún día tenga un enorme cálculo renal de esos que no se dignan a salir solos.

—¿Y dónde te sacaste el doctorado? —pregunta Jack.

—En la Northeastern.

—Vaya, en la Northeastern. —Asiente, pensativo—. Buena universidad. Una amiga mía trabajaba ahí.

—Ah. ¿En el Departamento de Física?

—No. En el de Biblioteconomía.

Una oleada de calor me invade. *¿Me está queriendo decir...?*

—Jonathan, te envié el currículum de la doctora Hannaway por correo, junto con varias de sus publicaciones —le dice Monica con tono dulce—. ¿No te llegó?

—Quizá acabó en la carpeta de *spam*. —No me quita los ojos de encima—. Mis disculpas, doctora Hannaway.

Cruza los brazos sobre el pecho y se echa hacia atrás, preparándose para estudiarme a su antojo. Lleva una camiseta panadera color verde oscuro, a pesar de que estamos en un restaurante de lujo. Va mal vestido, *otra vez*, como si su marca personal fuera ser el típico lumbersexual de Instagram y no pudiera arriesgarse a ser visto en público con ropa formal.

—¿Tienes hermanos?

¿A dónde coño quiere llegar con esto?

—Dos.

—¿Hermanas?

—No.

—Qué raro. Te pareces mucho a alguien con quien salía mi hermano. Creo que se llamaba... —Da golpecitos en la mesa con el dedo—. Lástima,

no logro recordarlo.

Me ruborizo y miro a mi alrededor con cara sospechosa. La mayoría están demasiado ocupados decidiendo en qué plato gastar los fondos del departamento como para prestar atención. Entierro la cara en el menú y respiro hondo. *Ignora a Jack Smith. Jack Turner. Jack Smith-Turner. Ni se te ocurra montar en cólera y apuñalarle con el tenedor de la ensalada.*

En realidad, lo que necesito es explicarle la situación. Decirle que no soy una estafadora para que me deje en paz. Sí, tengo que...

—Jack, ¿cómo va el experimento con el cristal líquido nemático ferroeléctrico? —pregunta alguien desde el otro extremo de la mesa.

—Muy bien. Tan bien que estoy considerando tomarme una excedencia. —Se toca la barbilla de forma teatral—. Pasarme un par de años de mochilero, tal vez.

Volkov se ríe.

—¿No ha habido suerte, entonces?

—No. —Frunce el ceño—. Algo estamos haciendo mal, pero no sé qué. ¿Qué tal Rusia en esta época del año, Sasha?

Más gente se ríe.

—Si sientes que debes dejarnos, ¿quiénes somos nosotros para impedírtelo? —murmura Monica.

Miro la sección de ensaladas con el ceño fruncido: ¿qué hace Jack pasando de ser un gilipollas integral a un pobre hombre que se desprecia a sí mismo?

—Venga, Jack. Seguro que al final darás con la solución. Ya sabes que en la física experimental... hay que tener una experi-*mentalidad* positiva. —Volkov se ríe de su propia broma—. Lo mismo con la física teórica. ¿No te pasa que a veces teor-*roriza* pensar que nunca darás con la solución, doctora Hannaway?

Ríete, me ordeno. Sé encantadora. Sé cordial. Da lo mejor de ti.

—Sin duda —contesto.

—Esa ha sido buena —le concede Jack—. Sasha, ¿has oído la de la novia de Schrödinger?

Volkov se frota las manos.

—¡No, cuéntame!

—Es mi preferida. La novia de Schrödinger es a la vez bibliotecaria y físi...

Cierro el menú de golpe por la rabia y la vergüenza. ¿Estoy sufriendo un ataque de ira? ¿Me sangra la nariz?

—Discúlpenme un momento. —Me pongo en pie, obligándome a sonreír a Monica y Volkov. Necesito aire. Necesito recomponerme. Necesito un segundo para pensar en este lío sin que Jack se esté metiendo conmigo—. Antes he acariciado a un perro. Me lavo las manos y vuelvo enseguida.

Volkov parece complacido por mi repentina preocupación por la higiene.

—Sí, sí, buena idea. Más vale *enjabonar* que curar. —Se ríe como si hubiera inhalado óxido nítrico.

Me encantan los juegos de palabras, de verdad, pero no cuando la única oportunidad que tengo de obtener libertad financiera está siendo sabotada por el malvado hermano de mi novio falso.

Ya me he alejado varios metros cuando la voz de Jack me revuelve el estómago.

—Ahora que lo pienso, yo he acariciado a un gato. Creo que haré lo mismo que la doctora Hannaway.

Los aseos están en la otra punta del restaurante, al final de un largo pasillo con poca iluminación decorado con ficus y fotos monocromáticas de París. Yo he sido la primera en dirigirme hacia ahí, por lo que debería tener una ventaja considerable, pero Jack me alcanza en unos pocos pasos, sin ni siquiera dignarse a mostrar una leve falta de aliento.

Me preparo para que diga algo taimado y ofensivo. Será mi excusa para ponerle la zancadilla. ¿Quién necesita sexo cuando puedes ver cómo Jack Smith se come el suelo? Pero, en vez de eso, guarda silencio. Camina a mi lado con una indiferencia manifiesta, como si no tuviera preocupación alguna. «Es uno de sus juegos de poder», ha dicho Monica antes, y yo aprieto los dientes. Me frustra no tener ningún poder que llevar a la mesa. Si consigo este trabajo, le haré la vida imposible: le meteré el instrumental de trabajo en gelatina, me cortaré las uñas en su mesa, le lameré el borde de la taza cuando esté resfriada, le echaré chinchetas en la...

Llegamos al final del pasillo. Abre la puerta de la izquierda (la del baño de hombres) y yo me dirijo a la derecha (hacia el de mujeres). Por fin me

libro de él. Salvo que justo entonces cometo un grave error: me doy la vuelta para echar un último vistazo lleno de resentimiento, y Jack sigue ahí de pie. Con cara de estar esperando algo.

Mantiene la puerta del baño abierta.

Exhalo una risa grave y confusa. ¿Es una invitación? ¿A entrar en el baño de hombres? ¿A qué, a sentarnos en los urinarios y tomar un té con pastas? ¿Está mal de la cabeza?

No. Yo estoy mal de la cabeza. Porque, por razones que normalmente justificarían la necesidad de un escáner cerebral y exhaustivas evaluaciones neuropsicológicas, accedo. Miro de soslayo a mi alrededor para asegurarme de que no venga ningún rector del MIT por el pasillo y entro.

El baño está desierto. No hay nadie que pueda presenciar mi locura. El lugar apesta, como si alguien hubiera ido al gimnasio y después hubiera metido la entrepierna en un cubo de desinfectante con aroma a cítricos. Se oye el repiqueteo de un grifo que gotea y el reflejo de mi cuerpo en el espejo es una mentira: esa esbelta mujer con el vestido de tubo está demasiado nerviosa, demasiado furiosa, demasiado roja para ser la dulce Elsie Hannaway a quien tanto le gusta ser complaciente.

Me doy la vuelta. Jack se ha quedado junto a la puerta, estudiándome, evaluándome, viviseccionándome. Empiezo una cuenta atrás en mi mente. Cinco. Cuatro. Cuando llegue a uno, voy a explicar la situación. En un tono calmado y con dignidad. Le diré que ha habido un malentendido. Tres. Dos.

—Enhorabuena —dice.

¿Eh?

—Por lo del doctorado.

—¿C-cómo?

—Un logro digno de mención —continúa serio, tranquilo—, dado que hace menos de veinticuatro horas ni siquiera te estabas sacando uno.

Suelto un fuerte bufido.

—Mira, no es lo que...

—¿Vas a dejar tu puesto en la biblioteca o piensas tener dos trabajos a la vez? Me preocuparía tu horario, pero he oído decir que ser física teórica a menudo solo consiste en mirar al vacío e ir anotando algún símbolo matemático de vez en cuando.

—No. La física teórica *no* va de eso y... —Cierro los ojos. *Cálmate. Sé razonable. Esto se puede arreglar con una simple conversación*—. Jack, no soy bibliotecaria.

Sus ojos se abren de par en par fingiendo sorpresa.

—No me digas.

—Soy física. Me doctoré hace un año.

Se pone serio. Se acerca y me siento como un gnomo de jardín.

—E imagino que Greg no tiene ni idea.

—Sí que lo sabe. Se... —Espera. No. Nunca le he contado a Greg lo de mi doctorado. Era irrelevante—. Bueno, vale, no lo sabe, pero es porque...

—Le has estado mintiendo.

Me pilla por sorpresa.

—¿Mintiendo?

—Estás jugando sucio con mi hermano. Finges ser alguien que no eres. No sé por qué, pero si crees que voy a permitirte seguir...

—¿Qué? No. Eso no es... —No puedo creer que la conclusión a la que haya llegado sea que soy una *catfish*. ¡Sí, hombre, ¿y qué más?!—. Greg me importa.

—¿Por eso le ocultas cosas?

—¡Yo no le oculto nada!

—¿Por eso cuando te desmayaste en mis brazos me rogaste que no se lo dijera?

Hago una mueca.

—No me desmayé *en* tus brazos, solo *cerca* de tus brazos, y eso fue... ¡Simplemente no quería molestarlo!

—¿Y cómo es que no sabías que se iba de viaje? —me pregunta con frialdad. La idea de que yo esté tratando mal a su hermano lo hace enfurecer—. No parece importarte averiguar de qué va su trabajo. Cuáles son sus problemas. Cómo es su vida.

—¡Pues igual que el resto de tu familia!

—Cierto. —Frunce el ceño—. Pero irrelevante.

Estoy a punto de pasarme la mano por la cara, pero entonces recuerdo lo que me ha dicho Cece: «Si te destrozas el maquillaje voy a pincharte con un palo como si fueras un kebab». Por Dios, voy a tener que explicarle a Jack

el concepto de tener citas falsas. No se lo va a creer... Los hombres con voz de barítono y tatuajes que saben lucir una barba de tres días *no* son el público objetivo de Faux. Jack probablemente tiene a cientos de mujeres haciendo cola para tener la oportunidad de estirar los músculos isquiotibiales con él, ya ni hablemos para tener una cita. ¿Y qué posibilidades hay de que no se aproveche de esa información para usarla en mi contra durante la entrevista? Cero.

—Escucha, sé que *parece* que le esté mintiendo a Greg, pero no es así. Todo tiene una explicación.

—¿Y cuál sería?

—Pues bien, es que... —Mi cerebro tartamudea y luego se congela al caer en algo: si le cuento a Jack lo de hacer de novia falsa, no solo me estaré delatando a mí misma, sino también a Greg.

Sí, Jack y Greg tienen una relación cercana. No, Greg no le ha hablado a Jack de Faux, y no me corresponde a mí hacerlo. Podría evitar decir *por qué* Greg ha decidido contratarme, pero ¿qué más daría? Jack ya sabría que Greg oculta algo. Que hay algo que sonsacar, que investigar, y...

—Es que no sé cómo se lo va a tomar mi familia. —Greg se frota el ojo con la palma de la mano. Tiene cara de que le vendrían bien un masaje profundo y cuarenta horas de sueño—. Quizá reaccionen como unos completos gilipollas o quizá se lo tomen genial e intenten ser comprensivos y, en lugar de eso, acaben siendo demasiado invasivos. Prefiero no decírselo, por ahora. Prefiero que no sepan que hay algo que contar.

Recuerdo las palabras de Greg mientras levanto la vista. Los ojos oscuros de Jack están serios. Expectantes. Inflexibles.

Prefiero lamer los urinarios que contarle mis secretos a este tío.

—Lo cierto es que no puedo explicarlo, pero...

Dos voces. Se escuchan dos hombres riendo, pasos que se acercan al baño. Ambos nos giramos hacia la entrada.

—Viene alguien —comento innecesariamente.

Mierda. ¿Y si es alguien de nuestro grupo? Lanzo una mirada de pánico hacia Jack, esperando encontrar una expresión de regodeo. En lugar de eso, su cara adquiere un aspecto de preocupación. Parece que está calculando algo, y entonces ocurren cosas que *no* me esperaba.

Levanta una mano enorme. Me empuja hacia el cubículo más próximo. ¿Quiere esconderme?

—¿Qué estás...?

—Rápido —ordena.

—¡No! No puedo meterme en...

Debo de quedarme dudando demasiado tiempo, porque las manos de Jack se cierran en torno a mi cintura. Me levanta sin esfuerzo, como si pesara menos que una partícula de Higgs, y me lleva al interior del cubículo. Deja que apoye los pies en el borde del retrete. Mi cerebro se queda en blanco. Cero pensamientos. La cabeza completamente vacía. Y no tengo ni la menor idea de lo que está pasando. ¿Qué coño está...?

La puerta del cubículo se cierra.

La puerta del baño se abre.

Entran dos hombres, discutiendo sobre la supremacía cuántica.

—¿... la corrección de errores por el número de cúbitos?

—No. El comportamiento del sistema cuando se acelera es errático.

¿Cómo se explica eso?

Mierda. Mierda, *mierda*.

—Cálmate —me susurra Jack contra el oído, como si supiera que está a punto de estallarme un aneurisma.

—Son de la mesa del MIT —murmuro en voz baja.

—Shh. —Sus manos gigantes me aprietan un poco más, como para contenerme y evitar que entre en pánico. Abarcan toda mi cintura. Nuestra diferencia en cuanto a tamaño se sitúa entre lo absurdo y lo obsceno—. Relájate.

Me estoy mareando.

—¿Por qué estoy subida al retrete?

—He supuesto que preferirías que el doctor Pereira y el doctor Crowley siguieran charlando sobre superpolinomios de velocidad en vez de fijarse en

los tacones que se asoman por debajo de la puerta del cubículo. ¿He hecho mal?

Cierro los ojos, mortificada. Esta no es mi vida. Soy una científica exigente con ideas perspicaces sobre tecnología espintrónica, no esta patética criatura que se aferra a los hombros de Jonathan Smith-Turner desde encima de una letrina.

¿A quién quiero engañar? Esto es totalmente propio de mí. Siempre me pasan desgracias, cosas improbables y que atentan contra mi dignidad.

—Relájate —repite Jack, toscamente tranquilizador.

Estamos demasiado cerca. Quiero que su aliento huela a ajo y chucrut, pero es un aroma con un toque mentolado y de una agradable calidez. Quiero que su piel huela a algo ridículo, a mousse bronceadora de mango, pero mi nariz solo logra percibir algo agradable, limpio, bueno. Quiero que la manera en la que me sujeta me incomode y sea digna de darle un rodillazo en la garganta, pero es exactamente como necesito que sea para no resbalar y caerme en el váter.

—Estate quieta.

—No me estoy... —Pereira y Crowley siguen hablando de física (no me puedo creer todo el jaleo que se ha montado por la transformada cuántica de Hadamard) con el sonido de un chorrito de fondo. Madre mía, están meando. Estoy escondida, escuchando a uno de los mayores expertos en neutrinos solares *mear*. Esto ya no lo voy a poder borrar de mi mente, ¿verdad?

—Elsie. —Los labios de Jack rozan mi pómulos—. Relájate. Se irán en cuanto terminen y podrás volver a la mesa. Podrás seguir riéndole las gracias a Volkov hasta que vote por ti. Y también podrás contar unas cuantas mentiras más.

—No estoy mintiendo. —Me aparto y nuestros ojos quedan al mismo nivel. El fragmento azul en medio de ese color marrón tan profundo resulta frío, extraño, bonito—. No te lo puedo explicar, pero... no es lo que crees. Es... diferente.

—¿De qué?

—De la forma en que tú crees que es.

Asiente. Nuestras narices casi se rozan.

—Muy elocuente, sí señora.

Pongo los ojos en blanco.

—A Monica le encantará saber de tu identidad secreta como bibliotecaria.

—¡No! —Apenas logro mantener la voz baja—. *Por favor*, llama a Greg antes de hablar con Monica. Él te lo explicará.

—Claro que sí, pero resulta que no puedo ponerme en contacto con él mientras está en su retiro, y no vuelve hasta después de que finalice tu entrevista.

Mierda. Me había olvidado de Woodacre.

—Debe de haber una manera de contactar con él. Podrías decirle que es una emergencia. Que, em... ¿se dejó la luz del porche encendida? Y necesitas el código de la alarma para apagarla. Hay que cuidar el medioambiente.

—No.

—Por favor. Al menos...

—No.

—Estás siendo totalmente irrazonable. Lo único que te pido es que...

—¿Qué piensas de la chica esta? Hannaway, ¿no? —pregunta una de las voces.

Ambos centramos nuestra atención en ellos al instante.

Grave error, claramente.

—Tiene un currículum muy bueno. Sus teorías sobre los cristales líquidos bidimensionales son interesantes.

—Recuerdo haber leído un artículo suyo el año pasado. Me impresionó mucho. No tenía ni idea de que fuera tan joven.

—¿Verdad? Hace que uno se pregunte cuánto de lo que ha conseguido es en realidad mérito de su mentor. —Se escucha un vago sonido por parte del otro interlocutor que indica que está de acuerdo. Aprieto las manos sobre los hombros de Jack. *Nada*, quiero gritar. *Esas teorías son mías*—. Es joven y guapa. Lo que significa que en un par de años se quedará embarazada y tendremos que impartir nosotros sus clases.

Es como si me dieran un puñetazo en el esternón, hasta el punto de que casi resbalo de culo contra el váter. Jack me detiene con una mano entre los

omóplatos. Se le contrae el brazo alrededor de mi cintura. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera tan disgustado como yo. Pero no lo está. No puede estarlo, porque Pereira, o quizá Crowley, añade:

—Da igual. Votaré por la recomendación de Jack. Él tiene influencia, y odia a los teóricos.

—¿Tú crees? Ah, claro. Me había olvidado del artículo aquel que escribió.

—Fue brutal, tío. Y para partirse. No me gustaría estar en su contra.

Se enciende un secador de manos que amortigua el resto de la conversación. Jack sigue abrazado a mí, mirándome fijamente, con nuestras frentes casi tocándose. Mis uñas se clavan en su pecho, hecho de una mezcla de granito y kevlar, diseñado especialmente por un grupo de experimentalistas para desprender calor. Es una manta pesada viviente, y...

Le odio.

Nunca he odiado a nadie: ni a J. J., ni al profesor de apreciación Cinematográfica 101 que casi me suspende por decir que *Crepúsculo* es una obra maestra infravalorada. Ni siquiera a mi hermano Lucas, que me hizo creer que era adoptada durante más de seis meses. Tengo modales, soy discreta y me adapto fácilmente a las situaciones. Me llevo bien con la gente: les doy lo que quieren y lo único que pido a cambio es no caerles mal.

Pero Jack Smith...

El puto Jonathan Smith-Turner de los cojones...

Lleva siendo hostil, desagradable y desconfiado desde el día que nos conocimos. Se ha pasado mi especialidad por el culo, ha destruido a mi mentor y ahora se interpone entre mis sueños y yo. Por todos estos motivos, ha perdido el privilegio que concedo a todo ser humano: tratar con la Elsie que quiere.

Va a conocer a la Elsie que a mí me dé la gana ser. Y esa Elsie está cabreada.

—Quiero este trabajo, Jack —digo en voz baja mientras el secador de manos sigue funcionando. En realidad, *necesito* este trabajo, pero bueno, cosas de la semántica.

—Ya lo sé, Elsie. —Su voz es grave y ronca—. Pero yo quiero que se lo den a otra persona.

—Ya lo sé, *Jack*.

—Entonces parece que hemos llegado a un callejón sin salida, *Elsie*. —Pronuncia mi nombre despacio, con cuidado. Como siga así, voy a inclinarme hacia delante y a morderle esos malditos labios hasta que sangren.

No, no lo voy a hacer, soy demasiado buena persona.

O quizá no tanto.

—No te conviene meterte conmigo —susurro.

—Ay, Elsie. —Sigue agarrándome con delicadeza a pesar de que estamos al borde del equivalente académico a una guerra nuclear—. Creo que eso es exactamente lo que voy a hacer.

El secador se apaga y da paso al silencio, lo cual me salva de cometer una agresión con agravantes.

—Se han ido —digo—. Suéltame.

Se le tuerce la boca, pero me deja en el suelo con un absurdo movimiento, a lo *Dirty Dancing* pero al revés. Sus manos se quedan unos segundos más en mi cintura, pero, en cuanto me suelta, salgo corriendo del cubículo con los tacones resonando sobre las baldosas. Casi me caigo. Al alejar la nariz de Jack y su aroma, el hedor de ese sitio me golpea de nuevo. Me giro hacia él.

—Habla con Monica si quieres —digo marcándome un farol—. Ya verás lo que pasa después.

—Lo haré, no lo dudes. —Está claramente a punto de sonreír, como si cuanto más me enfado, más se divertiera. Un círculo vicioso sin fin que solo puede terminar conmigo metiéndole la cabeza en la taza del inodoro.

—Al fin y al cabo, es mi palabra contra la del tío que se dedica a ir contra los teóricos desde hace una década.

Se encoge de hombros.

—Puede ser. O quizá sea la de un físico contra la de una bibliotecaria.

Me burlo de lo que ha dicho y me dirijo hacia la puerta, confiando de repente en los zancos que llevo en los pies, decidida a no aguantar su presencia ni un segundo más. Sin embargo, cuando llego a la puerta, algo se

remueve en mi interior. Vuelvo la cabeza hacia él, que está allí de pie como si fuera el K2, estudiándome con el ceño fruncido, como si estuviese ante una oruga exótica a punto de transformarse en crisálida.

Dios, espero que le salga acné purulento en el culo durante el resto de su vida.

—Sé que te caigo fatal desde que nos conocimos —espeto.

Se muerde el interior de la mejilla.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Y sabes qué? Me la suda si no te caí en gracia cuando me conociste, porque yo llevo odiándote desde mucho antes. Te odio desde que oí tu nombre por primera vez. Te odio desde que tenía doce años, cuando leí en la *Scientific American* lo que habías hecho. Te odio más, desde hace más tiempo y por más motivos.

Jack ya no parece divertirse tanto. Esto es nuevo para mí: hablarle a los demás desde el yo que soy realmente. Es nuevo, diferente y raro, y me encanta.

—Se me da muy bien odiarte, Jack, así que esto es lo que voy a hacer: no solo voy a conseguir este trabajo, sino que cuando seamos colegas en el MIT, voy a asegurarme de que cada vez que me veas desees que sea George. Voy a hacer que te arrepientas de todo lo que has hecho. Y voy a hacerte la vida tan imposible que te arrepentirás de haberte metido conmigo, con Monica y con la física teórica. Seguiré hasta que acabes llorando en tu despacho cada mañana y, finalmente, pidas perdón a la comunidad científica por lo que hiciste.

Ahora sí que no se está divirtiendo lo más mínimo.

—¿De verdad? —pregunta. Frío. Cortante.

Esta vez soy yo quien sonrío.

—Ya lo creo, *Jonathan*.

Abro la puerta. Salgo del baño.

Y evito mirarlo el resto de la noche.



4

ENTROPÍA

—Vale, a ver. Solo para que me quede claro. Tú, Elsie soy-alérgica-a-los-cacahuètes-pero-aun-así-me-comí-el-bizcocho-que-había-hecho-la-señora-Tuttle-porque-no-quería-herir-sus-sentimientos-¿has-visto-mi-inyección-de-epinefrina? Hannaway, le dijiste a Jack Smith... ¿todo eso?

Me he quitado el vestido rojo de un tirón y no puedo evitar pasearme neurótica luciendo las medias hasta el muslo, la ropa interior de algodón a rayas y la bomba de insulina. Debería tener frío, pero la ira me quema por dentro, como el núcleo de plasma del sol.

—Es una alergia menor y la señora Tuttle es una anciana encantadora, además de nuestra casera. Y sí, le dije todo eso a Jack porque se lo merecía.

—No lo dudo. —Cece se tumba en el sofá y me observa como si esta crisis fuera el paradigma del entretenimiento. Eri se recuesta en su regazo con un brillo demoníaco en los ojos y una mirada de *schadenfreude*, claramente gozando de un subidón de serotonina gracias a mi inminente inmolación—. El artículo ese que escribió tuvo tanto impacto que se sigue recordando en todos los campos académicos. Incluso en lingüística. ¿Cómo es que posible que precisamente tú no supieras qué cara tenía?

Me froto los ojos. Mis dedos se manchan de negro.

—Estaba llevando a cabo un boicot académico.

—Quizá esa no haya sido la mejor de tus ideas.

—Si alguien escribiera un artículo falso diciendo que los adjetivos son una mierda, también boicotearías a esa persona.

—La estrangularía directamente. Y estoy orgullosa de ti porque por fin le has gritado a alguien, un gran hito en tu carrera. Pero mi pregunta es: ¿cómo vas a hacer —agita la mano— todo eso?

—¿Hacer qué?

—Dejar de ser una presa más del sistema de profesorado adjunto. Conseguir que te den el trabajo. Hacer que Jack se arrepienta del día en que nació. ¿Cuál es el plan?

—Ah, sí, claro. —Me quedo quieta. Me masajeo las sienes—. No tengo ninguno.

—Un plan sin fisuras.

La única respuesta que se me ocurre es darle una patada a la parte de arriba del aparador. Lo hago y acabo con el meñique del pie hinchado y cojeando.

—Nunca te he visto así, Elsie.

—Es que nunca me había sentido así. —Soy un Gran Colisionador de Hadrones: hay un montón de partículas atómicas chocando con furia entre ellas en mi cuerpo, acumulando la energía necesaria para carbonizar a Jack. O al menos cocinarlo un poco. No recuerdo la última vez que experimenté tantas emociones negativas—. Debería haberlo sabido. Siempre tuve un mal presentimiento sobre él, y anoche... Por eso es tan bueno al Go. Porque es físico. Será tonto del agujero negro...

—Qué insulto tan científico. Me parece fabuloso.

—Apuesto a que se expresa en Fahrenheit...

—Uf, no te pases.

—... y que en sus ratos libres va a la Abadía de Westminster para bailar sobre la tumba de Stephen Hawking...

—¿¡Hawking ha muerto!?

—... y ni siquiera se molestará en llamar a Greg para pedirle explicaciones, porque es un sádico, un egoísta y un ignorante de mierda...

—Elsie, cariño, ¿necesitas que estemos aquí contigo o deberíamos ir a nuestra habitación a llorar a Stephen?

Dejo de caminar. Cece y Eri me miran con la cabeza inclinada en el mismo ángulo.

—Lo siento —digo avergonzada.

—No te voy a mentir, es divertido verte despotricar. Estoy segura de que tiene grandes beneficios para la salud. Pero antes de que te saques un machete de la raja del culo y llesves a cabo una masacre, déjame decirte que este tal Smith-Turner no te va a hacer nada.

—Puede que no sea capaz de darme un rodillazo en la entrepierna o de envenenarme el té con un vial de sarampión, pero...

—Tampoco puede interferir en tu entrevista.

—Si Jack habla con Volkov o con Monica...

—Pfff... —Agita la mano—. No lo va a hacer.

—¿No lo va a hacer? —Entrecierro los ojos mirando a Cece. ¿Lo dice porque quiere tranquilizarme? No estoy segura, puesto que nunca he necesitado que alguien me tranquilizara así.

—En primer lugar, admitir que te conoce de un entorno no académico crearía un considerable conflicto de intereses. Lo obligarían a salirse del comité de contratación. Perdería la capacidad de influir en los otros miembros.

—Ah. —Asiento. Primero despacio, luego más rápido—. Tienes razón.

—Además, no te dedicas al contrabando de puros ni a organizar peleas de gallos. Le contaste una mentirijilla sin importancia sobre tu vida personal a un conocido con el que coincidiste de pasada. Jack no sabe si, por ejemplo, estás en un programa de protección de testigos. O si te explicaste mal cuando os presentaron. O si a Greg y a ti os van los juegos de rol en la cama y estáis escenificando uno fuera de vuestra habitación: tú finges ser una bibliotecaria en el cumpleaños de su abuela, él te da unos azotes con una estantería Billy de IKEA y todo acaba en orgasmos. Algo consensuado, sueco y, sobre todo, privado.

—Eso sería... bastante fuerte.

—He estado viendo series de HBO con la cuenta de la señora Tuttle. La cosa es que Jack no le va a decir una mierda a nadie. ¿Te imaginas si se plantara delante de Monica y empezara a darle detalles sobre tus relaciones románticas que él cree que deberían ser motivo de descalificación? RRHH

tendría un día movidito. ¿No has ido a ningún seminario de prevención del acoso?

—Son de asistencia obligatoria.

Cece entrecierra los ojos.

—Sí, pero ¿prestas atención o dejas que hablen de fondo mientras desconectas y te pones a hacer cálculo integral o a mirar fotos de platos llenos de queso en Pinterest? —Me sonrojo y aparto la mirada. Ella suspira —. He aquí un resumen: Jack no puede preguntarte sobre tu vida personal.

—Ya lo ha hecho.

—Pero no puede decírselo a los demás. Como diría un niño, sería de tontitos. Y, como diría un abogado, sería ilegal. Además, Monica, la presidenta que no se anda con tonterías, le daría una patada en los huevos. Parece totalmente predispuesta a dar patadas en los huevos.

Exhalo.

—Tienes razón. —Celebro mi alivio quitándome las medias. Pequeño milagro: no me he hecho ningún agujero—. Así que va de farol. Es todo fachada. Igual que yo.

—Sip. —Cece se muerde el labio, repentinamente apenada—. Con una pequeña diferencia.

—¿Cuál?

—Si su farol no funciona, sigue siendo profesor en el MIT. Si el tuyo no funciona...

Suelo un quejido y me dejo caer en el sillón.

—Si el mío no funciona, pasaré un año más en el pozo de los adjuntos. —Nada de tiempo para investigar. Estudiantes llamándome mamá e insistiendo en que un perro se han comido su ordenador. Insulina racionada. Y, por supuesto, cuanto más tiempo pase sin un puesto fijo, peor imagen voy a dar como candidata. Odio los círculos viciosos, y los que se dan en el mundo académico son los peores.

—¡Eh! —Cece viene a arrodillarse a mi lado y pone a Eri en mi pecho —. Está claro que Jack sabe que tienes posibilidades de conseguir el trabajo, o no intentaría intimidarte. Y Kirk me dijo que los científicos...

Me incorporo.

—¿Kirk? ¿El chico de Faux?

—Sí. —¿Se está sonrojando o es solo que hay poca luz? Necesitamos bombillas nuevas. También necesitamos dinero para comprar bombillas nuevas—. Me dijo que los científicos se vuelven malas personas cuando se sienten amenazados.

—Mmm... —¿Y si Jack realmente piensa que tengo más posibilidades que George? Reflexiono sobre el tema hasta que Eri se gira sobre su espalda y me clava las púas en la teta derecha—. Pienso meterte en una olla, hervirte y hacerme unos fideos udon con tu caldo —murmuro.

Cece frunce el ceño.

—¿Qué has dicho?

—¡Nada! Solo que... tienes razón. Gracias por tranquilizarme.

Sonríe y siento una oleada de afecto por ella.

—Ves, por eso los científicos necesitáis las humanidades. Os cuesta poner las cosas en perspectiva.

—Nosotros no...

—Además, sois vosotros, cabrones, los que estáis entrenando a las máquinas para crear robots que nos sustituyan. —Me da unas cuantas palmaditas en la cabeza—. ¿Se lo has contado al Dr. L.?

Vuelvo a soltar un quejido. Qué dura es la vida.

—Le he mandado un correo. Quiere verme en su despacho mañana por la mañana.

—¿Antes de dar tu clase de demostración? ¿No puede llamarte y ya?

—No le gustan los teléfonos.

—Vaya... Quisquilloso.

En realidad no. El Dr. L. solo quiere lo mejor para mí, y teniendo en cuenta todo lo que me ha ayudado, levantarme una hora antes es lo menos que puedo hacer. Bueno, dos horas, que el tráfico está como está.

Lo primero que hago en cuanto me pongo el pijama y la batamanta con la frase «Física: investigar por qué las cosas hacen movidas» es ponerme en contacto con Greg. Ya lo he intentado desde el Uber, después de pasarme la cena degradándome a mí misma y utilizando mi doctorado en física, que tanto me ha costado conseguir, para inventar juegos de palabras que le hagan gracia a Volkov. He ahí el origen de mi historia como villana. Me pregunto si Jack también habrá intentado llamar a su hermano, y pensarlo

me hace resoplar. Se nota que está convencido de que voy en busca de los fondos fiduciarios de los Smith, como una de las zorras del *reboot* de *Dinastía*. Probablemente haya llamado ya a su madre, que es una metomentodo, y al pervertido del tío Paul. A estas alturas ya deben de estar todos a punto de abalanzarse sobre Greg como tiburones.

Pero Greg está ilocalizable. Le envió un mensaje que no va a ver. Dejo el iPotorro a un lado y me pregunto si el móvil de Jack tendrá la misma pinta. Probablemente no. La próxima vez que lo vea, debería estampárselo contra la acera y así solucionarlo.

Vaya plan.

Con un suspiro, saco mi MacBook Pro de 2013. («Decrépito», lo llama Cece. Yo prefiero la palabra *vintage*. Aun así, el número de simulaciones informáticas de alto rendimiento que he podido ejecutar en el último año es cero.) En el amor y en la guerra todo vale, y aquí van a rodar cabezas. Por eso me permito algo no demasiado legítimo: investigar a la competencia.

La comunidad de físicos tiene un tamaño curioso: no es lo suficientemente pequeña como para que todos seamos íntimos amigos, ni lo suficientemente grande como para que no nos suene el nombre de alguien. Sobre todo si ese alguien es tan bueno como para llegar a la ronda final de una entrevista del MIT. Me pongo como ejemplo: mi salto a la fama, lo que me puso en el radar de Monica, fue mi tesis: un montón de fórmulas matemáticas que predicen el comportamiento de los cristales líquidos bidimensionales. Son materiales especiales, formados por una multitud de componentes, que tienen características propias de los líquidos, pero también de los sólidos; de movilidad y estasis; de caos y orden. Como yo, básicamente. Y lo que más me gusta de ellos es que la multitud de componentes que contienen puede que les haya llevado a desempeñar un papel clave en los orígenes de la vida, al contribuir a que se crearan las primeras biomoléculas de la Tierra.

Fascinante, lo sé. Ya veréis cuando llegue la adaptación cinematográfica.

Sin embargo, dio que hablar, porque lo que dijo Monica también es cierto: mi investigación puede tener infinidad de aplicaciones. Por mi trabajo, me dieron uno de esos premios *Forbes* CTIM que solo interesan a la gente que *no* trabaja en CTIM, y me entrevistaron en un par de podcasts

de esos que se descarga gente más allá de la familia del presentador. Uno de los artículos que publiqué en *Nature Physics* incluso apareció mencionado en la portada. Los grupos de investigación de la Northeastern empezaron a lanzarme miradas de envidia y dejaron de pedirme que les hiciera café, lo cual me pareció justo, ya que yo ni siquiera bebo café. Cece me regaló una camiseta donde ponía *Grandes mujeres científicas* con mi cara junto a las de Alice Ball y Ada Lovelace. Mis padres... Bueno, mi familia no reaccionó de ninguna forma cuando sucedió todo eso, ya que estaban ocupados con una auditoría fiscal o algo así. Pero el Dr. L., que es familia en casi todos los sentidos, me dio una palmadita en la espalda, me dijo que era la teórica más prometedora de mi generación y me aseguró que tendría muchas opciones al salir de la universidad.

Y en cualquier otra época, quizá habría tenido razón. Pero vivimos unos tiempos sin precedentes: congelación de las contrataciones, falta de financiación sistemática en la educación superior, preferencia por los contratos como adjuntos... Y hace unas semanas, cuando la reportera de *Forbes* se puso en contacto conmigo para escribir un artículo de esos que pretenden mostrar hasta dónde ha llegado alguien prometedor, tuve que decirle que no, que no había ningún error: llevaba meses sin publicar, mi investigación se había estancado y no había logrado conseguir un trabajo guay en una de las grandes instituciones. De hecho, tuve suerte de encontrar este trabajo, que podría describirse como que soy la *putita de la academia*.

Sin embargo, George el Gran Experimentalista... no tengo ni idea de cuál ha sido su salto a la fama, y no me suena de nada. Así que busco en Google al malo conocido: Jack. Tiene una entrada en Wikipedia (por una cuestión de principios, me niego a darle visitas) y una página en Google Académico (que me veo obligada a abrir, pero entre arcadas). Intento no prestar atención a lo mucho que tengo que bajar para llegar al final de su lista de publicaciones.

—Fantasma... —murmuro, y empiezo a buscar entre los coautores.

Encuentro a un Gabriel. Gayle. Giovanni. Gunner (¿en serio?). Georgina Sepúlveda, una superestrella de la física cuyo trabajo admiro desde hace años (quiero pensar que colaboró con Jack bajo coacción y que donó todas las ganancias a un refugio de animales). Al cabo de un minuto, me

encuentro con el escurridizo de George: George Green. Aparece en dos artículos de poco impacto, ambos recientes; ambos con Jack. Casi no hay rastro de él en internet, pero acaba de terminar su postdoctorado en Harvard y publica cosas sobre física en Reddit con su nombre real.

—¿En serio? —¿Están entrevistando a este tío? Sean cuales sean los hilos de los que Jack ha tenido que tirar para conseguirlo, pienso cortarlos uno a uno con mis tijeras de trinchar el pavo. Su mediocre vástago no tiene ninguna oportunidad.

Suena el móvil. Me sobresalto y contesto inmediatamente. Será Greg. *Por fin.*

—¡Hola! Te...

—Necesito tu ayuda.

Me trago un gruñido.

—Hola, mamá. —He cometido un error fatal.

—La situación es *grave*. Tienes que hacer algo con lo de tus hermanos.

Tras dos décadas y media de EPI, puedo afirmar con total seguridad que la Elsie que quiere mi madre es una androide. Una poderosa, flexible y con estabilidad económica. Alguien que ha saciado ya todas sus necesidades terrenales y vive en un estado de prosperidad perenne. Su principal objetivo es ganar puntos de prestigio para cuando la tía Minnie se ponga a presumir de que su hijo casi acaba la carrera de Derecho. ¿Su segundo objetivo? Intervenir cuando dos imbéciles deciden enzarzarse en peleas que duran meses por cosas que, hasta el día de hoy, han girado en torno a:

- quién se sentaba en el asiento delantero del coche
- quién se merecía el trozo de tarta que llevaba el patuco glaseado en el *baby shower* de la prima Jenna
- quién era más alto (son gemelos idénticos)
- quién era más guapo (ver punto anterior)
- cuál de los dos nació en el año en que, según el libro *Guinness World Records*, se registraron más ataques de pitones (¡ver punto anterior!)
- quién iba a elegir el nombre del perro (nunca hemos tenido mascotas)

Esta lista no es exhaustiva. Con los años, las rencillas han ido a peor, papá está cada vez más ausente y mamá depende cada vez más de mí para poner orden. «No eres la conserje de tu familia», me dice Cece una vez a la semana, pero hago todo lo que puedo para contentar a mamá, aunque de todas las Elsie que la gente quiere, la suya es la más falsa. Y la que está más arraigada. Al fin y al cabo, me ha costado sudor y lágrimas hacerla mía.

—¿Qué tal estás, mamá?

—Saturada. Lucas y Lance han vuelto a las andadas. Casi llegan a las manos después del partido de fútbol.

—¿Por el resultado?

—Por Dana.

Me froto la sien.

—Ambos acordaron dejar de salir con ella.

—Así es, pero Dana necesitaba que alguien la llevara no sé dónde.

—¿A quién llamó?

—A Lucas. Y Lance le pinchó una rueda. Los vecinos están empezando a mirarnos mal. Tienes que hacer algo.

—Ya lo hice, mamá. Hace dos semanas. Hace un mes. Hace tres meses.

—Llevo un tiempo organizando una especie de sesiones de mediación en el sótano de casa de mis padres para resolver conflictos. La mayor parte de ellas consiste en recordarles a mis hermanos que el asesinato es ilegal.

—Bueno, pues hazlo otra vez. Ven mañana.

El cuerpo entero se me tensa.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque... —No. Nada de confesiones. Es algo demasiado personal—. Estoy muy ocupada y con mucho estrés ahora mismo. El semestre acaba de empezar y... —¿Se lo digo? No debería. Pero tal vez le gustaría saberlo, ¿no?—. Estoy en mitad de un proceso de selección para un puesto de trabajo.

—Tú ya tienes un trabajo.

—Pero este es uno bueno.

—Tu trabajo *ya* es bueno.

Me planteo sacar a colación conceptos como la relatividad, la economía de pequeños encargos y la resistencia a la insulina.

—Este es aún mejor.

—Veamos, ¿para qué es?

—Para ser profesora.

—Así que pasarías de ser profesora a ser profesora.

Ni que decir tiene que no me molesto en contarles a mis padres lo delicada que es mi situación laboral. Ni... nada, realmente.

—Les llamaré mañana por la mañana, ¿vale?

Refunfuña durante cinco minutos más y me hace sentir culpable para así convencerme de que los llame esta noche, y luego pasa a quejarse de algo relacionado con desodorantes tóxicos que ha visto en Facebook. Cuelgo y veo que tengo una notificación. No es de Greg, sino de un tío que busca una novia falsa para una cita grupal que tiene el día de San Valentín. En ese mismo momento, decido echarle toda la culpa a Faux por el espectáculo de mierda que va a tener lugar esta noche y tiro el iPotorro al cesto de la ropa sucia.

«¿Cuál es el plan?», me ha preguntado Cece.

Tengo un total de cero ideas, lo que significa que voy a tener que aniquilar al puto Jack Smith-Turner de los cojones a la vieja usanza: siendo excepcionalmente buena en mi trabajo.

Suelto un suspiro profundo. Luego me pongo el viejo Mac sobre las rodillas, hago clic en la presentación que voy a hacer en la clase de muestra de mañana y practico hasta la extenuación.



CONSTANTE GRAVITATORIA

En la gran película de mi vida (una tragicomedia de bajo presupuesto) el papel del doctor Christophe Laurendeau lo interpretaría uno de esos actores franceses de la vieja escuela que suelen protagonizar las películas que le gustan a Cece. No creo que costara mucho encontrarlo: un hombre de rostro alargado que parezca a la vez severo y sabio, que solo lleve jerséis de cuello alto y que mantenga siempre un aspecto atractivo, incluso a sus bien entrados sesenta años, con el pelo ya gris ceniza y la piel arrugada y con manchas. Su despacho huele a manzanilla y a libros antiguos, y siempre que estoy aquí (vine a diario durante los cinco años que duró el doctorado y semanalmente desde que me licencié) hace lo mismo: alza el cuerpo, alto y esbelto, desde detrás del escritorio y, como si fuera mi primera vez en el campus de la Northeastern, me pide:

—Siéntate, por favor. En esa silla verde. —Su inglés siempre es perfecto, aunque su acento francés siga estando muy presente—. ¿Cómo estás, Elise?

He aprendido a pasar por alto que siempre se equivoque al decir mi nombre. En defensa del Dr. L., diré que me llamó Elise en nuestro primer encuentro y nunca me molesté en corregirlo. Pensé en pedirle que me llamara Elsie cuando me llevó a cenar después de defender mi tesis, pero no fui capaz.

Aparte de Cece, el Dr. L. fue el único ser humano que me brindó el reconocimiento que merecía por sacarme el doctorado. Una cuestión de circunstancias, me digo a mí misma. Después de que la pantomima de Smith-Turner casi acabara con su carrera, fui la primera discípula que tuvo en años, por lo que no tenía compañeros con los que compartir laboratorio. El grupo de investigación de físicos teóricos en la Northeastern no era lo bastante partidario de celebrar a las mujeres que trabajan en CTIM como para darme una cálida bienvenida. Y mi familia... no pudo hacer el trayecto de dos horas porque Lance tenía partido de la liga de adultos. Y, probablemente, porque nunca logré transmitirles bien lo que era el doctorado, aunque mamá me preguntó una vez si ya había terminado ese trabajo que tenía que entregar (es decir, mi tesis), lo cual me supo a victoria.

Así que el Dr. L. me llevó a un restaurante elegante, solo nosotros dos, donde la recepcionista me dirigió una mirada inquisitiva de *¿Hija, nieta o sugar baby?* Y cuando él me miró en medio de esa cena que costaba la mitad de mi alquiler mensual y me dijo: «Lo has hecho muy bien, Elise. Estoy orgulloso de ti», la chispa de iniciativa se apagó. Si contaba con la aprobación del Dr. L., podía llamarme como quisiera.

Y esa es la historia de mi tesis doctoral: sustentada por el nombre de otra persona.

He llegado a la conclusión de que Elise es la Elsie que el Dr. L. quiere: una brillante física teórica con un trabajo ilustre que le hará ganarse la admiración de la comunidad científica. Y aunque puede que todavía no sea esa persona, es quien aspiro a ser.

Lástima que su existencia le venga tan mal a ese otro tío.

—Jonathan Smith-Turner. —La boca del Dr. L. es una línea recta y fina. Sus ojos están llenos de dolor—. Es un desgraciado.

Asiento con la cabeza.

—La gente como él ensucia el nombre de la física y el mundo académico.

Vuelvo a asentir.

—Está claro qué tienes que hacer ahora.

Asiento de nuevo, totalmente de acuerdo en todo lo que dice.

—Evidentemente, debes retirar tu solicitud.

Espera un segundo. Tal vez no esté tan de acuerdo.

—¿Retirar... mi solicitud?

—No puedo permitir que trabajes en el mismo departamento que ese *animal*.

—Pero... —Me rebullo y me inclino hacia delante. Demasiada elegancia y aplomo—. Necesito ese trabajo.

—Ya tienes un trabajo.

—No puedo estar un año más como adjunta.

—Pero eres profesora adjunta. Deberías estar *orgullosa* de tener este empleo.

Durante el doctorado, esperaba graduarme y luego dedicarme exclusivamente a la investigación. Esos puestos suelen estar mejor pagados que los de profesora adjunta, incluyen seguro médico y una cantidad maravillosamente reducida de correos electrónicos de estudiantes informando de la muerte de su sexto abuelo en un mismo semestre. Como alguien con... como sea que se llame lo contrario a la vocación por la enseñanza, parecía la opción más obvia. Mi pasión, mi alegría, mi talento... todo encajaba en tres simples palabras: cristales líquidos bidimensionales.

Laurendeau no estuvo de acuerdo. Dijo que los puestos únicamente de investigación no son lo bastante prestigiosos. Al principio no estaba de acuerdo (¿a quién le importa el prestigio si puedo hacer lo que me gusta y *además* permitirme comprar hormonas pancreáticas?) y, durante un tiempo, me preocupó que no fuera a ayudarme a encontrar el trabajo que quería. Dejando a un lado las cátedras, la mayoría de ofertas para puestos académicos no se publican en internet, sino que se obtienen a través de contactos profesionales entre compañeros y asesores. Al final, no resultó ser un problema: el Dr. L. dijo que respetaba mis deseos y habló con todos sus colegas para hacerles saber que buscaba un puesto de investigación.

Ni una sola persona estuvo interesada en contratarme. Y cuando tampoco encontró ninguna vacante de profesora titular...

—Tiré de contactos para encontrarte los trabajos que tienes actualmente, Elise —me dice con una mirada llena de preocupación—. ¿No estás a gusto aquí?

En seguida me sumerjo en la culpa. El Dr. L. movió hilos, llamó a antiguos compañeros, se acercó a gente que le había dado la espalda tras la censura por lo de Smith-Turner. Se tragó su orgullo por *mí*.

—¡No! El trayecto entre los diferentes campus me lleva mucho tiempo, pero... —Empiezo a morderme las cutículas, luego recuerdo que dejé de hacerlo hace tres años. Con la ayuda de Cece y una botella de espray—. Pero están bien. Así voy variando. —Sonrío.

Me devuelve la sonrisa, complacido, y siento una sensación de alivio y afecto que me embriaga. El Dr. L. es mi único aliado en la versión académica del bosque de Caperucita Roja. Si no fuera por él, nunca habría entrado en el doctorado. Se me encoge el corazón al pensar en el último año de universidad. Mis malas notas. Mi mediocre expediente enfrente de mí, en la pantalla. El saber que no podía permitirme repetir asignaturas. La indiferencia de ese «Ey, ¿qué tal?» que soltaba J. J. cada vez que nos cruzábamos.

Recuerdo la sensación de pavor que sentí al compilar todas las solicitudes y enviarlas a catorce (¡catorce!) instituciones, y luego, durante las semanas siguientes, el nudo que tenía en el estómago, cada vez más apretado. Otros estudiantes empezaron a irse a la otra punta del país para hacer entrevistas y en mi bandeja de entrada solo había correo basura y mensajes de mi madre pidiéndome que me ocupara de mis hermanos.

Fue el invierno más corto de mi vida y, sin embargo, fue avanzando a paso de tortuga hasta finales de febrero, cuando por fin me di cuenta de que no iba a suceder. Ser física era lo único que siempre había deseado, y nunca se haría realidad por culpa de un estúpido error.

Hasta que Christophe Laurendeau se puso en contacto conmigo.

—Pasé por algunos... problemas personales —le dije durante nuestra primera reunión, con la esperanza de que eso explicara el bajón que habían dado mis notas—. Problemas de pareja.

—Ya veo. —Me evaluó, inescrutable—. Confío en que todo esté resuelto.

—Así es. Totalmente resuelto. —*Nada de relaciones*, esperaba que leyera entre líneas, y cuando asintió con una sonrisa complacida, pensé que quizá lo había captado.

—Una carrera en física teórica, si se lleva a cabo con seriedad, resulta difícilmente compatible con los... problemas personales.

Para mí aquello sonaba bien. Desde que aprendí que el universo está sujeto a unas reglas que pueden describirse y comprenderse, había soñado con esto. Una única constante, compartida por todas las versiones de Elsie que me había preocupado de construir para los demás. Si no fuera por el Dr. L., no lo habría cumplido, y por eso siempre confiaré en él.

Pero tener que pagar la insulina sin receta un año más...

—Elise, es mi responsabilidad velar por ti —me dice con un tono lleno de preocupación—. Te mereces algo mejor que trabajar con Jonathan Smith-Turner.

—No está en el Departamento de Física —suelto. Técnicamente, es la verdad.

El Dr. L. entorna los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Ja... Es el jefe del *Instituto* de Física. Es... *apenas* forma parte del comité de selección. Quizá ni lo vuelva a ver.

Agarro uno de los apoyabrazos verdes con la mano. Vale, esto sí ha sido una mentira. Pero pequeña. Una mentirijilla.

—Ya veo. —Asiente en silencio, acariciándose la barbilla con los dedos—. En ese caso...

Siempre confiaré mi carrera a Laurendeau, pero tiene un sueldo de seis cifras. No ha cogido un autobús desde finales de los ochenta, y apuesto a que los aparadores de su casa están todos bien montados.

—Si es así, no te retires. Pero ten cuidado. Ya sabes lo que hizo ese hombre —me advierte. Todo lo que pasó con Smith-Turner, sorprendentemente, no es un tema tabú. Laurendeau muestra su desprecio sin reparos—. Si no fuera porque ya era profesor titular, habría perdido mi puesto en la facultad. Y estuvo a punto de destruir mi reputación. Si no hubiera sido por él, durante estos últimos dieciséis años me habrían concedido becas. Habría tenido fondos suficientes para poder contratarte y trabajarías conmigo.

Una razón más para odiar a Jack. Aprieto la mandíbula.

—Lo sé.

—Muy bien, Elise —dice Laurendeau mirándome a los ojos con demasiada intensidad—. Ahora que lo pienso, que le quites el puesto al candidato que ha elegido él a dedo en el fondo podría ser una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

Lentamente, esboza una sonrisa.

—Para la venganza.

OceanofPDF.com



6

ÁNODO Y CÁTODO

De: Bobbylicious@gmail.com

Asunto: trabajo de termodinamica

dios mio se me habia olvidado puedo entregarlo mas tarde? lo siento estuve en una boda el finde pasado y pille tal colocon que he estado medio grogui toda la semana.

De: kelsytromboli@umass.edu

Asunto: ¡No es justo!

¿Me has puesto un notable bajo en el trabajo de Vibraciones? Me parece inaceptable. Voy a informar al decano sobre esto.

No hay descanso para los adjuntos.

Por contrato, los profesores adjuntos no pueden tomarse vacaciones. Como voy a estar ocupada con la entrevista, he pregrabado las clases y me he ocupado de buscar compañeros que puedan sustituirme, pero igualmente tengo que responder a los mensajes de los estudiantes (mientras fantaseo con escribir mal mi correo electrónico «por error» en el plan de estudios del

año que viene). Cuando llego al campus del MIT, sigo contestando a algún que otro correo pidiéndome más tiempo para entregar un trabajo. Si ser profesora adjunta me ha servido para algo ha sido para perfeccionar mis habilidades docentes, así que no estoy demasiado nerviosa por la prueba de hoy.

Bueno, hasta que me reúno con Monica en la entrada de la facultad de Física y me dice en tono sombrío:

—Los encargados de evaluarte seremos Volkov, Smith-Turner y yo.

Se me cierra el estómago al instante.

—Vaya. —¿No será esto como en el patinaje artístico en los Juegos Olímpicos de Invierno, donde la puntuación más alta y la más baja que te dan los jueces se descartan automáticamente?

—Pero no te preocupes. —Sube las escaleras y yo me esfuerzo por seguirle el ritmo con mi falda de tubo (las medias me están resultando sorprendentemente cómodas, aunque... algo frescas)—. He visto las evaluaciones de tus alumnos... eres una profesora excelente. —Gira a la derecha y me guía a través de una serie de puertas—. Vas a dar una clase de posgrado, y los doctorandos tendrán que opinar y compartir sus impresiones sobre ti. Tenlo en cuenta y haz que se sientan importantes. Las preguntas estúpidas no existen, blablablá. —Se detiene ante una puerta cerrada y se muerde el labio—. Otra cosa.

—¿Qué pasa? —Estoy un poco sin aliento.

Se aclara la garganta.

—Te juro que he intentado que la prueba se llevara a cabo con otro grupo de estudiantes.

Ah.

—¿Y eso?

—Porque quien imparte clase para esta es...

—¡Doctora Hannaway! —Ambas nos giramos. Volkov se acerca sonriendo, como si nos conociéramos de hace tiempo y hubiera sido mi canguro en algún momento de mi vida—. ¿Te sabes el de la radio que solo funciona por la mañana?

Me obligo a sonreír. Dios mío, estoy agotada.

—¿La de frecuencia AM?

Se ríe, encantado. Monica pone los ojos en blanco disimuladamente, abre la puerta y me hace un gesto para que entre.

Para sorpresa de nadie, lo primero en lo que me fijo es en Jack. Al fin y al cabo, es una montaña gigante de músculos, y probablemente exista una ecuación física que explique la molesta costumbre que tiene de convertirse en el centro de atención allá por donde pasa. Está de pie detrás de la tribuna, jugueteando con el ordenador, vestido con vaqueros y camiseta, como si el mundo exterior no estuviera volviendo a la edad de hielo. Las líneas del tatuaje que lleva se curvan alrededor de un bíceps que, a decir verdad, nadie, *nadie*, que no se gane la vida haciendo ejercicio debería tener. Sigo sin saber qué dibujo se supone que forma la tinta.

En teoría, esta es una escena que ya me conozco. Los minutos previos al comienzo de la clase: los alumnos aprovechan los últimos segundos con sus móviles y el profesor se esfuerza por abrir el PowerPoint a pesar de todas las trabas informáticas (cables perdidos, problemas de compatibilidad, interminables actualizaciones de Windows 10). En la práctica, hay unos veinte pares de ojos en el aula, y todos están fijos en Jack con una mezcla de admiración, respeto y asombro, como si fuera el gallo dominante en plena temporada de apareamiento.

Vale.

Así que todos los asistentes a esta clase son grupis de Jack.

Fantástico.

—¿Es cierto —dice un joven de pelo verde descolorido— que asesoras a Christopher Nolan en todas las películas que hace?

Jack sacude la cabeza y le veo los músculos del cuello. Noticia de última hora: los cuellos tienen músculos.

—No voy a permitir que me echas la culpa de lo de *Tenet*, Cole —responde, y todos se ríen.

Lo odio. Aunque eso no es ninguna novedad. Lo que sí es nuevo es que mira en mi dirección y, con amabilidad, como si anoche no lo hubiera amenazado con echar su cadáver putrefacto a las lombrices, dice:

—Bienvenida, doctora Hannaway. Ya le he encendido el monitor.

Está sonriendo, pero detrás de esa sonrisa se esconde algo. Un desafío. Como si me estuviera pidiendo que saltara a un charco que en realidad tiene

seis metros de profundidad.

—Gracias. —Nuestros brazos se rozan al dirigirme a la tribuna.

Recuerdo sus manos, cálidas y firmes alrededor de mi cintura, ese suave «relájate» murmurado contra mi sien. Reprimo un escalofrío.

¿He dicho ya que lo odio?

—Buenos días y gracias por invitarme —digo una vez cargado el PowerPoint.

La clase está formada (como era de esperar) por un 90 por ciento de hombres y (como también era de esperar) todos ellos tienen más o menos mi edad.

Ser mujer en CTIM es complicado. Más aún cuando eres joven y todavía no has demostrado tu valía. Y *más* aún cuando tienes una necesidad semipatológica de llevarte bien con los demás. Dado que soy la única mujer doctorada en mi departamento, he podido presenciar en primera persona la cuerda floja sobre la que se mueven quienes no son hombres blancos cishetero en los espacios académicos.

¿Quiero que me vean como a una compañera simpática y afable? Sí, y gracias a toda una vida de EPI, conozco la combinación exacta para conseguirlo: despreciarse a una misma pero sin dejar de ser encantadora, ser modesta, tener salidas graciosas y admitir que hay cosas que no sabes y en las que te puedes equivocar. No hay que sacarse ningún máster en ingeniería aeroespacial para entenderlo (una rama de la física experimental de la que no puedo evitar reírme, por cierto). Hacer bromas y utilizar ejemplos sencillos para dar la impresión de ser una oradora carismática es una forma bastante sencilla de conseguir caerle simpática a la gente.

Aunque cuando es una mujer quien habla de la investigación que ha llevado a cabo, hay entre uno y un millón de señores científicos listos para saltarte a la yugular a la más mínima muestra de debilidad o de que no eres una enciclopedia de la ciencia andante. La gente quiere de ti que seas astuta, impecable, lo bastante perfecta como para justificar tu intrusión en un campo que durante siglos ha estado «legítimamente» dominado por los hombres. Pero no *demasiado* perfecta, porque, según parece, solo las «zorras desalmadas» son así, y a ellas no se las considera compañeras simpáticas y afables. La cultura en CTIM lleva tanto tiempo siendo un club

exclusivo de hombres que, a menudo, siento que solo se me permite jugar si sigo las reglas que ellos han establecido. Y esas reglas son una mierda.

Como he dicho, es una cuerda floja. Con un montón de cocodrilos debajo abriendo las fauces a la espera de carne fresca.

Bueno, allá vamos. Esbozo una sonrisa que quiere expresar entre calidez y seguridad en mí misma, una mezcla que no existe en este nuestro mundo, y digo:

—Como en esta clase se tratan temas de actualidad en física, he preparado una lección sobre los cristales de Wigner, un tema sobre el que se está hablando mucho en...

Un quejido.

¿Alguien ha soltado un quejido?

Miro a mi alrededor, perpleja. Los alumnos me miran expectantes.

Me lo habré imaginado.

—La cristalización de Wigner se produce cuando los gases de electrones que viven en una red periódica se...

—Disculpe. —Cole. El del pelo verde—. Doctora Hannaway, ¿va a hablar sobre los cristales de Wigner desde una perspectiva teórica?

—Buena pregunta. Mayoritariamente, sí, pero también daré una visión general de las evidencias experimentales. —Siguiendo diapositiva. Una transición perfecta—. Una vez que logramos tener la capacidad de crear grandes distancias interelectrónicas, la cristalización de Wigner...

—Disculpe. —Cole. *Otra vez*—. Una pregunta.

Me armo de paciencia y sonrío. Estoy acostumbrada. La última vez que di una conferencia, un tío soltó un «bueno, lo cierto es que» antes incluso de que abriera el PowerPoint.

—Por supuesto, dime.

—Mi pregunta es... ¿qué sentido tiene esto?

Varias personas se ríen. Suspiro internamente.

—¿Disculpa?

—¿No es un poco inútil estar horas y horas hablando de teorías? —Habla despacio pero con tono serio. Como si fuera Steve Jobs presentando un nuevo dispositivo—. ¿No deberíamos centrarnos en las aplicaciones reales?

Abro la boca para preguntarle quién le ha hecho tanto daño en esta vida. *¿Es que Michio Kaku te acosaba en el insti, Cole? ¿Acaso Feynman se dedicaba a robarte el dinero del almuerzo?* Pero mis ojos se posan en Volkov. Me mira con interés, como si tuviera curiosidad por ver cómo voy a tratar con este gilipollas. A su lado, veo que Monica aprieta los labios con resignación. Y detrás de ella...

Jack.

Que ni siquiera se ha dignado a sentarse. Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, como diciendo *Así es, voy al gimnasio ocho días a la semana*, mirándome como una araña venenosa puesta de esteroides. Sus ojos penetrantes e inflexibles no pasan nada por alto, pero el atisbo de emoción que conseguí arrancarle anoche ha desaparecido y vuelvo a no tener ni idea de lo que piensa. Es como un libro cerrado.

No, es como un libro en llamas. *Fahrenheit 451*: sin palabras que leer, solo las cenizas y el abismo.

Todo encaja. Relleno los huecos de la conversación que estaba teniendo con Monica cuando nos han interrumpido: es Jack quien da esta clase. Jack, el que tanto tiene que opinar sobre los teóricos. Jack, el que adoctrina a sus alumnos para que crean que la gente como yo es el enemigo. Jack, cuyas fantasías sexuales probablemente consistan en verme fracasar en el intento por defender mi disciplina ante dos docenas de tíos con actitud hostil. Apuesto a que se pone cachondo viendo grabaciones mías en las que salgo pronunciando mal *sizigia* en una feria de ciencias del instituto.

Esto es un complot. La demostración de cómo imparto clase estaba pensada para ser mi Titanic. Me refiero al barco, no a la peli. De las más taquilleras de la historia, por cierto.

Pero no.

Le sostengo la mirada a Jack y le dirijo mi sonrisa más dulce y salvaje. Una que dice: *Me has subestimado*. Y él lo sabe, porque me devuelve la media sonrisa y asiente levemente. Su actitud es retorcida, perversa, estudiada. *¿Eso crees, Elsie?*

Allá va.

—Tienes razón, Cole. —Dejo el mando y empiezo a pasear por la tribuna—. La física teórica puede ser una pérdida de tiempo. —Me quito la

chaqueta del traje a pesar de que hace frío. Me miro el abdomen para asegurarme de que no se ve el bulto de la bomba de insulina. *Prácticamente soy igual que vosotros. ¿Qué tengo, dos, tres años más? Mirad, me siento en la mesa. Seamos amigos—*. Quién esté de acuerdo que levante la mano. —Intercambian miradas de *¿Es una trampa?* entre ellos, pero a los pocos segundos el 80 por ciento de las manos están levantadas.

Entonces yo también levanto la mía.

Se ríen.

—¿No es usted una teórica, doctora Hannaway? —pregunta alguien.

—Sí, pero lo entiendo. Y, por favor, llamadme Elsie. —*No soy una teórica cualquiera. Soy una teórica guay. ¡Puaj! Erwin Schrödinger, tápate los ojos—*. Es injusto que la mayoría de los físicos que ganan Premios Nobel o alcanzan la fama sean teóricos. Newton. Einstein. Feynman. Kaku. A Sheldon Cooper le dieron un *spin-off* de siete temporadas, ¿pero a Leonard? Nada. —La gente se ríe, incluido Volkov. La leve sonrisa de Jack no flaquea—. La ventaja de los teóricos es que comerciamos con ideas, y las ideas son algo barato y rápido. Un físico experimentalista necesita herramientas caras para probar y verificar cada paso, mientras que un teórico tiene suficiente con sentarse y escribir... —añado un encogimiento de hombros totalmente calculado—... un fanfic científico.

Es cierto que una persona me dijo esto cuando fui a un encuentro en Harvard como acompañante de Cece. Fue un licenciado en Filosofía que, después de tres cervezas, decidió explicarle a todo el bar por qué mis publicaciones eran irrelevantes.

Hay que ver de lo que soy capaz a cambio de comida gratis.

—Los teóricos se esconden detrás de fórmulas matemáticas rebuscadas —dice Cole. *Pobrecito, mi dulce señor científico. Te prometo que no eres tan vanguardista como crees.*

—Lo que yo no entiendo es... ¿qué sentido tiene desarrollar teorías abstractas que ni siquiera se rigen por las leyes de la naturaleza? —pregunta el tío que está al lado de Cole. Lleva una camiseta de manga larga en la que pone *Physics and Chill* con la tipografía de *Shrek*. Me encanta, las cosas como son.

—Los experimentos son mucho más útiles —suelta otro. Este está en la primera fila.

—Solo os interesáis por lo que *podría* ser en vez de por lo que realmente es. —De nuevo, cómo no, quien habla es un hombre. Esta vez desde la tercera fila—. Dejáis la consideración de las posibles aplicaciones de vuestras teorías para el final.

Muchos estudiantes asienten. Yo también, porque puedo leerlos como si estuvieran impresos con letra gigante delante de mí. Sé exactamente qué Elsie quieren.

Es hora de ganar este partido.

—Lo que estáis diciendo es que la física teórica no siempre acaba convirtiéndose en un producto. Y lo único que os puedo decir es... que estoy de acuerdo. La física es como el sexo: puede dar lugar a resultados prácticos, pero a menudo ese no es el motivo por el que lo hacemos. —*Al menos eso dijo una vez Feynman. También es conocido por llamar a las mujeres «zorras inútiles», pero lo dejaremos pasar porque su cita os ha hecho reír*—. ¿Cuántos de vosotros sois experimentalistas? —Se alzan casi todas las manos y la de Cole es la que está más arriba. No me sorprende—. La verdad es que tenéis razón. Los teóricos nos centramos en modelos matemáticos y conceptos abstractos. Pero lo hacemos con la esperanza de que experimentalistas como vosotros os topéis con nuestras teorías y os propongáis darnos la razón. —*Uf. Necesito una ducha y una pastilla de jabón industrial*—. Y por eso quiero hablar con vosotros sobre mis teorías sobre la cristalización de Wigner. Para poder escuchar vuestras opiniones y mejorar gracias a vuestros comentarios. No sé en qué momento los teóricos y los experimentalistas se convirtieron en rivales, pero la física no es una competición, sino una colaboración. Sois libres de decidir, y no voy a intentar convencerlos de que necesitáis *mis* teorías. Sin embargo, yo sí que reconozco que necesito *vuestros* experimentos. —¿Me estoy flipando mucho? Nop. Bueno, sí. Pero a los estudiantes les encanta. Asienten. Murmuran. Un par de ellos sonrían con aires de superioridad.

Esa es la señal que necesito para sacar a relucir mi mejor sonrisa.

—¿Responde eso a tu pregunta, Cole?

Sí que la responde. He alimentado lo suficiente el ego voraz de Cole con pedazos de mi dignidad. Hay que ver lo que estoy dispuesta a hacer por tener seguro médico y un plan de pensiones.

—Sí, Elsie. Gracias por resolver mis inquietudes.

Imbécil.

—Fantástico. —Me alejo de la mesa y vuelvo a la tribuna—. Estoy muy contenta de poder hablaros sobre la cristalización de Wigner. Os doy permiso para que me interrumpáis si os surge cualquier otra duda, porque lo importante aquí es que aprendáis sobre esta materia. —Pausa dramática. Y mi golpe final—: A menos que la multipliquéis por la velocidad de la luz. En cuyo caso aprenderíais sobre esta *energía*.

¡Yyyyyy corten!

Levanto los ojos justo cuando Volkov estalla en una carcajada. A su lado, Monica me lanza una mirada de deleite: su gladiadora la ha hecho sentirse orgullosa. Les doy unos segundos a los alumnos para que suelten algún quejido ante ese juego de palabras que, a pesar de ser forzado y absurdo, les ha encantado, y es que ¿a quién no?

—Gracias, me tendréis por aquí toda la semana. —Los quejidos se convierten en risas.

Y es entonces cuando me permito mirar a Jack. Levanto la barbilla, solo un milímetro. *Te dije que te ibas a arrepentir por haberte metido conmigo, doctor Smith-Turner.*

Jack me devuelve la mirada, inexpresivo. No sonrío. No frunce el ceño. No aprieta los dientes. Solo me mira fijamente, y espero que sea porque está reevaluando la amenaza que supone mi existencia para su plan de dominación de la física. Para su preciado George. Probablemente me lo esté imaginando, pero casi podría jurar que, por un breve instante, he visto un destello en la parte azul de sus ojos.

Doy la batalla por ganada y empiezo con mi charla.

Después de la prueba me vendría bien una siesta, pero tengo cosas que hacer. Primero, tengo una reunión con el decano de la Facultad de Ciencias, un hombre agradable que bebe café de una taza con tentáculos, lo cual hace

que me cuestione cuáles deben ser sus filias pornográficas. Luego tengo una comida informal con dos profesores de Física que, claramente, son pareja y están atravesando un mal momento, por lo que me paso el rato mirando la ensalada que tengo enfrente mientras ellos discuten sobre un tal Raul. Después tengo una pausa de cinco minutos para ir al baño (que aprovecho para revisar si mi bomba de insulina está fallando o si es que soy una paranoica) y luego vienen las entrevistas individuales.

Los encuentros individuales son, por supuesto, lo que mejor se me da. Matemática pura: ser la Elsie que una persona quiere es mucho más fácil que combinar las Elsies que quieren doce personas diferentes. Estas entrevistas, supuestamente, son para que yo pueda hacer preguntas sobre el departamento y, según las respuestas, decidir si acepto la oferta, pero no olvidemos que (1) mi situación laboral actual es un bukkake de mierda y (2) llevar a cabo entrevistas equivale a prestar un servicio académico, y los académicos odian tener que hacer eso con la fuerza de mil cuásares.

Por suerte, soy experta en hacer que la gente sienta que el tiempo que pasa conmigo no es tiempo perdido. El doctor Ikagawa utiliza pelotas de yoga hinchables en lugar de sillas, lo cual no es lo ideal cuando llevas una falda de tubo, pero facilita que podamos tener una conversación sobre nuestra rutina de ejercicios para el tronco y la parte superior del cuerpo. El doctor Voight lleva horas en espera para hablar con los de su seguro dental, así que, cuando le digo que no se preocupe y que puede pasar los quince minutos que dura la entrevista peleándose con ellos por teléfono, por poco me da un beso en la frente. Atrapo un mosquito que lleva días instalado en la consulta de Álvarez y con ese acto me gano un amigo para toda la vida. Alabo el programa de estudios del doctor Albritton; me echo unas risas con el doctor Deol al hablar de la profesora de su hijo, que sigue pensando que Plutón es un planeta; y asiento mientras el doctor Sader da sorbos a un Capri Sun y divaga sobre que la materia oscura no es una aglomeración, sino un superfluido ondulado cuidadosamente distribuido.

La cosa está yendo bien, me digo a mí misma mientras la desgarrada estudiante que se encarga de acompañarme me lleva hacia la séptima entrevista del día. *Estoy proyectando afabilidad. Compañerismo. Deseabi...*

—Aquí está —dice frente a una puerta negra.

Me quedo un segundo mirando fijamente la placa con el nombre. Se me pasa por la cabeza la idea de arrancarla y destruirla. Resisto el impulso y le digo:

—Creo que debe haber un error. Mi itinerario dice que la próxima reunión es con el doctor Pereira.

¿Me apetece después de lo que le oí decir anoche? No, pero como no puedo denunciarlo a Recursos Humanos sin admitir que irrumpí en el baño de hombres, estaba totalmente dispuesta a incomodarlo con preguntas pasivo-agresivas sobre si estaría dispuesto a sustituirme en clase en caso de que quisiera formar una familia.

De todas formas, tampoco voy a conseguir su voto.

—Ha habido un cambio en el horario del doctor Pereira. Jack... quiero decir, el doctor Smith-Turner será el encargado de hacerle su última entrevista.

Quizá en otra vida me dedicaba a aporrear crías de foca. O era CEO de alguna empresa de Wall Street. Eso explicaría la suerte que tengo ahora.

—¿Estás segura?

—Sí. —Se aclara la garganta—. Doctora Hannaway, quería decirle... que es usted toda una inspiración. Cuando ganó el premio Forbes... bueno, casi ningún físico lo consigue, y menos mujeres. Además, hoy he asistido a su clase de demostración. Ha estado tan serena y asertiva. Cole es un imbécil, y... —Se sonroja—. Bueno, sea como sea, ha sido muy inspirador.

—No sé muy... —Yo también me sonrojo—. No sé muy bien qué... —Desaparece antes de que pueda balbucear el resto de la frase.

¿Se estaba burlando de mí? ¿De verdad alguien me encuentra inspiradora? ¿A pesar de que me pase la vida maquillando mi personalidad para evitar que la gente me odie? ¿A pesar de que sea la impostora más estafadora del mundo?

Da igual. Suspiro y llamo a la peor puerta de todo Boston.

—Adelante —dice una voz grave, y entro con resignación.

No echo un vistazo general al despacho. Me niego a preocuparme de si está bien iluminado, empapelado en brocado, o de si es una pocilga. Aunque, por desgracia, sí noto que huele bien. A jabón, libros, madera, café... y a Jack, a su aroma, pero en notas intensas y deconstruidas. Porque

parece ser que ya me sé cuál es su olor, lo cual hace que quiera arrancarme las glándulas olfativas de las fosas nasales. Puaj.

Hay una silla libre frente al escritorio. Me acerco mientras él sigue tecleando algo en su ordenador.

Y teclea.

Y teclea.

Y, cómo no, teclea.

Pasan diez segundos. Treinta. Cuarenta y cinco. Aún no ha dado señales de haberse percatado de mi presencia, y la misma tensión hostil de anoche me invade y llena el despacho. Sé exactamente qué es lo que está haciendo (juegos de poder) y, aunque no puedo impedirselo, me niego a darle el gusto de molestarme.

Vale, me niego a darle el gusto de *saber* que me molesta.

No miro a mi alrededor. No doy golpecitos con el pie. No muestro impaciencia ni enfado ante esa muestra de mala educación. En lugar de eso, saco el iPotorro del bolso y empiezo a hacer lo mismo que él: ocuparme de mis asuntos.

Dra. Hannaway:

Soy Alan, de Mecánica Cuántica. Quería hacerle saber que no me gusta. La Mecánica Cuántica, me refiero. Es un poco aburrida. Pero no la culpo, no es por usted. Es decir, no fue usted quien inventó las partículas subatómicas. (Si fue usted, le pido disculpas.) Pero no hay que matar al mensajero, ¿verdad? LOL. Me preguntaba si podría hacer sus clases más divertidas. Quizá podríamos ver alguna película sobre Mecánica Cuántica. Es solo una propuesta.

Saludos,

Alan de Mecánica Cuántica

Sra. Hannaway:

¿Qué quiere decir con que la ley federal le prohíbe hablar de las notas de mi hijo conmigo? Yo he pagado su matrícula. Exijo saber si le está yendo bien. Esto es inaceptable.

Karen

Hola, Sra. Elsie:

Si no asisto a clase para poder llevar a mi perro a la peluquería, ¿cuenta como falta justificada?

Halle

PD: No se lo pediría si no fuera porque necesita un corte de pelo urgentemente.

Pongo los ojos en blanco y entonces me doy cuenta: Jack ya no está escribiendo. En lugar de eso, está recostado en la silla, con esos brazos que probablemente tengan su propia entrada en Wikipedia (la más leída en todos los idiomas, todo el día, todos los días) cruzados sobre el pecho. Su tatuaje sigue siendo un misterio. Él me mira fijamente y en silencio, tan turbio e impenetrable como de costumbre. Muy apropiado.

Echo un vistazo al reloj de pared y, sin darme cuenta, veo casi la mitad del despacho, que es grande, soleado y está amueblado con buen gusto. Hay un cactus junto a la ventana. Bff... Llevo aquí tres minutos.

—¿Te aburres? —pregunta con esa voz tan bonita y tan absurda.

—No. —Sonrío con exagerada amabilidad—. ¿Y tú?

No contesta.

—Según tengo entendido, debemos emplear este tiempo para hacer la entrevista.

—Me ha dado la impresión de que estabas ocupado. No quería interrumpirte.

—Estaba respondiendo a un correo urgente. —Lo dudo. Creo que estaba escribiendo la próxima gran novela americana. O haciendo la lista de la

compra. O tomándome el pelo—. Se supone que tenemos que conocernos mejor, Elsie. —Mi nombre. *Otra vez*. De sus labios. Ese tono, ese timbre, esa entonación—. ¿Cómo si no voy a tomar una decisión justa sobre su contratación?

Todo el mundo sabe exactamente cuál es tu opinión en lo que a mi candidatura se refiere. Casi lo digo, pero no quiero que se repita lo de anoche en el baño. No quiero perder el control. Puedo permanecer tranquila, incluso ante las portentosas muestras de gilipollez de Jack.

—¿De qué te gustaría hablar? —pregunto.

—Apuesto a que algún tema de conversación se nos ocurrirá. ¿Grupo sanguíneo? ¿Primera mascota? ¿Color favorito?

—Si estás intentando hackear las preguntas de seguridad de mi cuenta bancaria, deberías saber que no hay mucho que robar.

Tuerce la boca y pienso algo sin sentido: *Lo odiaría menos si no fuera tan guapo. Menos aún si tuviese el mismo encanto que un depósito de cadáveres. Y aún menos si lograra leerle, aunque solo fuera un poco.*

—Si prefieres aprovechar el tiempo para descansar, no te cortes.

—Gracias, pero no estoy cansada.

—¿De verdad? Ser tú tiene pinta de resultar agotador.

Frunzo el ceño.

—¿Agotador?

—No puede ser fácil —dice mientras da golpecitos con el dedo en el borde del escritorio— esto que haces siempre.

Esto que... ¿Qué quiere decir? No se referirá a... No sabe lo que es el EPI. No sabe que hay varias Elsie.

—No sé a qué te refieres.

Asiente afable, como si hubiera dicho exactamente lo que esperaba que dijera y, a la vez, lo hubiera decepcionado. No interrumpe el contacto visual y, como de costumbre, siento que me ha despojado de una capa de piel. Estoy desnuda en el peor de los sentidos. Me ajusto el dobladillo de la falda, que ya de por sí tiene un largo perfectamente aceptable. Estaba bien esta mañana en la oficina del Dr. L. Estaba bien sobre la pelota de yoga. ¿Por qué me siento rara *ahora*?

—En ese caso, relájate. Mis alumnos dicen que esa silla es bastante cómoda.

—¿Cole es uno de tus alumnos?

—Cole es, creo, de Volkov. —Debe de notar mi sorpresa, porque añade —: Pero yo no me preocuparía por él. Realmente te lo has ganado con la referencia sexual de Feynman.

La forma en que lo dice («referencia sexual de Feynman»), pronunciando perfectamente cada vocal y cada consonante, hace que me acalore y me dé frío y que quiera apartar la mirada. Pero me niego, obstinada.

—Esta silla es muy cómoda. —Me reclino, imitando su postura. *No me siento intimidada. Tú tampoco. Ninguno de los dos se siente intimidado.*

—Una vez me dormí sentado en ella, tras un experimento que duró cuarenta y ocho horas.

—Tranquilo, no me voy a dormir.

—Pero podrías.

—Sí. Y tú podrías sacar un rotulador permanente y escribirme algo en la frente.

Inclina la cabeza.

—¿Qué crees que escribiría?

Me encojo de hombros.

—¿No contratar? ¿Albert Einstein es un mierdas? ¿Odio a los teóricos?

Apoya los codos en la mesa y junta las manos.

—¿Eso piensas? ¿Que odio a los teóricos? —Le resulto graciosa. O aburrida. O lamentable. O una mezcla. Ojalá pudiera adivinarlo, pero tendré que morir en la ignorancia.

—Desde luego tus alumnos parece que sí.

—¿Y crees que yo soy el causante de ese odio? —Parece genuinamente desconcertado. Manda narices.

—¿Quién si no?

Se encoge de hombros.

—Estás descartando una explicación mucho más sencilla: los estudiantes interesados en la física experimental tienen más probabilidades de tener

ideas preconcebidas sobre la teórica y más probabilidades de elegir una clase impartida por mí. Correlación no implica causalidad.

—Claro. —Sonrío amablemente. Sigo tranquila. Muy tranquila—. Estoy segura de que el hecho de que alguien a quien admiran (en este caso, tú) odie abiertamente a los teóricos no tiene ningún impacto en la forma en que perciben la disciplina.

—¿Yo? —Inclina la cabeza—. ¿Crees que odio abiertamente a los teóricos? Colaboro habitualmente con ellos. Respeto su trabajo. Siento admiración por varios.

—Nómbreme a uno.

—Tú. —Me clava esa mirada penetrante de los cojones—. Eres impresionante, Elsie.

Se me revuelve el estómago, aunque sé que está mintiendo. Solo que... no esperaba este tipo de mentira en concreto.

—Dudo que sepas algo de mi trabajo.

—He leído todas y cada una de las palabras que has escrito. —Parece que habla en serio, pero debe estar burlándose de mí.

¿Y qué hago yo? Burlarme de vuelta.

—¿Te gustó mi diario de secundaria?

Una arruga aparece en las comisuras de sus ojos.

—El tema de Justin Bieber me pareció un poco repetitivo.

—Debiste de irrumpir en el dormitorio equivocado. A mí me iba más Bill Nye.

Su boca se curva.

—No serías tú una de las chicas más populares del instituto, ¿no?

—No es por presumir, pero también tocaba la tuba en la banda.

—Apuesto a que había mucha competencia. —Tiene un hoyuelo. Solo uno. Uf.

—A montones. Pero entré por enchufe gracias al club de Dragones y Mazmorras.

Su risa es dulce. Relajada. Con la boca torcida. Distinta de la expresión inflexible que esperaba de él. Noticia de última hora: yo también sonrío. Vaya.

—Apuesto a que tú no eras ni la mitad de guay —digo con una media sonrisa, evaluándole. Esos hombros anchos. Esos ojos extraños y llamativos. Tiene la confianza de alguien a quien siempre elegían el primero al formar equipos en Educación Física. Jack no se dedicaba a tocar la tuba —. Seguro que te entretenías metiendo cabezas de gente como yo en la taza del váter. O colándote en el armario del conserje con alguna animadora.

—Claro, eso es exactamente lo que suelen hacer los frikis de las matemáticas —murmura, un poco críptico—. Tus modelos están cuidados y fundamentados. Está claro que comprendes a la perfección la cinética de partículas, y tus teorías sobre las transiciones a estructuras esferulíticas son fascinantes. Sobre todo lo que explicas en el artículo que publicaste en *Crónicas* en 2021.

Levanto una ceja. No me creo ni por un segundo que lo que está diciendo sea cierto.

—Me sorprende que leas *Crónicas de Física Teórica*.

Suelta una risa breve y luego se hace el silencio.

—¿Porque te parece que tiene un nivel demasiado alto para mí?

—Por lo que le hiciste a Christophe Laurendeau.

La indiferencia abandona su expresión y se transforma en algo hostil.

—Christophe Laurendeau.

—¿No te suena? Era el editor de *Crónicas* cuando llevaste a cabo tu hazaña. Y, actualmente, es mi mentor. —Los ojos de Jack se abren de par en par mostrando una expresión de sorpresa, algo inesperado pero que agradezco. *Espléndido*. Aprovecho mi ventaja y me inclino hacia delante en la silla. Resisto la tentación de ajustarme la falda y digo—: Ningún teórico ha olvidado ese artículo. Puede que fuera hace quince años, pero...

Espera. Algo no me cuadra.

Jack tiene tres años más que Greg, lo que significa que tiene unos cinco años más que yo. Treinta y dos o treinta y tres. Pero claro...

Le estudio detenidamente.

—Ese artículo salió justo cuando empecé el instituto. Tú debías de tener...

—Diecisiete años —responde.

Vuelvo a reclinar en la silla. ¿Era una especie de niño prodigio?

—¿Ya estabas haciendo el doctorado?

—Estaba en el instituto.

—Pero, entonces, ¿cómo es que...? ¿Cómo puede alguien enviar un artículo a una revista como esa a los *diecisiete*?

Se encoge de hombros. La emoción que mostraba hace un minuto se ha reabsorbido tras el muro blanco habitual.

—No sabía que hubiera límite de edad.

—No, pero la mayoría de la gente a los diecisiete años está demasiado ocupada pasándose la pelota por los pasillos o releyendo *Crepúsculo*...

—Conque *Crepúsculo* y Bill Nye, ¿eh?

—... como para urdir complots basados en escribir artículos paródicos, ofensivos y poco éticos con el único propósito de burlarse de académicos que trabajan duro y denostar a toda una disciplina. —Termino la frase prácticamente gritando, con las uñas clavadas en los reposabrazos.

Vale. Quizá no estoy *tan* tranquila. Quizá me vendría bien respirar hondo y contar hasta diez. Apaciguarme. ¿Cómo se hace para apaciguarse a una misma? No lo sé. Normalmente ese es mi estado natural. A menos que Jack esté cerca. Jack, el que está sentado ahí delante, relajado, omnisciente. Dan ganas de darle una hostia.

Cierro los ojos y pienso en mi lugar feliz. Una playa cálida en algún lugar del mundo, donde nadie es rubio ni está macizo, y donde abunda el queso.

—¿Sabes lo que me intriga? —pregunta Jack.

—¿Todo el abanico de emociones humanas existentes?

—Eso también. —Lo miro. Analizo su sonrisa de autodesprecio a pesar de que no hay ni un solo hueso autodespreciativo en su cuerpo—. Pero me refiero a que, cada vez que sale el tema del artículo, todo el mundo se pregunta cómo pude hacer una cosa tan *horrible*. ¿Por qué lo escribí? ¿Por qué lo envié? ¿Por qué me propuse humillar a la física teórica?

—¿En vez de preguntarte qué? ¿Con qué cosecha de Chianti celebraste tu malvado triunfo? ¿De qué raza era el gato blanco de supervillano que acariciabas mientras tanto? ¿Cuántos decibelios alcanzaron tus carcajadas?

—En vez de preguntar por qué se aceptó.

Sé exactamente a dónde quiere llegar con esto.

—Fue una casualidad.

—Tal vez —admite—, pero la cuestión es la siguiente: si un geólogo teórico escribiera un artículo de mierda diciendo que el núcleo interno de la Tierra está hecho de turrón y la principal autoridad en la disciplina, digamos la *New England Journal of Rocks*, decidiera publicar y respaldar el artículo, no sé yo si lo consideraría una casualidad. En vez de eso, investigaría si es que existe un problema sistémico en la forma en que se evalúan los artículos de geología teórica. Si fue *el editor* el que cometió un error.

Trago saliva. Noto cómo baja por la tráquea, como si fueran cristales rotos.

—Estoy dispuesta a reconocer que el sistema es falible si dejas de fingir que lo hiciste porque te preocupaba lo injusto que era el sistema de revisión por pares y admites que te aprovechaste con malicia de esas lagunas porque querías... En realidad, todavía no has respondido. ¿Por qué lo hiciste?

—No por la razón que crees, Elsie.

Me muerdo el labio para no gritarle que deje de usar mi nombre.

—¿No fue para gastar una broma épica y ganar popularidad entre los colegas del laboratorio?

—No. —Ojalá sonara a la defensiva, ofendido o algo así. En vez de eso, suena a que, simplemente, está diciendo la verdad.

—¿Y no es por la misma razón que quieres contratar a un experimentalista en vez de a mí?

Se echa hacia atrás, sorprendido. Perturbado, diría incluso.

—¿Crees que no quiero contratarte porque eres una teórica?

Casi resoplo y suelto un *¡obviamente!*, pero entonces recuerdo el día que nos conocimos, el verano pasado. La forma en que se me quedó mirando demasiado rato, en cómo dudó antes de darme la mano.

—Bueno —digo encogiéndome de hombros—, supongo que si no es por eso será por lo mal que te caigo.

Suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Otra vez con esa supuesta antipatía.

—Te oí hablar con Greg de mí. —Finjo no ver cómo se le ensanchan los ojos. Casi parece alarmado—. Le preguntaste si tardaría mucho en deshacerse de mí.

Vuelvo a tirar del dobladillo de la falda y él me clava los ojos en las rodillas un instante; luego aparta la mirada. Debería estarme quieta con la falda. Necesito encontrar una nueva manía para cuando esté nerviosa. Morderme las uñas. Hacer girar cosas. Me han hablado muy bien de la metanfetamina.

—Nunca he dicho...

—Ah, no, tranquilo. —Agito la mano—. Tienes todo el derecho del mundo a tener una opinión sobre mí. Crees que no soy lo suficientemente buena para él, lo sé, pero me da igual. —*O no.*

Se muerde el interior de las mejillas. Su mano, que parece una zarpa, se estira para jugar con algo que hay en su escritorio: un modelo impreso en 3D del Gran Colisionador de Hadrones.

—Haces muchas suposiciones sobre lo que pienso —dice, y lo vuelve a dejar en la mesa—. Suposiciones *negativas*.

—Lo que piensas es claramente negativo.

—Podría estar relacionado con el hecho de que no has sido sincera con mi hermano desde hace meses.

Suspiro.

—Podemos pasarnos la tarde hablando sobre lo mala novia que soy, o hacerlo hasta que explote Betelgeuse, pero eso no cambiará el hecho de que hay ciertas cosas que no sabes sobre Greg y yo, y hasta que...

—Hay *muchas* cosas que no sé. —Tamborilea con los dedos sobre el escritorio, lento, metódico. No puedo apartar la mirada—. Anoche me pasé horas intentando entenderlo y creo que ni me he acercado a la respuesta. Por ejemplo, ¿por qué mientes sobre tu trabajo? Eres profesora adjunta, no la contable de Jeff Bezos. Y el hecho de que no solo eres física, sino que estás entrevistándote para entrar *aquí*... Lo primero que pensé era que tenía algo que ver conmigo.

—Es...

—Pero ya vi tu cara anoche. No tenías ni idea de quién era. Así que volvemos a la casilla de salida. ¿Por qué mentiste? ¿Y sobre qué más has mentido? ¿Cómo has conseguido aguantar meses sin que Greg se diera cuenta? ¿Cómo reaccionará cuando se entere? Y, sobre todo, ¿cómo reaccionarás *tú* cuando él se entere? —Me mira como si fuera un cubo de

Rubik hexagonal. Me lo imagino tumbado en una cama demasiado pequeña para su cuerpo, preguntándose mil cosas sobre mí, y casi siento un escalofrío—. ¿Estás enamorada de mi hermano, Elsie?

Trago saliva.

—Esa pregunta es muy intrusiva.

—¿Te parece intrusiva? Vaya. —Se encoge de hombros como si nada.

—Y, de todos modos, Greg tiene treinta años. No necesita que dirijas su vida.

—Greg tiene treinta años, y tú eres la primera persona con la que ha tenido algún tipo de relación romántica. —Su mirada se endurece—. Teniendo en cuenta la cantidad de mentiras que le has colado, parece que *sí* necesita que alguien cuide de él.

—Si lo llamaras...

—No vuelve hasta el domingo.

—¿Has intentado ponerte en contacto con él, al menos?

—No. —Se le oscurece la mirada—. No voy a decirle por teléfono a mi hermano que su novia es en realidad una superheroína de la física que domina la teoría del cristal líquido. Tendré la decencia de romperle el corazón en persona.

—¿Para poder darle unas palmaditas en la espalda y decirle «venga, ya pasó»?

—Hablo en serio, Elsie.

Ladeo la cabeza y me imagino un auditorio vacío. Greg vestido del apóstol Pedro. Una sola persona entre el público, aplaudiendo con fuerza después de cada canción. «Es mi mejor amigo.»

—Te preocupas mucho por Greg.

—Sí —dice como si estuviera hablando con un niño—, me preocupo por mi hermano.

—No siempre es así, lo creas o no.

—¿Tú no te preocupas por tus hermanos? ¿O tus hermanos no se preocupan por ti?

Me encojo de hombros, recordando las llamadas que he tenido con ellos esta mañana después de que anoche no se molestaran en contestar al

teléfono. Lucas ha descolgado medio dormido. No solo no ha reconocido mi voz, sino que ha preguntado: «¿Qué Elsie?».

—No creo que sean plenamente conscientes de que existo de forma corpórea —murmuro, casi pensando en voz alta. Me arrepiento al instante, porque Jack asiente de un modo que hace que me pregunte si está archivando la información. ¿La usará como munición en el futuro?

—Siento que tus hermanos sean unos gilipollas. —Suenan sorprendentemente sinceros—. Pero dado tu historial con las mentiras, no puedes culparme por estar preocupado por el mío.

—No sabías que estaba mintiendo cuando nos conocimos.

—No, no lo sabía. —Se le tensa la cara. Se endereza y se inclina hacia delante, poniendo los codos sobre el escritorio. Tiembla toda la habitación y el aire se llena de tensión—. Sin embargo, sí sabía que había algo en ti. Sé que te esfuerzas por estudiar muy bien a las personas. Averiguas quiénes son, qué quieren y luego te amoldas para encajar en lo que crees que buscan. Te he visto interpretar media docena de papeles diferentes para media docena de situaciones diferentes, cambiando de personalidad como si estuvieras cambiando de canal, y todavía no tengo ni idea de quién eres. Así que creo que tengo derecho a preocuparme por mi hermano. Y creo que tengo derecho a sentir curiosidad por ti.

Me quedo petrificada.

¿Acaba de...?

No puede ser. No me conoce. Debo haber escuchado mal. Lo habré malinterpretado. Debe ser un malentendido. Un... Joder.

—No... —Me tiemblan las manos. Las meto debajo de las piernas, entre los muslos y la silla, como una niña pequeña. Me siento desnuda. La cabeza me da vueltas—. No sé de qué...

Le suena el móvil. Jack levanta un dedo para indicarme que espere y contesta.

—Smith-Turner. Hola, Sasha. Sí. Está aquí. Estaba a punto de... Ah. Claro. No hay problema. Yo me encargo.

Estoy demasiado conmocionada por lo que acaba de decir, «te amoldas para encajar en lo que crees que buscan», como para esforzarme en

escuchar lo que está diciendo su interlocutor. Por eso me quedo aún más perpleja cuando Jack dice:

—Volkov está ocupado y no puede enseñarte el departamento. —La leve sonrisa torcida reaparece—. Pero no te preocupes, Elsie. Estaré encantado de sustituirle.

OceanofPDF.com



RESISTENCIA ELÉCTRICA

Repito tantas veces «no hace falta» que las palabras pierden sentido, como en un trabalenguas. Es en vano.

—Jack, estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer —le digo mientras salimos del despacho. Nuestros brazos se rozan.

—¿Como qué?

—Em... —*¿Hacer collares con dientes de leche? ¿Levantar un yunque?*

—. ¿Trabajar?

Se mete la llave en el bolsillo trasero de los vaqueros y me mira desde las alturas. Siento que voy demasiado elegante a pesar de que soy yo la que lleva el atuendo profesional adecuado.

—Puedo sacar tiempo para enseñarle este sitio a una posible futura compañera.

No resoples, Elsie. No resoples.

—De verdad que no hace falta.

Chasquea la lengua.

—Si no dejas de repetir eso al final pensaré que no te gusta pasar el rato conmigo.

Es que no me gusta.

Me empuja por el pasillo poniéndome una mano entre los omóplatos y, por un segundo, todos esos metros, centímetros y kilos me resultan

tentadores e inexplicablemente atractivos. Estoy cansada. Un poco agotada. Podría apoyarme en él y...

Guau.

Creo que me estoy mareando. Tal vez necesito comer algo. Aunque no debería. He ido comiendo gominolas enriquecidas con vitaminas entre entrevista y entrevista para evitar que me bajara el azúcar. Es muy imprudente dejarse llevar por el hambre cuando estás con alguien a quien de entrada sueñas con sacrificar. Saco el móvil con la intención de comprobar mis niveles glucémicos, pero Jack está mirando fijamente la grieta que parte la pantalla. Mi imagen en la pantalla de bloqueo es un selfi de Cece y yo riéndonos mientras sostenemos un queso de cabra con arándanos. Es de Nochevieja, nos la hicimos antes de pasarnos cuatro horas viendo una película belga sobre canibalismo, y luego una hora más discutiendo sobre su trasfondo emocional. Me quería morir. Pero el queso estaba rico.

El monitor de glucosa parece indicar que todo está bien, pero quiero comprobar la bomba. Necesito estar un minuto a solas. Quizá podría fingir que he olvidado algo en el despacho de Jack. Me doy la vuelta para echar un vistazo a la puerta y mis ojos se posan en su placa.

—A todo esto, ¿de dónde sacas el *Turner*? —Jack me lanza una mirada curiosa. Sospecho que suele andar más rápido que yo, pero aminora la marcha para ponerse a mi altura. Qué amable por su parte—. El apellido de Greg es Smith a secas.

—Turner es el apellido de mi madre.

—¿Y Greg no lo lleva?

—Ves, este es el tipo de información que alguien que tiene una relación amorosa con mi hermano ya debería saber. —Vale. Digamos que tiene razón—. ¿A dónde se supone que tenía que llevarte Volkov?

Saco el itinerario de un minúsculo bolsillo. Tengo que desplegarlo unas veinte veces, lo que parece hacerle gracia. Imbécil.

—Espera. Aquí dice que es el doctor Crowley quien iba a hacerme la visita guiada. —Levanto la vista, esperanzada—. No hace falta que me...

—Crowley, y Pereira, ya no forman parte del comité de contratación.

—¿Qué? —¿Los dos imbéciles a los que escuché hablar de mí en el baño?—. ¿Por qué?

—Les ha surgido algo. Han tenido que retirarse. —Lo dice en un tono monótono, como si no fuera raro que dos miembros de la facultad se retiren en medio de un proceso de contratación—. Pero estoy encantado de tomar el relevo. —Me mira fijamente con esos ojos medio azulados—. ¿Qué pone en el horario?

Maldita sea.

—Visita a los laboratorios.

Suelta una carcajada.

—¿Seguro que quieres verlos? Están llenos de experimentalistas.

Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco.

—Me *encantaría* ver los laboratorios. Como ya he dicho, creo firmemente en la importancia de que los físicos experimentalistas y los teóricos colaboren para... —Jack levanta una ceja (traducción: *Mientes más que hablas*) y yo me quedo callada.

—¿Qué te parece si solo te enseño los despachos, Elsie?

Aprieto los labios (traducción: *Deja de decir mi nombre*).

—Sí, por favor.

La física teórica implica sobre todo pensar. Y leer. Y escribir ecuaciones en una pizarra. Y contemplar la opción de ingerir cicuta cuando te das cuenta de que el trabajo que llevas haciendo tres meses no encaja con la fórmula Bekenstein-Hawking. Mientras escribía mi tesis, pasaba la mayor parte del tiempo en casa, mirando fijamente a la pared, intentando encontrarle sentido a la segregación de los cristales en dominios quirales. Cada pocas horas, Cece me daba con la mopa para asegurarse de que seguía viva; Eri estaba encaramada a su hombro, esperando ansiosa el momento de darse un festín con mi cadáver.

En realidad, los teóricos no pisamos los laboratorios, y el equipamiento más caro que necesitamos es un ordenador para hacer simulaciones. Nunca me he puesto una bata de laboratorio, excepto el año en que J. J. me hizo disfrazarme de neurocirujana sexy para una fiesta de Halloween. Incluso en esa ocasión, el 80 por ciento de la ropa que llevaba eran medias de rejilla.

—Las salas de conferencias están por ahí. —Jack señala a la derecha. Su antebrazo es todo músculo. ¿Qué ejercicios se supone que hay que hacer para trabajar eso?—. Alrededor del 60 por ciento del departamento se dedica a la parte teórica. Más aún si contamos a profesores híbridos como Volkov. —Me mira de reojo—. Buen trabajo con los juegos de palabras, por cierto. ¿Cuántas horas te has pasado buscando chistes de padres en Google?

Solo unos veinte minutos. Leo rápido.

—Cuéntame, ¿te sientes seguro aquí?

—¿Seguro?

—Si más del 60 por ciento de los profesores son teóricos, debe de haber habido algún que otro episodio de... ¿ruedas pinchadas? ¿Buzones pintarrajeados? ¿Regalitos malolientes en tu escritorio? A menos que enviaras una tarta a cada uno como disculpa en tu primer día.

¿Otra vez arruguitas en los ojos?

—No soy la persona más querida de la facultad. Y todavía no me ha invitado nadie a tomar unas cervezas los viernes con el resto del departamento. Pero la mayoría de la gente es cortés. Y, repito, no tengo nada en contra de los teóricos.

—Claro. Algunos de tus mejores amigos son teóricos.

Me sostiene la mirada mientras abre una puerta y reaparece el único hoyuelo que tiene.

—Este será tu despacho, Elsie. Siempre y cuando mantengas el nivel con los juegos de palabras.

Mi fantasía de llenar a Jack de caramelos y darle con un bate (¿necesito tomar azúcar?) se ve interrumpida por el enorme ventanal que da al campus. Y el hermoso escritorio. Y las estanterías a juego. Y la pizarra gigante.

Dios, este despacho es espectacular. Podría pasarme horas y horas aquí todos los días. Disfrutar del olor a madera. Hundirme en una de las cómodas sillas que el MIT compraría especialmente para mí. Dejar que mi cerebro triturara conexiones y se dedicara a ampliar mis teorías sin descanso.

Podría terminar el manuscrito, el que lleva más de un año aparcado.

Me estremezco de placer ante la idea. Al contrario que en mi apartamento, ningún bicho parecido a los cangrejos de los cocoteros

intentaría meterse en mi boca. Tendría que contestar un 900 por ciento menos de correos preguntándome si «es posible pagar la matrícula de esta clase en Dogecoins». Y el sueldo... Tendría dinero con el que poder vivir. Dinero de verdad, no solo monedas de diez centavos olvidadas en el abrigo desde el año pasado.

Quiero este despacho. Quiero este trabajo. Lo quiero más de lo que nunca he querido nada, incluida la casa de Polly Pocket cuando tenía cinco años.

—¿Necesitas algo de intimidad? ¿Te traigo un colchón? ¿La pastilla del día después?

Me doy la vuelta. Jack está apoyado en el marco de la puerta con los hombros relajados. Su cuerpo ocupa toda la entrada. Me mira con esa sonrisa ladeada que casi consigue que me olvide de que nos odiamos.

—Es... —me aclaro la garganta—... un despacho muy bonito.

—¿Solo bonito? Parecía que estabas a punto de... dejémoslo en emocionarte.

Me recompongo.

—No, es que... ¿Me puedes repetir cuál es la carga lectiva para este puesto?

Estudia mi rostro, evaluándome, y yo aparto la mirada. Estoy hasta el moño de él para lo que queda de día.

—¿Te gusta dar clase?

—Por supuesto —miento mientras paso un dedo por una de las estanterías de madera. Ni siquiera tiene polvo.

—Por supuesto que no —contesta, sacándome las verdades a la fuerza—. Quizá te gustaba antes de tener que dar noventa clases a la semana, pero ya no. —No es una pregunta—. La carga lectiva es de dos asignaturas por semestre.

Toco el armario archivador.

—No está mal.

—¿Sabes que existen trabajos para físicos que no requieren dar clase, no?

—Puedo conseguir subvenciones. Pagarle a alguien para no tener que impartirlas.

—Rara vez dan subvenciones a los teóricos. Tardarías meses en completar la solicitud y años en recibir respuesta. ¿No preferirías ser investigadora a tiempo completo?

Me doy la vuelta, con las manos en las caderas.

—Respeto que no quieras que *consiga* este trabajo, pero que no quieras que lo *quiera* es pasarse de la raya.

Sus labios se curvan.

—Me parece que quieres *quererlo* demasiado.

—Jack, aquí estás. —Una mujer joven entra de repente por la puerta de mi despacho (bueno, vale, *del despacho* a secas). Es solo unos pocos centímetros más baja que Jack, tiene el pelo largo y oscuro y un acento que no logro identificar. Gesticula mucho—. Lo han vuelto a hacer.

—¿El qué?

—Anular mi reserva del tokamak. ¿Te lo puedes creer? Es la tercera vez este mes, ¿qué coño les pasa? Lo tenía para la semana que viene y, de repente, pam, eliminada del calendario. Tanto que se llenan la boca con que el reactor está disponible para todo el personal del MIT y después resulta que a los doctorandos nos mandan a tomar por culo. ¿Cómo se supone que debo fundir el plasma? ¿En mi puta olla a presión?

—Michi. —Jack suena imperturbable.

—Si lo que quieren es que sobrecaliente gases en mi bañera y haga saltar por los putos aires a la pomerania de mi compañera de piso, pues tendré que hacerlo, ¡pero el objetivo de trabajar en el MIT era no tener que fusionar mi propia antimateria! Este sitio es una mierda, pienso dejar el programa. Debería haberme quedado en Caltech. Debería haber seguido en el negocio de mi abuela y dedicarme a fabricar comederos para las ardillas...

—Michi —interrumpe Jack con un tono un poco más firme—. Esta es la doctora Elsie Hannaway, una de las candidatas para la vacante en la facultad. Doctora Hannaway, Michi es una de mis doctorandas.

Michi no se había dado cuenta de que había alguien más en la habitación. La delata el color morado que le sube por las mejillas, los ojos abiertos como platos y su expresión horrorizada.

Hago un EPI rápido: Michi es inteligente y se la ve motivada, aunque saturada por el trabajo. Le cae bien Jack y confía en él (¿puede que quizá no

sea *tan* inteligente?). Se está mortificando porque he escuchado todo lo que acaba de vomitar por la boca. A juzgar por el temblor en su labio inferior, está a punto de echarse a llorar.

Oh-oh.

—Menudo coñazo —me apresuro a decir. La Elsie que esta chica necesita es la que se compadece de ella—. Odio cuando los laboratorios hacen eso de poner a más de una persona a la misma hora. —Nunca jamás en mi vida he reservado hora en un laboratorio. Pero bueno—. ¿Tanto les cuesta crear un calendario de Google e ir apuntándolo ahí? —Supongo que sí, pero el labio de Michi ya no tiembla. Su piel vuelve poco a poco a tener un tono normal.

—¿Verdad?

—No es solo en el MIT. Es así en todos lados. Yo era doctoranda hasta hace un año y siempre éramos los últimos en tener acceso al equipo. —Si por equipo te refieres a las tizas de colores—. La cosa mejora después de sacarte el doctorado.

Le vuelve a temblar el labio.

—¿Sí?

—Te lo prometo. —Sonrío para tranquilizarla. Las mujeres en CTIM son mi debilidad. Quiero protegerlas del infierno de la desigualdad estructural en que se basa el mundo académico—. Mientras tanto, estoy segura de que Jack estará encantado de interceder.

Su ceño fruncido transmite lo ajeno que le resulta el concepto de «estar encantado» con algo en la vida.

—Me aseguraré de que tengas acceso, Michi. —Dice «Michi», pero me está mirando a mí. Fijamente a los ojos, para ser precisos. Y cuando Michi hace un leve movimiento de cabeza y desaparece, Jack se aparta de la puerta y camina hacia mí, con las cejas formando una línea vertical.

Casi siento un *shock* físico al pasar de Michi (transparente, un libro abierto) a él, una pared de ladrillos blanca y con signos de interrogación tan grandes que me dan ganas de arrancarme los pelos. O arrancárselos a él. O a todo el mundo. ¿Por qué tiene que resultarme tan frustrante? ¿Por qué tiene que ser la persona más ilegible de...?

—La chica de carne y hueso que soñaba con ser una marioneta —
murmura con voz grave y ronca.

—¿Qué?

—Lo cierto es que soy capaz de ver cómo lo haces.

—¿Hacer qué?

—Lo de analizar a la gente. Te activas y te desactivas.

Doy un paso atrás, aterrorizada. Luego uno adelante, combativa. ¿Cómo es que yo no logro leerle la mente por mucho que me esfuerce y él tiene pleno acceso a mi cabeza?

—Sabes, Jack, todo el mundo interactúa de manera diferente según con quién habla. Se llama cambiar de código, una habilidad social totalmente normal y...

—El cambio de código no tiene nada que ver con *suprimir* quién eres y modificar lo que queda de ti. ¿Alguna vez has reservado hora en un laboratorio? ¿Qué equipo era el que no te dejaban usar?

—Mira, ha funcionado, ¿vale? Michi estaba a punto de llorar. Me he anticipado a sus necesidades y he evitado las lágrimas.

—Has *mentido*, Elsie. Todas y cada una de tus interacciones son una mentira. —Se cruza de brazos y encorva la espalda. Se supone que estamos haciendo una visita guiada por el departamento. Siento que está haciendo una visita guiada por mi mente—. ¿Esto es lo que haces con Greg? ¿Cambias el código para interpretar al personaje del que se enamoró, a pesar de que esa persona no existe?

—No. —Por Dios. Ya va siendo hora de que Greg levante el culo y vuelva de ese campamento de yoga.

—¿Lo estás haciendo conmigo también? —Frunce el ceño.

—¿Qué? ¡No! —*¡Ni siquiera logro saber qué piensas!*

—¿Te adaptas a lo que yo quiero? Por eso cada vez que estoy contigo, me... —Su voz se va apagando, o quizá no. Quizá es que he llegado a mi límite.

Estoy mareada. El corazón me retumba en los oídos. Una gota de sudor frío me recorre la columna vertebral y estoy total y absolutamente segura de que al discutir con Jack he gastado hasta la última de mis moléculas de glucosa.

Mi sangre tiene 0 por ciento de azúcar ahora mismo. Qué bien.

—¿Elsie?

Veo borroso. ¿Dónde está la pared? Tengo que apoyarme en la...

—¿Elsie? —Manos. Músculos. Huesos. Calor. Noto que algo me agarra y...—. Elsie, ¿qué coño te pasa?

—Azúcar. —Qué gustito no tener que estar de pie. Me siento tan ligera—. Carbohidratos de acción rápida. Zumos, refrescos o... caramelos. ¿Puedes...? —Mi palma reposa sobre una piel cálida y suave. Luego noto que me deja encima del escritorio (*mi* escritorio) (*mi futuro* escritorio). Madre mía, de verdad que necesito que me den este trabajo. Al lado del ordenador pondré la figurita de Bill Nye que hago como que no me acuerdo de que fue J. J. quien me la regaló. Los Funko Pops de Alice y Bella irán en la vitrina. En el alféizar pondré alguna planta; una que sea salvaje y carnívora, como la venus atrapamoscas. Cogeré el cactus de Jack y se lo daré para que se lo coma. Cogeré a Jack y se lo daré para...

—Toma.

Abro los ojos de golpe. Sospecho que Jack se ha ido durante un rato, pero ahora vuelve a estar aquí. Está presenciando mi desdicha. Es como esos pirómanos que vuelven a la escena del crimen para masturbarse y...

—Elsie. Cógelo.

Tengo delante una botella llena de un líquido oscuro. Se la quito de la mano y bebo varios tragos largos. Placer instantáneo.

Bueno, no instantáneo. Y tampoco lo llamaría placer. Mi nivel de azúcar en sangre tarda unos minutos en estabilizarse. Incluso entonces, todavía me siento como un cadáver. Uno de los malos, de los que te tocan cuando estás en la facultad de Medicina y llegas tarde a la clase de Anatomía.

¿Debería beber más? Compruebo mi nivel de glucosa en el iPotorro. Mierda, mi bomba de insulina ha vuelto a fallar. Me ha administrado demasiada. El azúcar en sangre está por debajo de setenta miligramos. Tomaré dos sorbos más, luego esperaré dos minutos, y luego...

—Tienes diabetes.

Levanto la vista. Ah, cierto. Jack sigue aquí, observándome con cara de preocupación. Es capaz de ocupar la mayor parte de mi futuro despacho de

una forma visceral. Tengo que comprar esa venus atrapamoscas cuanto antes.

—Ajá.

—¿Tipo 1? —Asiento—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Doy otro sorbo al refresco y es entonces cuando me doy cuenta de que *no* es Coca-Cola. Me río.

—¿Por qué iba a decírtelo? ¿Para que me echés caramelos en el té?

—Me hace gracia que digas eso —dice sin ningún atisbo de que le esté haciendo gracia—, ya que hemos coincidido un total de cinco veces hasta ahora y en dos ocasiones has sufrido algún tipo de complicación relacionada con la diabetes que ha requerido que interviniera para ayudarte.

—¿Cuántas más necesito para que me den un café gratis? ¿Ocho?

Suelta una carcajada.

—Con estos niveles de autosabotaje, no hace falta que nadie intente hacerlo desde fuera.

Le miro con mala cara, demasiado cansada para discutir.

—Las dos únicas veces que he tenido ataques de hipoglucemia en el último año han sido estando tú presente. Quizá tienes el superpoder de hacer que mi bomba de insulina falle.

—Tienes que decírselo a Monica.

—A Monica no le voy a parecer peor candidata por tener diabetes. —*Espero.*

Su mirada se vuelve dura.

—¿Crees que quiero que se lo digas para tener menos posibilidades? Estás acabando con tus posibilidades tú solita, desmayándote por ahí y mintiendo con cosas que son fácilmente refutables. Me preocupa tu *salud*.

—Asumo toda la responsabilidad en lo que a mi salud se refiere, y esto no afecta en nada a mi trabajo. No estoy obligada a informar de mi condición a...

—Has estado a punto de desmayarte.

—Me ha fallado la bomba de insulina. Es vieja y va mal y necesito una nueva, pero el precio es prohibitivo si una no tiene seguro médico, así que sí.

¿Esa expresión que tiene es de culpabilidad? Puede ser. O puede que siempre tenga esta cara de pocos amigos.

—¿Greg sabe lo de la diabetes?

¿Cómo de socialmente aceptable sería irrumpir en el retiro organizado por la empresa de Greg y arrastrarlo de la oreja de vuelta a Boston?

—No tiene por qué saberlo.

Jack aprieta los labios.

—¿Esto es parte de tu juego?

—¿Mi qué?

—Esta cosa rara que haces. Lo de suprimirte y modificar tu forma de ser.

—Estás *obsesionado*. —Y también en lo cierto, por muy perturbador que me resulte—. ¿Te gustan las teorías conspiratorias? ¿Crees en los reptilianos? ¿Piensas que Finlandia no existe? —Doy otro sorbo—. Joder, qué amargo está esto. —La etiqueta de la botella está en otro idioma—. ¿Qué es?

—La bebida favorita de Volkov.

—¿Qué?

—Le pide a su hermano que le envíe unas cuantas cajas desde Rusia de vez en cuando. Se la raciona y la trata como si fuera oro líquido. Esta es la última botella que le quedaba.

Escupiría todo el líquido si fuera capaz de darle otro sorbo.

—¿¡Qué!?

—No te preocupes. Le diré que lo necesitabas de verdad, Elsie. No creo que le importe... mucho.

—No. No, no, no. No se lo digas. No se lo digas a Volkov. Buscaré una tienda de importación. Le compraré otra botella igual. ¿De dónde la has sacado? Puedo...

Me callo. El hoyuelo de Jack ha vuelto. Está sonriendo.

Y es una sonrisa malvada.

—No es de Volkov, ¿verdad? —Niega con la cabeza—. Te odio.

—Lo sé. —Coge la botella, da un sorbo. Arruga la nariz de una forma que casi resulta hasta tierna. ¿Es consciente de que mis labios han estado justo ahí?—. Qué asco. La he robado de la sala de estudiantes. El único refresco que he encontrado que no era sin azúcar.

—¿Acabas de *robarle* algo a un estudiante de doctorado? —Digo riéndome.

—Ajá. Yo tampoco esperaba caer tan bajo.

Me río más fuerte. Debe ser por el subidón de azúcar.

—¿Cómo puedes dormir por las noches?

—Tengo un colchón muy firme. Excelente para el cuidado de la columna vertebral.

Me vuelvo a reír. Y Jack también. Cojo la botella de nuevo y bebo otro sorbo. Doy por hecho que ambos estamos vacunados. ¿Qué tiene de malo?

—Por Dios, esto sabe a disolvente.

—O a batido de isopropanol y plancton. —Dios mío. No puedo parar de reír. ¿El ataque me ha dejado secuelas permanentes en el cerebro?—. ¿Te encuentras mejor? —Su voz, de repente, es más dulce. Más íntima. Está más cerca de mí de lo necesario. Al menos si me vuelvo a caer podrá cogerme rápido.

—Sí. Solo necesito un segundo para recuperarme. —Último sorbo. ¿Este zumo asqueroso me está gustando? Tal vez sea culpa de este sitio. La luz del sol de media tarde calienta el suelo de madera. Las estanterías están esperando a que las llene con mis libros—. Y otro segundo más para maravillarme ante el esplendor de mi futuro despacho.

Jack sacude la cabeza y sonríe, casi diría que con tristeza.

—Lo siento, Elsie, pero este no será tu despacho.

Pensar eso me hieló la sangre.

—No lo sientes. Y no puedes adivinar el futuro. Los juegos de palabras se me dan mejor que a ti, Jack. La clase de prueba fue muy bien. Y al final resulta que no le he robado a Volkov su leche materna. Tengo posibilidades.

Me estudia durante un largo segundo, en silencio. Luego pregunta:

—¿Vas a estar bien?

—Sí, solo necesito un segundo para...

—No, quiero decir... ¿Vas a estar bien si pierdes a Greg? Porque le voy a contar lo que sé sobre ti. Y si no consigues este trabajo... ¿Estarás bien igual?

No consigo descifrar inmediatamente su tono. Cuando lo consigo, estallo en carcajadas.

Está *preocupado*. Parece realmente preocupado por mi bienestar y mi estado de ánimo, lo cual me parece sorprendentemente considerado por su parte, y tal vez un poco gracioso, hasta que me doy cuenta de por qué: está convencido de que voy a fracasar. Y eso me hace sentir... algo. Una mezcla de rabia y miedo y algo más, algo que me recuerda a la alegría y a la despreocupación que se siente al bailar sobre la tumba de los enemigos que osaron subestimarme.

—¿Qué harás si consigo este trabajo, Jack? —Me inclino hacia delante. Mi cara está a un par de centímetros de la suya—. ¿Te arrancarás los pelos? ¿Pedirás hablar con un responsable? ¿Dejarás el departamento y te convertirás en profesor de zumba?

No se echa hacia atrás. En lugar de eso, me observa aún más atentamente, como si fuera un bicho que se ha posado en la palma de su mano. Yo contemplo los posibles escenarios, que deben ser los mismos que le pasan a él por la cabeza.

Jack Smith-Turner y Elsie Hannaway. Compañeros que se respetan. Vecinos de despacho. Enemigos académicos.

Podría hacerle la vida imposible de tantas formas. Difundir el rumor de que toca el grifo de la fuente de agua del pasillo con la boca. Poner un nido de abejas asesinas en el último cajón de su escritorio. Sacarlo a la calle sin gafas de sol durante un eclipse. Hay todo un mar de posibilidades y yo quiero verlo sufrir. Quiero verlo perder. Quiero verlo sudar la gota gorda. Quiero verlo llorar porque él ha perdido y yo he ganado.

Pero quizá eso no pase nunca.

Porque:

—Si consigues el trabajo... —Se acerca. El trocito de ojo de color azul brilla con fuerza y sus labios se curvan—. Creo que me las apañaré.

—¿Mientras te vas a dormir todas las noches llorando porque no soy George?

—No todo el mundo quiere que seas otra persona, Elsie. —En eso se equivoca, pero me despista el olor de su piel. Es un aroma primitivo y agradable. Casi evolutivo. Lo odio—. Y, definitivamente, no me gustaría que fueras George.

—¿Y eso por qué?

Aprieta los labios. Ahora está aún más cerca. Sorprendentemente serio.

—Sería un desperdicio.

—¿Un desperdicio de *qué*?

—De ti.

Mi corazón se salta un latido. Se para. Vuelve a latir con fuerza un segundo después. ¿A qué coño se refiere con...?

—¡Jack! Doctora Hannaway, estáis aquí. Mi reunión acaba de terminar.

—Volkov aparece en el marco de la puerta—. No sabía que duraría tanto.

Jack ha dado un paso atrás.

—No te preocupes —dice mirándome—. Eso dijo el primero que se propuso dar con todos los decimales de pi, y mira cómo acabó.

Hay un momento de silencio. Entonces Volkov se da cuenta del juego de palabras y se empieza a descojonar.

—Ay, Jack, eres... eres... —dice mientras sigue riendo entre dientes.

Jack ya está saliendo por la puerta, pero se detiene para dedicarme una larga mirada y decir con esa voz tan grave:

—Adiós, Elsie. —Después de un segundo, añade—: Ha sido un placer.



8

FRICCIÓN

—¿Qué quieres decir con que debemos dejarlos *ser como son*?

Mamá está hablando en un tono de voz tan alto que no puedo evitar mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie la ha oído a través del móvil. El doctor Voight me saluda con la mano antes de entrar al auditorio (donde daré la charla sobre mi investigación dentro de quince minutos) y el estómago me da un vuelco, como si fuera una tortilla.

—Es que... Lucas es muy testarudo. A menos que lo encierre dentro del lavavajillas, no sé de qué otra forma evitar que se porte mal. —Antes de que mamá me pida que pruebe a hacer eso mismo, me apresuro a añadir—: Y creo que le sentaría bien que le diéramos cierto espacio para poder enfurruñarse en paz.

—¿Y qué hay de Acción de Gracias?

¿Eh?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si no se le pasa el enfado y sigue enfurruñado para Acción de Gracias? ¿Dónde voy a sentarlo? ¿Y si no se presenta? Tu tía dirá que no sé tener a mi familia bajo control, que debería ser ella la anfitriona el año que viene. ¡Lleva décadas intentando robarme este día!

—Mamá... estamos en enero.

—¿Y?

Veo a Jack y a Andrea viniendo hacia mí, riendo, con Michi y un grupito de doctorandos siguiéndolos de cerca. Le saca una cabeza al resto (como en todas las reuniones de los Smith) y lleva una camiseta panadera gris de manga larga que tiene pinta de ser lo primero que ha encontrado en el cesto de la ropa sucia y, a la vez, una prenda de lujo hecha a medida para evidenciar que las proteínas son su macronutriente favorito.

Colección alta costura de Chuck Norris.

Ojalá no me hubiera saludado con esa absurda sonrisa nada más verme. Ojalá no le divertiera tanto ver cómo lo miro.

—Si para noviembre las cosas no han mejorado..., ya investigaré cómo hacer buenos nudos con cuerdas y algún almacén barato, te lo prometo. Te tengo que dejar, mamá. Te llamo esta noche, ¿vale? —Cuelgo y veo que el Dr. L. me ha mandado un correo para desearme suerte. Aún no le ha pillado el tranquillo a lo de enviar mensajes de texto. Sonrío.

Al menos hay *una* persona en el mundo que se preocupa.

—Siento mucho lo de ayer —dice Monica, que llega acompañada del sonido de sus tacones. Se le clavan los ojos en los monstruosos hombros de Jack. Admiro su determinación por despreciarlo. De veras reconforta mi sistema cardiovascular de alto riesgo—. Te dejé a solas con Jack mucho rato. No tenía ni idea de que Sasha iba a llegar tarde. Hombres... No te puedes fiar nunca de su palabra.

—No te preocupes —le contesto. Y no lo digo por decir.

Anoche conseguí dedicar dos horas enteras a responder correos electrónicos antes de la cena, y ni siquiera me quedé dormida cuando Cece me contó sus avances en el análisis de «Los pasos de Odessa» (es decir, el cuarto acto de la película muda *El acorazado Potemkin*, de 1925). La hemos visto juntas varias veces desde que cometí el error de fingir que me encantaba el primero. Pero anoche estaba considerablemente menos cansada de lo habitual, y mi teoría es que fue por culpa de Jack.

La cosa es que nunca vamos a poder salvar las diferencias que tenemos. *Nunca* conseguiré ser una Elsie capaz de complacerlo, sobre todo desde que ha descubierto que sigo la estrategia EPI. Y por mucha rabia que me dé saber que hay alguien por ahí a quien no puedo conquistar, también es liberador. Con Jack no necesito ser otra persona, porque *no puedo* ser otra

persona. Es inquietante y relajante y... también revelador, pero de una forma que me resulta perturbadora.

En el fondo diría que me lo pasé bien con Jack Smith-Turner. Una frase que nunca antes había pronunciado ningún ser humano.

¿Lo he estado haciendo todo mal? ¿En lugar de esforzarme para que la gente piense que merezco que me dediquen su tiempo, debería dejar de darle tanta importancia a lo que piensan? Mmm... Es para reflexionar.

—La parte buena es que todos los que han tenido un cara a cara contigo te *adoran*, Elsie. —Monica sonrío—. Y la impresión que se han llevado los estudiantes después de tu clase ha sido fantástica. Creo que los tenemos a todos en el bolsillo. Solo te falta clavar esta charla sobre tu investigación.

Claro, sin presiones.

—Estoy en ello. —Sonrío.

Posa la mano con delicadeza sobre mi hombro.

—Será maravilloso para el departamento contar con alguien como tú.

Diez minutos más tarde, después de que Monica me haya presentado ante un auditorio abarrotado (sospecho que la asistencia es obligatoria), aún puedo sentir el peso de sus dedos. Ha mencionado el premio Forbes 30 Under 30, el SN 10: Scientists to Watch y el Young Investigator Prize, y todo el mundo ha aplaudido. La gente va alternando la mirada entre mi cara y mis diapositivas. Por ahora, todavía no he visto a nadie cabecear. Hablo de los modelos que he creado, de material inédito sobre el que aún no he tenido ocasión de escribir y...

Dios. Me encanta.

La cosa es que se me da bien esto. Bien de verdad. El resto de las cosas por las que alguna vez me han elogiado —«Eres tan guapa, Elsie. Resulta tan interesante hablar contigo. Eres tan divertida, tan extrovertida, tan introvertida, tan amable, tan comprensiva, tan agradable, tan reflexiva, tan sensata, tan perspicaz, tan alocada, tan despreocupada, tan disciplinada, tan intensa, tan tranquila...»— son inventadas. El producto de máquinas de niebla y espejos colocados cuidadosamente para reflejar lo que *otros* quieren que sea. Pero la física... Mi pasión por la física no la he tenido que fingir nunca. Y me encanta hablar sobre el tema con otras personas, lo cual no he podido hacer mucho este último año, ya que doy aproximadamente

setenta trillones de clases y mis alumnos todavía van por la parte de «y la manzana le cayó en la cabeza». A veces intento que Cece se involucre en mi trabajo, pero cada vez que menciono los cristales líquidos, suelta una risita y susurra: «Mi tesssooro». Lo cual está bien. Digamos que no es un tema que entusiasme a cualquiera, pero a los físicos les encanta. A los experimentalistas les encantan las formas en que se pueden aplicar, y a los teóricos les encanta preguntarse qué papel tuvieron durante el *big bang*, si son el verdadero origen de la vida en la Tierra, si se pueden añadir como suplemento a un batido...

Todos salimos ganando.

—... esta era la fase dos del modelo. Avisadme si algo no os queda claro como el cristal. —Lanzo el primero de los tres juegos de palabras que tengo planeados y la sala responde con risitas. Si la vida es justa, esta prostitución de mi sentido del humor hará que me gane el voto de Volkov—. Bien, pasemos a la tercera.

Jack está en la cuarta fila y me está prestando tanta atención que me resulta hasta incómodo. Veo que escribe algo en un cuaderno. En el mejor de los casos, debe estar garabateando eses con diferentes tipografías. En el peor, redactando una petición para disuadir al MIT de contratar a una babosa diabética que va por ahí robando refrescos de importación y embaucando a hombres jóvenes y fáciles de impresionar haciéndoles creer que es otra persona. Trama algo. Yo lo sé. Él lo sabe. Ambos lo sabemos, y por eso nuestros ojos se encuentran y se sostienen la mirada tan a menudo. Pero he practicado tanto esta charla que podría darla mientras me están depilando la entrepierna. *Sea lo que sea lo que estás tramando, estoy preparada*, le digo mentalmente la siguiente vez que nuestras miradas se cruzan. Me devuelve una media sonrisa que ya me resulta familiar.

Sigo con lo mío a la espera de que llegue el momento. Y espero. Y espero. Y...

No llega. Jack no levanta la mano para hacer una pregunta ininteligible dividida en cuatro partes. Los alumnos no saltan de la silla para interpretar un *flashmob* antiteórico. Cuando llegamos a la ronda de preguntas, miro hacia el techo esperando encontrarme con un cubo lleno de sangre de cerdo, pero nada.

Lo único que sucede es que el doctor Massey levanta la mano desde el lateral izquierdo y dice:

—Qué modelo tan fascinante, doctora Hannaway. Algunos de los experimentalistas que están hoy aquí se beneficiarían mucho si colaborara con ellos. —Señala a un hombre de mediana edad sentado frente a él—. Toby, tú trabajas en nemática, ¿verdad?

—No, yo no. Es el doctor Deol.

—No, Deol está con las partículas. ¿Tal vez Sasha?

La sala se convierte en un gallinero, todos hablan por encima de todos hasta que Volkov interrumpe:

—¿No era el doctor Smith-Turner?

Se da la vuelta con esfuerzo, buscando a alguien, y rezo para que se haya equivocado. Rezo para que haya otro Smith-Turner entre la multitud. Rezo para que haya un final rápido y piadoso. Sin embargo:

—Jack, llevas un tiempo atascado con tus experimentos nemáticos, ¿verdad? Este modelo te serviría, ¿no es así?

Me atrevo a mirar a Jack. Espero encontrármelo con el ceño fruncido. Riéndose. Arremetiendo contra mí. Pero, en vez de eso:

—Lo cierto es que sí, llevo un tiempo atascado. Y, sí, desde luego que me serviría. —Sonríe un poco, demasiado complacido para mi gusto.

Acabo de bordar la charla. Jack debería estar sollozando. ¿Por qué tiene esa mirada como de... admiración?

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos. Soy la primera en desviarlos y atiendo a la siguiente pregunta.

—Eres una joven científica muy prometedora —me dice Volkov. Hace una pausa para meterse una seta envuelta en beicon en la boca—. Una futura estrella con una brillante carrera por delante.

—Más me vale ir a comprarme unas gafas de sol, pues. —Miro cómo se ríe de camino a la mesa de aperitivos y confío en que no vuelva.

La entrevista ha ido bien, pero estoy deseando que termine. Esta fiesta en casa de Monica es la recta final: al parecer, se trata de un picapica informal destinado a transmitir el ambiente amistoso que hay en el

departamento y la buena relación entre sus miembros. Sin embargo, he asistido a un montón de eventos como este en la Northeastern, y lo único que consiguen demostrar es que los académicos somos unos empollones con pocas habilidades sociales y unos resentidos incapaces de interactuar con nuestros colegas si no disponemos de litros y litros de lubricante étílico.

A estas alturas, esos litros ya se han distribuido. La sala oscila entre el bullicio y la embriaguez. Las conversaciones, entre juegos de la PS5 y cotilleos sobre los doctorandos. (A Cole lo odian de forma unánime. Tuvo una fase de llevar perilla y una vez intentó organizar una orgía en el laboratorio de espectroscopia. Debería presentarle al tío Paul.)

La casa de Monica es lujosa y espaciosa. No debería sorprenderme: es una persona importante, pues claro que le sale el dinero por las orejas. Es lo que pasa cuando logras mantener tu puesto en el mundo académico hasta llegar a profesor titular, ¿no? Lo único que... la diferencia de sueldo entre los profesores titulares y la gente como yo es abismal. Quizá cuando los académicos salen del umbral de pobreza se olvidan de que antes se despertaban con cucarachas caminándoles por encima. ¿Habría un interruptor en el cerebro que enseña a la gente la diferencia entre entremeses y *amuse-bouches* y que les hace querer gastar mucho dinero en decorar las paredes con cráneos de vaca?

Doy un sorbo al refresco que he fingido mezclar con ginebra y murmuro:
—Dios...

—Estoy seguro de que Dios abandonó este departamento hace años —susurra alguien detrás de mí.

Me doy vuelta y... es Jack. Por supuesto que es Jack. El electrón de mi núcleo, girando constantemente a mi alrededor en la órbita más molesta del mundo. Está tan cerca que tengo que levantar la barbilla, y desde esta perspectiva me sorprende comprobar de nuevo lo guapo que es. Tiene cara de salir en los anuncios de perfume caro que hay en las tiendas del aeropuerto.

—Deja de fruncir el ceño —me ordena, y automáticamente le hago caso y relajo la frente.

Entonces lo frunzo todavía más.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Ay, por favor, Elsie. —Se le curva la comisura del labio—. Que no es que te haya pedido que me sonrías.

Está de pie en la puerta, con una mano a cada lado del marco. Sus bíceps me rozan el pelo, pero decido no apartarme. Yo he llegado primero. Además, está claro que me he convertido en una cría de doce años.

—¿Necesitas algo?

—Solo me he pasado a ver qué tal estás. Quería asegurarme de que habías comido lo suficiente.

Pongo los ojos en blanco.

—He comido. Gracias, papá. —Mis niveles de azúcar están en ciento veinte miligramos. Estoy de fábula.

—Me lo he imaginado al ver que no estabas tumbada sobre el... —mira la alfombra bajo mis pies, y arruga la nariz— ¿dálmeta muerto de Mónica?

—Creo que es piel de vaca.

—Ah. Eso explicaría los cráneos de la pared.

—Sí... —carraspeo—. Desde luego, aportan ¿cohesión? a la estancia.

—¿Crees que las mató ella con sus propias manos?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de ser el siguiente?

—Pues claro. Monica es aterradora.

Me río. Ya no hay nada que Jack pueda hacer para dar pie a que quede mal delante del comité de selección. Ahora solo somos dos archienemigos que se llevan bien y pueden charlar en una fiesta. Nadie nos presta atención, lo que resulta extrañamente agradable. Me siento aislada pero relajada, porque Jack no espera nada en concreto de mí.

—¿Andrea y tú estáis saliendo? —pregunto, porque puedo y porque tengo curiosidad.

—No. —Parece sorprendido—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Os veo juntos muchas veces. —Es con quien estaba charlando mientras Volkov hablaba de lo competitivos que son los concursos de pastoreo de patos.

—Somos amigos, colaboramos a veces. Somos los dos únicos profesores menores de treinta y cinco años. —Da un sorbo de cerveza—. No me va mucho eso de salir con chicas.

Cierto. Greg también me lo dijo. Lo que me molesta es que Andrea, una mujer brillante, crea que Jack es un buen tipo. Y que Michi piense que es un buen mentor, a juzgar por lo cómoda que se siente interactuando con él en plena crisis. Si fuera cualquier otra persona, todo eso lo consideraría *green flags*, pero a mí no me la cuela.

—Bueno —digo—, conque tus experimentos nemáticos van mal, ¿no?

—Así es. ¿Cómo lo has sabido? Ah, claro. Estabas presente cuando Volkov ha anunciado mis repetidos fracasos a la hora de obtener resultados decentes ante un auditorio con trescientas personas. —Vuelve la sonrisa de autodesprecio. Y también el hoyuelo.

No quiero volver a reírme, pero... es difícil. He tenido un día muy largo.

—Lo cierto es que lo he disfrutado. De hecho, creo que he tenido un orgasmo en ese mismo momento.

—No me digas. —Se le oscurecen los ojos alrededor del trocito azul.

—En una escala que va desde asistir a una clase de CrossFit a escribir artículos-mofa como forma de activismo, ¿cómo de cabreado estás por que alguien te haya sugerido que uses un modelo mío?

—¿Qué es un CrossFit y por qué tendría que cabrearme? Hemos discutido si usar tu modelo en una reunión con mi laboratorio esta misma mañana.

Me inclino hacia atrás para buscarle los ojos.

—¿Qué?

—Michi ha presumido delante de todo el mundo de ser amiga tuya. Te ha seguido en Twitter, creo.

—No tengo Twitter.

—Ya le he dicho que probablemente no eras @SmexyElsie69...

—Espera, ¿hablas en serio? ¿De verdad vais a usar mi modelo?

—Por supuesto.

—Pero es un modelo puramente teórico.

Se encoge de hombros.

—Llevamos meses atascados. Y es excelente. Y, como te he dicho *varias veces*, nunca he tenido problema en incorporar modelos teóricos y he colaborado con...

—Basta. —Me giro para mirarlo de frente y me quedo medio atrapada debajo de su brazo. Parece que estemos a punto de abrazarnos, pero un abrazo de los que esconden un apuñalamiento, al estilo *Juego de tronos*—. Escucha... Para de hacer esto, por favor. No sé qué quieres de mí. Llevo un año como adjunta y es una mierda. Una puta mierda. Solo quiero un puesto en un buen departamento para continuar con mi investigación.

—Te lo mereces —dice sin alzar mucho la voz.

Tanteo las palabras en busca de ironía. Ni rastro.

—Basta —repito—. No sé a qué estás jugando, pero...

—¿Jugando? —Frunce el ceño—. Solo he dicho que espero que tengas la oportunidad de continuar tu investigación, porque está claro que eres una de las grandes mentes de nuestra generación.

Me pongo tensa.

—No necesito tus elogios cargados de condescendencia.

—¿Mis...? —Sacude la cabeza. Pone su mano bajo mi barbilla y me levanta la cara para estudiarme mejor. Nos quedamos así durante unos interminables segundos, hasta que pregunta—: ¿Quién te ha hecho tanto daño, Elsie?

—¿Perdón? —Me siento en carne viva cuando me mira así. Desnuda hasta los huesos.

—Cada vez que menciono que admiro tu trabajo, te pones a la defensiva y le quitas importancia.

No, no es verdad. ¿O sí?

—Quizá si no te pasaras la vida recordándome que me consideras una mentirosa a la altura de las villanas de las series de la Warner de mediados de los 2000, pues...

—Soy capaz de hacer más de una cosa a la vez. —Suenas... no molesto, pero casi. No tiene esa actitud de indiferencia tan propia de él—. Puedo admirarte como científica y que, al mismo tiempo, me moleste lo que le estás haciendo a mi hermano.

—Lo que *supuestamente* le estoy haciendo a tu hermano. Y... —¿Estoy siendo innecesariamente beligerante? No. No, Jack y yo somos dos frentes en guerra. Insulina y glucagón. Rey y Kylo Ren. Galileo y la Iglesia Católica allá por el 1615—. Me cuesta creer que me respetas cuando por lo

único que te conozco es por despreciar a la gente que trabaja en lo mismo que yo y por abogar para que contraten a George.

—Lo de George no tiene nada que ver contigo. Además, no os conocéis, por lo que tampoco espero que lo entiendas.

—Cierto. Quizá, si lo conociera y me hubiese leído su *único* artículo publicado, retiraría mi solicitud al darme cuenta de que compito con alguien tan admirable.

Los ojos de Jack se abren de par en par.

—¿Qué? —Se muerde el interior de la mejilla—. Elsie, se te está yendo de las manos lo de hacer suposiciones...

—Elsie. Estabas aquí. —Monica camina por encima de la piel de vaca en dirección a nosotros. Me mira. Luego a Jack. Luego a mí otra vez—. He pensado que quizá necesitabas que te rescataran —me murmura al oído.

A juzgar por su media sonrisa, Jack también la ha oído.

—Solo estaba asegurándome de que sigue queriendo trabajar con nosotros después de que Christos se haya metido la mano por dentro del pantalón mientras intentaba convencerla de que los cereales con leche son técnicamente sopa. —El tono de Jack vuelve a ser de diversión. Relajado.

—Tiene unos cuantos buenos argumentos al respecto —intervengo antes de que Monica despelleje a Jack sobre la alfombra de piel de vaca—. Monica, qué velada tan agradable. Muchas gracias por recibirme en tu preciosa casa.

—Qué menos. ¿Has conocido a mi familia?

—A tu marido, sí. Su investigación es fascinante. —Es biólogo evolutivo. Se nos han saltado las lágrimas a ambos al hablar sobre los podargos australianos, que se emparejan de por vida y, cuando uno de ellos muere, el otro permanece junto al cadáver hasta morir de hambre. Hemos pasado un rato agradable.

—¿Y a Austin, mi hijo? Acaba de llegar a casa. Está viviendo con nosotros, ahora mismo está en un... *impasse* laboral. Al parecer, gastarnos cientos de miles de dólares para que se especializara en gestión de campos de golf no ha sido una buena inversión. —Su sonrisa es tensa—. ¿Sabías que Jack y Austin salen por ahí de vez en cuando?

—Ah. —Alterno la mirada entre Jack y Monica. Parece ser que este hecho les resulta divertido e irritante, respectivamente.

—Jugamos al básquet en el mismo gimnasio —explica Jack. Noto la vibración de su voz, como si estuviera *muy* cerca.

—Los domingos por la noche. Justo a la hora de cenar en casa. Hace semanas que Austin no nos acompaña en la mesa.

—Quizá deberías instalar una canasta en el salón —añade él, y señala la pared—. Justo ahí, entre esos dos fósiles, por ejemplo.

—Quizá seas tú el que debería instalar una canasta en... Ay, ahí está. Austin, querido, déjame presentarte a nuestra invitada de honor.

Un hombre alto aparta la mirada del móvil con cara de pocos amigos y se acerca a nosotros. Tiene una guapura común y fácil de olvidar, y al principio pienso que por eso me resulta vagamente familiar. Pero al verle intercambiar un amistoso apretón de manos con Jack, me doy cuenta de que hay algo más. Estoy segura de que lo he visto antes. ¿Pero dónde? No logro ubicarlo. ¿Será uno de mis alumnos? No. Tiene pinta de tener veintimuchos.

Entonces caigo. Cuando Monica dice:

—Austin, esta es una posible futura compañera de trabajo, la doctora Elsie Hannaway.

Porque la respuesta de Austin es mirarme de arriba abajo, resoplar y decir:

—Ni de coña.

Y es entonces cuando recuerdo que, la última vez que vi a Austin Salt, me ofreció setenta dólares por acostarme con él.



TIEMPO DE FUGA

Joder.

Joder, *joder*, joder.

Fue en mi quinta o sexta cita a través de Faux, hace cuatro años, y Francesca, la que gestionaba las peticiones de la aplicación, estaba desesperada por encontrar a alguien a última hora.

—El cliente ni siquiera quiere hacer una reunión previa —me dijo por teléfono. Yo iba corriendo por el campus. Había salido de un seminario de astropartículas y me dirigía a una sesión de tutoría de la asignatura Introducción a la Física mientras esquivaba frenéticamente a los estudiantes que me iba cruzando—. Solo necesita a una «mujer florero». Esas han sido sus palabras. Hoy se inaugura un nuevo campo de golf y quiere impresionar a su jefe. Si alguien pregunta, os conocisteis por amigos en común hace un par de meses y trabajas en una aseguradora. Hemos comprobado antecedentes y todo bien. Va a pagar más por haber avisado con tan poco tiempo. ¿Te convence?

Estaba a una semana de tener que pagar el alquiler y en la nevera había un total de dos plátanos podridos. Así que me puse uno de los tres vestidos de cóctel baratos que Cece y yo habíamos comprado a medias, me vi un tutorial para aprender a hacerme bien la raya del ojo y, en el trayecto en taxi

hacia las afueras de la ciudad, me mareé por ir rellenando una solicitud de beca que tenía que presentar al día siguiente.

Austin llevaba el pelo engominado y contestaba al teléfono con un «Háblame». Más que un mal cliente, fue un cliente ausente. Parece ser que «mujer florero» era un eufemismo de «mujer olvidada en una esquina». Mi labor consistió en sentarme en la mesa, esbozar una amplia sonrisa cuando me presentaba como Lizzie y preguntarme por qué las elegantes crepes de espárragos estaban decoradas con fresas. Tuve muchos ratos libres que aproveché para enviar algunas calificaciones, sirviéndome del caro mantel de lino para esconder el móvil. Al final de la noche, me llevó a dar una vuelta. Charlamos sobre golf hasta que llegamos al centro, momento en el que me ofreció setenta pavos por acostarme con él. Le dije que no.

Para ser honesta, empezó ofreciéndome menos. Y, para ser más honesta aún, tuve que decir que no varias veces (entre algunos síes que iba soltando aquí y allí, cuando las preguntas viraron hacia «¿Me lo estás diciendo en serio?» y «¿Me estás diciendo que la gente te paga para que te plantes a su lado y te dediques solamente a estar buena?» y «¿De verdad vas a comportarte como una zorra?»). No me asusté mucho porque estábamos en una calle por donde pasaba gente. Di media vuelta y lo ignoré mientras gritaba:

—¡Ni siquiera estás tan buena! No tienes tetas y el maquillaje que llevas te sienta como el culo.

Al día siguiente se lo conté a Francesca por teléfono. Hizo un ruido como de tener arcadas y luego vino la pregunta del millón:

—Santo cielo, Elsie. ¿Por qué todos los hombres son así? —Y lo bloqueó de la base de datos de clientes.

En las siguientes citas falsas, me esforcé por maquillarme mejor y usar sujetadores *push-up*. Como, además de ser alguien que en ese momento se estaba sacando un doctorado, también soy alguien a quien le gusta complacer a la gente, estaba más que predispuesta a tomarme a pecho todo tipo de críticas constructivas.

Y ahí se quedó la cosa.

¿O solo fue una pausa? Porque cuando Austin me mira, resopla y dice «No, qué va», la temperatura a mi alrededor se desploma. Lo miro a esos

ojos llenos de resentimiento y mi sistema nervioso colapsa. Se me congela el cerebro y luego se rompe en un millón de diminutos fragmentos afilados como cuchillas que hacen un ruido estrepitoso al chocar contra mi cráneo.

Sé a ciencia cierta que estoy jodida. Muy pero que muy jodida.

Monica ahoga un grito.

—Por el amor de Dios, Voight está a punto de derramar la copa de vino en mi silla Fendi. —Se aleja en su dirección y yo no puedo ni respirar.

—¿Qué haces aquí? —Austin da un paso para acercarse más y me llega el olor: ha estado bebiendo.

Voy a vomitar dentro del cráneo de vaca.

—Hola, Austin. ¿Qué tal estás? —Sueno serena, creo. Segura de mí misma. Pero él decide ignorarme.

—Si te soy sincero, creo que haces bien en cambiar de aires. Lo de ser puta se te da fatal.

De repente, mis omóplatos entran en contacto con algo duro y cálido. Debo haber retrocedido y topado con...

Jack está detrás de mí. Siendo testigo de todo. Compartiendo apuntes con Austin sobre lo terrible que soy. Mierda. *Mierda*.

—¿Qué acabas de decir? —pregunta.

—¿La has contratado alguna vez? —Me señala con la barbilla.

No puedo ver la cara de Jack, pero oigo el ceño fruncido en su voz.

—Elsie es física.

Austin se ríe. El sonido de su risa se mezcla a la perfección con el ruido de fondo, porque la gente sigue charlando, comiendo, bebiendo, discutiendo, mientras mi vida profesional se va a pique.

—Qué dices, tío. Elsie es una especie de mujer de compañía.

La ira se mezcla con el pánico y me pongo tensa.

—Eso es incorrecto —murmuro—. No es que serlo tenga nada de malo, pero Faux es solo una aplicación para tener citas falsas, y lo sabrías si hubieses leído los términos y condiciones que aceptaste al registrarte. Pero estás demasiado ocupado golpeando pelotas con un palo para aprender a leer siquiera, o a cómo tratar a tus semejantes con respeto. Aléjate de mí o...

—Al menos no soy una puta que ni siquiera se molesta en follarse a sus clientes...

—Eh. —La mano de Jack se cierra alrededor de mi brazo y tira de mí hacia él, como si fuera una niña revoltosa a la que tiene que vigilar para que no cruce la carretera sin mirar. Su voz es grave y amenazante, y siento cómo resuena en mi interior—. Austin, ya la has oído. Te ha pedido que te alejes.

Austin suelta una carcajada desagradable.

—Estoy en *mi* casa.

—Entonces vete a tu cuarto a jugar con tus figuritas de los Transformers. Déjala en paz.

—Jack, le *pagué* para que saliera conmigo. No entiendes que...

—Entiendo lo que estoy viendo, así que escúchame bien, imbécil. —El tono de Jack es estremecedor. Atterradoramente calmado. Austin se pone pálido y da un pequeño paso atrás. Casi siento pena por él—. Estás acosando a una mujer que te ha pedido que salgas de su espacio personal mientras está en un evento de trabajo. Y todo porque te rechazó.

—Pero yo le *pagué* para...

—Me la *suda*. Te ha pedido que te vayas. Fuera de mi puta vista.

Austin no quiere irse. Lo sé por cómo hincha las fosas nasales, por cómo aprieta la mandíbula mientras mira fijamente a Jack por encima de mis hombros. Pero no le queda otra. Tras unos segundos de frustración, murmura:

—Iros a tomar por culo. —Y, por fin, da un paso atrás.

Mi corazón vuelve a latir.

—Y una cosa más —añade Jack.

Austin traga saliva.

—¿Qué?

—Si le cuentas algo de esto a alguien, incluida tu madre, me aseguraré de que te arrepientas durante mucho *mucho* tiempo. ¿Entendido?

Austin aprieta los labios y asiente una sola vez, tenso. Luego se va hacia otra habitación y desaparece entre la multitud.

Libero los brazos y me doy la vuelta con la intención de... no sé. ¿Darle las gracias a Jack? ¿Explicarme? ¿Actuar como si lo que acaba de pasar

fuera una alucinación febril?

El problema es que me está mirando fijamente. Mirándome con ojos atentos e inflexibles a los que no se les escapa nada, y...

Él lo ve todo. Sería capaz de nombrar, describir y reproducir en un laboratorio todas y cada una de las moléculas que forman mi cuerpo. Ve la ferralla que sostiene mi ser, y yo... no veo nada. No entiendo nada.

Todavía no tengo ni idea de lo que quiere que sea.

—Jack —le digo. Mi voz es apenas un susurro, pero puede oírme. Él lo oye *todo*—. Jack. He... Me... —Sacudo la cabeza.

Y, de repente, ya no puedo soportar que siga mirándome, así que doy un paso atrás y me escabullo por la sala en busca de Monica para presentar mis excusas.

OceanofPDF.com



10

INERCIA

—En retrospectiva —musita Cece mientras va mordisqueando un trozo de gouda con expresión pensativa—, creo que deberíamos haberlo visto venir. Boston tiene setecientos mil habitantes. Pongamos que la mitad son hombres, y la mitad de estos tienen entre veintiún y cuarenta años, el público objetivo de Faux. Ahora bien, Faux no es barata, y la gente es cada vez más pobre mientras que Jeff Bezos se beneficia sin piedad de mi desesperada necesidad por recibir un bálsamo labial con aroma a pepinillos en menos de veinticuatro horas. Así que tal vez solo una cuarta parte de los tíos pueden permitirse el lujo de contratarnos. Y de esa cuarta parte, la mitad está felizmente casada, ya tiene pareja o... tiene principios. Ahora, pongamos que llevamos unos cuatro años haciendo esto y que hemos tenido citas falsas con un promedio de dos clientes al mes. Si hacemos números... —Me mira expectante.

Me planteo fingir que no soy una calculadora humana, pero me rindo rápido.

—Noventa y seis hombres. —Suspiro—. Y sus familiares y amigos. De un total de veintiún mil.

Cece le ofrece una zanahoria a Eri y esta le da un mordisquito.

—Lo que hace que la probabilidad de que nos crucemos en nuestro día a día con alguien que conocimos a través de Faux sea... Haz lo tuyo, reina de

las empollonas.

—¿Quieres la probabilidad bayesiana? ¿O frecuentista?

De todas sus sonrisas, la burlona es mi favorita, con la lengua asomando entre los dientes.

—Da igual. La cuestión es que es posible que, en nuestra quijotesca misión por ganar suficiente dinero para poder pagar los impuestos, algo que, por cierto, *no* se le exige hacer al pepinillo de Jeff Bezos, la...

—¿Cagáramos muy fuerte?

—Es una buena forma de resumirlo.

Dejo que mi frente se deslice sobre la mesa. Está fría y pegajosa por culpa de algo que *podría* no ser pis de Eri.

—¿Y si Austin le dice a su madre que soy una especie de estafadora que engatusa a sus clientes para... para...?

—¿Para *no* follárselos? ¿Tenía cara de querer contárselo a Monica?

—Pues... —Una vez que Jack terminó de decirle lo que le tenía que decir, su cara era más bien de terror. De estar cagado, dirían algunos. Pero también enfadado, y la gente, cuando está enfadada, hace tonterías. Como subirse encima de un retrete del baño de hombres con las manos de Jack Smith-Turner agarrándole la cintura. U olvidarse de controlar sus niveles de glucosa. Dios, menuda mierda de entrevista. Por lo menos, los momentos más vergonzosos ocurrieron entre bastidores. Yuju, solo me humillé en semiprivado—. No lo sé.

—En cualquier caso, como madre que soy —dice Cece mientras le laza una mirada cargada de significado a Eri—, si el imbécil de mi hijo viniera a quejarse de que la joven promesa de la física teórica le ha negado una paja por ochenta dólares...

—Setenta.

—... por setenta dólares (hay que ser rastrero), mi enfado iría dirigido exclusivamente al imbécil de mi hijo.

Me enderezo y vuelvo a suspirar. El gouda se ha acabado, como era de esperar, así que cojo la zanahoria y le doy un pequeño mordisco en el lado que no ha tocado Eri. Aunque, si me paro a pensar, no sé por qué. ¿Cómo de mala puede ser la toxoplasmosis? Seguro que no duele tanto como la forma en que Jack me miró después de todo aquello, como si pudiera

descomponerme hasta llegar a las moléculas diatómicas más pequeñas con una mirada y cuatro palabras.

Prefiero arriesgarme con la salmonela.

—Necesito hablar con Jack. Explicarle lo que dijo Austin.

Cece suelta un bufido.

—No le debes nada.

—Pero me ayudó. Sin él no...

—Te defendió cuando un caraculo mierdoso te estaba acosando verbalmente. Qué menos, Elsie. Madre mía, el listón está tan bajo que, si quisieras, podrías cogerlo y usarlo para darle de hostias.

De acuerdo. Tal vez no *necesite* hablar con Jack. Pero quiero hacerlo. Quiero explicarle que...

¿Que qué? En serio, ¿que qué? Debe de haber deducido que lo que hago con Greg es similar a lo que hice con Austin. Y si no... ¿Acaso no decidí hace dos días que me daba igual lo que pensara de mí? ¿Que igualmente es una causa perdida? Si no consigo el trabajo en el MIT, nunca volveré a ver a Jack. Y si lo consigo... seremos enemigos cordiales y distantes. Sigue siendo el gilipollas que, cuando cumplió diecisiete años, decidió declararle la guerra a toda una disciplina; *mi* disciplina. Y es el único hombre que no puedo leer, la única persona con la que no puedo aplicar el EPI. Razón de más para no volver a relacionarme con él por voluntad propia.

No sé por qué la última mirada que me dirigió mientras salía de casa de Monica se ha quedado grabada a fuego en mi puto cerebro. Y la otra, cuando me agarró la barbilla y me estudió como si fuera una especie única, como si tuviera mis propias coordenadas cartesianas.

¿Quién te ha hecho tanto daño, Elsie?

Enderezo los hombros.

—Tienes razón. Con quien tengo que hablar es con Greg. —Debo advertirle de que Jack le va a hacer preguntas. Darle tiempo para preparar las respuestas. Greg es la razón por la que he tenido que guardar secretos todo este tiempo. Es a él a quien hay que proteger—. Mientras tanto, no más Faux. —Miro a Cece—. ¿Crees que tú también deberías dejarlo? Te incorporarás al mercado laboral en cuanto termines la tesis, ¿y si te pasa lo mismo que a mí?

—Eso será el año que viene. Puede que para entonces estemos muertas.

—¿A que estaría bien?

Intercambiamos sonrisas.

—Debo decir que la situación me está haciendo replantearme lo de Faux. Por otra parte, la cantidad de dinero que tengo en la cuenta me está haciendo replantearme lo replanteado. —Se da golpecitos en la barbilla—. Es una buena razón para seguir trabajando con Kirk.

Frunzo el ceño.

—¿Kirk?

—Sí, el tío ese que...

—Sé quién es Kirk. Lo único que... últimamente hablas mucho de él. Y te refieres a él por su nombre de pila.

—¿Cómo debería referirme a él si no?

—Tus clientes hasta ahora han sido: Jim el Narizón, Antianderson Cooper, Pete el Apocalíptico, Aliento de Anchoa Uno, Aliento de Anchoa Dos, Escote en Pico hasta el Ombligo, Aliento de Anchoa Tres.

—Lo pillo.

—Kirk es siempre solo Kirk, lo que hace que me pregunte si...

—Guau. —Abre los ojos dramáticamente—. ¿No estaré yo siendo atacada? ¿En mi propia casa?

—No. Solo...

—¿En mi propia *mesa*?

Niego con la cabeza.

—No, es que...

—¿Sentada en mi propia *silla*, que me encontré en la acera y que tenía chinches y quizá aún las tenga?

—¡No! No era mi intención. —Me doy cuenta de que Cece tiene una sonrisa socarrona—. Eres malvada.

Se ríe.

—¿Greg sigue en ese retiro hippie donde pagas por quitarles las malas hierbas de sus parterres? ¿Cuándo vuelve? ¿Y cuándo vota el comité de selección al candidato elegido?

¿Está intentando cambiar de tema?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé si ya han entrevistado a George. Greg debería estar de vuelta este fin de semana, pero tendrá montones de mensajes y...

—Y verá un millón de mensajes tuyos. Te llamará en cuanto encienda el móvil. Le explicarás tranquilamente lo que ha pasado y pensaréis juntos un plan. No te preocupes, ¿vale?

Asiento.

Resulta que Cece tiene razón. Recibo una llamada de Greg en cuanto vuelve a la civilización. Pero también se equivoca, porque las cosas no salen como ella prevé. Para nada.

Ni por asomo.

Mi primer pensamiento cuando leo *Número desconocido de Boston* es que me van a ofrecer el trabajo. Estoy tan sumamente desesperada que me estoy convirtiendo en una tonta optimista. Por un momento, me veo conteniendo las lágrimas mientras acepto la carta de nombramiento. *Me gustaría darle las gracias a la Academia, a mi compañera de piso y a la chica que lleva la cuenta de Twitter QuéHaríaMarie, quienes han sido mi principal apoyo durante los angustiosos años de doctorado. Todo esto os lo debo a vosotras.*

Lo que hace que la vuelta a la realidad sea mucho más difícil.

—¿Conoce a alguien llamado Gregory Smith? —Quienquiera que esté al otro lado de la línea suena tan cabreada que por un segundo se me olvida cómo hablar.

—Em...

—Bueno, espero que sí, porque en su móvil hay cuarenta mensajes suyos sin leer. Y si estoy hablando con una acosadora... Bueno, lo cierto es que también me vale. Lo trajeron a esta consulta del dentista hace una hora para una cirugía de emergencia y necesitamos que alguien venga a recogerlo.

—¿A... recogerlo?

—Sí. Recogerlo significa venir aquí. Hacerse cargo de él. Y luego llevarlo a donde vive. —Habla muy despacio. Si le dijera que tengo un

doctorado, no me creería—. Con un vehículo; como un coche, por ejemplo. O, vaya, por mí como si es con una carretilla.

—No tengo coche. Y no sé dónde vive. ¿No podría llamar a un Uber y...?

—Cielo, ahora mismo está en pleno viaje. No puedo dejarlo salir de aquí solo. Acaba de murmurar algo sobre zambullirse en el río Charles para pasar un rato con Aquaman.

Cierro los ojos. Luego los abro. Echo un vistazo a la conferencia que he estado preparando, luego a la hora (18:42), luego a Eri, que me mira desde la encimera de la cocina.

Suspiro y me oigo preguntar:

—¿Me podría decir la dirección de la consulta?

OceanofPDF.com



FUERZA CENTRÍPETA

Si Greg fuera un perro, se le estaría escapando el pis por toda la sala de espera.

En mis veintisiete años, nunca nadie se había alegrado tanto de verme. Salta (a duras penas) de la silla, intenta (y no lo consigue) cogerme en volandas, elogia mi camiseta de «Que la masa por la derivada de la velocidad respecto al tiempo te acompañe» llena de manchas y, por último, me coge la cara con las manos y me dice:

—Lo que te voy a decir te va a dejar sin palabras, Elsie. ¿Sabías que la quinoa no es un cereal? Es un brote o algo así. Madre mía, ¡vamos a hacer el Harlem Shake!

Detrás del mostrador de recepción, la enfermera niega con la cabeza y murmura:

—Drogado hasta las cejas.

—Gracias por llamarme —le digo.

Parece menos enfadada de lo que sonaba al teléfono, pero más agotada. El lugar huele a menta, a flores secas y a ese aire con el que los dentistas te soplan en la boca durante las limpiezas.

—No hay de qué. Llévese a este pobre desgraciado de mi sala de espera, por favor. Debo irme a casa a alimentar a mi propia prole de desgraciados.

—Por supuesto. —Le dedico una sonrisa tranquilizadora a Greg, que está acariciándome un mechón de pelo que se ha escapado del moño—. Como le he comentado, no sé cuál es su dirección. ¿La tiene usted anotada en algún lado? O, bueno, quizá puedo llevármelo a mi casa y...

—Yo sí me la sé.

Me giro hacia la puerta a pesar de que reconozco la voz perfectamente: es la misma que he escuchado durante los dos últimos días de entrevistas, la de mis peores temores, la de ese sueño extraño e intrusivo que tuve anoche. Greg ya está corriendo hacia su hermano para darle la misma bienvenida exagerada que me ha dado a mí.

El primer pensamiento que me viene me resulta familiar: *No puedo creer que sean parientes*. Si interpretaran a dos hermanos en una miniserie de HBO Max, diría que el director de reparto se ha columpiado bastante. El segundo pensamiento es, por supuesto: *Hostia*.

Hostia puta. ¿Qué hace él aquí?

Miro a la enfermera.

—¿Nos... nos ha llamado a los dos para venir a recoger a Greg?

—Sí. Porque la primera persona a la que he llamado ha sido a su madre, que me ha dicho que estaría aquí en quince minutos y luego ha vuelto a llamar para decirme que no podía porque tenía hora para hacerse la manicura. —Por cómo levanta la ceja, estoy cien por cien segura de que está juzgando a la señora Smith por su decisión. La culpo un cero por ciento—. Así que he optado por ir sobre seguro.

—Ya —respondo. Greg sigue hablando sobre ese fantástico descubrimiento sobre la quinoa y yo no quiero mirar a Jack a los ojos. No soporto que me vea, no después del lío de ayer en casa de Monica y esa última mirada—. Comprensible. —Esbozo una débil sonrisa hacia la enfermera. Luego me giro y procuro mantener la mirada puesta en Greg—. Tu hermano ha venido para llevarte a casa, así que me voy. Te llamaré mañana cuando te encuentres mejor y...

—Ay, no. —Greg me mira como si estuviera vaciando un bote de cola blanca encima de un pobre pelícano—. No puedes irte. ¡Eso sería una desgracia!

—Pero...

—¡Tienes que venir!

—Le sugiero que haga lo que le pide —me dice la enfermera—. Tenía un absceso en la encía. Le han dado una buena dosis.

—Greg, no...

—Venga, Elsie. Te pagaré la tarifa habitual.

—No. No, *no*. —Mierda. *Mierda*. Miro a Jack, esperando ver... no sé. Una expresión de disgusto. Esa sonrisita de superioridad que no se le quita. Un equipo del SWAT irrumpiendo detrás de él para esposarme por ejercer la prostitución. En vez de eso, está esperando, paciente, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y una camiseta azul marino que le resalta el color de los ojos. No lleva abrigo porque es físicamente incapaz de sentir frío. Nació sin termorreceptores. Qué tragedia—. Está bien. Voy un rato. Vamos, Greg. —Me vuelvo hacia la enfermera, cuyo interés ha aumentado al oír «tarifa habitual»—. ¿Hay algo que debemos saber?

—Aquí están sus medicinas. Tiene que empezar a tomárselas a partir de mañana por la mañana. Acuéstenlo para que se le pase el efecto mientras duerme. Y no le dejen tomar ninguna decisión importante hasta dentro de cuatro o seis horas. Nada de adoptar cachorros, nada de experimentar con su sexualidad. Ah, y lo he buscado en Google: la quinoa es una semilla.

Greg ahoga un grito.

—¡Deberíamos adoptar un cachorro!

Jack aprieta los labios, pero el hoyuelo está ahí.

—Mi coche está por aquí. Te llevaré a un refugio de animales —le dice a su hermano.

Llegamos al SUV híbrido de Jack y me paso tanto rato intentando abrocharle el cinturón a Greg en el asiento trasero que me planteo no tener nunca hijos. Dado que soy la única otra adulta que hay con plenas capacidades, probablemente se espera que yo vaya en el asiento del copiloto, junto a Jack, pero...

Nop.

—Me sentaré atrás por si Greg necesita algo.

La mirada de Jack es un claro *Sé que me estás evitando*, porque cómo no, él lo sabe *todo*, y lo que no sabe yo se lo sirvo en bandeja porque al parecer soy transparente. Qué bien, qué divertido.

A los veinte segundos me doy cuenta de lo mala idea que ha sido aquello: lo que sea que le hayan dado a Greg está afectando a su memoria operativa. Solo es capaz de concentrarse en lo que tiene delante de los ojos y, por desgracia, el 70 por ciento de su campo de visión lo ocupo yo.

El 30 restante lo ocupa, por supuesto, Jack.

—Chicos, qué guay es esto. ¿Verdad que es guay? Solo nosotros tres. Sin mamá, sin papá, sin el tío Paul.

—Muy divertido —dice Jack, saliendo del aparcamiento.

Greg recuesta la cabeza en el asiento.

—Jacky, ahora puedes preguntarle a Elsie todas esas cosas que querías saber sobre ella. Eh, Elsie. —Intenta susurrarme al oído, aunque habla arrastrando las palabras y muy alto—. Jacky está prendado de ti. En plan, no para de mirarte. Y hace muchas preguntas sobre ti.

—Ay, Greg. —Tierra trágame—. Te aseguro que eso *no* es lo que está pasando.

En el asiento delantero, el silencio de Jack es ensordecedor e insoportable.

—Jacky, te voy a decir la verdad —continúa Greg con una sonrisa de oreja a oreja—, me inventé todas las respuestas. No sé si le gusta viajar, si quiere tener hijos, si le gusta el cine... En plan, ¿cómo iba a saberlo?

La expresión de Jack a través del espejo retrovisor es impasible cuando dice:

—He descubierto que le gusta *Crepúsculo*.

Greg está maravillado.

—¿El vampiro o el hombre lo...?

—Greg, ¿qué tal el retiro? —le interrumpo con una sonrisa.

—Muuuuy obligatorio. Pero como me ha explotado un diente en la boca me han dado permiso para irme antes. Oye, ¿sabes esos zapatos que a veces hay colgados de los cables eléctricos? ¿Quién los pone ahí?

—Em... no estoy segura. Escucha, ¿recuerdas si te dio tiempo a leer los mensajes recibidos de camino al dentista? ¿O los correos? ¿O a escuchar los mensajes de voz?

Me mira con una expresión intensa y solemne. La expectación hace que me tense al ver cómo abre los ojos de par en par. Entonces dice:

—¡Dios mío! Deberíamos jugar al veoveo.

Suspiro.

Quince minutos más tarde, después de que Greg diga haber visto un oso, una lata de garbanzos y a P. Diddy, aparcamos frente a una bonita casa de Roxbury dividida en dos apartamentos.

—¿Dónde están las llaves, Greg? —pregunto.

—Tengo unas de repuesto —dice Jack. Ha conseguido aparcar el coche en paralelo en cuestión de veinte segundos. A mí me habría costado veinte minutos y mi dignidad—. Vigílalo, que no se vaya hacia la carretera.

Me gustaría pensar que la casa de Greg es como sería la mía y la de Cece si consiguiéramos poner bien el aparador, nos pudiéramos permitir muebles que no tuvieran chinches y fuéramos menos propensas a retozar en nuestra propia mierda. Es sencilla y acogedora, y está repleta de cachivaches que me recuerdan a la personalidad de Greg y a su peculiar sentido del humor. Jack hace que la entrada parezca más pequeña de lo que es, pero se le ve cómodo. Es obvio que pasa tiempo aquí, porque sabe exactamente dónde está el interruptor de la luz, cómo subir el termostato y en qué estante colocar el correo.

—¡Escalopa! —grita Greg tirando de la camiseta de Jack—. ¿Dónde está Escalopa?

Miro a mi alrededor esperando ver a una gata acercándose sigilosamente, pero solo estamos nosotros: yo ahí plantada y Jack guiando a Greg hacia un dormitorio.

—En la mesa de mi despacho. Tengo una idea que te va a encantar, G.: ¿y si te echas una siesta?

—¿La has regado? ¿Ha cambiado mucho? ¿Todavía se acuerda de mí?

—Lo he regado. La. Está igual. No estoy seguro de que te recuerde, ya que los cactus no suelen ser seres conscientes. ¿Qué me dices de lo de la siesta?

—¿Pero puedo beber algo antes, por favor?

—Elsie, ¿podrías traerle agua mientras lo acuesto?

—¡Leche! ¿Sabíais que la leche sale de los pezones de las vacas?

Jack y yo intercambiamos una breve mirada de *Menuda fiesta esto de ser padres, ¿verdad?* No encuentro los vasos, así que vierto la leche en un tarro

de mermelada vacío. Se la voy a llevar a Greg y, en cuanto se metan en el dormitorio, pillaré un Uber. Tengo que preparar mi conferencia. Cece no sabe por dónde paro. No puedo quedarme a solas con Jack. Sí, eso haré.

—Aquí tienes —le digo a Greg, que tararea el *Gangnam Style* mientras Jack sigue intentando llevarlo hacia el dormitorio—. Solo tienes leche de almendras. Técnicamente, *no* sale de ningún pezón. —Le doy el tarro y... grave error. Gravísimo. Porque Greg llega a beberse un total de cero mililitros antes de derramarlo todo encima de Jack.

Ahogo un grito. Greg se ríe a carcajadas mientras chilla algo sobre que la leche ha vuelto a los pezones. Jack le dedica a su hermano una sonrisa paciente de padre sufridor y le pregunta:

—¿Te lo estás pasando bien?

—Muuuuy bien. Oye, ¿te acuerdas de cuando cambiamos el yogur de mamá por mayonesa?

—Sí. Aquello fue impresionante. Idea tuya, por supuesto.

—Y mamá vomitó.

—Se cabreó bastante. Venga, vamos a la cama.

—Yo estuve un día entero castigado, pero tu castigo duró dos semanas. Se nota que te odia un poco.

—Valió la pena. —Jack sonríe, como si no le importara que le dijeran que su madre lo odia. Greg intenta abrazarlo y él lo detiene—. Tío, te voy a manchar de leche.

—¿Y si lo llevo yo a la cama? —Cojo a Greg del brazo y tiro de él para que me acompañe—. Ve a ver si encuentras algo limpio que ponerte.

El dormitorio está un poco más desordenado que el resto de la casa; la cama está sin hacer desde la última noche que Greg pasó en Boston. Él se ha puesto a hablar de un documental sobre el impacto medioambiental de la producción de almendras, lo cual no me facilita mucho la tarea de convencerlo para que se tumbe. Decido no encender las luces. Mientras le desato los zapatos, se queda callado.

Gracias a Dios, creo que se ha dormido. Me iré dentro de nada y...

—Me gustas, Elsie.

Aparto la vista de la bota de Greg. Tiene los ojos cerrados.

—Tú también me gustas, Greg.

—¿Recuerdas que dijiste que podíamos ser amigos?

—Sí.

—Quiero que seamos amigos.

Mi corazón se rompe un poco. *Cuando vuelvas a tus cabales y mires el correo electrónico, no pensarás igual.*

—Genial. Seamos amigos.

—Bien. Porque me gustas. ¿Te lo he dicho ya?

—Sí.

—No es que me *gustes* gustes. Ni siquiera sé si a mí me puede gustar alguien.

—Lo sé —digo en voz baja. Consigo quitarle una bota y me pongo con la otra.

—Pero tú me caes bien. Eres como... una Barbie.

—¿Una Barbie?

—No eres rubia, pero hay una versión de ti para cada ocasión.

Algo me llama la atención y me giro. Jack. Está de pie bajo el marco de la puerta. Escuchándonos. Su expresión es sombría, tiene el ceño fruncido y el pecho...

Desnudo.

Se ha quitado la camiseta manchada y, por alguna razón, soy físicamente incapaz de apartar la mirada de su cuerpo. Eso hace que me dé cuenta de que me he equivocado con él.

Es... bueno, es grande. Y tiene buenos músculos, *muy* buenos músculos. Y puedo ver eso... eso de lo que la gente siempre habla: el volumen, la masa, los abdominales. También me fijo en los bíceps y los tríceps, y en el tatuaje que tiene ahí. Pero no está como pensaba que estaría. Esperaba un cuerpo de gymbro con un 0,3 por ciento de grasa corporal y venas hinchadas, pero no acaba de ser así. Es real. Está fuerte, pero de una forma imperfecta. Es como si estuviera sin refinar, como si se hubiera topado con toda esa masa por casualidad. Como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza hacerse un selfi en el espejo.

Algo cálido y líquido se retuerce en la parte baja de mi estómago, y la sensación me resulta tan rara, tan desconocida, que por un momento apenas

soy consciente de lo que está pasando. Pero entonces caigo y se me encienden las mejillas.

¿Qué me pasa? ¿Por qué me resulta atractiva la idea de que alguien *no* vaya al gimnasio? ¿Por qué no puedo dejar de mirarlo y por qué él no deja de mirarme a mí?

Jack carraspea. Se da la vuelta para buscar algo que ponerse en la cómoda de Greg, y lo que sea que esté ocurriendo entre sus omóplatos parece una experiencia religiosa.

—Elsie —murmura Greg desde la cama. Agradezco el recordatorio de que debo apartar la mirada—, ¿la leche de soja viene de un pezón?

—Emm... no. —Mi voz suena ronca. Siento que me falta un poco el aire, pero lo recupero en parte cuando Jack sale de la habitación—. La soja es una legumbre.

—Eres tan sabia. Y tienes tantas capas. Eres como...

—¿Una cebolla?

—Como un yogur de esos que tienen fruta en el fondo.

Sonríó y lo tapo con el edredón.

—Vamos a jugar a un juego. Yo me voy a ir al salón y los dos vamos a contar hasta donde sepamos. El que llegue al número más alto gana. —Tengo un vago recuerdo de mamá obligando a Lucas y a Lance a hacer esto. Por supuesto, como todo con Lucas y Lance, siempre acababan peleándose por ver quién llegaba al número más alto y despertaban a toda la casa.

—Vaya mierda de juego. —se queja Greg entre bostezos—. Te voy a dar una paliza.

—Cuento con ello.

Cierro la puerta cuando vamos entre el trece y el catorce. Jack está esperando en el sofá verde de diseño. Lleva una sudadera con capucha que le queda demasiado ajustada y que, probablemente, a Greg le vaya enorme. Los misterios de la genética.

No levanta la vista. Permanece inmóvil, con los codos apoyados en las rodillas, mirando fijamente uno de los cuadros coloridos de Greg con una expresión tensa y medio ausente.

Me da un vuelco el estómago.

Está cabreado. *Muy* cabreado. Lo he visto animado, curioso, molesto, incluso enfadado anoche, con lo de Austin, pero esto... Está *furioso*. Porque estoy aquí. Porque cree que he extorsionado a su hermano. Porque he llenado demasiado el tarro de leche. Se viene una confrontación chungueta, y después de los últimos tres días, ni siquiera estoy segura de querer evitarla.

—Oye. —Doy dos pasos hacia él, luego uno atrás, luego otros dos hacia delante. Si tenemos que discutir, será mejor que estemos cerca. Así podremos mantener un volumen bajo para no despertar a Greg. Me paso las palmas sudorosas por la parte de detrás de las mallas—. Sé que no he sido del todo sincera. Y supongo que ya te estás haciendo una idea de lo que hay entre Greg y yo. Pero la cosa es que este espectáculo está pasando ya a ser un embrollo cuántico e incoherente, una conversión paramétrica, descendente y espontánea. Te pido que esperes a que Greg se sienta mejor para tener una conversación honesta con él.

Jack abre la boca, sin duda para desatar su ira, y entonces...

No lo hace.

En lugar de eso, la cierra, sacude la cabeza y se tapa los ojos con las manos.

Ay, joder.

¿Pero esto qué es?

—¿Jack? —No hay respuesta—. Jack, yo...

Sopeso un momento qué hacer y, finalmente, me siento a su lado. Si le da por empezar a gritar ahora... Bueno, adiós a mi tímpano.

—No te preocupes —le digo—. Greg no está enfermo, te lo prometo. No es nada malo ni...

—Me lo contó. —Jack endereza la espalda y vuelve a fijar los ojos en el cuadro—. Y debería haberlo entendido mejor.

—¿Entender qué?

—Cuando tenía... no estoy seguro. ¿Quince? Todavía estaba en el instituto. Yo volví de la universidad durante las vacaciones. —Noto que se le hace un nudo en la garganta—. Quiso hablar conmigo en privado para contarme que estaba preocupado. No lograba imaginarse queriendo tener una relación amorosa con alguien en ningún momento de su vida. Y yo le dije que no tenía que preocuparse por eso, que aún era pronto y que ya

encontraría a alguien. Que era normal tener esos nervios cuando todavía no se es sexualmente activo. Que debía mantener la mente abierta. Y entonces... —Algo pasa en la mandíbula de Jack. Cierra los ojos—. Y entonces le pregunté si quería ver *Battlestar Galactica* conmigo. Fui un absoluto gilipollas.

«Nunca he salido del armario con nadie de mi familia», me dijo Greg en una ocasión. «Creo que lo intenté una vez. Más o menos. Pero luego me acobardé y... no sé. Es mejor así.»

—¿Has oído hablar del espectro aromántico y asexual? —pregunto con cautela. Ahora resulta que soy amable con Jack.

Niega con la cabeza y mantiene los ojos cerrados.

—Es... bueno, en parte, es lo que él te contó. Pero hay más. Es muy complejo. Existen algunas páginas web que lo explican muy bien, quizá te convendría consultarlas antes de tener otra charla con él. Y... creo que Greg aún está tratando de entenderse a sí mismo. —*Como nos pasa a muchos en el colectivo*, casi añadido. Pero eso sería dar más información sobre mí de la que estoy dispuesta a compartir.

—Joder. —Se gira hacia mí. Su expresión es de... *devastación* es la única palabra que se me ocurre. No me sorprendería que empezara a abofetearse a sí mismo—. Debería haberme dado una hostia.

Abro la boca. La cierro. Luego pienso: *De perdidos al río*.

—¿Si te la diera yo te sentirías mejor?

Levanta una ceja.

—¿Te sentirías mejor *tú*?

—Uf, mucho.

Deja escapar una risa silenciosa y melancólica, y se me encoge el corazón al pensar en los dos hermanos Smith.

—Jack, no eras más que un chaval. Eras más bien ignorante. Y un gilipollas. Y... bueno, lo cierto es que sigues siendo dos de esas tres cosas. —Levanto la mano. La dejo unos segundos junto a su hombro mientras contemplo la absurda posibilidad de ofrecer consuelo físico y emocional al doctor Jonathan Smith-Turner de forma voluntaria. En el infierno endotérmico se debe de estar superfresquito—. Yo no soy quién para

aceptar tus disculpas, pero sé que para Greg eres tan importante como lo es él para ti. —Noto su hombro tenso y cálido bajo mi palma. Es robusto.

—Te pagaba para fingir que tenía una relación contigo, ¿no? Para que así mi familia lo dejara en paz.

Aprieto los labios y asiento. Él suelta alguna palabrota en voz baja.

—Si sirve de algo, quiero aclarar que no me pagaba para... No es que haya nada malo en ello, pero él y yo no hemos... —Me sonrojo bajo su mirada.

—¿Follado?

Me sonrojo todavía más y asiento de nuevo. Suelo ser bastante directa cuando se trata de sexo. No sé por qué Jack saca a la adolescente vergonzosa que hay en mí.

—Es una especie de... interpretación. Lo hago para muchos hombres. Como Austin, que, por cierto, fue de lejos mi peor cliente. Con pársecs de diferencia. Greg ha sido el mejor, obviamente. —Desvió la mirada. Estoy diciendo tonterías, pero es que se me hace raro hablar de Faux con alguien que no está metido en el mundillo—. Él y yo... nos hemos hecho amigos. Sé que cuesta creerlo, dado que me ha estado pagando y que yo he tenido que inventarme toda una vida paralela, pero lo habría hecho gratis. Por él. Si pudiera permitírmelo. Lo que pasa es que...

—¿El sueldo de una adjunta es una mierda?

Me río.

—Básicamente.

Jack suspira y se apoya en el respaldo del sofá.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podrías habérmelo contado cuando nos vimos en el restaurante.

—No me correspondía a mí contarlo. Me habrías preguntado por qué me había contratado. Yo habría tenido que inventarme algo y... Probablemente deberíamos dejar de hablar de esto. Para que puedas tener esa conversación con él. Cuando ya no esté tan, em..., obsesionado con la quinoa y los pezones.

Asiente. Y entonces hace algo inesperado. Revolucionario. Insólito. El universo entero se sacude.

Dice:

—Lo siento, Elsie.

Me pilla por sorpresa. Tanto que suelto un:

—¿Por qué?

—Por haberte acusado de mentirle a mi hermano. Varias veces.

—Ahora que lo dices... —Ladeo la cabeza y lo observo un momento. Su rostro apuesto parece apenado—. ¿Te duele?

—¿El qué?

—Tener que disculparte. —Me fulmina con la mirada y yo me río—. ¿Ha sido tu primera vez? ¿Te he desvirgado en lo que a disculpas se refiere?

—Disculpa retirada.

Le cambia la expresión y parece encerrarse en sí mismo. Es como si justo se acabara de dar cuenta de algo y estuviera procesando esa información tan crucial. Es como si su visión del mundo y del universo que lo rodea hubiera cambiado para poder adaptarse a esta nueva realidad. Me pregunto de qué se trata hasta que se centra de nuevo en mí y dice:

—Tú y Greg nunca habéis estado juntos. A él no... —Noto que vacila un poco, como si necesitara escuchar mi confirmación para asegurarse de que es cierto, de que aquello queda escrito en piedra.

—No. No le intereso, nunca le he interesado. —Casi pongo los ojos en blanco—. ¿Estás contento?

—Sí —responde muy serio.

Resoplo y me pongo de pie. Es hora de irse.

—¿Pedimos champán y magdalenas a domicilio para celebrar que no voy a contaminar el terreno de la finca Smith?

Se me queda mirando durante un largo rato con una expresión extraña.

—¿Crees que esa es la razón por la que estoy contento?

—¿Por qué si no?

Niega con la cabeza, pero no me da más detalles. En vez de eso, se levanta y me sigue hasta el perchero de la entrada.

—¿Te contó Greg en algún momento que soy físico?

—No. Bueno, sí, pero no me quedé con el dato porque me distrajo un chorro de vómito. No preguntes. Tampoco le dije que yo soy física, porque solemos cuidarnos mucho de revelar detalles personales. Nosotras, por

ejemplo, usamos apellidos falsos, profesiones falsas... Una capa extra de protección.

—¿Nosotras?

—Somos unas cuantas. Las que hacemos de novias falsas, me refiero. Trabajamos para una aplicación: Faux. Disponible para Apple y Android, aunque la versión para Android da un montón de problemas. —Tengo que dejar de hablar tanto.

Me mira como si fuera una partícula de Higgs y estuviera a punto de hacerle un baile erótico.

—¿Es así como Austin te encontró?

—Por desgracia, sí. —Me muerdo el labio inferior—. ¿Crees que ya le habrá contado a Monica lo de mi profesión paralela?

—No va a decirle nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Después de que te fueras... seguí hablando con él. —Los rasgos de Jack son una máscara anodina. Imposible de leer, como siempre—. No tienes de qué preocuparte.

—Eso no lo sabes.

—Confía en mí.

No tengo ni idea de lo que significa eso. Habría preguntado, pero su tono suena muy sentenciador y, de todas formas...

—¿No se supone que a ti te vendría bien que Austin se lo contara a Monica? Así le darían el puesto a George y podríais tener charlas de colegas en los baños del MIT. O hacer aromaterapia juntos y discutir sobre quién tiene el Colisionador de Hadrones más grande.

—Le van a dar el puesto a George igualmente. Y no, no vamos a hacer eso que dices. —De repente, un hoyuelo salvaje apareció.

—De todas formas, todo el mundo sabe que el tuyo es más grande. —Arquea una ceja y yo me doy la vuelta de cara al perchero. Mierda, ¿he dicho eso en voz alta?—. No me puedo creer que tu madre se negara a recoger a Greg por tener que ir a hacerse la manicura. Hay que ser sinvergüenza.

—No lo es.

—Es una sinvergüenza de pies a cabeza. Venga ya, ¿a quién se...?

—Quiero decir que no es mi madre. Y a ella no le gustaría que dijeras lo contrario.

—Uy, lo que usted diga, don Exagerado. Me parece un poco dramático. Todos tenemos problemas con nuestros padres, pero...

—Caroline no es mi madre. Ni biológica ni en ningún otro sentido. Me giro hacia él.

—¿Qué?

—Mi madre está muerta. Greg es mi hermanastro.

Lo miro fijamente durante un buen rato. Luego cierro los ojos.

—Joder.

—¿Joder?

—Joder. —Me rasco la cabeza—. Es que me da mucha rabia cuando me comporto como una imbécil sin ni siquiera quererlo.

Se ríe.

—No te preocupes. Como has dicho, es una sinvergüenza. Papá no se queda atrás tampoco.

—Aun así, siento lo de tu madre. No lo sabía.

—No me sorprende. —Se encoge de hombros metido en esa sudadera de Suffolk extremadamente ajustada—. Nadie habla de ella.

—Eso lo explicaría.

—¿Explicar qué?

—Por qué Greg es tan dulce y tú...

Reaparece el hoyuelo.

—¿Y yo?

Aparto la mirada, ruborizada.

—Nada. En fin... —Me pongo a buscar el móvil en los bolsillos de mi abrigo—. Greg ya está a salvo, así que voy a pedir un Uber y...

—Entonces —me interrumpe Jack con intención de seguir la conversación—, ¿qué vino primero?

Levanto la vista.

—¿Eh?

—¿La empresa de novias falsas? —Su curiosidad parece sincera—. ¿O la miriada de diferentes Elsie a las que interpretas? ¿Empezaste durante el entrenamiento para el trabajo o ya te... *modificabas* antes?

—No me... —Uf, es que no tiene sentido discutir con él. Sobre todo cuando ni siquiera está equivocado—. Oye, dado que ya hemos comprobado que no soy una cazafortunas que amenaza la reserva genética de los Smith, ¿qué tal si paras?

—¿Si paro...?

—Esta cosa que haces —digo haciendo gestos para señalarnos a ambos—, tratarme como si estuvieras llevando a cabo un estudio antropológico de mi persona. Está bien, me has pillado. Me gusta gustarle a los demás y les doy el yo que quieren. Me gusta llevarme bien con la gente. ¡Oh, no! Denúnciame a la policía de la autenticidad para que pueda pagar por mis delitos.

—Es más fácil así, ¿no?

—¿El qué?

—No mostrarle nunca a nadie quién eres en realidad. —Me observa con calma. Con paciencia. Bajo la tenue luz de la sala, sus ojos se ven completamente oscuros. De vez en cuando se oye pasar algún coche, pero el tráfico aquí ni de lejos es tan molesto como en mi casa—. Así, si algo sale mal, si alguien te rechaza, la cosa no va contigo, ¿verdad? Cuando eres tú misma es cuando estás más expuesta. Te vuelves vulnerable. Pero si te contienes... Perder una partida siempre da pena, pero saber que no has jugado tus mejores cartas lo hace soportable.

Escondo el puño detrás de la espalda y lo aprieto con fuerza ante ese psicoanálisis no solicitado. Me clavo las uñas en la palma.

—Muy atrevido por tu parte suponer que mi verdadero yo es mi mejor carta.

Vuelve a aparecer esa media sonrisa que tanta rabia me da.

—Muy absurdo por tu parte pensar que no lo es.

—Venga ya. —Me obligo a esbozar una sonrisa amable—. Ambos sabemos que solo estás enfadado porque nunca he sido la Elsie que *tú* quieres.

—¿Eso crees? —Parece como si le hubieran puesto en este plano de la realidad como un ente omnisciente.

Estoy enfadada y él debería dejar de hablar como si lo entendiera todo.

—Es culpa tuya, Jack.

—¿Por qué?

—Porque *tú*... —Le apunto con el dedo a la cara—... no me das *nada*. Los demás sí. Me dan algo a lo que agarrarme, algo que me sirve para convertirme en la persona que quieren. Pero tú no emites señales. Y por eso no te doy el tratamiento VIP que tiene el resto del mundo. Así que deja de quejarte, por favor.

—Comprendo.

Su mano, cálida y callosa, se cierra alrededor de mi muñeca y hace bajar mi índice desde su cara hasta su pecho. Me cubre el dorso de la mano con la palma y...

¿Qué cojones está...?

—¿Has considerado la posibilidad de que tal vez ya eres como yo quiero que seas? ¿De que tal vez no hay ninguna señal porque no hay nada que cambiar?

Suelto un bufido. Aquí está, el Jack que conozco y detesto.

—Ya, claro.

—Una vez más —dice con un tono extrañamente amable—, ¿quién te ha hecho tanto daño, Elsie?

—¿En serio? ¿Que quién me ha...? —Mi mano sigue bajo la suya. Levanto la barbilla y nuestras caras están ahora más cerca—. Lo que pasa, Jack, es que, hace poco más de seis meses, fui a conocer a la familia de mi cita y, vale, sí, no estamos juntos de verdad, pero ¿sabes qué? Que eso da igual. Lo que no da igual es que, desde el principio, su hermano se ha comportado como un absoluto *capullo*. No ha dejado de mirarme como si fuera la Spice Girl pelirroja colándose en la boda real. Le ha hecho preguntas a su hermano sobre mí porque cree que soy poco digna y que no estoy a su altura. Ha tenido una actitud antipática y desconfiada siempre que he estado cerca. Creo que ambos estaremos de acuerdo en que, si a esta persona le dieran la oportunidad, me cambiaría de pies a cabeza.

La última parte me sale más agresiva de lo que pretendía, pero me la suda. Ahora estoy cabreada, y cada vez más porque veo a Jack asentir lentamente, como si estuviera sopesando mis palabras.

—Bueno, esa es una posible interpretación.

Su mano irradia calor a través de mí. Me calienta el vientre, me sube por la columna, me recuerda lo cerca que estamos gravitando.

—Son hechos —susurro.

—Eres física, Elsie. Deberías saber que no hay que usar la palabra *hechos* así como así cuando existe la mecánica cuántica.

—¿Cuál es tu interpretación, pues?

No dice nada durante un largo rato, como si estuviera reflexionando o decidiendo si merezco escuchar sus palabras. Entonces algo cambia. El aire de la habitación se vuelve más denso. Su nuez de Adán se mueve, sus ojos se fijan en los míos y empieza a hablar.

—Hace poco más de seis meses, acudo a un cumpleaños familiar esperando encontrarme con una noche más de sufrimiento. Solo voy por mi hermano, ya que puedo contar con dos dedos los parientes que me importan, y él es uno de ellos. Durante ese tipo de eventos, solemos pasar el rato juntos, pero esta cena es diferente. Mi hermano viene con acompañante, una mujer de la que nunca me ha hablado, lo cual es raro, ya que hablamos casi a diario. La familia, sobre todo su madre, está encantada.

Jack cambia la forma de agarrarme la mano. Ahora es más suave. Mis dedos siguen sobre su pecho, medio apretados contra su corazón. El mío ha empezado a latir con fuerza y a destiempo. Sigue:

—Es guapa, la chica. Muy guapa. Hay muchas mujeres guapas en el mundo y, lo creas o no, no es algo en lo que suela fijarme, pero a ella le presto más atención de la que le prestaría en otras circunstancias. Alguien distrae a Greg antes de que tenga oportunidad de presentármela, pero la veo tocar la tabla de Go de mi abuela y coger una de las piedras de la forma tradicional, con los dedos índice y corazón. La veo probar a hurtadillas un trozo de queso. En un momento dado, estoy casi seguro de que dice algo que solo yo reconozco como un chiste del principio de Heisenberg. Y entonces, cuando mi hermano vuelve... ahí es cuando empieza la cosa para mí. Porque la veo interceder entre él y mi familia de una forma que yo nunca he logrado conseguir. Y créeme, lo he intentado. Llevo treinta años de mi vida tratando de protegerlo, y esta chica... A ella, simplemente, se le da mejor. Y a él nunca lo había visto tan... *Feliz* no es la palabra adecuada, pero parece estar a gusto. Y, a medida que avanza la noche, no puedo dejar

de mirarla, y me doy cuenta de algo: está constantemente alerta. Siempre va dos pasos por delante. Se anticipa a las necesidades de los demás, como si las personas fueran ecuaciones que hay que resolver en tiempo real. Es algo sutil, pero está ahí y...

Se encoge de hombros y se rasca la nuca con la mano libre, como si siguiera perplejo. Me pesa el pecho, el aire de mis pulmones de repente se vuelve plomizo. No ha terminado:

—Esa noche llego a casa y me acuesto, pero no puedo dormir hasta que me reconozco a mí mismo que estoy celoso. O tengo envidia. Una mezcla. Mi hermano está sentando cabeza y tiene secretos. Estamos muy unidos, así que no estoy acostumbrado. Y la chica... Quizá sea por lo bien que se porta con la persona que más me importa. Quizá sea porque tengo un tipo, y resulta que ella lo encarna a la perfección. La cosa es que..., bueno, que me está despertando algo que no recuerdo haber notado nunca. Con nadie. Tengo ciertos... sentimientos complicados, pero me obligo a superarlos. A sacarlos de mi cabeza. Por un breve periodo de tiempo, lo consigo. Luego llega el Día del Trabajo. Se desmaya en mis brazos sin dar explicaciones. Actúa como si nada hubiera pasado y sigue cambiando de personalidad. Sin embargo, me ruega que no se lo diga a Greg, y eso hace que me pregunte si es que su relación no es seria.

Su voz es cada vez más grave, más ronca, y sus ojos se desenfocan, como si por dentro estuviera sopesando la opción de dar un paso atrás. Nuestras manos deben de haberse movido, porque mi palma está totalmente plana debajo de la suya. Me pregunto si es consciente. Me pregunto por qué no la quito.

—Y es entonces cuando me doy cuenta de que soy un mierdas. Porque es evidente que es buena para mi hermano, pero me *alivia* que su relación no vaya a llegar a ninguna parte. Y me encantaría mentirme a mí mismo e inventarme alguna excusa que lo justificara, pero lo que pasa es que soy un imbécil. Lo que pasa es que me apetece tenerla para mí. Me apetece que... Ni siquiera sé qué me apetece. Me apetece llevarla a cenar, asegurarme de que esté relajada y de que no siente la necesidad de ir dos pasos por delante. Me apetece descubrir por qué sabe cómo coger una piedra del Go. Y lo que

más me apetece es... Bueno, será mejor que te ahorre los detalles gráficos. Estoy seguro de que tú misma te lo puedes imaginar.

Tiene una leve y triste sonrisa dibujada en la cara. Yo, un millón de nudos en el estómago y mucho calor. Calor por todas partes.

—Evitarla es la mejor opción. No me importa perderme comidas familiares y mi hermano nunca la menciona. Es como si se olvidara de que existe, lo cual es raro, porque yo no puedo dejar de pensar en ella. Hago preguntas, aunque no debería. Tengo un par de sueños poco apropiados con la novia de mi hermano a pesar de saber que eso está muy mal. Cuando la vuelvo a ver después de un tiempo, en el cumpleaños de mi abuela, la cosa no mejora. Va a peor. Pero no contemplo la posibilidad de intentar nada. Ya se me pasará, lo sé. Cuando descubro que no es quien dice ser, me enfado. Me enfado *mucho* porque Greg es la mejor persona que conozco y no se merece que le hagan esa putada. Pero también siento un poco de alivio. — Me mira de nuevo—. ¿Sabes por qué, Elsie?

Jack destila una seguridad en sí mismo que resulta irresistible y devastadora. Es por la forma en que expone todos estos hechos sin vacilar, como si para él fuera algo natural reconocer sus sentimientos. Observo el reflejo de la lámpara sobre su pelo rubio y me pregunto por qué este hombre se molestaría siquiera en pensar en mí. Ha descubierto mi estrategia. Yo he venido con las manos vacías.

Siento los músculos entumecidos. A duras penas consigo negar con la cabeza.

—Siento alivio porque lo que sea que me pasa con ella se va a desvanecer. Estoy convencido de que no va a ir más allá ahora que sé que ha mentido. El único inconveniente es que no contaba con tener que verla hablar de física, o con leer su trabajo. No tuve en cuenta la posibilidad de tener que pasar dos días con ella y descubrir que es... —Esboza una sonrisa tierna y de resignación—... espectacular.

Se oye un ruido fuerte, pero ninguno de los dos giramos la cabeza. Estamos demasiado encerrados el uno en el otro, atrapados por la voracidad, el ansia y la importancia de lo que sea que está pasando entre nosotros en ese momento.

Hasta que oímos:

—Chicos, ¿por qué huele mal el pis después de comer espárragos?

Miro a Greg y veo que...

—¡Está desnudo! —exclamo mientras giro la cara para no mirar.

—Tío... —La voz de Jack es ronca. Niega con la cabeza—. ¿Dónde coño está tu ropa?

—La he perdido. ¿Recuerdas cuando nos propusimos ver quién meaba más lejos?

Jack hace una mueca y da un paso para alejarse de mí. Su mano se aferra a la mía durante un segundo más y, entonces, de repente, la habitación se vuelve fría.

—Probablemente debería... —empiezo a decir.

Me lanza una mirada de circunstancias.

—Irte a casa.

—Sip.

Busco mi móvil mientras Jack susurra:

—¿Qué tal si pasamos al baño, hermanito?

Y me escabullo mientras oigo algo sobre el concepto de los «episárragos».

No, gracias.

En cuanto la puerta se cierra detrás de mí, me apoyo contra ella. Respiro hondo y me quedo mucho rato mirando fijamente las luces de Navidad que los vecinos se han olvidado de quitar.



12

COLISIÓN (INELÁSTICA)

De: Dupont.Camilla@bu.edu

Asunto: Disertación sobre Macbeth

Dr. Hannaday:

Estoy centrando mi trabajo en Lady Macbeth y su papel como la cuarta bruja. Algunas partes del texto respaldan esta interpretación. ¿Le importaría echar un vistazo a lo que tengo escrito hasta ahora? Adjunto el archivo.

Atentamente,

Cam

De: martinash3@umass.edu

Asunto: kien es la mas mona

usted doctora usted es mona es monisima es la mas mona del mundoooooo

De: martinash3@umass.edu

Asunto: Por favor, ignore mi correo anterior

Dr. Hannaway:

Mi compañero de piso se ha comido ciertos brownies por error y se ha encerrado en el baño con mi móvil. Por favor, ignore cualquier correo electrónico que haya podido enviar.

Saludos,

Ashton

De: greenbermichael12@emerson.edu

Asunto: Trabajo de termodinamica

Una prórroga xfa.

La semana siguiente tengo tanto trabajo que no me da tiempo ni a vivir, tanto por el ajetreo cotidiano de ser profesora adjunta como por el hecho de tener que ponerme al día con las labores que dejé para más tarde con el objetivo de centrarme en la entrevista. Pero no hay de qué preocuparse: a pesar de tener exámenes que corregir y lecciones sobre las maravillas de la difracción de Fraunhofer que dar, mi cabeza siempre encuentra un momento para preguntarse si habré conseguido el trabajo, cuándo lo sabré, cómo lo sabré y quién me lo dirá. Se me da bastante bien lo de ser multitarea, ahí donde me veis. Casi no se nota que más bien soy un desastre con patas que se pasa la vida haciendo malabarismos con sus múltiples trastornos del estado de ánimo.

El iPotorro se convierte en mi fiel compañero, no sea que me pierda una llamada, un correo electrónico, un mensaje de texto o una señal de humo del Vaticano informándome de que mi sufrimiento ha llegado a su fin:

Bienvenida al MIT, Elsie, dice la voz incorpórea de Monica, dispuesta a prepararme para ser su sucesora.

A partir de ahora, eres partícula del Departamento de Física, dice Volkov entre risas y con las manos en la barriga.

He oído que le has robado el puesto a George, me dice Jack. Luego chasquea la lengua desde su altura, un palmo por encima de mí, y sonríe, pero no con la boca; solo con esos preciosos ojos suyos, tan genéticamente improbables. *A partir de ahora, tú y yo deberíamos aprender a llevarnos bien.*

Todo es en vano. Siempre que descuelgo me atienden teleoperadores. O estafadores que me recuerdan que debo pagar la garantía de un coche que no tengo. O Lucas, llamando para quejarse de Lance. O Lance, llamando para quejarse de Lucas. O mamá, llamando para quejarse de Lucas y Lance. Lo único destacable es una llamada de Dana, que me pregunta si creo que mis hermanos aceptarían mantener relaciones con ella a la vez.

—¿Por qué de repente a todo el mundo le van los tríos? —pregunto, y luego me alejo a toda prisa cuando la secretaria del Departamento de Biofísica de la UMass levanta la vista de los exámenes que está archivando.

Intento llamar a Greg, pero no contesta ni al teléfono ni a los mensajes, lo que me sume en una espiral de ansiedad: he arruinado su vida. Me odiará para siempre. Pero no puedo obligarlo a aceptar mis disculpas, así que canalizo mi nerviosismo actualizando la bandeja del correo electrónico: un fantástico aunque infructuoso pasatiempo. No aparece ningún remitente terminado en mit.edu, solo estudiantes al borde de un colapso mental a las 23:34 de un miércoles cualquiera porque han olvidado si el capítulo ocho entra en el examen («Porfa, porfa, porfa diga que no, Dra. H.»). Como es temporada de mandar solicitudes para acceder a un doctorado, algunos incluso vienen a mi despacho en horario de tutoría para pedirme una carta de recomendación. Cuando me toca recordarle a un estudiante de último curso de la Universidad de Boston que ha suspendido mi asignatura, parpadea confuso y pregunta: «¿Eso es un no?».

El jueves por la noche, mientras estoy cargando el lavavajillas, Cece me pilla intentando desbloquear la pantalla con el codo.

—Hasta aquí hemos llegado. —Coge el iPotorro y se lo mete en el bolsillo—. Queda confiscado hasta mañana.

—No. ¡No, por favor! De verdad que lo necesito. —Sueno como una llorica y a la defensiva a la vez. Menuda combinación—. Es mi mantita de Linus.

—¿Has desarrollado apego por un objeto transicional con casi treinta tacos?

—¿Un qué?

—Mantas, ositos de peluche... Esas cosas a las que los niños se agarran cuando están intranquilos se llaman objetos transicionales.

—¿Y adónde te transicionan?

Me mira consternada.

—A los impiadosos estragos de la edad adulta.

En realidad, no poder acechar las redes sociales de todo el comité de selección del MIT durante el resto de la noche me hará bien. Monica solo comparte publicaciones sobre los artículos que escriben sus alumnos. Volkov lleva inactivo desde 2017, cuando retuiteó un meme que ponía «Gracias a Dios, Newton no estaba debajo de un cocotero». George, si su cuenta es la que creo que es, se pasa la vida subiendo fotos de lo que come (que, para mi disgusto, siempre tiene pinta de estar delicioso). Jack, por supuesto, no tiene presencia en redes sociales.

Lo cual está bien. Porque sí tiene presencia en mi cabeza. Mucha. No es que sepa *por qué* ni nada. En primer lugar, no estoy segura de si me creo algo de lo que dijo. En segundo lugar, estoy casi segura de que no me creo nada de lo que dijo. En tercero: sigue siendo la misma persona que escribió ese artículo falso. En cuarto: quiere que sea otro candidato quien consiga el puesto. En quinto: no. Simplemente no. En sexto: aunque me creyera algo de lo que dijo, los puntos tres, cuatro y cinco seguirían siendo válidos.

—No. No le vi durante el resto de la entrevista —le digo al Dr. L. cuando voy a verlo a su despacho.

Sonríe complacido. Su jersey de cuello alto tiene el mismo tono gris oscuro que su pelo.

—Muy bien, Elise. ¿Y qué hay de tu charla? ¿Cambiaste las cosas que te dije?

Los comentarios del Dr. L. a veces están un poco fuera de lugar. Por ejemplo, no creo que poner por escrito toda la historia de la investigación

de los cristales líquidos en una diapositiva con letra a tamaño 8,5 sea una buena idea, pero:

—Sí —miento.

Cuando vuelve a sonreír, disfruto sabiendo que lo he complacido, pero en cuanto salgo de su despacho, me invade la culpa. Por haberlo engañado. O quizá... quizá porque he tenido que asumir que Jack, quien arruinó la carrera de mi mentor, me parece atractivo. *Extremadamente* atractivo. Hasta un extremo que no sabía que era capaz de percibir.

El viernes por la noche llego a la conclusión de que la atracción tiene poco que ver con que sea alto o guapo, y mucho que ver con lo observador que es.

Jack me ve a mí. Una marioneta tras la que tal vez, solo tal vez, se esconde una chica de verdad.

Y por ese motivo no puedo interactuar con él como Dios manda. Y por eso no quiero pensar en las cosas que me dijo. En la forma en que me miraba. En el hoyuelo. En su mano deslizándose por el interior de mi muslo, cálida, inexorable. «Elsie, ¿eres consciente de todo lo que quiero hacerte?» Sacudo la cabeza. «Será mejor que te ahorre los detalles gráficos. Estoy seguro de que tú misma te lo puedes imaginar.»

Vale, sí. He tenido ciertos sueños. *Un* sueño. Gráfico. Detallado. Un poco acalorado. Pero no, nop, no. Tengo otros problemas que justifican la futura aparición de una úlcera. La flecha del tiempo. El cambio climático. La falta de responsabilidad y transparencia del gobierno. Mi futuro profesional. Tengo para elegir entre un gran abanico de cuestiones sobre las que estresarme, y Jack no está incluido en ellas.

Eso es lo que me repito a mí misma hasta el sábado por la noche, cuando todo explota.

—A veces me pregunto por qué no nací a principios del siglo xvii. Hoy en día una no puede llevar una gorguera en público ni emplear sanguijuelas en las curas médicas. O en la antigua Roma, donde podría haberme pasado la vida repitiendo una rutina basada en tumbarme, comer y vomitar todos los días sin que nadie me mirara mal. Pero entonces vivo experiencias

maravillosas como esta en IMAX, y pienso, sé, que estaba destinada a vivir en esta época. Es mi recompensa por una existencia honrada y sin sanguijuelas.

Parpadeo mientras miro a Cece con los ojos cansados después de pasar tres horas en el cine. Cuando hemos entrado, había salido el sol y por fin se había derretido la nieve que cayó la semana pasada. Ahora todo está oscuro y Cece va atrapando copos de nieve con la lengua, como buena persona nacida en la soleada Florida que es.

La quiero. Bastante. Y por eso he sacrificado mi preciada tarde de sábado para ir a ver la versión original de 1968 de la famosa obra maestra de Kubrick, *2001: Una odisea del espacio*. Ciento sesenta insoportables minutos mirando imágenes del sistema solar que parecen salvapantallas al ritmo de... ¿Vivaldi, puede ser?

Con películas como esta, ¿quién consideraría el ahogamiento una tortura?

—¿A que ha sido increíble? —dice ella sonriendo.

—Ha sido muchas cosas, eso seguro.

Esta vez Cece no está lo suficientemente centrada en los detalles cinematográficos como para no darse cuenta de mi tono.

—¿No te ha gustado? —Frunce el ceño—. He de admitir que yo también he echado *mucho* en falta la escena de «El amanecer del hombre» en la que el simio observa el hueso.

—Em... sí. A eso me refería.

Se pone delante de mí y ladea la cabeza. Enfundada en su enorme abrigo rojo, aparenta tener unos dieciséis años.

—¿No te ha gustado la película?

«*Es más fácil así, ¿no? No mostrarle nunca a nadie quién eres en realidad. [...] Cuando eres tú misma, es cuando estás expuesta.*»

Durante una fracción de segundo, me viene a la cabeza lo que me dijo Jack, como una melodía de esas pegadizas. No es que no lo supiera ya de antes, pero una vez expresado en palabras, se vuelve más difícil de ignorar. Es como si se hubiese producido un brusco cambio entre el conocimiento procedimental y el semántico.

Pongamos que lo considero. Al fin y al cabo, Cece es mi mejor amiga. Podría sonreír, pasar el brazo por debajo del suyo, tirar de ella hacia la estación de metro y decir con naturalidad: *No me ha gustado la película. Ni siquiera sé de qué iba. Mi personaje favorito ha sido el ordenador malvado y a los veinte minutos ya estaba a punto de soltar un chillido desgarrador, parecido al sonido que hacen un millón de cigarras. Además, me encantaría no tener que volver a ver nada más de este director; de hecho, preferiría pasarme una tarde entera mirando fijamente el portal de mi préstamo estudiantil, ese que hace que me eche a llorar una vez al mes. Y, ya que estamos, el otro día pillé a tu eriza defecando en mi almohada. Lo próximo va a ser en mi té.*

La sola idea de admitir todo eso hace que me duela el costado derecho. Será la úlcera, supongo.

Paso el brazo por debajo del de Cece igualmente, pero las palabras que salen de mi boca son:

—Ha sido sublime. Ese viaje de la conciencia del hombre por el universo... Después la transición de esa conciencia a un nuevo nivel... — Esta frase es de la crítica que Roger Ebert hizo de la película en 1997. La he memorizado esta mañana.

—Es inigualable. —Sonríe, luego entrecierra los ojos—. Ah, es el trabajo, por eso estás tan meh.

—No estoy meh. ¿Te parece que estoy meh?

—Sí. ¿Te preocupa lo del trabajo?

—No.

—¿No?

—Bueno, sí —admito.

Me detiene en medio de la acera.

—Te lo van a dar. Lo hiciste muy bien.

—La verdad es que... —Cece está de buen humor después de haber visto ese ballet espacial a cámara lenta, y no quiero estropearlo. Sonríe—... soy optimista.

—Quizá deberíamos ver otra película al llegar a casa. —Me tira de la manga—. Algo ligero y divertido. ¿*Tiempos modernos*? ¿O *El gran dictador*? La risa es la mejor medicina.

—Diría que la mejor medicina son los antibióticos. A menos que sea una infección vírica, en cuyo caso... —Me detengo porque alguien detrás de mí ha dicho mi nombre.

Lo peor es que sé exactamente de quién es la voz, porque está grabada a fuego en mi corteza auditiva hasta tal punto que, sospecho, es un indicio de que tengo cierto daño neuronal. Pero me doy la vuelta de todos modos, y ahí está.

Jack.

Con su abrigo negro de North Face, que a estas alturas ya me resulta familiar. Con sus hombros anchos, su pelo claro y su presencia, que es imposible pasar por alto. Ocupando más espacio del que debería en la acera, mirándome como si yo fuera el fantasma de Nikola Tesla y encontrarme por casualidad en el centro de Boston fuera una sorpresa inesperada pero agradable.

—Ah —consigo decir. Mierda. ¿Mierda? *Mierda*. ¿Qué hace él aquí?—. Em...

—La palabra que estás buscando es *hola*. —Dios, su voz. Y esa media sonrisa—. Es lo que suele decir la gente en estas situaciones, Elsie.

—Ya. —Trago saliva—. Hola.

Lo primero que pienso es que lo he invocado. Al pensar en él cuarenta veces al día. Incluso hasta hace unos segundos.

Lo segundo: debo de estar maldita. Lo único que quiero es eliminar a Jack de mi vida, pero soy como el *Australopithecus afarensis* de la peli que acabamos de ver: intentando retozar en un páramo prehistórico, condenado a ser acechado por un monolito alienígena el resto de mis días. (Creo que era así. Me he medio dormido.)

Lo tercero: no está solo. Hay una mujer alta a su lado, con el pelo largo y con trenzas, y los labios de un rojo intenso. Es evidente que se estaban riendo de algo. Cuando Jack se ha detenido para hablar conmigo, ella ha chocado contra él y no se ha apartado después.

Está teniendo una cita.

Con otra persona.

Jack está en medio de una cita con alguien, y yo siento como si me hubieran dado una patada en el estómago.

—¿Es alumna tuya? —pregunta la mujer como si nada. Su piel oscura está inmaculada y su cara me suena, pero eso suele pasar con la gente muy guapa.

—No. —Jack aún no ha apartado la mirada de mí—. Para nada.

—Hola. —Cece irrumpe con su mejor sonrisa—. Claramente, Elsie está experimentando un colapso de las habilidades sociales pragmáticas que son necesarias para presentarnos, así que... ¿cómo se llama, señor alto?

—Jack.

—Encantada de conocerte, Jack. —Extiende la mano, que desaparece dentro de la de él. Me los quedo mirando, medio paralizada—. Soy Celeste, la persona favorita de Elsie.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Jack vuelven a centrarse en los míos—. Qué honor. —Sigue con su media sonrisa, como si esto le estuviera alegrando la noche del sábado.

—Bueno, a ver, es un trabajo duro. Implica compartir mucho queso. Y acabo de llevarla a ver *2001: Una odisea del espacio*, que le ha encantado.

—¡Ostras! —La Mujer Más Guapa del Mundo está maravillada con esa información—. Nosotros también venimos de verla.

—Impresionante, ¿verdad?

—Una obra maestra. A pesar de que Jack ha hecho un comentario sobre lo previsible que era el arco de la «malvada Siri espacial».

Él levanta una ceja.

—Me aburría.

—*Siempre* te aburres en el cine. —Aprieta su hombro contra el de él—. Tengo que confiscarle el móvil e ir vigilando que no se duerma.

—Porque siempre me llevas a ver películas aburridas.

Le pellizca el brazo por encima del abrigo.

—Si fuera por ti, solo veríamos *Jackass*.

—Eso solo pasó una vez.

—Una vez son demasiadas.

Jack se encoge de hombros, imperturbable. No puedo dejar de mirar la estampa de ellos dos enmarcados por los copos de nieve. Esa complicidad. El evidente afecto que siente Jack por ella. Los dedos de la mujer, que siguen apoyados en su manga. Algo frío y sombrío me oprime el pecho.

—Entonces —dice Cece—, ¿de qué conocéis a Elsie?

—La verdad es que yo no la conozco —contesta la mujer mirando con curiosidad a Jack—. ¿De qué conoces a Elsie, Jack?

Él vuelve a clavar los ojos en mí.

—Salió con mi hermano. Entre... otras cosas.

El ambiente cambia al instante. El aire ya era gélido, denso, del que augura tormenta de nieve, pero la temperatura desciende aún más a medida que los presentes procesan el significado de esas palabras.

Primero está Cece, que sabe que no salgo con nadie, no de verdad, y está intentando recordar dónde escuchó por última vez el nombre de Jack. Frunce el ceño y se acerca hacia mí, protectora, dispuesta a defenderme de mi archienemigo como si fuera un gatito bufando a un bisonte.

Y luego está esa mujer. Su expresión también cambia al comprender la situación y se la ve intrigada.

—Eres la novia de Greg. *Esa* Elsie. —Alterna la mirada entre Jack y yo una, dos veces, y luego me tiende la mano—. He oído hablar mucho de ti. Es un placer conocerte. Soy George.

Mi cerebro se congela.

—Bueno, Georgina. Sepúlveda. Pero, por favor, llámame George. —Su sonrisa es cálida y acogedora, como si yo fuera una vieja amiga de Jack a la que se moría por conocer.

—Georgina Sepúlveda —repito, aunque apenas se me oye.

El nombre abre un cajón de mi cerebro lleno de artículos científicos, TED Talks, discursos en conferencias... Georgina Sepúlveda, joven promesa de la física. Soy fan de su trabajo. No es que me suene... es que sé perfectamente quién es.

—Sip, así me llaman. —Su mano sigue extendida. Debería cogerla—. Trabajo con Jack.

—George —la advierte Jack.

—Vale, técnicamente *aún* no. Pero empezaré a trabajar en el MIT el año que viene. ¿Qué pasa? Venga ya, Jack. He recibido la oferta formal y he mandado ya el contrato firmado. Puedo contárselo a la gente sin problema. —Me lanza una mirada cómplice y a mí se me revuelve el estómago—. Tú eres bibliotecaria, ¿verdad? Me encantan las bibliotecas.

A mi lado, Cece ahoga un grito. Mientras, yo asiento con la cabeza. Debe de ser una reacción automática, porque todas mis neuronas están ocupadas procesando lentamente lo que acabo de oír.

Georgina.

George.

MIT.

Oferta formal.

No. No, no, no. Mi estómago es una piedra. La sangre retumba en mis oídos, y...

Doy un paso atrás y, durante una fracción de segundo, mi mente se traslada a un lugar lejano: a mi apartamento. Veo el ordenador que he dejado sobre la cama. El manuscrito que tenía a medio escribir y que iba a terminar cuando consiguiera el trabajo en el MIT.

Pero no lo he conseguido. Se lo han dado a George. George, que está con Jack. Y aquí acaba la cosa.

Lo he dado todo y no ha sido suficiente.

—Elsie —empieza Jack. Debe haberse movido, porque George y Cece han desaparecido detrás de su espalda. Veo en su cuello cómo traga saliva—. A los candidatos no seleccionados no se les notifica hasta que se completa todo el papeleo.

Sacudo la cabeza y él se calla. Sus ojos están llenos de compasión, de una pena sincera y desgarradora. No puedo soportarlo.

Me doy la vuelta lentamente. Me alejo un poco, igual de lenta. Apenas veo la acera. Hay un hombre que pasea a su husky. Un grupo de estudiantes que fingen entusiasmo porque van a proyectar una nueva retrospectiva sobre Truffaut. Paso junto a ellos y camino un poco más, sin prisas, como si todo fuera a ir bien.

Todo va a ir bien.

Estoy en un paso de cebra, con el semáforo en rojo, cuando oigo:

—¿Elsie?

Es Cece, llamándome desde donde la he dejado. La ignoro.

—¿Va todo bien? —pregunta George—. Mierda, ¿he dicho algo malo?

Cece no le contesta, pero me dice:

—Elsie, ¿qué te parece si... si vamos a casa?

Silencio. Entonces escucho a Jack:

—Elsie. Ven un momento, por favor. —Su voz suena acorde a cómo me miraban sus ojos y me resulta insoportable.

El semáforo se pone en verde. Respiro hondo, dejo que el aire frío invada mis pulmones y echo a correr.

OceanofPDF.com



13

ANQUIILACIÓN

Corro una manzana.

Una y media.

Dos.

Los copos de nieve se me pegan a la piel. Me arden los pulmones. La bomba de insulina se me engancha en el elástico de las mallas y, sin embargo, me siento bien.

No soy una atleta, ni mucho menos. En mi vida solo he corrido para aprobar Educación Física y para coger el bus, pero esta actividad me consume y eso me hace sentir bien. Me concentro en el golpeteo de mis botas contra la acera, en la permanente falta de oxígeno, en el sabor a hierro que tengo en el fondo de la garganta. Se me contraen los músculos de las piernas. Se quejan, pero la sensación de escapar lo compensa. La nieve es cada vez más espesa y forma un túnel, un manto que deja fuera todo lo demás. Estoy atravesando un agujero de gusano que me lleva a otro punto del espacio-tiempo. A una línea temporal diferente, en la que no soy una fracasada, en la que no voy a pasar un año más sin seguro médico ni dinero para tener una vida digna, en la que no voy a decepcionar a mi mentor y a mi amiga y...

Unos dedos se cierran alrededor de mi muñeca. Pierdo el equilibrio. Tropiezo. Caigo de bruces. Bueno, no, no del todo. Algo me detiene. Unas

manos fuertes me cogen por la cintura y me enderezan, y entonces veo a Jack alzarse frente a mí, el coloso de todo lo que va mal en mi vida. Quiero arañarle la cara y verle sufrir tanto como yo ahora mismo.

Podría hacerlo. Estamos prácticamente solos. A cientos de metros de distancia de Cece y George.

Mierda. Acabo de huir como si se me hubiera ido la olla. Como si se me hubieran ido todos los cacharros de la cocina al mismo tiempo.

—No tenías que enterarte así —dice. Casi ni le falta el aliento. Yo estoy que no puedo ni respirar. A la mierda, nunca más vuelvo a hacer ejercicio—. Ella no tenía ni idea de que tú eras la otra candidata. Se suponía que te iban a avisar el lunes y...

—Vete a la puta mierda —espeto.

Jack se sorprende, y yo también. No esperaba que eso saliera de mi boca, pero en *desperatio veritas*. Ambos compartimos ese segundo de sorpresa; luego se recompone.

—En ningún caso te iban a elegir a ti, Elsie. —Su tono no es cruel, pero tampoco compasivo. Como si supiera que ahora mismo no sería capaz de soportar ninguno de los dos—. Volkov y su equipo no te iban a votar, porque...

Paso por su lado para seguir andando, pero me agarra de la muñeca.

—... porque no ha sido una competición justa. Te dije que George conseguiría el puesto.

—¡Solo estabas tratando de desalentarme!

—No. Te di toda la información que pude sin cruzar la línea de lo confidencial. Este proceso de selección se ha gestionado fatal y Monica cometió un grave error al decirte quién era la otra candidata.

—Bueno, es evidente que no tenía ni idea de quién era George en realidad.

Exhala.

—Elsie... —Un copo de nieve se posa en su pómulos, justo bajo la franja azul del ojo. Se derrite al instante—. Elsie, no tenías ninguna posibilidad.

—Te odio.

—Está bien. Puedes odiarme, pero que sepas que fue una entrevista de mala fe. —Da un paso hacia mí. Su calidez hace que el frío sea soportable,

y lo odio por ello—. Elsie, lo siento.

—Mentira.

—Elsie...

—¿Te das cuenta de lo que esto significa para mí? Para ti es como... como unos *Juegos del hambre*, edición academia, pero estamos hablando de mi puto futuro y de todo por lo que llevo trabajando desde que soy adulta. *Necesitaba* ese trabajo.

—Lo sé.

—No, *no* lo sabes. —Apoyo las manos en su pecho y empujo. Ni se mueve, lo cual me hace enfurecer—. No sabes lo que es sufrir una enfermedad crónica y no tener seguro médico. Tener que ser *perfecta*, tener que estar a tope a cada momento porque todos a tu alrededor esperan que lo estés. Y es *muy* difícil ser perfecta cuando trabajas quince putas horas al día haciendo algo que odias por un sueldo de mierda. Tú no has vivido nada de eso, así que no, no sabes cómo me...

—Tienes miedo. Te sientes abrumada. El mercado laboral está pasando por su peor momento y no sabes si el año que viene habrá vacantes. Créeme, sé lo que...

—¿En serio? ¿*Tú* sabes lo que es eso? ¿Con tu largo y arduo camino en el mundo académico CTIM como hombre blanco y rico?

Se inclina hacia delante. Su mano se cierra alrededor de mi brazo.

—¿Crees que me alegra que las cosas hayan ido así?

—¡Tienes exactamente lo que querías!

—Sí. —Su expresión se vuelve severa—. Y un montón de cosas que *no* quería también.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Humillar a otra física teórica? ¿Tener a tu novia a dos puertas para poder echar un polvo entre clases...?

—*Basta*.

Me quedo inmóvil. Su tono es hostil y hace que mi cerebro haga una pausa lo suficientemente larga como para darme cuenta de las palabras que acaban de salir de mi boca.

Ay, señor. Ay, Dios mío. Conozco a Georgina Sepúlveda. Conozco su trabajo. Sé lo increíblemente mal que me han tratado siempre en el mundo

académico por ser una mujer física, y acabo de hacerle lo mismo a otra. Una mujer física a quien llevo admirando años.

¿Qué coño acabo de hacer? ¿Quién cojones es esta persona que hay dentro de mí?

—Lo siento mucho. —Me llevo la mano a la boca para ahogar un sollozo—. Lo siento mucho, *muchísimo*. Ni siquiera es cierto. Nada de lo que he dicho. He leído sus artículos. Es una física increíble y...

—No pasa nada. —La expresión de Jack vuelve a suavizarse, como si yo no fuera el protocúmulo de los imbéciles.

—No. —Niego con la cabeza—. No, ella no se merece esto y... joder. *Joder*.

Me arde la garganta por la culpa y por algo que se parece mucho a la vergüenza. Mis mejillas están heladas y húmedas. Muy húmedas. Me tapo los ojos con las manos, pero las lágrimas siguen saliendo.

—Elsie, no pasa nada. Tienes todo el derecho del mundo a estar disgustada.

—No. Sí que pasa. Estoy siendo irracional y nada de esto es culpa de Georgina, y por muy malo que seas, tampoco tuya. Yo soy quien la ha cagado en la entrevista, y... —Otro sollozo. Esta vez lo ha oído. Ha sido imposible evitarlo—. No deberías permitirme que te hable así.

Se queda en silencio un momento. Luego siento que se acerca un paso. No me toca, pero su abrigo hace ruido al rozarme.

—Lo cierto es que me gusta.

Levanto la vista. Tiene una leve sonrisa en los labios.

—¿Te gusta que te griten?

—Me gusta ver a la verdadera tú. Ahora no estás tratando de ser otra persona.

De hecho, tengo hipo, como una niña de tres años que se ha raspado las rodillas en el parque. Me muerdo el interior de la mejilla para que pare, pero es una batalla perdida. Como toda mi patética vida.

—No entiendo por qué.

—Me gustan los hechos poco habituales.

Tengo que irme. No puedo quedarme aquí, temblando, dejando que la nieve me caiga encima en medio de la acera. Con Jonathan Smith-Turner.

Llorando como si estuviera en un campo de cebollas. Pero el hecho de estar llorando desconsoladamente y humillándome a conciencia delante de un rival profesional consume toda mi energía, por lo que no puedo irme.

—Hace frío —dice, como si me leyera la mente—. Vivo a cinco minutos de aquí. —Resoplo, sin saber qué contestar. *¿Bien por ti?* Pero entonces añade—: Vente. —Debo de haber reaccionado de alguna forma, porque añade—: No para nada de lo que estás pensando. Para intentar animarte. Quiero explicarte lo que ha pasado con el proceso de selección.

—No. Es que... —No voy a... No.

—Responderé a tus preguntas. Te diré exactamente lo que pasó.

—No puedo...

Alza la mano para ponérmela en la nuca, como si quisiera asegurarse de que nos miramos a los ojos. De que nos entendemos el uno al otro.

—Elsie, si te dejo marchar ahora, vas a pasarte horas repasando toda la entrevista mentalmente y llegarás a la conclusión de que es culpa tuya que no te dieran el trabajo, a pesar de que no es así. Y no me dejarás hablar contigo nunca más. —Su expresión es sincera.

¿Cómo es que sabe tantas cosas sobre mí? Hay algunas que ni siquiera yo sé.

—Quizá te eche la culpa a ti y ya —digo sollozando.

Suelta una carcajada.

—Ahí está la Elsie que yo conozco.

—Lo siento. Sé que quieres ayudar, pe-pero no puedo hablar ahora. Estoy llorando.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Porque casi nunca lloro. —Suelto un sollozo—. Lo que si-significa que no tengo ni idea de cómo parar.

—Puedes seguir llorando para siempre, no pasa nada.

—No. N-no quiero llorar. Y he abandonado a Cece. Y ne-necesito decirle al Dr. L. que no me han dado el trabajo. Y tú tienes que decirle a Georgina po-por dónde paras. Y me estoy congelando. Odio esta pu-puta ciudad, y odio ser física, y odio los chistes ma-malos de Volkov, y...

Sus brazos me envuelven. Es como estar rodeada de lana y hierro; el punto perfecto entre calidez y solidez. Paso varios segundos más llorando

hasta que me doy cuenta de que ha tirado de mí hacia él. De que esto es un abrazo. Sus labios, secos y cálidos, se posan sobre mi frente, como si le importara, como si lo único que quisiera fuera consolarme. Unos murmullos en voz baja me calientan la piel; sonidos suaves que no logro descifrar al momento.

—Shh... Tranquila, Elsie. Todo va a ir bien.

Quiero creerle. Quiero hundirme en su pecho más de lo que nunca he querido nada. Quiero enterrar mi cara en su abrigo y convertirlo en mi agujero de gusano privado. En lugar de eso, sigo soltando lagrimones en silencio, lo agarro de las mangas y me aferro con fuerza.

Esto es horrible. Acabo de tocar fondo y Jack Smith-Turner lo está presenciando, pero lo peor es que tampoco me importa demasiado.

Así que cuando me dice: «Déjame hacerte entrar en calor. Déjame hacer eso por ti» y su mano va bajando hasta tomar la mía, le permito que me guíe hacia donde él quiera.



14

CENTRO DE GRAVEDAD

Su piso es grande, sobre todo si tenemos en cuenta que está en el centro de la ciudad.

Dos plantas, el 90 por ciento de las paredes son ventanas. Puede que incluso esté decorado siguiendo una paleta de colores (azules oscuros y blancos cálidos), pero no me imagino a Jack usando la palabra *paleta*, así que doy por hecho que es mera casualidad. Aun así, el lugar está lo bastante limpio y ordenado como para que, nada más entrar, me quite los zapatos y vaya tras él en dirección a la cocina, con la esperanza de que no se dé cuenta de que mis calcetines tienen el mismo dibujo (rayas) pero no son del mismo color (rosa y naranja).

Ojalá hubiera indicios de que es un fan de *Mi pequeño pony* que todavía no ha salido del armario, o un ávido coleccionista de moldes genitales, pero este lugar grita *Puede que sea un hombre soltero a los treinta y tantos, pero no es porque no tenga las cosas claras*.

Por otra parte, puede que no esté casado, pero no está soltero.

Me siento con cautela frente a la mesa de madera y observo: un cuenco de fruta fresca; libros y artículos apilados y bien ordenados en la barra para desayunar; la enorme espalda de Jack, con los músculos contraídos bajo la camisa de franela verde que lleva, mientras se afana en la cocina, teclea rápidamente algo en su móvil y deja una taza sobre la encimera. La nieve

está arreciando, veo cómo los enormes copos se arremolinan bajo una farola. Llegar a mi piso va a ser un coñazo. Podría tirar la casa por la ventana y pedir un Uber. Pero no debería.

Esto es raro. Muy *muy* raro.

Uno podría pensar que estoy demasiado devastada como para sentirme incómoda, pero, como ya he dicho, se me da genial lo de ser multitarea. Soy capaz de experimentar un pavor existencial que me cala hasta los huesos y de fantasear con meterme en un hoyo de golf por pura vergüenza a la vez. Y, peor aún, tengo mucho frío. Me cubro las manos con las mangas (todavía húmedas por las lágrimas de antes) de la rebeca que llevo. Después las deslizo entre los muslos y cierro los ojos.

Respiro hondo y lento.

Otra vez.

Otra vez.

Segundos o minutos después, escucho el sonido de la porcelana contra la madera. Parpadeo y veo el antebrazo de Jack, con los músculos marcados, el vello claro y ese tatuaje que asoma bajo la manga. Lo he visto medio desnudo y aún no sé qué se supone que es.

—Chocolate caliente —dice con dulzura, como si yo fuera un gatito asustado.

Huele rico, a azúcar, a comodidad y a calor. Veo un puñado de nubecitas flotando alegremente por encima y se me hace la boca agua.

—¿Sabes si...? —empiezo, luego sacudo la cabeza y me callo.

La comida puede ser un calvario cuando tus células pancreáticas deciden que ya no quieren jugar más. Recuerdo mi último año de secundaria, en la fiesta de cumpleaños de Chloe Sampson. Había la tarta con glaseado de crema de mantequilla más impresionante que he visto nunca. Antes de comer un trozo, los diabéticos (es decir, yo) necesitamos saber qué contiene exactamente para contrarrestarlo con la dosis adecuada de insulina. Pero, claro, ¿quién sabe lo que contiene un trozo de tarta del súper? Yo no. Tampoco la señora Sampson. Ni tampoco la página web del supermercado ni los de atención al cliente, a quienes la señora Sampson llamó mientras quince adolescentes hambrientas me miraban mal por retrasar la fiesta, y...

Bueno. El caso es que he aprendido a decir que no al azúcar de procedencia desconocida, por muy sabroso que parezca. A la gente no le gusta que les causes molestias.

—Gracias, pero no tengo sed.

—¿Necesitas el recuento de carbohidratos? —Jack pone el paquete con la información nutricional al lado de la taza—. ¿Para ajustar el bolo?

Inclino la cabeza.

—¿Acabas de usar la palabra *bolo*?

—Por supuesto. —Toma asiento frente a mí. Incluso las sillas de su casa parecen demasiado pequeñas en comparación con él.

—¿Y eso?

—Tengo una carrera. Me sé palabras. —Parece que esto le divierte.

—Tienes más que una carrera y, además, en ella te debieron enseñar palabras como *centrípeto*, *dúctil* o *profundidad óptica de Rosseland*. Los únicos que saben cosas sobre la insulina basal y los bolos son los doctores.

—Estamos de suerte, entonces.

—Los doctores *en Medicina*. Y las personas con diabetes.

Se me queda mirando un momento. Luego dice:

—Seguro que hay más gente. Familiares de personas con diabetes. Amigos. Parejas. —Su voz es profunda y necesito apartar la mirada para no fijarme en la forma en que me está observando.

Así que saco el móvil y compruebo rápidamente mis niveles de insulina mientras finjo que no siento sus ojos clavados en mí. Me levanto la camiseta para asegurarme de que la bomba no se ha desprendido mientras hacía ejercicio por primera vez esta década y... La verdad es que no recuerdo cuándo fue la última vez que hice esto delante de alguien que no fuera Cece. Quiero preguntarle a Jack si es que se informó sobre la diabetes después de enterarse de que yo la padecía, pero, posiblemente, es el pensamiento más egocéntrico que he tenido nunca.

Tengo unas cuarenta notificaciones nuevas de cinco aplicaciones distintas. Todas de Cece.

CECE: Nos vamos al Starbucks de enfrente del cine a esperar hasta que volváis.

CECE: Por favor, dime que estás bien. Sé que todo esto es una mierda, pero me tienes a mí. Superaremos esto juntas. Nos mudaremos a un sótano. Conseguiré que me contraten para más citas falsas, serás mi sugar baby.

CECE: Jack le ha enviado un mensaje a George y le ha dicho que estás bien. Ella lo considera digno de confianza, pero no sé... Parece un roble de dos metros de envergadura que se pincha esteroides. Es humano siquiera?

CECE: Elsie?



Respondo con un rápido: Estoy bien. Con Jack. Vete a casa, por favor. Cuando levanto la vista, Jack me está mirando.

Me aclaro la garganta.

—Entrevista de mala fe. ¿Qué significa eso?

Su expresión se ensombrece.

—Es cualquier entrevista en la que el resultado está, por la razón que sea, predeterminado. Como los puestos que se anuncian como vacantes cuando ya están destinados a un candidato concreto.

—¿El puesto del MIT fue creado para Georgina? —Siento una punzada en el pecho.

—Es más complicado que eso. El puesto quedó vacante cuando James Bickart, un experimentalista, se jubiló hace dos años. Tenía, creo, tres millones de años.

Me río muy a mi pesar.

—Más o menos, sí.

—Ya conoces a ese tipo de personas. Mucho *tweed*, mucha desconfianza hacia los ordenadores, muchas opiniones sobre las chicas que llevan las uñas pintadas a pesar de que eso haga que sus compañeros hombres se distraigan... Yo todavía estaba en Caltech, pero me han llegado algunas historias. El puesto debería haberse cubierto de inmediato, pero hubo problemas con el presupuesto. Entonces mis subvenciones y yo nos

mudamos aquí. —Me acerca la taza, que se había quedado olvidada. Estoy impaciente por oír más, pero bebo un sorbo para complacerlo. El calorcito que se extiende por mi estómago me da la vida—. Me ofrecí a ayudar a financiar el puesto para contratar a otro experimentalista. Y no, no fue porque sienta un profundo odio hacia los teóricos, lo creas o no. El MIT me contrató para aumentar su producción experimental. Actualmente, los experimentalistas estamos en inferioridad numérica, y estábamos cubriendo un puesto específico. Le mencioné la vacante a George y me dijo que estaba interesada en postularse. Ahora está en Harvard, y la física académica es en todas partes como un club de hombres viejunos, pero en Harvard... peor aún. Así que envió el papeleo que pedían y... Antes has dicho que conoces su trabajo. Como te puedes imaginar, todo el mundo sabía que iba a ser para ella desde un principio.

Me lo imagino muy bien. Sus experimentos para la tesis fueron un trampolín para grandes avances en la física de partículas. Georgina es pura inspiración.

—Pero entonces te presentaste tú. Y a Monica le impresionó tanto tu currículum que decidió llamarte a pesar de que el comité lo desaconsejaba. Se le dijo que no había nada que pudieras hacer durante la entrevista que te fuera a garantizar el trabajo, pero ella insistió, argumentando que George ya tenía un puesto excelente en Harvard y existía la posibilidad de que acabara rechazando la oferta. —Suspira—. Incluso aunque George no fuera una fuera de serie, tienes que entenderlo: ella y yo fuimos juntos a clase durante el doctorado. Llevamos media década más que tú en el campo. Media década de producción científica, publicaciones y subvenciones.

«Eres la candidata ideal», me dijo Monica la noche que nos conocimos, pero no lo era. Simplemente no lo era.

—¿Por qué Monica...?

—Lo intentó todo para que contratáramos a alguien de perfil teórico. Y tengo que admitir que jugó bien sus cartas al elegirte como candidata. —Se inclina hacia delante. Lo miro a los ojos con reticencia—. Elsie, estuve presente en la votación final. George ganó porque era la más cualificada, pero todos los miembros del departamento quedaron impresionados

contigo. Lo cual no me sorprende, después de ver tu charla y leer tus artículos.

—Ya, claro. —Me presiono los ojos con los dedos—. Mis artículos.

—Son excelentes. Y además...

Le miro.

—¿Además?

Se humedece los labios, como si necesitara tiempo para construir la frase que va a decir.

—A veces, cuando los leo, casi puedo oír tu voz. Notar tu personalidad.

—Sacude la cabeza, como si supiera que lo que dice es descabellado—.

Una fórmula por aquí, un giro inesperado en medio de una frase por allá...

Estoy tentada de decir: *Creía que nos habíamos puesto de acuerdo en que no tengo personalidad*, pero estoy demasiado cansada como para picarme, y Jack... ha sido todo lo amable que se puede ser. Intento sonreír.

—No te culpo por votarla a ella.

—No la voté.

Mis ojos se abren de par en par.

—Me recusé —aclara.

—¿Por qué?

Abre la boca, pero las palabras tardan un poco en salir.

—Tenía un... conflicto de intereses.

—Por George.

Se le dibuja una débil sonrisa.

—Por ti, Elsie.

No tengo ni idea de cómo interpretar eso. Así que, simplemente, no lo interpreto.

—¿Pero tú y Georgina no estáis...? —Ladea la cabeza, confuso. Dios, me va a obligar a decirlo—. Juntos. ¿No estáis juntos?

Se ríe.

—No, pero somos amigos íntimos. Y a diferencia de Dora, su mujer, le tengo suficiente miedo como para dejar que me arrastre a ver películas que doblan el continuo espacio-tiempo y parecen varias horas más largas de lo que son en realidad.

—Oh. —*Oh*—. Mientras se hacían las entrevistas, ¿ella... sabía algo sobre mí? ¿Sabía que yo era la otra candidata?

—No hasta hace unos minutos. No se me permitió decirle quién era la otra persona.

—Es que... —Me rasco la nuca, por donde el calor va subiendo poco a poco—... antes, cuando me he presentado, me ha dado la impresión de que sabía quién era.

Se queda inmóvil. Vacila durante un milisegundo y luego reanuda la conversación con esa seguridad en sí mismo que siempre lo acompaña.

—Le hablé de ti. Pero eso fue mucho antes de la entrevista. Le dije que Greg por fin salía con alguien. Y que yo lo estaba llevando regular.

—Porque desaprobabas la relación.

—Elsie. —Su tono es paciente pero firme—. Entiendo que lo que te dije te hiciera sentir incómoda, pero nunca te he mentado, y no voy a empezar ahora. —Mis ojos son presa de los suyos—. Me sentía atraído por quien no debía. Me sentía culpable y frustrado, y confié en George. —Tengo un nudo en la garganta. O quizá veinte. Posiblemente un millón. Algo que se enciende y palpita dentro de mi estómago. Quiero responder, pero no sé ni por dónde empezar. Por suerte, no tengo que hacerlo, porque Jack añade—: Greg quería reunirse contigo esta semana. Le pedí que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque tuve que decirle que no te iban a dar el puesto. No estaba seguro de poder mantener la boca cerrada y... quería ser yo quien te lo explicara todo.

Siento que mis labios sonríen.

—No se le da bien mentir, ¿verdad?

—Me sorprende que no se le escapara lo de vuestro acuerdo en la primera cita.

—Sí. —A mí también, la verdad—. ¿Cómo está?

—Bien. Está bien. El diente se le ha curado. Tuvimos una conversación sobre... él. La verdad es que no se cagó en mí tanto como podría haberlo hecho.

—Por suerte, ya me tienes a mí para eso. —*Tu chiflada de confianza. La que te grita palabrotas en medio de la calle.*

—Elsie. —Otra vez está haciendo esa cosa de sostenerme la mirada con intensidad—. No te preocupes por eso.

Claro que me preocupo por eso, y probablemente me seguiré preocupando durante mucho tiempo. Pero asiento de todos modos y me pongo de pie.

—Está bien. Yo... lo siento, otra vez. Gracias por explicármelo todo. Y por el chocolate caliente. Debería irme a casa antes de que la nieve apriete.

Se vuelve hacia una de las millones de ventanas que hay en esa estancia.

—Ya está apretando.

Tiene razón. En el exterior solo se ven ráfagas de color blanco, y mi agotamiento por el llanto y la carrera me está consumiendo entera. Quizá pueda lanzar una bomba de humo y desaparecer en el vacío cuántico.

—Pues antes de que vaya a peor.

Él también se levanta.

—Te llevo.

—¿Qué? No. Las carreteras no son seguras. Pediré un Uber. —Levanta una ceja—. Con Cece —añado mientras desbloqueo el móvil—. No hace falta ponerte en peligro si... —Me callo para revisar los mensajes.

CECE: George da por hecho que te quedas con Jack???? Sabe ella algo que yo no sepa?????

CECE: Los precios de los Uber están por las nubes. George se ha ofrecido a llevarme a casa, pero tenemos que irnos ya o no va a poder sacar su coche con tanta nieve.

CECE: Porfa enviame un mensaje para confirmarme que no está haciendo salchichas con tu intestino delgado.

Cierro los ojos con fuerza un segundo. *Todo va bien. No pasa nada.*

—Necesitas un móvil nuevo —dice Jack en voz baja mientras mira la pantalla agrietada.

Necesito un trabajo nuevo.

—Creo que voy a ir en bus al final.

—¿Crees de verdad que estarán circulando autobuses?

—Espero que sí. —Intento sonreír. Ha sido todo lo amable que se puede ser y se merece a una Elsie sonriente, no a una de bajón—. A menos que quieras que acampe en tu sofá —bromeo.

—Nah, puedes dormir en la cama —dice sin vacilar.

Cualquiera diría que lleva rato pensando en esa posibilidad.

Pero no puede ser.

—No estarás hablando en serio.

—Te cambiaré las sábanas y todo.

—Pero... ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Estas ya llevan unos días.

—Quiero decir, ¿por qué me...?

—Porque tienes frío, Elsie. —Se acerca y puedo sentir el calor de su piel —. Porque has tenido una noche dura, y algo me dice que también un mes duro. Porque no es seguro. Y porque me gusta tenerte cerca.

Probablemente debería intentar procesar todo esto, pero estoy tan tan cansada...

—¿Tienes una habitación de invitados?

—Sí, pero no hay cama y, según mi amigo Adam, mi colchón inflable es una mierda.

—¿Es ahí donde guardas los esqueletos de los teóricos?

Sonríe, pero no lo niega.

—Yo me quedo en el sofá. De todas formas, ahí es donde me quedo dormido leyendo artículos teóricos todas las noches.

Puede que sea una pullita, pero me hace gracia. Echo un vistazo al sofá, donde podrían caber perfectamente tres como él. Tiene pinta de ser más cómodo que la cama que tenía cuando era pequeña. No estoy en condiciones de negarme, pero hago un último esfuerzo.

—No quiero aprovecharme.

—Elsie.

Odio cuando dice mi nombre así. Un poco serio, divertido, molesto. Como si creyera que debería tener estas mierdas ya superadas, a pesar de que estoy hasta el cuello y a punto de ahogarme en ellas.

—Vale. De acuerdo. Gracias.

—¿Necesitas insulina? Hay una farmacia en esta misma calle.

Apparentemente, ahora hablo sobre mi suministro de medicinas con Jonathan Smith-Turner. Muy normal todo.

—Acabo de cambiar la bomba. Estoy bien así.

Asiente y... supongo que esto ya es una realidad.

Me quedo mirándole la espalda mientras lo sigo por la escalera en forma de L, como la impotente estrella de neutrones en la que me he convertido. Trato de imaginarme cómo será despertar mañana aquí. Me echaré un poco de su pasta de dientes en el dedo. Bajaré las escaleras y, como quien no quiere la cosa, comentaré lo cómoda que es su almohada ortopédica. Dejaré caer un *¡Nos vemos!* y me aventuraré a meterme en esa blancura cegadora.

Estoy en la línea temporal más rara que existe, pero el ataque de pánico tendrá que esperar hasta que tenga energía suficiente.

—El baño está aquí —dice cuando llegamos al rellano de arriba.

Rebusca en un armario con ropa de cama y enchufa una lamparita de noche. Para mí.

Se me encoge el corazón.

—Ese es mi despacho. —Abre una puerta—. Y aquí está el dormitorio.

Jack tiene un cabecero, a diferencia de otras personas más básicas (yo). Y un edredón azul, sábanas oscuras que hacen juego con la alfombra y una cama que probablemente se pueda considerar más que de dos cuerpos. Aquí caben tres personas adultas. Cabe una familia numerosa al completo. Sea como sea, apuesto a que se la han hecho a medida. Seguramente el carpintero le echó un vistazo a Jack y dijo: «Necesitaremos la madera de un pino Huon milenario para hacerle una cama a una monstruosidad como tú. Emprenderé mi marcha hacia Tasmania en mi eskuife al amanecer».

El resto de la habitación está ordenada y despejada: no hay calzoncillos sucios en el sillón de cuero junto a la ventana ni envoltorios de barritas energéticas por el suelo. La ventana ocupa toda la pared este y solo hay colgado un cuadro: una foto enmarcada del Gran Colisionador de Hadrones. Es como la cara exterior del Solenoide Compacto de Muones, una estructura mecánica y futurista.

Es precioso. Sé que Jack hizo algún trabajo para el CERN, así que tal vez se lo llevó de allí.

—Voy a cambiar las sábanas —dice pasando por mi lado en dirección a la cómoda.

Entonces me doy cuenta de que me había quedado embobada.

—Ay, no, no hace falta. No soy muy tiquismiquis, que digamos, y... —Carraspeo. De perdidos al río—. Podemos dormir los dos aquí. Quiero decir, la cama es enorme.

Lo tengo de espaldas, pero puedo ver su reacción cuando procesa mis palabras. El cajón está a medio abrir y se queda inmóvil. Sus músculos se tensan bajo la camiseta y luego se relajan poco a poco. Cuando se da la vuelta, tiene su habitual media sonrisa pintada en la cara.

—Me da la sensación de que eso es mucho para ti —contesta.

Un poco tenso quizá sí que está todavía. No hay ningún hoyuelo a la vista.

—¿Mucho para mí?

—Pasar de huir de mí a dormir en la misma cama en menos de una hora.

Me sonrojo y me miro los dedos de los pies.

—Lo siento. No era mi intención echar a correr. Solo... Y no es que esté intentando, en plan, tirarte los trastos ni nada. —Me encantaría sonar indignada, pero es que ya no doy para más.

—Creo que hemos dejado bastante claro que no *necesitas* tirarme los trastos, Elsie. ¿Quieres algo de ropa para dormir?

—Ah. —Niego con la cabeza—. Estoy bien. Llevo mallas. Pensé que, ya que iba a sufrir viendo *2001: Una odisea del espacio*, al menos podía optar por estar cómoda.

—Creía que te había encantado la película. —Le dirijo una mirada consternada. Jack se apoya en la cómoda y cruza los brazos—. Es lo que ha dicho tu amiga.

—Ah, no. O sea, ella cree que sí. Cree que me gustan las películas bohemias, pero en realidad... —*Dile la verdad.*

Creo que Jack puede leerme la mente.

—¿Sabe lo mucho que te gusta *Crepúsculo*? —pregunta con una pequeña sonrisa.

—Dios santo, no. —Suelto una risita—. En todo caso, puede que sospeche de que la disfruto de manera irónica.

—¿De manera irónica?

—Sí. Esas cosas que son tan malas que hasta te gustan y te lo pasas bien burlándote de ellas, ¿sabes?

Asiente.

—¿Es eso lo que piensas de *Crepúsculo*?

—No sé. —Me siento en el borde de la cama y agarro el suave edredón—. Creo que no. —Reflexiono—. Me gustan los romances sencillos y directos, con personajes dramáticos que hacen apuestas arriesgadas —añado, y me sorprendo un poco a mí misma. No era consciente de que pensaba eso antes de expresarlo con palabras, y siento que Jack me ha machacado hasta dar con una parte oculta de mí misma. Otra vez—. Además, me gusta imaginar que Alice y Bella acaban juntas cuando termina la película.

—Entiendo. —Como siempre, archiva todo lo que le digo. Luego saca algo que parecen unos pantalones de chándal y una camiseta de debajo de la almohada y se dirige a la puerta—. Si cambias de idea o tienes frío, busca por los cajones. Seguro que encuentras algo que ponerte.

—¿Me estás dando permiso para hurgar en tu habitación? ¿Como si no tuvieras nada que ocultar?

Levanta una ceja.

—¿Qué iba a ocultar?

—No sé. —Me encojo de hombros—. Un consolador gigante con forma de tentáculo. Viagra. Un diario con un candado rosa.

—No tendría por qué esconder nada de eso —dice el hombre más tranquilo y confiado del mundo entero—. Estaré abajo si necesitas algo, ¿vale?

La puerta se cierra con un suave clic, y aquí estoy yo.

En el dormitorio de Jack Smith-Turner.

A solas con sus almohadas, su cuadro del CERN y, probablemente, con los hígados disecados de doce teóricos. Fuera sigue cayendo un montón de nieve.

Rápidamente pongo a Cece al día sobre el circo en el que se ha convertido mi vida y luego me meto debajo de las sábanas por el lado que espero que no sea el de Jack mientras gimo de placer.

«Tengo un colchón muy firme. Excelente para el cuidado de la columna vertebral.»

Pues efectivamente, y es perfecto. Me relajo enseguida, envuelta por el edredón y un agradable aroma que no estoy dispuesta a admitir que es el de Jack. Podría quedarme aquí para siempre. Atrincherarme. No afrontar nunca las consecuencias de mis propios fracasos.

Cece contesta (Rarísimo todo... pero buenas noches, supongo??) y me doy cuenta de que tengo la batería al doce por ciento. Miro a mi alrededor en busca de un cargador, no encuentro ninguno y me fijo en la mesilla de noche. Bueno, Jack me ha dado permiso, ¿no? Abro el cajón, mentalizándome para encontrar... no sé. Anillos para el pene. Pulgares. Una copia de *La rebelión de Atlas*. Pero el interior es sorprendentemente mundano: pañuelos, bolígrafos, llaves, una linterna con unas cuantas pilas, monedas y un trozo de papel que no puedo resistirme a coger.

Es una foto. Una polaroid. Está borrosa, pero se aprecia un tablero de Go y un puñado de personas a su alrededor. Solo una cara está completamente enfocada. Una chica de pelo castaño y facciones simétricas que frunce el ceño ante la cámara y que...

Yo. Soy yo.

Esta foto me la tomaron en la fiesta de cumpleaños de Millicent Smith. Fue una partida que acabó en empate; Izzy le gritó a la gente que sonriera; todos los Smith se giraron hacia ella...

Excepto el más alto. Que siguió mirándome a mí, solo a mí, con una leve sonrisa en los labios.

—Oh —digo en voz baja. A quién, no lo sé.

Me recuesto sobre la almohada y me quedo mirando la foto. Poco después me quedo dormida, con las luces aún encendidas, mientras contemplo el hecho de que mi ceño fruncido reside en la mesilla de Jack, y no sueño con nada.

Cuando me despierto, el reloj marca las 3:46 de la madrugada, y el primer pensamiento que me viene a la mente es que no he conseguido el trabajo.

He fallado.

Ha pasado.

El peor de los escenarios se ha hecho realidad.

En mi cabeza, la escena en la que lo descubro gracias a George se repite en bucle durante varios minutos; cada vez se añade un nuevo detalle humillante.

Salí corriendo en medio de una conversación, como una cría.

Dejé a mi mejor amiga sola en medio de una tormenta de nieve.

Dije cosas terribles e injustas.

No es que tome la decisión de ir al piso de abajo, pero, una vez allí, sé que es donde tengo que estar. Las lámparas están apagadas y la nieve sigue cayendo, pero entra suficiente luz de la calle para distinguir las siluetas de la estancia. Como la de Jack, que está tumbado de espaldas en el sofá, con una fina manta cubriéndole las piernas. Tiene los ojos cerrados, pero no está dormido. No sé cómo, pero lo sé. Y él sabe que lo sé, porque cuando me acerco no se mueve, no abre los ojos, pero pregunta:

—¿Necesitas algo? —Su voz es áspera, como si en algún momento sí que hubiera dormido.

—No —miento. Y él, por supuesto, lo sabe. Lo sabe *todo*.

—¿Quieres que te suba un poco de agua?

—No. Es que... —Estoy despierta, pero no del todo. Porque me arrodillo junto al sofá, con la cabeza a escasos centímetros de la suya, y pregunto—: ¿Puedo... puedo decirte algo?

Por fin abre los ojos. Me mira, y mi pelo casi seguro está hecho un desastre, probablemente toda yo esté hecha un desastre, pero necesito decírselo

—No quise... Lo que dije de que George haya conseguido el trabajo por ser tu novia. O amiga. O por alguna extraña conspiración política... Fue injusto por mi parte. Despreciable. Y no lo creo de verdad. Y fue horrible decir que...

—Elsie. —Su tono es firme y grave—. Eh, no pasa nada. Ya te disculpaste ayer.

No lo entiende.

—Lo sé, pero de todo lo que pasó ayer, me parece que eso es lo peor. Y hay muchas cosas que no puedo controlar: que mi carrera se hunda, el hecho de no tener seguro médico, no poder pagar el alquiler... Pero sí que puedo controlar la forma en que reacciono. Así que siento mucho lo que dije. Sobre George. Y sobre ti. Y... la gente hace eso mismo conmigo cada dos por tres. En el último año de mi doctorado, me dieron un premio absurdo. Cuando entré en la sala de estudiantes al día siguiente, unos cuantos estaban diciendo que solo me lo habían dado porque era una mujer, y... aquello me hizo sentir como una mierda. Y no es que creyera que tenían razón, pero, por un segundo, dudé. Por un segundo, me hicieron dudar de mí misma, y... yo no quiero ser como *ellos*. No quiero ser...

—Eh. —Jack se mueve y luego hace algo que no entiendo muy bien. Me...

Oh.

No sé ni cómo, me levanta. Y no sé ni cómo, de repente estoy en el sofá. *Tumbada* en el sofá. A su lado. Mi cabeza se acurruca bajo su barbilla, sus brazos rodean los míos, nuestras piernas se entrelazan. Abro la boca para decir algo tipo *¿Pero qué coño?* o *¡Por Dios!* o *!?!??*, pero no sale nada.

En vez de eso, me acurruco aún más.

—Menudos gilipollas —dice.

Sigo dormida. Esto es un sueño. Una pesadilla. Una mezcla.

—¿Quiénes?

—La gente a la que no le pareció bien que ganaras el premio *Forbes*. —*¿Cómo sabe que ese es el premio al que me refería?*—. Deberías denunciarlos.

—¿Por qué? —pregunto contra su cuello. Está caliente y huele bien. A sueño. A limpio. Como si fuera un hombre capaz de arreglar el fregadero, salvar gatitos atrapados en un árbol o apagar un incendio—. ¿Por ser gilipollas?

—Sí. Aunque los de RRHH lo llamarían discriminación por razón de sexo y creación de un ambiente de trabajo hostil.

—No es tan sencillo —murmuro.

—Debería serlo. —Su barbilla me roza el pelo cada vez que habla, y recuerdo lo que pasó cuando le conté lo sucedido al Dr. L. Se compadeció de mí, pero también dijo que sería mejor que olvidara lo sucedido y centrara mis energías en la física.

—¿Qué harías *tú* si tus alumnos dijeran algo así? —pregunto.

—Me aseguraría de que jamás pudieran desarrollar su carrera profesional en el sector de la física.

Las palabras vibran desde su piel hasta la mía, y sé que habla en serio. No tengo ninguna duda. Y ahí es cuando empiezo a llorar de nuevo, como si fuera una patética fuente de Versalles, y cuando su abrazo se hace más fuerte, sus piernas se enredan aún más con las mías, sus dedos se posan en mi nuca y me aprietan más contra él, protegiéndome del frío y de todo lo malo.

—Es que... —digo entre sollozos— es que tenía *muchas* ganas de poder terminar mi teoría molecular sobre los cristales líquidos bidimensionales.

—Lo sé. —Sus labios están en contacto directo con mi pelo. Quizá sea a propósito—. Encontraremos una manera.

No estamos juntos en esto, pienso. Y Jack dice:

—No, todavía no. —Le sigue un pequeño suspiro que levanta su enorme pecho—. Todo va a ir bien, Elsie. Te lo prometo.

No puede. Prometérmelo, me refiero. No hay fuentes fiables, ni cantidades conocidas. Estamos en un mar de incertidumbre.

—Puede que este rechazo sea el origen de mi historia como villana.

Suelta una risita.

—No, qué va.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque este no es un momento decisivo en el arco de tu personaje, Elsie. Más bien es un... bache.

Me río entre lágrimas contra su nuez de Adán. Tengo que volver arriba. Nunca he dormido con nadie, ni siquiera me lo he planteado. No controlo lo que hago por la noche. ¿Y si me muevo demasiado o ronco u ocupo demasiado espacio? Nadie quiere a una Elsie que acapara todo el edredón. Pero con Jack no tengo nada que perder, ¿no? Esa línea ya la hemos cruzado.

—No puedo creer que te haya despertado a las cuatro de la madrugada y no me hayas matado.

—¿Por qué iba a matarte?

—Porque sí. Es tarde.

—No. En parte hasta me gusta. —Bosteza contra mi coronilla.

—Pues te lo vas a pasar genial cuando seas mayor y tengas que levantarte por la noche para ir a mear cada dos por tres.

—No es por eso. —Creo que está a punto de quedarse como un tronco—. Esto... encaja a la perfección con un montón de fantasías raras que tengo protagonizadas por ti.

Recuerdo la foto en su mesilla de noche. Su cara de sinceridad en casa de Greg. Estoy respirando el mismo aire que Jack Smith, pero no me siento asustada ni insegura.

Solo reconfortada, en realidad. Calentita y con ganas de dormir.

—¿Esas fantasías incluyen consoladores gigantes con forma de tentáculo? —Yo también bostezo. No creo que aguante mucho.

—Por supuesto. —Noto que lo dice con una sonrisa irónica—. Y otras cosas mucho más extravagantes.

—¿Juegucitos en los que yo hago de tu nodriza?

—Más.

—Ah, ya, movidas de furros, ¿verdad?

—Más quisieras tú.

—Tienes que decírmelo, si no mi mente se imagina cuerpos desmembrados y necrofilia.

—En mis extrañas fantasías, Elsie... —Me mueve hasta que nuestras curvas y ángulos encajan a la perfección—. En mis fantasías, me permites ocuparme de ti. —Siento sus labios en mi sien—. Y los días que me dejo llevar de verdad, también imagino que me dejas cuidarte.

Sí que suena extravagante.

—¿Por qué?

—Porque, en mi cabeza, nadie lo ha hecho nunca.

Me duermo acurrucada en la curva del cuello de Jack, preguntándome si tendrá razón.

OceanofPDF.com



15

TRANSFERENCIA DE CALOR

No hay cortinas, y soy yo quien se despierta primero.

La luz de la mañana es de un blanco cegador. Siento como si un millón de ratas topo me estuvieran royendo los globos oculares. A juzgar por la respiración lenta y acompasada que noto en la nuca, Jack ya está acostumbrado.

Me siento descansada. Abrigada y reconfortada. En algún momento de la noche debo haberme dado la vuelta en sus brazos, porque tengo la espalda contra su pecho. Tiene la mano metida por debajo de mi camiseta, plana contra el vientre, con los dedos rozándome la bomba, pero no en plan sexual ni de una forma que me haga sentir incómoda. Solo para mantenerme cerca y que quepamos los dos debajo de la fina manta. Debería sentirme como si me estuviera acurrucando con una piraña, pero por algún motivo estoy a gusto y...

Vale, igual un poco sexual sí que es, porque noto algo *muy* duro y muy *muy* grande contra mi culo.

Creo que Jack necesita ir a hacer pis. ¿Verdad que los hombres se empalman por la mañana porque necesitan ir al baño? Es una erección causada por el pis. Una *erecpisión*. Sip.

Aun así, debería irme.

Intento escabullirme de entre los enormes bíceps de Jack, pero él se resiste en sueños. Se me acelera el corazón cuando murmura algo contra mi nuca y me agarra por la cadera. Noto esa *cosa* dura contra mí, tratando de hacerse un hueco más allá de los cachetes de mi culo, y suelto un jadeo.

—Hueles tan bien... —me gruñe contra la piel, y, de repente, noto un calor, una sensación de vergüenza y algo más, algo nuevo, palpitante y desconocido.

Me retuerzo ante esa sensación. Dios mío. ¿Estoy *cachonda*? A duras penas está despierto, y apuesto a que se cree que soy su novia o la última tía con la que se ha acostado, y yo aquí, cachonda perdida y...

—Elsie —por cómo lo dice, casi parece un gruñido.

Me rodea la cintura con el brazo y luego se relaja de repente.

Sigue profundamente dormido. Y esta vez, cuando intento apartarme, me suelta. Corro escaleras arriba, roja como un tomate, y él vuelve a respirar acompasado.

No pasa nada. No pasa absolutamente nada. Me da un poco de cosa haber pensado lo que he pensado, teniendo en cuenta que estaba dormido. En el baño, me cepillo los dientes (sip, con el dedo), me lavo la cara y le repito a Cece que no se preocupe, que no he sido víctima del tráfico sexual.

Mi bandeja de entrada está repleta de correos electrónicos. Lo más destacado:

De: melaniesmom@gmail.com

Asunto: Melanie

Melanie es buena persona y no quería copiar esa redacción de internet, me lo ha dicho ella misma, y yo la creo porque la he criado y en mi casa no toleramos las mentiras. Le tendieron una trampa (su compañera de piso la tiene tomada con ella desde que ocurrió el incidente con la copa menstrual). Por favor, deje que mi hija vuelva a presentar el trabajo.

La madre de Melanie

Suspiro (dos veces) y me pongo a rebuscar en los cajones de Jack. Encontrar algún tratamiento contra la calvicie, medicamentos antimicóticos o desodorante de farmacia para olores fuertes le daría un toque más humano, pero solo hay pasta de dientes (de gaulteria, qué asco) y jabón. Así que me siento en el borde de la bañera y me paso no sé cuánto tiempo pensando en cómo hacerle saber al Dr. L. que he fracasado.

Le he fallado.

Para cuando me arrastro escaleras abajo, Jack va por la cocina, con el teléfono entre el hombro y la oreja, riendo y diciendo:

—... ya que te quedas tres días, podemos...

Se da la vuelta. Cuando me ve al pie de la escalera, se le borra la sonrisa. Sí, todavía llevo puesta la camiseta de la Northeastern con la que he dormido, y sí, mis manos están cubiertas por las mangas de la rebeca que llevo encima, y no, no puedo evitar poner un pie encima del otro.

¿No seré yo el máximo exponente de la sexualidad?

—Te tengo que colgar, nos vemos la semana que viene. —Deja el teléfono y pone una taza de café en la isla de la cocina. Para mí, supongo. Lo que significa que no tengo más remedio que ir hasta allí y sentarme en un taburete.

Tiene unas pintas un poco desaliñadas. Lleva la parte de atrás del pelo hacia arriba, la barba más larga que anoche, los hombros y los brazos rellenan la camiseta desgastada, pero sigue teniendo ese aire. Ese aire de estar pasándose bien. De tener seguridad en sí mismo. De despreocupación. Espero a que mencione que hemos dormido juntos. *Hemos. Dormido. Juntos.* Pero no parece tener ganas de sacarme los colores con ese tema.

—Hola —me saluda.

La *erecpisión* (voy a tener que registrarlo como marca) ha desaparecido. O eso creo. Lo cierto es que desde ahí no lo veo. Probablemente ha ido al baño de abajo y...

No te vayas por las ramas, Elsie. Concéntrate.

—Hola —contesto.

Doy un sorbo al café. Está asqueroso, como siempre. Dejo la taza, abro la boca para volver a disculparme por lo de anoche, por cómo está el

mundo, por el cúmulo de átomos que forma mi propia existencia, pero entonces dice:

—¿Te preparo el desayuno?

—Ah. —Niego con la cabeza mientras me ruge el estómago—. Estoy bien así, no tengo...

—¿Puedo, por favor, verte comer algo? —Pam, hoyuelo—. Sería bueno para mi salud mental.

Me tomaré este día como lo que es: yo marinándome en un charco de vergüenza.

—Si tienes una tostada por ahí ya me vale. Gracias.

Asiente, mete una rebanada de pan integral en la tostadora y me hace una pregunta muy extraña.

—¿Por qué no eres investigadora a tiempo completo?

Parpadeo.

—¿Cómo?

—Hiciste el doctorado y luego pasaste directamente a ser profesora adjunta. La mayoría de la gente, después de doctorarse, intenta buscarse un puesto de investigación a tiempo completo, sobre todo si no les apasiona la docencia.

Después de haberme pasado años oyendo al Dr. L. hablar de Jack, me resulta surrealista que él mencione al Dr. L., aunque sea de manera indirecta.

—Lo pensé, pero no había ninguno disponible por aquí. A los teóricos no es que les lluevan las subvenciones, precisamente...

—¿Y has mirado en otros sitios? ¿O quieres quedarte por Boston?

—Sí. Bueno, no *quiero*, pero debería. Por mi familia.

—¿Estáis muy unidos? ¿O es que tienen problemas de salud?

—No. Y no. Lo que pasa es que mi madre y mis hermanos son... —Un desastre. Un total y absoluto desastre. Como yo—. No puedo irme.

Asiente, como si no lo entendiera del todo; como si lo entendiera demasiado.

—Eres consciente de que tus habilidades serían de interés para más gente aparte de los teóricos, ¿verdad? Tu trabajo es muy traslacional. Hay físicos experimentales que se pelearían por tenerte en su equipo.

Pero no fue así. El Dr. L. preguntó por ahí y no es que alguien tuviera intención de pelearse por mí. Nadie llegó siquiera a dar pie a una discusión educada.

—¿Como quién?

Sostiene mi mirada durante demasiado tiempo, y...

—No. —Niego con la cabeza—. No.

Sus labios se curvan.

—Tengo los fondos.

—No.

—Y la necesidad.

—No.

Ahora ya tiene una sonrisa completa. Como si yo fuera su centro de entretenimiento personal, divirtiéndole en 4K y con sonido envolvente.

—Podríamos negociar el salario.

—No. Nop. No. No voy a trabajar para ti.

—¿Por qué?

—No pienso corregirte los exámenes y llevarte el café.

—Tengo tres profesores adjuntos. —Mira fijamente mi taza llena—. Y estaré encantado de encargarme *yo* de *tu* café... Ni siquiera te gusta el café, ¿verdad?

Me rebullo en el taburete.

—Me...

—Ay, Elsie. —Sacude la cabeza fingiendo decepción y se lleva la taza—. Creía que no te daba miedo herir mis sentimientos.

—Fuiste muy amable conmigo anoche, y... —Me aclaro la garganta—. De todos modos, no puedo trabajar para ti.

—¿Por qué?

—Porque eres Jonathan Smith-Turner y casi destruyes todo mi campo. —*Y el Dr. L. me mataría.* No lo digo en voz alta, pero eso no quita que me siga sintiendo culpable por estar a punto de, literalmente, compartir el pan con el archienemigo de mi mentor.

—Está bien. —Se encoge de hombros y me pone delante un vaso de agua y una tostada—. Resulta decepcionante, pero me deja vía libre para preguntar otra cosa.

—¿Preguntar qué?

—¿Puedo invitarte?

No proceso las palabras de inmediato. Durante unos segundos rondan por mi cerebro como un tronco a la deriva, sin rumbo, imposible de recuperar, y entonces me doy cuenta de lo que significan.

—¿Te refieres a invitarme... a que me vaya?

Hace una mueca.

—Por enésima vez, ¿quién te ha hecho tanto daño, Elsie?

—Has sido tú el que ha preguntado si podía invitarme...

—A cenar.

—Ah. —Me sonrojo—. Ah. —Me rasco un lado de la nariz—. Emm...

Jack levanta una ceja.

—Pareces estar más cómoda con la idea de que quiera que te vayas a que quiera tener una cita contigo.

—No. Sí. Quiero decir, es que... ¿Por qué?

—He de decir que empiezan a preocuparme tus habilidades de comprensión lingüística. —La comisura de su boca se curva y yo ya no puedo soportarlo más.

—Para —le ordeno.

—¿Que pare... de hacer qué?

—¡De pasártelo tan bien a mi costa! No entiendo por qué querías... No hemos hecho más que discutir desde el día que nos conocimos. —Me tapo los ojos con ambas manos—. ¿Por qué de repente eres tan amable? Me das cobijo, me ofreces trabajo... No lo entiendo. ¿Es porque tienes algún fetiche raro? Hay gente a quien le excita el sexo axilar. ¿A ti te gusta meterte conmigo y...?

—Mírame, Elsie. —Su voz hace que vuelva en mí. Jack ha rodeado la isla y está apoyado en ella, a mi lado. El dorso de su dedo golpea suavemente mi mano y me devuelve a la Tierra. Es como decirme *Cállate, ¿quieres?* en silencio—. ¿Has salido ya del bucle?

—No estoy en un bucle —miento—. Jack, créeme. No quieres pasar tiempo conmigo.

Asiente, pensativo.

—¿Qué más no quiero?

—Lo digo en serio. Para empezar, técnicamente sigo siendo la *falsanovia* de tu hermano.

—Desconocía el concepto. Tiene su aquel.

—Y odias lo de que cambie de personalidad.

—Eso no será un problema. —Le brillan los ojos—. También disfruto llamándote la atención cuando haces el tonto.

Mis mejillas se encienden.

—No tenemos *nada* en común. ¿De qué íbamos a hablar?

—Podríamos estar tranquilamente dos semanas hablando solo de cristales líquidos. O podrías hablarme de *Crepúsculo*. O de tu fase de leer fanfics eróticos sobre Bill Nye. Saber más sobre tu monólogo interior también estaría bien. Me encantaría saber lo que piensas.

—Pienso mucho en lo mucho que te odio —digo sin mucha convicción.

—Yo también pienso mucho en lo mucho que me odias. —Su sonrisa es pura ternura—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste a alguien en tu vida con quien pudieras ser completamente sincera, Elsie?

Si me estuviera haciendo esa pregunta cualquier otra persona, me parecería que está siendo paternalista, pero, como es él, siento que es de verdad.

—La...

Quizá con mis padres, cuando era muy pequeña. Pero no recuerdo ni un solo momento en las dos últimas décadas en el que mi comportamiento no dependiera del contexto, en el que no sintiera la necesidad de cortarme en pedacitos y servir en bandeja de plata el que creía que los demás querían ver. Ha habido gente con quien ha sido más fácil, como Cece. Gente que ha conocido casi todas las partes de mí, como Cece. Incluso gente que ha sido capaz de detectar esa necesidad que tengo de complacer a los demás y me ha animado a dejar de hacerlo, como Cece.

Vale: ha estado Cece. Y estoy agradecida. Pero, incluso con ella, nunca he sido del todo sincera. Siempre he tenido miedo de que la honestidad acabara rompiendo nuestra amistad.

—Hace ya un tiempo —le respondo.

Pero eso Jack ya lo sabía.

—Entonces va siendo hora de recuperar ese tiempo.

Todo esto me resulta... aterrador.

—No —digo con firmeza, negando con la cabeza—. Gracias por la oferta, pero no me interesa.

La decepción le ensombrece los ojos, pero apenas puedo asimilarlo antes de que suene un teléfono.

—Joder —murmura. Pero aparta la mirada, lo coge y, tras un largo suspiro, dice—: Tengo que irme. —Coge un jersey del sofá—. Vámonos. Te llevaré a casa primero.

Me pongo en pie.

—Puedo ir en autobús. Ya no hay tormenta, así que...

—Elsie. —Me pone la mano contra la espalda y me empuja suavemente hacia la entrada.

—No, en serio. Ya has hecho mucho por mí... —Coge un gorro negro suave y con pinta de ser calentito y me lo pone en la cabeza. No es mío, pero me resulta muy cómodo. Y, al parecer, no estoy lo bastante despierta como para insistir en que no necesito que me lleven y abrocharme el abrigo al mismo tiempo—. No pasa nada, incluso puedo pedir un Uber y...

Se da cuenta de que me tiemblan las manos y las aparta con delicadeza para abrocharme él mismo.

—Elsie, no pasa nada. Lo entiendo. No quieres que te invite a cenar. —Llega al botón más alto. Sus nudillos me rozan la barbilla—. Al menos déjame llevarte a casa.

Jack conduce con confianza, relajado incluso cuando el tiempo no acompaña, con las carreteras no del todo despejadas y otros coches deslizándose de aquí para allá. Me hundo en el asiento con calefacción incorporada que ha encendido especialmente para mí y recuerdo la vez que di un volantazo para esquivar a una ardilla y casi provoqué un accidente múltiple.

La ardilla resultó ser una bolsa de papel, pero bueno. Se me dan bien otras cosas. Supongo.

—Puedes cogerlo si quieres —digo señalando el móvil de Jack.

Lleva un buen rato vibrando sin parar en el posavasos; una música tecno algo extraña para tenerla de fondo mientras escuchamos las noticias internacionales en la radio.

—No me están llamando —dice mirando al frente.

Más vibración.

—¿Estás seguro?

—Sí. Solo es un bombardeo incesante de mensajes.

—Ah. Parece... urgente.

—No lo es. No bajo ninguna definición sana de la palabra. —Suspira, inusualmente derrotado—. ¿Te importa si paro en un sitio antes de llevarte a casa? Está de camino y solo me llevará un minuto.

—Claro, no me importa.

Me arrepiento de mi respuesta en cuanto se detiene en un camino de entrada inquietantemente familiar.

—Esto es... ¿No es esta la...?

Jack apaga el motor.

—Por desgracia, sí.

—Pero... —¿Ha sido buena idea traerme aquí, teniendo en cuenta... literalmente todo?—. ¿Quieres que... me esconda en el maletero o algo?

—Estamos a diez grados. El coche se enfriará en nada.

—¿Mejor en los arbustos?

Me mira como si fuera a montar una intervención para abordar mi falta de comprensión de la segunda ley de la termodinámica.

—Venga. Solo será un minuto.

Fuera parece que estamos en Hoth y mi culo llora la pérdida del calorcito que desprendía el asiento. Estoy considerando la posibilidad de levantar un monumento conmemorativo en su honor cuando la puerta principal se abre ante la gloria cruel, amenazadora y despiadada de la Smith más aterradora de todas.

Millicent.

—Bueno, bueno, bueno —recita cruzada de brazos. Lleva unos pantalones negros sencillos y una rebeca, pero, incluso con ese atuendo informal, tiene un aire a matriarca muy intenso. No me la imagino habiendo

sido otra cosa que nonagenaria y rica en toda su vida—. Mira quién resulta que no estaba muerto.

—Has de saber —dice Jack a mi lado, en ese tono que tiene siempre de diversión— que me arrepiento de muchas cosas en la vida.

—No lo dudo.

—Pero enseñarte a enviar mensajes se lleva el podio.

Millicent agita la mano.

—Cuando tenías tres años, tuve que llevarte a urgencias porque te metiste una cera de color lila por el culo. *Ese* debería ser tu mayor remordimiento.

Jack me hace pasar al vestíbulo con un suave empujón desde la parte baja de la espalda, como si tener contacto físico conmigo fuera ya nuestro pan de cada día.

—Te lo has tomado con mucha calma, teniendo en cuenta el dinero que podrías heredar cuando me muera. —Millicent inclina la mejilla para que Jack le dé un beso. Él se niega y, en su lugar, la envuelve en un abrazo de oso que ella finge no disfrutar, pero que claramente adora.

—Ya te lo dije —le contesta él—, por mí como si te lo quieres llevar a la tumba.

—Me van a incinerar.

—He oído que el papel prende muy bien.

Ella se ríe.

—Sigue por ese camino y le dejaré toda mi fortuna a Comcast. —Se da la vuelta y empieza a andar por el reluciente pasillo.

Jack la sigue, imperturbable. No sé cómo lo hace, pero consigue que no parezca que está fuera de lugar a pesar de ser una montaña de músculos metidos en una sudadera de Caltech. Tras pensarlo un momento, decido seguirle.

Mejor no quedarme sola. No querría ser acusada de robar un cenicero.

Entramos en la misma cocina donde Jack me pilló mintiendo sobre el vino hace dos semanas. Lo veo dirigirse a un armario, sostenerle la mirada a Millicent mientras lo abre, sacar una bolsa de azúcar, dejarla sobre la mesa, cruzarse de brazos y preguntar:

—¿Era esta tu emergencia de vida o muerte?

Millicent sonríe.

—Pues sí. Qué quieres que te diga, no llegaba, y odio beber café si está amargo.

Echo un vistazo al armario. Ni siquiera está alto.

—Me alegro de haber podido acudir en tu ayuda para tratar un asunto tan urgente —dice Jack mientras asiente con cortesía.

Le da un beso rápido en la mejilla a su abuela y se dirige hacia la puerta. La mano que me pasa por detrás de la espalda en seguida encuentra su sitio y me empuja suavemente para salir de la cocina. Está claro que su intención es marcharse, pero entonces...

—Bueno, pero, ya que estás aquí, podrías quedarte a tomar un café.

Jack baja los brazos y se da la vuelta.

—Millicent —dice serio pero de buen humor. Debe ser cosa de ricos eso de llamar a las abuelas por su nombre—. Como te dije la semana pasada, y las anteriores, no necesitas *engañarme* para que pase tiempo contigo.

—Ay, Jack. Si no fuera porque nos conocemos...

—¿Cuándo fue la última vez que me pediste que viniera y no lo hice?

—Hace tres años. En mi cumpleaños. Podría haber sido el último.

—¿Pero lo fue?

—A toro pasado... —dice mientras mira al infinito—. Y yo espera que espera, a ver si aparecía el único nieto al que soporto...

—Vivía en la otra punta del país.

—... pero, ay, ahí me quedé, esperando. Me abandonaste. Te mudaste a la costa oeste en busca de algo inalcanzable. ¿Un Premio Nobel, era?

—Te llamé *todos los días* durante siete años.

—A todo esto, ¿cómo llevas lo del Premio Nobel?

Jack suspira.

—No hace falta engañarme —repite, y esta vez ella le sonríe, pícara y traviesa, y recuerdo que siempre ha sido mi miembro favorito de la familia de Greg.

—Pero es más divertido así.

Sospecho que esta es una interacción que han tenido ya varias veces. Sospecho que Jack está luchando contra las ganas de sonreír.

—Tengo que llevar a Elsie a su casa. Luego vuelvo y...

—¿Elsie? —Millicent se gira, como si no se hubiera dado cuenta de que estoy ahí—. Elsie. —Da un paso hacia mí y dejo de respirar, tratando de pasar desapercibida. ¿Quién necesita oxígeno? A partir de ahora me limitaré a hacer la fotosíntesis—. ¿Por qué me resulta tan familiar *Elsie*? —Trago saliva. Cómicamente—. Ah, sí. Le ganaste una partida de Go a Jack.

—Bueno... empatamos, en realidad. —Miro a Jack, que sonríe como si mi malestar le pusiera de buen humor.

—Cierto. —Los ojos de Millicent se centran en mí y me pregunto qué debería decir si quisiera saber por qué estoy aquí. ¿Cuál es mi coartada?—. No tienes muy buena cara.

—Ah, es que...

—La noche de ayer fue dura —dice Jack con tacto—. Déjala estar.

Millicent asiente con complicidad.

—Ay, querida, siempre que no se les levanta se quedan ahí sentados al borde del colchón con la cabeza entre las manos, lloriqueando como bebés, y hacen que parezca que el problema lo tenemos *nosotras*, pero...

Ahogo un grito.

—Ay, no. No, no, eso no es lo que...

—Acaba de enterarse de que no ha conseguido un trabajo —explica Jack como si nada—. Pero gracias por el voto de confianza.

—Si tú lo dices. —Millicent parece poco convencida. Entonces sus ojos se iluminan por el destello del recuerdo—. Espera. No es *tuya*, ¿verdad? Es la novia del que siempre parece que acabe de zamparse una manzana a toda prisa encima de un cubo de basura.

Jack pone los ojos en blanco.

—¿Te refieres a Greg? ¿A mi hermano? ¿A tu nieto?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Tengo cuatro hijos y siete nietos. ¿Cuántos nombres esperas que me aprenda?

—Once sería un buen número para empezar.

—Bah. —Sus ojos se clavan en mí, penetrantes—. La cuestión es que es la suya.

—En realidad, no —dice Jack—. Es una larga historia.

—Perfecto. Puedes contármela mientras nos tomamos un café. ¿Dos de azúcar como siempre, Jack?

—Sip. —Se vuelve a dar la vuelta para marcharse—. Me lo tomo cuando vuelva de llevar a Elsie.

—Tonterías. Elsie también tiene que quedarse. No puedo dejar que se vaya sin más.

—Y tanto que puedes. Tengo entendido que el secuestro es un delito grave.

—Shh.

—La llevo a casa y...

—No pasa nada —interrumpo. Los dos me miran, asombrados al descubrir que tengo la capacidad de hablar—. No me importa quedarme.

—¿Ves? ¡No le importa!

Millicent da una palmada y deja de fingir el menor atisbo de impotencia sacando tres tazas de un armario que está mucho más arriba que el del azúcar. Sin embargo, Jack no las tiene todas consigo. Da un paso hacia mí y estudia mi cara en busca de una pista que le indique que esa no es más que otra de mis mentiras.

—De verdad —digo solo para los oídos de Jack—, no pasa nada.

—¿Nada? ¿Tienes en cuenta que vas a pasar tiempo no remunerado con dos Smith?

Quedarme cumple con mi objetivo de optar por el mal menor, porque me permite posponer el tener que informar al Dr. L. de lo sucedido e incluso tener que afrontar las consecuencias. Mientras esté aquí, el tiempo se para. El pasado está escrito: no me han dado el trabajo. Sin embargo, cualquier futuro es posible: que Alexandria Ocasio-Cortez ascienda al poder y me condone el préstamo estudiantil, que mi páncreas produzca su propia insulina o que me vaya al campo y viva de la tierra y me pase los días pensando en la cinemática de los sistemas ricos en cristales.

Y Jack lo sabe, porque su detector de mentiras funciona a las mil maravillas: ve que realmente quiero quedarme y me ofrece una silla. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos uno enfrente del otro. Me entretengo mirando lo que hay a mi alrededor para hacer como que no me doy cuenta de que él me está mirando fijamente todo el rato, como si yo fuera la clave para entender la aceleración en caída libre de la antimateria. Millicent ha abierto una elegante caja llena de elegantes galletas que va poniendo en un

elegante plato. Busco en el envoltorio los valores nutricionales, pero no encuentro nada.

—Entonces —suelta queriendo sacar conversación—, ¿cuánto tiempo decís que lleváis liados?

Casi me ahogo con mi propia saliva. Jack se sirve el café con calma, imperturbable.

—No lo estamos —contesta.

—¿No estáis qué?

—Liados.

Millicent nos mira a ambos.

—¿Ni un poquito siquiera?

—No.

—¿Estás seguro?

—Creo que si lo estuviéramos lo sabría. —Jack se echa azúcar en la taza y yo quiero lanzarme de cabeza a un volcán en activo.

—Eso espero. En fin. —Se encoge de hombros de forma algo teatral—. Supongo que es lo mejor. Siempre has sido muy protector con tu hermano. No sería propio de ti intentar seducir a su novia.

—¿Qué tal si intentamos no usar la palabra *seducir* antes de las once de la mañana? —Jack se levanta y empieza a andar por la cocina—. Y hablemos de otra cosa, que Elsie está teniendo un episodio de anoxia.

Definitivamente sí. Mis órganos están a punto de colapsar.

—¿De qué otra cosa vamos a hablar? No soy más que una pobre anciana. Nunca me pasa nada. Ah, sí: el perro de los vecinos ha vuelto a defecar en mi césped. Estoy barajando la posibilidad de contratar a alguien para que vaya a defecar en el suyo. ¿Os interesaría a alguno de vosotros?

—Estoy un poco ocupado —dice Jack. Un segundo después, una taza humeante aparece frente a mí. Noto que lo tengo detrás. Posa una mano junto a la mía, sobre la mesa, y con la otra juguetea con algo de papel. Coloca una bolsita de té en el agua caliente y siento cómo su pecho me roza la espalda y el pelo mientras dice—: Pero tengo entendido que Elsie está buscando trabajo.

Me giro para fulminarlo con la mirada, pero ya ha vuelto a su asiento. Millicent, en cambio, me mira expectante.

—Lo... lo siento. No puedo, y... —¿*Probablemente sea ilegal?*—. Lo siento.

—Es la segunda oferta de trabajo que rechaza en lo que llevamos de mañana —murmura Jack.

—Mmm... Es selectiva, ya veo. No importa, se lo pediré a mis otros nietos. Quizá, si insinuó claramente que su herencia depende de ello, acepten.

—Vas de *pobre anciana* cuando en realidad te acercas más a *vieja amargada* —dice Jack con cariño.

—Puede ser. ¿A qué viene lo del té? —le pregunta a Jack.

—A Elsie no le gusta el café.

—Ah. —Ese *ah* va cargado de significado—. Podrías haberlo dicho, Elsie.

—No, qué va —contesta Jack mientras me sostiene la mirada por encima de su taza. El hoyuelo reaparece y hace que mi corazón tartamudee. El ambiente huele a Earl Grey, mermelada de frambuesa y domingo por la mañana—. Pero estamos trabajando en ello.

Mi móvil está muerto desde hace rato, no hay relojes en la cocina y no tengo ni idea de cuánto tiempo pasamos sentados en esa mesa. A veces participo en la conversación, pero ni Millicent ni Jack me preguntan gran cosa, y es agradable estar en esa especie de limbo entre los Smith. Me concentro en la forma en que él y su abuela interactúan. Es una combinación entre bromas y un amor mutuo profundo y absoluto. Creo que nunca antes había estado en una habitación tan llena de sinceridad, pues estoy segura de que no se ha dicho ni una sola mentira desde que llegué a esta casa. Es fascinante, pero eso no quita que se me revuelvan las tripas. Como cuando te montas en una montaña rusa o comes queso azul.

Al parecer, Jack y Millicent pasan un rato juntos todos los fines de semana, preferentemente iniciado mediante una emboscada.

—La «emergencia de vida o muerte» de la semana pasada fue que necesitaba que le explicaran qué era el Bitcoin —dice muy serio. Es obvio que en realidad no le importa.

—Yo tampoco entiendo muy bien cómo funciona eso del Bitcoin —digo tras un largo sorbo de té.

Es la tercera bebida calentita que Jack me prepara en doce horas. No estoy muy segura de cómo he llegado a este punto.

—¿Ves? —Millicent sonríe triunfante—. La seudonovia de Greg está de mi lado.

Jack y Millicent saben más de la vida del otro que cualquier pariente mío sobre mí. Ella es capaz de seguir el hilo sin problema cuando él menciona nombres, lugares o acontecimientos, y, a su vez, él no pierde el hilo cuando ella comenta que llevará el vestido verde a la cena de los Rutherford, o cuando se queja porque se ha terminado la serie y ya no tiene nada que ver.

—No te la has terminado —replica Jack.

—Claro que sí.

—Te compré las doce temporadas de *Se ha escrito un crimen*. No puede ser que te las hayas visto todas en una semana.

—No me salen más episodios en la tele.

Se levanta con un suspiro.

—Voy a cambiar el DVD. Ahora vuelvo.

Abro la boca en cuanto desaparece, dispuesta a llenar el silencio con algún comentario sobre el tiempo, pero Millicent ya me está lanzando una de sus penetrantes miradas.

—No eres bibliotecaria, ¿verdad?

Me aclaro la garganta.

—No. Siento haber mentido. Es una larga historia, pero...

—Tengo noventa años, no hay tiempo para historias largas. ¿A qué te dedicas, entonces?

Jugueteo con la bolsita de té.

—Soy física.

—Como Jack.

—Más o menos. No del todo. —Mantengo los ojos fijos en la taza. Mi situación laboral está en un punto delicado—. Él es un profesor de renombre a nivel mundial. Yo solo soy adjunta. Y él es físico experimental, mientras que yo soy...

—Una teórica —adivina, y luego asiente—. Como su madre, entonces.

Levanto la vista y parpadeo.

—¿Su madre? —¿No se estará confundiendo? Como le pasaba a la abuela Hannaway antes de morir, que me confundía con la hermana que peor le caía y me gritaba porque decía que le había robado el delantal—. ¿Se refiere a la que...?

—¿Murió? Pues claro. Solo tiene una. —dice mofándose—. No es que a Caroline le apeteciera mucho ocupar ese lugar. Fue desgarrador ver a esos dos chicos crecer tan unidos. Misma casa, misma familia. Uno con una madre, el otro sin.

—Ah. —No debería hacer ninguna de las preguntas que se me están acumulando en la cabeza. Millicent tiene claramente la impresión de que Jack y yo somos algo que no somos, o no me contaría esto. Pero...—. ¿Cuántos años tenía Jack?

—¿Cuando murió Grethe? —*Grethe*—. Uno, más o menos. Mi hijo se volvió a casar al cabo de unos meses. Tuvieron a Greg poco después. Verás, durante los primeros años, fui yo quien insistió en que no le dijéramos nada a Jack sobre Grethe. Pensé que quizá podía tener una vida normal si creía que Caroline era su madre y que no había perdido a nadie. Pero Caroline nunca le tuvo cariño y... bueno, estaba en su derecho a negarse. No debería haber interferido, porque empeoré las cosas. Unos años más tarde hizo no sé qué travesura típica de niños y Caroline le gritó: «¡No me llames *mamá*! ¡No soy tu madre!». La cogió en un mal momento. Después Caroline se sintió culpable, pero Jack ya se había enterado. —Suspira—. Es difícil explicarle a un niño de nueve años que todo lo que cree es mentira. Que no debería llamar mamá a la mujer a la que su *hermano* llama mamá. —Se masajea la sien—. Jack pareció entenderlo, pero también dejó de llamar papá a su padre. Yo me convertí en Millicent. Y, desde entonces, desconfía mucho de las mentiras. Le preocupan mucho los... límites. Más de lo que sería sano, pienso yo. —Se afana en apilar tazas sobre el plato de galletas vacío. Por primera vez desde que la conozco, aparenta su edad. Frágil, vieja, cansada. Tiene la boca respingona, cubierta por unas arrugas profundas—. Y, sin embargo, Jack y Greg crecieron como uña y carne, a pesar de todo. Doy gracias a Dios por ello.

Recuerdo cómo Jack cuidaba de Greg después del dentista y se me encoge el corazón. Trato de imaginármelos de niños, de imaginar a Jack

siendo de todo menos alto, seguro y autoritario, y fracaso estrepitosamente.

—¿Está segura de que ella...? Grethe. —Quiero preguntar si se llamaba Turner de apellido. La razón por la que Jack es un Smith pero no un Smith *de verdad*—. ¿Está segura de que era teórica?

La física corre por la sangre de la familia de Jack. Por la de la mía solo corre el eczema.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que... a Jack no parecen gustarle mucho los teóricos.

Millicent me mira.

—Bueno, tú le gustas, ¿no?

Habla como si creyera que me faltan dos dedos de frente y eso hace que me ponga colorada.

—Pero una vez escribió un artículo que...

—Ah, *eso*. —Se ríe entre dientes, como si fuera un grato recuerdo familiar. El primer día de guardería, el encuentro con Goofy en Disneyland y aquella vez en que su nieto puso patas arriba toda una disciplina—. Eso no tuvo nada que ver con los físicos teóricos. No era más que un adolescente enfadado por lo que había descubierto sobre Grethe. Pero ahora es un hombre. Un buen hombre. Lástima que no pueda dejarle mi dinero, sé que lo repartiría entre el resto de mi ingrata familia.

—¿Qué había descubierto sobre Grethe? —¿Todo el escándalo Smith-Turner fue por su madre? ¿Acaso... la odiaba? ¿Era una especie de venganza contra ella por... por qué? ¿Por morir? Es demasiado absurdo—. ¿Escribió el artículo por ella?

Debo de estar haciendo demasiadas preguntas. La expresión de Millicent cambia, primero a cautelosa y luego a vacua.

—No recuerdo —dice encogiéndose de hombros, aunque sí recuerda. Estoy segurísima de que Millicent no ha olvidado ni una sola cosa en toda su vida. Ni el nombre de Greg ni, desde luego, lo que llevó a Jack a ser quien es hoy—. Ya te lo contará Jack cuando llevéis el suficiente tiempo juntos.

—No, nosotros... De verdad, Jack y yo *no*... no estamos liados —consigo decir. Mi cerebro se encoge tanto que se repliega sobre sí mismo.

—Ah, ya, lo sé. Lo que hay entre vosotros es diferente, ¿no?

—No es nada en absoluto. Ni siquiera somos amigos.

—Ya. —Su tono es casi... ¿compasivo?—. Bueno, ya lo descubrirás a su debido tiempo.

—¿Descubrir qué?

—Ya tienes puesto el DVD —anuncia Jack, apareciendo por la puerta—. Y he dejado instrucciones detalladas sobre cómo cambiarlo para la siguiente temporada, ya que las que escribí la semana pasada han desaparecido.

—Ah, sí. Tuve que lanzarle la libreta a tu tía Maureen cuando dijo que mi jersey verde era de un color demasiado vivo.

—Por supuesto, qué otra cosa podrías haber hecho ante tal *ofensa*. ¿Puedo llevar a Elsie a casa ya? ¿O el secuestro sigue en curso?

Millicent resopla.

—Llévatela, por favor. Estoy harta de los dos. No sois tan entretenidos como Jessica Fletcher.

Nos echa tan bruscamente como nos ha recibido, haciendo una sinfonía de ruidos para fingir irritación que se desmienten por lo fuerte que se aferra al abrazo de Jack.

—Me pasaré luego a quitar la nieve —promete.

—Bien, pero no entres. Estaré ocupada con mi serie.

—Lo sé. —Le da un beso en la frente—. Pórtate bien. Nos vemos el próximo finde. Diviértete escribiendo testamentos cargados de rencor.

—Lo haré —dice desafiante antes de cerrarnos la puerta en las narices.

—¿De verdad hace eso? —pregunto de camino al coche.

La nieve cruje bajo nuestros pies.

—¿El qué?

—Escribir testamentos cargados de rencor.

—Probablemente.

—¿Por qué?

—Por maldad. Aburrimiento. Soledad. Cuando tenía dieciséis años, mi padre hizo un comentario sobre que el asado le había quedado seco, así que ella donó un millón de dólares a un refugio de conejos.

—Dios mío. ¿Por qué?

—Es un círculo vicioso. La mayor parte de mi familia la ronda por el dinero, y por eso Millicent lo esgrime como un arma. Pero eso no la hace ganarse la simpatía de aquellos miembros que son seres humanos normales y corrientes que consideran que amenazar con donar todo tu patrimonio a un fondo financiero por venganza solo para demostrar algo es ir demasiado lejos.

—¿Greg es considerado un miembro decente?

—Greg es el más decente de todos, pero prefiere evitar a Millicent. Le gusta que la gente se lleve bien, cosa que es imposible si ella está en el mismo espacio cuántico.

—Como el principio de exclusión de Pauli. —Intercambiamos una sonrisa junto al asiento del copiloto—. Pero a ti te cae bien.

—Tiene muy mala leche, pero, después de treinta y pico años, uno le coge cariño. Como si fuera una garrapata.

Me río. Mi aliento se convierte en una ráfaga blanca en el espacio que nos separa.

—¿Deberíamos explicarle que en realidad no estaba saliendo con Greg?

—Nah. Millicent está demasiado ocupada con su guerra de heces como para preocuparse por esas cosas.

—Una pregunta —Intento sonar casual—. ¿Siempre la llamas Millicent?

—Ese es su nombre.

—Quiero decir, ¿por qué no *abuela*, o *abuelita*, o *yaya*, o *güeli*?

—¿Güeli?

—Bueno, o lo que sea. *Babushka*. Antecesora materna.

La expresión de Jack se vuelve inescrutable.

—Está bien llamar a la gente por su nombre. Minimiza los malentendidos. —Durante una fracción de segundo, me parece que vacila, como si estuviera pensando si decir algo más, pero es breve y desaparece enseguida entre la nieve deslumbrante—. Vamos. Te llevaré a casa antes de que tu compañera active una Alerta Amber.

Asiento porque necesito ordenar el desastre que es mi vida en un espacio libre de Smiths. Pero entonces me doy cuenta de algo: el resto de mi vida va a ser un espacio libre de Smiths.

Un espacio libre de Jack.

Probablemente nunca lo vuelva a ver. ¿Por qué iba a hacerlo? Los círculos en los que nos movemos son como un diagrama de Venn con pocas coincidencias. Tal vez nos encontremos en una conferencia de física dentro de dos años, cuando yo siga dando cuarenta clases a la semana y él esté preparando su discurso para el Nobel. Pero mi acuerdo con Greg probablemente ha terminado, lo que significa que hasta aquí hemos llegado. Esta es la última vez que veré a Jack. A este hombre imposible, que no hace más que ocupar espacio y volverme loca, y que parece saber quién soy a pesar de lo mucho que me esfuerzo en ocultarlo. Este hombre se irá de mi vida.

Debería estar deseando volver a cuando todo era más sencillo, cuando pasaba cero horas a la semana en su compañía y mi cerebro no estaba hecho de guacamole, pero... qué lástima. Qué perspectiva tan aterradora, y ni siquiera sé por qué.

Por eso lo detengo tirando de la manga de su abrigo. Por eso abro la boca y le digo, sin premeditación y con mucho pánico:

—Puedes invitarme a salir.

Sale sin pausas ni entonación, solo un montón de sonidos mezclados. Jack, a juzgar por las arrugas de su entrecejo, no lo ha entendido.

Me aclaro la garganta. Respiro hondo.

—Si todavía quieres. Y si a Greg le parece bien. Puedes invitarme a salir.

Jack se me queda mirando, inmóvil, sin reaccionar, durante demasiado tiempo.

—¿Eso es que quieres que te eche?

—No. ¡No! No me refería a eso, me... —Noto que me estoy sonrojando. Tengo frío y estoy cansada y me duele la cabeza y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo y ¿cómo es que no me *entiende*?—. Puedes venir tú a mi casa. Invitarte yo.

Asiente. Lentamente.

—A que me vaya de allí.

—No, me... —Entonces me doy cuenta. Tiene ese brillo de diversión en los ojos, como si supiera *exactamente* lo que estoy tratando de decir.

Aprieto los labios porque no quiero darle el gusto, no quiero sonreír, pero casi no puedo aguantarme—. Te odio.

—Lo sé.

—¿Por qué todo es tan difícil contigo?

—Me gusta mantenerte alerta.

—Mira, vayamos a tomar algo algún día —digo. Me parece una temeridad. Muy desaconsejable. También muy emocionante—. Intentémoslo y... ya veremos qué pasa. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —dice tras una breve pausa—. Con una condición.

Frunzo el ceño.

—¿Ya estamos con las exigencias?

—Siempre. —Su boca se curva, pero su mirada se vuelve a ensombrecer—. Si vamos a hacer esto... cuando estés conmigo, necesito que seas sincera. Nada de fingir que eres otra persona. Nada de intentar ser quien creas que quiero que seas. Tienes que decir lo que piensas. Y cuando no puedas, al menos permítete pensarlo. Nada de mentiras, Elsie. —Aprieta la mandíbula—. Solo tú.

Asiento. Y entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo hacer eso, y me río, un poco triste, un mucho aterrorizada.

—Puedo intentarlo.

Él también asiente.

—Por ahora me vale.

—Tú también deberás ser sincero —añado—. Nada de mentiras por tu parte, tampoco.

—Yo no suelo mentir —se limita a contestar. Escuchar eso me hace pensar en lo que Millicent ha dicho sobre su pasado, y mi corazón se encoge. He visto a Jack ser brutal e innecesariamente honesto. En cambio, mentir...—. Y no me imagino por qué tendría que mentirte a ti.

—Ni siquiera me conoces.

—Cierto —admite.

Estudia mi cara durante unos instantes, como si no pudiera detenerse en la portada o en la primera página, como si necesitara leer todo el libro cada vez. Entonces se inclina hacia mí y el frío glacial de la mañana se funde con su calor. Me fijo en sus pómulos. La línea de su mandíbula, tan afilada que

podría cortar un corazón por la mitad. Tiene los labios carnosos y respingones, y la comisura se está curvando cada vez más para formar esa media sonrisa suya que me da tanta rabia y que me hace perder tanto la cabeza...

Se inclina para murmurarme al oído:

—Pero me encantaría conocerte. —Se me eriza el vello, la columna me vibra como la cuerda de un arco y, por primera vez en toda mi vida, pienso en besos, en piel, en cómo ha sido despertarme con Jack esta mañana, en su mano entre mis omóplatos, en el tatuaje que tiene en el brazo, en sus labios, que parecen mullidos y suaves, y en que lleva unos días sin afeitarse y en que huele *bien* y en...

Se escucha un clic detrás de mí. Jack se pone recto y abre la puerta del copiloto. La tensión dentro de mí sigue haciendo estragos. Casi diría que estoy mareada.

—Entra —me ordena con una voz grave y ronca, y quizá ni siquiera me lo esté diciendo a mí.

Me subo al asiento y me doy cuenta de que esto puede que sea real. Que esté pasando *fuera* de mi cabeza.

Yo intentando ser *yo misma*.



16

FUERZAS FUNDAMENTALES

De: Glass.Abigail.2@bostoncollege.edu

Asunto: Termodinámica 201

¡Buenas! No he ido a clase este semestre porque no encuentro el aula. ¿Dónde se supone que estaba? ¿Podrías dibujarme un mapa? Graciasss.

—Aberrante.

El Dr. L. dice la palabra marcando las consonantes y suavizando las vocales, como si el término fuese un generoso préstamo hecho por los franceses. De normal me haría gracia, pero este es nuestro primer encuentro desde que le he dado la noticia de lo del trabajo, y lo único que siento es ansiedad. Me ha pedido que viniera a verlo y la verdad es que no quería. Entre la nieve y la mierda de horario que tengo... Y, sin embargo, aquí estoy.

—Es aberrante que eligieran a otra candidata —repite—. Tal vez debamos presentar una apelación.

—Sabiendo quién es la candidata elegida, dudo que existan fundamentos.

—¿Georgina Sepúlveda, me has dicho que se llama? —Asiento—. ¿Y esa quién es?

Me sorprende que exista un físico en este mundo que no conozca su trabajo. Pero el Dr. L. es un poco estrecho de miras cuando se trata de experimentalistas. Puede que tenga sus motivos.

—Es quien está detrás del modelo Sepúlveda. Es una brillante física de partículas. Y estuvo en el Burke hace años. —Me miro las rodillas. Luego vuelvo al ceño fruncido del Dr. L.—. Lo siento, doctor Laurendeau. Sé que esto le decepciona, pero...

—Me pregunto si Smith-Turner ha tenido algo que ver en todo esto.

Mi mano se aferra al reposabrazos de la silla verde.

—Él... Lo dudo.

—Desde luego no podemos descartar esa posibilidad, ¿no?

Me aclaro la garganta.

—Estoy convencida de que no...

—Elise, quieres que Smith-Turner obtenga su merecido tanto como yo, ¿verdad?

Se me revuelve el estómago y bajo la mirada, mortificada. El Dr. L. ha pasado los últimos seis años dándome consejos, y mira dónde he acabado. Debería darme vergüenza. Ahí, retozando con el gilipollas que casi arruina su carrera.

No siendo la Elsie que él quiere.

Necesito volver a ser ella. Necesito volver a ser Elise: la chica trabajadora, impertérrita, precisa como un láser.

—Este ha sido un gran revés, pero estoy... recuperando fuerzas —digo, tratando de sonar optimista—. De cara a buscar un trabajo el año que viene, tengo pensado...

—Pero ya tienes un trabajo. Varios, de hecho.

—Sí. Por supuesto. —Respiro hondo—. Pero estos trabajos como adjunta me quitan mucho tiempo y me dejan poco margen para investigar. Y tengo muchas ganas de terminar de desarrollar mi...

—Siempre hay tiempo para investigar. Solo hace falta querer encontrarlo.

Cierro los ojos. Esta me ha dolido. La Elsie que quiere casi se me escapa, pero me mantengo firme.

—Tiene razón.

—¿No podrías, simplemente, dar menos clases?

Respiro lentamente. Inspirar y espirar.

—Desde un punto de vista económico, no contemplo esa posibilidad.

—Comprendo. Bueno, a veces debemos relegar el dinero a un segundo plano.

Me agarro al reposabrazos. Siento una ráfaga de frustración al pensar en que se cree que soy *avariciosa* por querer comprar insulina y vivir en un lugar sin polillas mutantes. Pero enseguida me invade la culpa. Si no fuera por él, ni siquiera conocería el teorema de Nielsen-Ninomiya.

Respiro hondo y me obligo a verbalizar la idea que lleva dándome vueltas por la cabeza desde esta mañana en casa de Jack. Aunque no hay ninguna dimensión en la que trabajar para él sea factible o apropiado, tal vez pueda sacar algo en claro de lo que ha dicho.

—Una persona me ha recomendado que considere la posibilidad de pedir una beca posdoctoral o que busque un puesto exclusivamente de investigación.

El Dr. L. me mira, alarmado durante una fracción de segundo, y luego suspira.

—Ya hemos hablado de esto, Elise.

—Lo sé, pero hablamos de trabajar con teóricos. Puede que haya algún equipo de experimentalistas que esté interesado en...

—Lamentablemente, no. Pregunté a mucha gente, y lo siento mucho, pero ningún físico adecuado estaba interesado en contratarte como investigadora —espeta, y mi estómago se retuerce aún más.

Bajo la mirada hacia mis vaqueros. Dios, soy imbécil. Una total y absoluta imbécil.

—Elise —continúa, con un tono más suave—, sé cómo te sientes. —Rodea la mesa y se coloca frente a mí—. ¿Recuerdas cuando empezaste el doctorado? ¿Lo impotente que te sentías? ¿Recuerdas cómo te guie en el desarrollo de tus algoritmos, en la publicación de tus manuscritos, en

hacerte un nombre dentro de la comunidad de físicos? Ahora también puedo ayudarte.

Pienso en todas las cosas que ha hecho por mí. En todo lo que le debo. Me pregunto dónde estaría sin él, y no encuentro nada.

—¿Confías en mí?

Asiento.

No recibo el rechazo formal del MIT hasta el miércoles por la noche.

Estoy en medio de algo que se está convirtiendo en una tarea semestral: repasar el teorema de Noether para poder explicarlo en una clase de las ocho de la mañana en la que suenan ronquidos de fondo. Total, para volver a olvidarlo antes de llegar a mi clase de Termodinámica de las nueve y media.

Mi cerebro es un colador.

Cuando suena el iPod, levanto la vista. Cece está escribiendo su MILF (Manuscrito Inacabado que sería Liberador Finalizar) en el sofá, pero nuestros ojos se encuentran.

—Siento que la cosa no haya salido adelante —me dice Monica tras una larga explicación que incluye cuatro veces las palabras «encajar institucionalmente». Agradezco que me hayan llamado. A menudo, los rechazos en el mundo académico suelen llegar mediante correo electrónico y ocupan una sola línea. Y, más a menudo aún, el silencio es el único aviso.

—No es culpa tuya, Monica —le digo.

—O igual sí —murmura Cece, lo cual hace que me entre la risa.

—Comprendo la situación —añado, y veo cómo Cece pone los ojos en blanco.

—Quiero que sepas —dice Monica— que pronto se abrirán nuevos puestos.

Pensé que mis esperanzas habían acabado en una cuneta, todas llenas de sangre y golpes, pero al parecer aún respiran.

—¿El año que viene?

—Dentro de entre tres y cinco años. Varios teóricos van a jubilarse y el decano no se atreverá a suprimir esos puestos de titulares. Espero que

vuelvas a presentarte.

Sigue sin mí, dice mi esperanza al ver que me esperan seis semestres más de repasar el teorema de Noether. Yo solo te voy a retrasar.

—Claro, lo haré.

—Y espero que no perdamos el contacto. Podríamos ir a comer juntas cuando acabe el semestre.

—Me encantaría.

—Fantástico. ¿Hay algún feedback que quieras darme sobre el proceso de selección?

La voz de Jack resuena en mi oído: «Tienes que decir lo que piensas. Y cuando no puedas, al menos permítete pensarlo».

Venga. Vale.

Monica, ¿recuerdas esa reunión tan inapropiada que tuvimos antes de la entrevista? Podrías haber aprovechado para decirme que no tenía ninguna posibilidad. Además, se te ha ido la mano con la decoración de tu casa: demasiadas vacas. Ah, y que no se me olvide: tu hijo es un psicópata y espero que se disloque la polla mientras se folla una boca de incendios en medio de la calle.

—Simplemente, gracias por todo. Estoy muy agradecida.

Quizá Jack tiene razón. Contemplar la verdad es agradable.

Para cuando cuelgo, tengo dos nuevos correos electrónicos: uno de un estudiante que me pide el número de mi tarjeta de crédito para comprar mil quinientas mariquitas vivas y otro de Greg.

Hola, Elsie:

Llevo un tiempo queriendo hablar contigo, pero Jack me dijo que era mejor esperar y... bueno, he oído que ya estás al tanto. Siento que no te dieran el trabajo, pero me parece tan guay que seas física. Vaya casualidad, ¿no? Quizá Jack pueda ayudarte a encontrar otra cosa. ¡Tiene un montón de contactos!

Sea como sea, ¿te gustaría ir a comer conmigo un día de estos para charlar un rato? Invito yo.

-G.

PD: Me han informado de que intenté orinar encima/cerca de ti. Me arrepiento profundamente de mis actos.

Me regocijo pensando en la cantidad de gente que quiere ir a comer conmigo últimamente —ojalá me vieran ahora los que me hacían el vacío en el insti— y casi ni me doy cuenta de que Cece se ha sentado a mi lado en la mesa.

—Eh. —Está comiendo picatostes directamente de la bolsa. Los está cogiendo con unos palillos. De acuerdo con la política habitual, no pregunto—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento... —Qué buena pregunta—... como si todas las pelotas con las que estaba haciendo malabares se hubieran caído al suelo. Y no tengo ni idea de lo que viene ahora.

«Este no es un momento decisivo en el arco de tu personaje, Elsie. Más bien es un... bache.»

—¿Es posible que todo esto tenga un lado positivo?

Ladeo la cabeza.

—¿Positivo?

—Ahora ya no tienes que hacer malabares. Puedes usar las manos para... hacerle la peineta a la gente. Rascarte el culo. Convertirte en una titiritera. —Se encoge de hombros—. Si te despertaras mañana y pudieras elegir cualquier cosa, ¿qué harías?

Mis ojos, más rápidos que mi cerebro, se posan en la esquina superior izquierda de la pantalla de mi ordenador, donde reposa ese estimado documento de Word, condenado al abandono. *Terminaría mi trabajo sobre los cristales líquidos bidimensionales*, pienso al instante. Pero ¿cómo, si no me han dado el trabajo en el MIT? Esa pelota ha caído, lo que significa que...

Cece suspira.

—Vale, a ver. Esa era una pregunta difícil. Vamos a probar a dejar volar nuestra imaginación. ¿Qué crees que te deparará el futuro?

—Pues... —Me reclino en el asiento—. ¿Inestabilidad económica? ¿Proliferación nuclear? ¿Cambio climático?

—Siempre estoy dispuesta a discutir sobre por qué creo que el aumento del nivel del mar llevará a las sirenas a reclamar la ciudad perdida de Miami, pero me refería más bien a algo tipo... el año que viene. Dinero.

Suspiro.

—La UMass tiene plazas libres para ser instructora, y también...

—No. Escucha, no quiero que hagas eso. Lo he estado pensando y... creo que puedo encargarme yo. —Su mirada seria y sincera solo se ve ligeramente socavada por el hecho de estar agitando un picatoste con los palillos—. Kirk me ha ofrecido un trabajo. Dice que me necesitará al menos dos veces por semana y que quiere pagarme como al resto de empleados. Su equipo está redactando un contrato.

Frunzo el ceño. ¿Por qué Kirk sale tanto en las conversaciones? Y, sobre todo:

—¿De dónde saca Kirk ese dinero?

—Es científico.

—Como científica que soy, te lo voy a preguntar de nuevo: ¿de dónde saca Kirk ese dinero? —Un pensamiento hace que me entren escalofríos—. Por favor, dime que no es Elon Musk.

—¿¡Cómo te atreves!? Retira eso.

—¡Es el único científico rico que se me ocurre!

—Kirk es Kirk, te lo prometo. Él jamás escribiría tuits petulantes sobre lo injusto que es el mundo con los pobres multimillonarios. Para ser honesta, dudo que sepa lo que es Twitter. Es más bien... —Sus ojos brillan un poco—... un empollón de pies a cabeza, Elsie. Cuando estaba en la uni inventó un material que ahora todo el mundo quiere, y luego construyó una empresa en torno a esa idea con un amigo, que tiene un máster en Administración y Dirección de Empresas. Ahora la suya ha crecido un montón, y cuando digo un montón me refiero a que es *enorme*. Tienen acciones y todo. —Cece se está animando. Los picatostes vuelan por toda la habitación. Eri se ha dado cuenta—. Así que ahora tiene que asistir a un montón de eventos y reuniones, y lo odia, pero dice que si yo estoy allí se le hacen más llevaderas, aunque yo no sepa nada de ciencia ni de dinero...

—Espera. —Frunzo el ceño—. ¿Cómo se llama el material?

—Siempre se me olvida. Es un no sé qué de fibra sintética resistente blablablá. —Se da golpecitos en los labios con los palillos—. ¿Taurus, puede ser?

Ojalá estuviera bebiendo en estos momentos, porque esto merece escupirlo todo.

—Cece, ¿estás haciendo de novia falsa para el tipo que inventó el *Tauron*?

—Ah, sí. Así es como se llama.

—El Tauron está literalmente *en todas partes*. —Parpadeo—. Debe de ser millonario.

—Eso creo. Y por eso no hace falta que des sesenta y nueve clases el año que viene.

Me mira expectante hasta que suspiro y murmuro:

—Menos mal.

—Gracias. En fin, a lo que iba: yo me encargo de pagar el alquiler, así que puedes trabajar menos. Dar una o dos clases. Y el resto del tiempo puedes quedarte en casa e investigar sobre los vidrios.

—Cristales.

—Cristales. Y podremos pasarnos las noches comiendo Gruyère y clasificando las películas de Wong Kar-wai de más a menos conmovedoras desde un punto de vista cinematográfico.

«¿Sabe lo mucho que te gusta *Crepúsculo*?»

Sonrío, intentando recordar aunque sea una película de Wong Kar-wai. Estoy bastante segura de que hicimos un maratón de dos días hace tres años. Me lo pasé resolviendo ecuaciones en la pizarra de mi mente mientras Cece estaba en pleno stendhalazo.

—La palma se la llevaría *2046*.

Ella sonrío con ojos soñadores.

—Seguramente.

No me gusta Kirk. No: no me gusta la cara que pone Cece cuando habla de él porque solo la he visto actuar así cuando ve películas extranjeras o habla de la teoría Sapir-Whorf o de erizos. Me parece peligroso que le guste tanto su novio falso, pero no tengo ocasión de decirlo porque Cece ya

vuelve a estar de pie, rebuscando en el armario para ver si quedan fideos *wonton*. Y porque mi móvil vibra al llegar un mensaje; el primero que recibo de este número:

¿Estás libre mañana por la noche?

OceanofPDF.com



17

DESPLAZAMIENTO

Llevo unos vaqueros negros.

Un jersey bonito.

Botines.

Me dejo el pelo suelto. Luego me lo recojo en un moño. Luego me lo vuelvo a soltar. Luego me hago una trenza.

Luego me lo suelto otra vez.

No le he dicho a Cece adónde voy porque no está en casa y soy físicamente incapaz de enviarle un mensaje explicándoselo:

Tengo.

Una.

Cita.

ConJackSmithTurner.

Puede. Aún no estoy segura de que la razón por la que quiere verme *no* sea para aprovechar cualquier despiste y sustituirme la insulina por *frappuccino*. Quizá debería llamar a alguien por seguridad, para facilitarle el trabajo a los investigadores cuando encuentren mi cadáver en un pantano. Pero el coche ya está fuera cuando bajo, así que me limito a subir al asiento del copiloto.

Dentro huele a cuero, a Jack y a malas ideas. Debería decir algo. *Hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal ha ido la semana? ¿Cuál es tu Teletubby favorito?*

¿Qué piensas sobre las elecciones que hay a finales de año? He hecho esto un millón de veces. Lo de salir con gente, me refiero. He tenido un millón de citas falsas. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no puedo...? ¿Por qué?

—Creo que te acaba de explotar la cabeza —dice.

Me vuelvo hacia él. Es tan guapo que duele, y mi cabeza sigue en plena explosión.

—¿Quieres volver a casa? —sigue. Esa media sonrisa. Pícara. Omnisciente—. ¿Lo intentamos otro día?

Niego con la cabeza antes de cambiar de opinión.

—Quiero hacerlo hoy. —Trago saliva. Miro al frente—. Creo.

Arranca el motor.

—Mírala.

—¿Mírala?

Pone la mano en el reposacabezas de mi asiento para dar marcha atrás. Sus dedos me rozan el pelo, suaves, distraídos.

—Sí. Mírala, diciendo la verdad.

—Han venido dos amigos a la ciudad para asistir a una conferencia —me explica— y otro amigo mío ha organizado una pequeña fiesta en su casa. He creído que estarías más... relajada si había testigos.

Probablemente tenga razón, pero también:

—No quiero molestar.

—Me encantaría que los conocieras.

¿Es buena idea quedar con él si también van a estar sus amigos por ahí? Lo más probable es que resulte bastante patética en comparación con ellos. Yo, de por sí, no soy una persona interesante, pero es que cuando estoy con Jack todavía menos.

—¿Todos tus amigos son científicos? —pregunto.

—Algunos. —Hace una pausa—. Ostras. No se me ocurre ninguno que no lo sea.

Asiento. Cuesta mucho ampliar el círculo social. Los académicos entablan amistad, pasan el rato y, sobre todo, se acuestan casi

exclusivamente con otros académicos. Porque el mundo académico es un poco como la Villa Olímpica: puede que no haya ceremonia de inauguración, pero sí reparto de condones.

Aparcamos delante de una estrecha casa con paredes de piedra rojiza y una puerta amarilla. Tras llamar al timbre, se gira hacia mí.

—Eh.

Yo también me giro hacia él. Debajo del abrigo lleva unos vaqueros y un jersey oscuro. Es tan corpulento y atractivo. Por primera vez en años, me viene a la cabeza que cuando la gente tiene una cita —no *todas* las veces, pero sí *algunas*, puede que *muchas*— la noche no suele acabar en un simple abrazo y un *buenas noches*.

Tengo un escalofrío.

—Sinceridad —me recuerda—. No necesitas impresionar a nadie. No necesitas usar los trucos que sueles usar en las fiestas.

Sonrío.

—Lástima, tenía pensado hacerle cuatro agujeros a una zanahoria para usarla como flauta y tocarles algo a tus amigos.

Se me queda mirando como si fuera la persona más encantadora que ha conocido nunca.

—Las cosas como son, eso sería una pasada.

Incluso antes de saber lo de su madre, Jack siempre me pareció un lobo solitario, apartado del resto de los Smith. Sin embargo, no he tardado en darme cuenta de que su grupo de amigos es la familia que ha elegido. Hay más de quince personas en esta casa, y no solo todo el mundo está contentísimo de verle, sino que también me da la bienvenida a mí con el mismo entusiasmo. La única excepción: Andrea, la que trabaja con Jack en el MIT. Me mira con una cara que parece de gárgola enfurruñada, probablemente porque se siente incómoda, ya que debe saber que no me han dado el trabajo.

—¿Cerveza? —pregunta Sunny, que es ingeniera y también la dueña de la casa. Es como un cúmulo de energía de pelo oscuro y con patas—. ¿Vino?

Estoy dispuesta a pasarme el resto de la noche con una copa de algo que no quiero en la mano solo por no sentirme fuera de lugar, pero Jack se

adelanta:

—Yo quiero una. Elsie no bebe.

Nunca se lo he dicho, pero por supuesto que lo sabe.

—¿Otra cosa, entonces? ¿Agua? ¿Refrescos? ¿Zumo de naranja? ¿Sirope de arce? —Sunny frunce el ceño mientras mira lo que tiene en la nevera— ¿Leche?

—¿Entera? —pregunta Jack.

—Desnatada.

—Eso, más que leche, es agua blanca.

—Eso ha sido muy de Smith mimado por tu parte, se nota que te criaron dándote jugo de teta de emú sin pasteurizar —dice mientras le da con el puño en el brazo—. ¿Recuerdas cuando Caitie estaba amamantando a su bebé y guardaba las botellas con su leche en la nevera de la sala de estudiantes?

—Y Kroll un día se la bebió.

—Se la puso en el café. —Sunny niega con la cabeza—. Qué tiempos aquellos.

Jack tiene amigos, bromas internas que se remontan a una década atrás, y un grupo entero de gente inteligente y amable que se preocupa por él y le toma el pelo de vez en cuando, y... no estoy segura de qué hacer con esta información, aparte de estar fascinada. Por un instante, me pregunto si sabrán que escribió ese artículo, si le apoyan, qué opinarán ellos de la física teórica, y luegouerzo a mi cerebro a callarse. Ya va siendo hora de que aprenda a divertirme.

Una de las personas que está de visita en la ciudad es un biólogo de Stanford. Es tan alto como Jack. No creía que fuera posible, especialmente dentro de la comunidad de empollones.

—Este es Adam —me dice Jack después de que ellos dos se hayan dado la mano con afecto, de esa manera cariñosa y a la vez discreta que tienen de saludarse los hombres cuando se caen muy muy bien pero se niegan a admitirlo abiertamente. Adam parece ser un poco mayor que él. Moreno. Con cara de pocos amigos. Intimidante, aunque la preciosa chica que lo acompaña parece estar de todo menos intimidada—. Y esta es...

La chica da un paso adelante y envuelve a Jack en un fuerte abrazo.

—¡Jack!

Él le devuelve el abrazo con una sonrisa.

—Hola, Ol. Me alegra ver que sigues aguantando a este. Tendrían que darte un premio por tu labor. Elsie, esta es Olive Smith. Por suerte para ella, no, no somos familia. Ella y Adam son... Adam, ¿todavía es tu prometida?

Adam asiente con cara de estar ligeramente irritado.

Jack sonríe.

—¿Aún no tenéis fecha?

—No, sigue sin decidirse —se queja Adam sin perder el tipo.

—Venga, Ol, tienes al pobre muchacho en ascuas.

—¿Casarme a los veintiocho? ¿Qué es esto, un matrimonio infantil? —Olive nos mira a Jack y a mí—. ¿Es que *vosotros* ya habéis elegido una fecha?

Tierra trágame. Lo único que quiero es desaparecer en el subsuelo.

—Ah, no, nosotros... —empiezo a decir.

Miro a Jack, esperando que hable y nos saque de esta. En vez de eso, me mira con ojos de estar más bien complacido y pasándoselo en grande, y, sin apartar la mirada, dice:

—Todavía no.

Me acerco para darle un buen pellizco en las costillas. Me detiene con una mano en la muñeca y una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo os conocisteis Adam y tú? —le pregunto en un intento desesperado por cambiar de tema.

—Durante la carrera hice unas prácticas de verano en Harvard, en el laboratorio donde Adam estaba como doctorando.

—Hizo la peor hibridación Southern que he visto nunca —dice Adam.

—Fueron tres meses duros. Me sirvieron para disuadirme de continuar en el campo de la biofísica. Luego, unos años más tarde, me mudé a Pasadena; él estaba en Palo Alto, así que empezamos a quedar. Íbamos a hacer senderismo por toda California. Y luego me presentó a Olive cuando... Ol, ¿cómo os conocisteis Adam y tú? —pregunta con tono de saber perfectamente la respuesta.

Ella sonríe.

—Ay, Jack. *Adam* era *profesor titular*. Y yo no era más que una *humilde estudiante*.

—*Doctoranda* —corrige Adam, dirigiéndose a mí—. Y no era *mi* estudiante.

—Pero estaba en su departamento —añade Olive con picardía—. Fue todo un escándalo.

Jack sonríe.

—Deberías venderle los derechos a alguien para que haga la adaptación cinematográfica, Ol.

—Espero que Netflix me lo compre para hacer una miniserie. Algo sexy, como *Los Bridgerton*, ¿sabes?

Está claro que es una broma recurrente entre Jack y Olive. Adam deja escapar un largo suspiro.

—En fin —dice para cambiar de tema—. ¿Cómo estás, Jack?

—*Muy* entretenido.

Jack y Adam son una especie de amigos circunstanciales. Al cabo de un par de minutos, están absortos en una conversación sobre gente, cosas y lugares que desconozco. Olive y yo nos hemos ido juntando hasta acabar sentadas en el sofá mientras a nuestro alrededor los amigos de Jack ríen y bromean y encarnan el epítome de un adulto con éxito.

—¿Tú también sientes que no conoces a nadie y que eres la más tonta de la sala? —me susurra.

Asiento. Aquí todo el mundo es un poco mayor que yo, e intento no imaginarme los cargos académicos que deben de tener.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto a Olive.

—Soy bióloga; investigo sobre del cáncer. Acabo de terminar el primer año de mi postdoctorado. Probablemente me lance al mercado laboral en los próximos dos. —Hace una mueca y toma un trago de cerveza.

—¿Piensas quedarte en California?

—Estaría bien, ya que todos mis amigos están allí. Pero, sinceramente, los trabajos académicos son tan escasos que con estar en la misma ciudad que Adam ya me conformaría.

—¿Tenéis algún plan?

Niega con la cabeza.

—Lo bueno es que a Adam le han concedido unas becas. Tenemos la esperanza de que la institución que me quiera a mí también lo acepte a él al ver que puede llevarse allí el dinero de las subvenciones, como un pack. Pero si no... —Se encoge de hombros—. Puede que tengamos que negociar que lo contraten por aquello de formar una misma unidad familiar.

Sonrío.

—¿Y para entonces fijarás una fecha?

Se acerca a mí con cara de estar guardando un secreto. El 90 por ciento de su piel son pecas, y la conozco desde hace solo cinco minutos, pero ya quiero ser su amiga.

—Ya la he fijado. Nos casamos en abril, durante las vacaciones de primavera. Adam aún no lo sabe.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Pues resulta que a él le gusta mucho la naturaleza, hacer senderismo... esas cosas. Lo llevaré al Parque Nacional de Yosemite y, allí, un guardabosques nos casará en una ceremonia rápida e indolora. Entonces nos pasaremos una semana entera los dos solos. Con la compañía de los osos, supongo. Dios, espero que no nos coman los osos. —Se encoge de hombros—. En fin, la cosa es que a Adam no le gusta mucho la gente, y siempre podemos hacer una fiesta más adelante. Creo que este es el tipo de boda que él querría. La que estamos destinados a tener.

Me imagino a Olive y Adam, solos, caminando de la mano bajo los pinos ponderosa. No me resulta difícil.

—¿Por qué no se lo dices y ya?

—Debería, ¿verdad? —Se ríe un poco—. Es que... yo estaba pasando por un mal momento cuando lo conocí. Él hizo mucho por mí, y sigue cuidándome mucho a día de hoy, y... quiero ser yo quien cuide de él por una vez, ¿sabes? Quiero que sepa que me tiene ahí.

Asiento y bajo la mirada hacia mis manos.

«Y los días que me dejo llevar de verdad, también imagino que me dejas cuidarte.»

—¿Tú y Jack lleváis mucho tiempo saliendo? —me pregunta, y yo la miro.

Me doy cuenta de que la Elsie que ella quiere diría que sí. Que quiere mucho a Jack y que le gusta la idea de que haya alguien que cuide de él. Pero...

Sinceridad.

Por un segundo, me imagino contando toda la historia: que fingí ser la novia de Greg, después conocí a Jack y después conocí a Jonathan. Pero dudo que Olive esté familiarizada con el concepto de las novias falsas, así que maquillo mis palabras.

—En realidad, esta es la primera vez.

Es raro decir lo contrario de lo que sabes que alguien quiere oír. Y me siento fatal cuando la reacción de Olive muestra una clara decepción:

—Ah...

Trago saliva.

—Perdona, es que...

—No, no. —Sonríe para tranquilizarme—. Perdóname tú a mí por preguntaros si os ibais a casar.

Niego con la cabeza.

—Solo estamos... conociéndonos.

—Eso es estupendo. Me alegra oír que ha superado su fase de «No busco relaciones serias, permíteme que marque unos límites para dejar claro que esto es solo sexo».

Su forma de imitar a Jack me recuerda más bien a Vin Diesel, pero hace que me dé cuenta de algo: no tengo ni idea de lo que Jack quiere de mí. Olive es la segunda persona que menciona lo importantes que son los límites para él. No ha establecido ninguno, pero también me ha dicho que se siente atraído por mí, y...

Si lo que Jack quiere de mí es sexo... ¿entonces qué?

Sinceramente, ni idea. No tengo mucha experiencia. Y no porque en algún momento me haya creído el cuento de que el sexo es algo valioso que solo hay que practicar con la Persona Indicada, sino porque lo sentía como un medio para conseguir un fin. Era una forma de asegurarme de que la persona con la que estaba se sentía complacida por mí. Nunca lo hacía porque yo sintiera atracción por alguien, pero da igual: puede que nunca lo deseara, pero tampoco me importaba hacerlo. Porque no lo hacía *por mí*.

Con Jack, sin embargo... hay algo diferente. Quizá porque él ve más de mí de lo que nadie ha visto nunca. Sin darme cuenta, mi cabeza vuelve cada dos por tres al pasado domingo junto al coche. Se ha quedado anclada en un beso que estuvo a punto de ocurrir y que podría no llegar, lo que me tiene en tensión, acalorada y embobada.

Puede que haya algo entre nosotros. O puede que no. Lo que sé seguro es que tengo más curiosidad que nunca. Si llegara a ocurrir algo, sería *por mí*.

—¿Os conocisteis en el trabajo? —me pregunta Olive.

—Más o menos. Yo también soy física. Aunque soy adjunta.

—Uf.

Me río.

—Exacto.

—¿Te gusta ser profe?

—Nop. Demasiadas fotos de culos de alumnos en primer plano para mostrarme la erupción mortal que les impide venir a clase. Tener que gestionar eso hace que no te quede tiempo para investigar.

Ella también se ríe.

—Apuesto a que no. A mí no gustó mucho la experiencia de ser asistente de profesor. Me gusta ser postdoctorada. No tengo que aguantar la mierda a la que someten a los que solo tienen la carrera ni la responsabilidad de ser miembro del cuerpo docente. Me limito a investigar.

—Suen a sueño hecho realidad.

Me mira sorprendida.

—¿Tú no hiciste un postdoctorado?

—No había ninguna vacante. Pero mi mentor dice que es lo mejor. Así tardaré menos en pasar a tener un puesto fijo como profesora.

—¿Pero *quieres* tener un puesto fijo como profesora?

—Es... complicado. Pero confío en él. Le debo mucho, así que... —
Suspiro.

Olive estudia mi cara con sus grandes ojos y luego dice:

—Por experiencia te diré que, aunque todos queremos confiar en nuestros mentores, ellos no siempre tienen en cuenta nuestros intereses.

—¿En qué sentido?

—Pues... —Se muerde el labio inferior, pensativa—. En el mundo académico hay una jerarquía muy marcada. Hay un montón de gente que tiene poder sobre ti, y se supone que debe guiarte y ayudarte a convertirte en la mejor científica posible, pero... a veces no saben qué es lo mejor. A veces les da igual. A veces miran por sus propios intereses. —Su expresión se vuelve más sombría—. A veces son unos completos imbéciles que se merecen que los atice un rastrillo y se mueran.

Me pregunto qué le habrá pasado para que diga eso. Incluso abro la boca para formular la pregunta, pero Adam se gira hacia nosotras, como si percibiera el cambio en su estado de ánimo.

—Olive, ¿tienes fotos del esmoquin que Holden se compró para su boda? Jack no se cree que fuera de lentejuelas.

La cara de Olive se ilumina.

—Te *juro* que era de lentejuelas, y era *increíble*.

Al final nos pasamos lo que parecen minutos pero resultan ser horas charlando, primero entre nosotros cuatro y luego también con los demás presentes. Mientras Andrea cuenta la historia de cómo su tutor apareció borracho perdido en la defensa de su tesis y empezó a ofrecer galletas digestivas al resto del comité, el cojín que tengo al lado se hunde y oigo:

—¿Va todo bien?

Es Jack. Me está susurrando al oído, con el brazo apoyado en el respaldo del sofá, por detrás de mí. Me sorprende lo cerca que está, pero no me aparto.

—Tus amigos son geniales.

—Ya sabía que te iban a caer mejor ellos que yo.

—Un poco sí. —Sonrío, pensando en Millicent, Greg, Olive. Pensando en que tiene buen gusto para la gente. Y entonces me doy cuenta de que me ha puesto algo sobre el muslo: una bolsita de almendras—. ¿Qué es esto?

—Es para que controles tu nivel glucémico. —Sus labios se curvan—. O también puedes desmayarte en mis brazos, ya que parece ser uno de tus hobbies preferidos.

—¿La has robado de la despensa de Sunny?

Me mira con mala cara.

—Compartí despacho con ella durante años, y una vez dejó sobre la mesa una muestra de orina que tenía que llevarle a su médico. —Me mira fijamente a los labios mientras yo me río en silencio—. No voy a ponerme a rebuscar en su despensa.

Niego con la cabeza. Por el rabillo del ojo, veo que Olive y Adam me miran. No, *nos* miran, y de una forma que no acabo de entender. Me concentro en las almendras, luego voy a buscar la basura para tirar el envoltorio y...

—¿Elsie?

Georgina Sepúlveda está en la cocina, guapa y poderosa como es ella. Es *muy* alta. No me di cuenta de lo alta que era cuando la vi al lado de Jack porque él la hacía parecer más pequeña.

—Me alegro de que estés aquí. Quería hablar contigo, pero Jack, tan tocapelotas como siempre, no ha querido darme tu número —dice mientras pone los ojos en blanco—. Al principio pensé que era porque no lo tenía y no quería admitirlo. Pero estás aquí, lo que significa que, simplemente, se lo quería guardar, como un dragón que atesora todas las cosas de valor que encuentra. Dios, *sabía* que se convertiría en ese tipo de persona cuando encontrara a alguien. Tú y yo deberíamos hacernos mejores amigas solo para tocarle la moral. —Me sonrío con cordialidad y, de repente, mi mente recuerda, con violencia y bochorno, que la última vez que nos vimos actué como una cría maleducada.

—No... —Miro a mi alrededor como si fuera tonta. ¿Qué estoy buscando? ¿Un teleprónter? Me quiero morir de la vergüenza—. No sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar. La reunión de profesores se ha alargado sin venir a cuento. Se podría haber resumido entera en dos tiktoks de quince segundos. —Se encoge de hombros y se acerca. Me agarro al envoltorio de almendras como si me fuera la vida en ello.

—Georgina...

—George, por favor. Georgina es mi madre. Y mi abuela. Mi bisabuela también, probablemente. Deberíamos comprarnos un libro para ponerles nombre a los bebés.

—Ah. —Me aclaro la garganta. Mis contribuciones a esta conversación no tienen precio—. Jack está ahí, si quieres...

—Lo sé. Como para no verle cuando está con Adam Carlsen. Son el Monte Rushmore del mundo académico CTIM. En fin, te quería preguntar: ¿te apetece comer conmigo algún día de la semana que viene? Quiero charlar un poco, pero ahora no es el momento. —Se estremece—. Cuando estoy en casa de Sunny no puedo evitar pensar en la muestra de orina.

En lo profesional, mi vida es un asco. En lo psicológico, no puedo decir que esté «sana». En lo musical, debería contratar a una tuba para que me siguiera a todas partes. Sin embargo, en lo de que me inviten a comer, llevo una racha *inmejorable*.

—Quieres charlar un poco —repito para asegurarme.

—Sí. En parte porque Jack es mi mejor amigo, y ahora no le haría demasiada gracia que te apartara mucho rato de él. Pero sobre todo porque la última vez que nos vimos me comporté como una imbécil, y quisiera compensarte.

¿Qué?

—No, no, soy yo la que salió corriendo como si estuviera mal de la cabeza. Mi primera reacción al enterarme de que habías conseguido el trabajo fue imperdonable. Fui yo la que se comportó como una imbécil y...

—Sí, totalmente. —La sonrisa de George es triunfal—. Para compensarme, tendrás que dejarme que te lleve a comer.

—Eso ha sido... —parpadeo lentamente— una muy buena jugada.

—Gracias. —Se quita un polvo imaginario del hombro y yo me río.

—Ya veo por qué le caes tan bien a Jack.

—Ya veo por qué tú le caes aún mejor. —Su sonrisa ahora es más dulce—. ¿Qué te parece el próximo miércoles?

Asiento.

—Me parece muy bien.

Jack y yo nos marchamos pocos minutos después. Le doy mi número a Olive y Sunny aprovecha el abrazo de despedida mientras Jack va a por el coche para susurrarme que cualquier rumor que haya podido oír sobre una muestra de orina es una exageración. También jura que, si Jack y yo rompemos, se pondrá de mi lado, porque ya le caigo mejor que él.

Me río al lado de la puerta.

—Eso hace que me sienta culpable por haberte robado las almendras.

—Ah, no, deben ser de otra persona. Nada de frutos secos en esta casa, son demasiado... asquerosos.

En el coche, mientras yo estoy barajando la posibilidad de que Jack haya investigado, comprado y empaquetado un tentempié apto para diabéticos solo para mí, me pregunta:

—¿Adónde vamos a cenar?

—Oh. —Una sensación de alegría y sorpresa se agita en mi pecho ante la idea de que la noche aún no haya terminado—. Me gusta todo.

Se incorpora al tráfico.

—Excelente. Algunas de mis cosas favoritas están incluidas en esa categoría. Ahora dime lo que quieres comer tú.

Miro su perfil casi perfecto. No se ha afeitado en los últimos dos días, parece un poco cansado. Me pregunto si habrá tenido que madrugar, si llevará todo el día de arriba abajo, si no habrá comido nada desde el almuerzo. Es enorme, probablemente siempre tenga hambre. Mejor algo simple y en grandes cantidades.

—Hamburguesas —contesto.

Me lanza una mirada de *Buen intento*.

—Sí, Elsie, a mí me gustan las hamburguesas. Pero esa no era la pregunta. —Frunzo el ceño. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo es posible que *siempre...*?—. ¿Quieres que pare un momento para que así puedas salir y tener una pataleta en suelo firme?

Suelto un gruñido por lo bajini. A juzgar por su sonrisa, me ha oído perfectamente.

Vale. ¿Qué quiero? Bueno, queso. Siempre me apetece comer queso. Pero el queso no es una comida como tal, y los sitios donde podría serlo suelen ser demasiado lujosos, y...

—Dilo —me ordena.

—¿Qué?

—Lo que estás pensando.

—No estoy...

—Dilo.

—En serio, no estoy...

—Dilo.

—Queso —contesto casi gritando.

Me quedo sorprendida por mi reacción. Jack sonrío, satisfecho.

—Conozco el sitio perfecto.

—Me estás vacilando.

—Nop.

—No podemos... aquí no.

—¿Por qué?

—Porque...

Jack espera a que termine la frase. Soy incapaz de hacerlo, por lo que la omnipresente mano en la parte inferior de mi espalda me empuja hacia el interior de ese acogedor restaurante.

Es el Miel.

—Esto ya me parece cruel —señalo—, incluso para ser tú.

—Me habías subestimado, entonces.

—¿Serán dos? —La camarera nos saluda, alegre—. ¿Prefieren una mesa o un reservado?

Jack me mira como si fuéramos un cartel de la droga y yo fuera el cabecilla que tiene que aprobar cualquier decisión. Maldita sea, esto de la sinceridad es difícil. Las piernas de Jack son largas como torres, así que no creo que le guste la idea de estar en los sofás del reservado. Pero en las mesas hay menos privacidad, y tampoco creo que eso le guste mucho...

Se inclina hacia mi oreja.

—Deja de construir modelos de observación sobre lo que crees que me gusta a mí y sé sincera sobre lo que...

—Un reservado —digo de mala gana.

Salta a la vista que la recepcionista acaba de hacerse un recordatorio mental para avisar a nuestro camarero de que soy un bicho raro, pero su «Sígueme, por favor» es impecable.

—Excelente elección —murmura Jack mientras nos acercamos a la mesa del reservado, y yo no puedo evitar pensar en que la Elsie de hace dos

semanas, esa a la que le brillaban los ojos por albergar la esperanza de tener un futuro mejor, estaba sentada en este mismo restaurante frente a Jack, sopesando la posibilidad de meterse debajo de la mesa para taladrarle las rótulas. La Elsie de esta noche se queda boquiabierta cuando le escucha decirle a la camarera:

—Yo tomaré vuestra cerveza artesanal. Y ella la tabla de quesos.

Levanto una ceja.

—¿Qué ha pasado con lo de hacerme pedir *a mí* lo que quiero?

—La tabla de quesos es lo que quieres.

Sí que lo es, pero...

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Ikagawa la pidió la otra noche. Vi cómo la mirabas.

—¿Cómo?

—Con cara de estar viendo porno.

Se me escapa una carcajada.

—Vale, ¿quieres que sea sincera? Voy a ser sincera.

—Adelante.

—Brutalmente sincera. —Respiro hondo. Puede que sea por el reservado, pero casi tengo la sensación de que estamos solos en su apartamento otra vez. Solo nosotros dos. En la intimidad—. A veces, cuando no puedo dormir porque estoy nerviosa, busco imágenes de queso en Google y simplemente las voy... mirando. Miro fotos y más fotos de queso, y eso me da paz.

—Eso no es nada. —Dios, ese hoyuelo—. Todo el historial de YouTube de George son vídeos de gente explotándose granos.

Se me escapa la risa mientras estoy bebiendo agua.

—Por cierto, me ha dicho que no has querido darle mi número.

Llega su cerveza. Se empuja el interior de la mejilla con la lengua.

—Me vino una imagen mental muy perturbadora.

—¿Cuál?

—La de George recordándome a diario durante las próximas décadas que consiguió invitar a comer a la chica que me gustaba antes que yo.

Me río al imaginármela empezando su discurso de dama de honor con una frase tipo: *El diccionario define la palabra «segundón» como...*

Entonces me doy cuenta de quién sería la novia en esa boda y mi cara, de repente, parece un tomate. Guau.

—Vuelves a tener esa cara.

—¿Qué cara?

—De preocupada. —Busca las palabras, como si ni él estuviera seguro—. De estar alerta. De estar pensando demasiado.

Juego con la servilleta de tela.

—¿Cómo lo haces para saber siempre lo que pienso?

—Haciendo lo mismo que tú para averiguar lo que piensan los demás.

Frunzo el ceño.

—Yo solo observo. Intento prestar atención a lo que quiere la gente.

—Eso mismo hago yo. Excepto que a mí no me importa mucho lo que piensa la mayoría de la gente, pero a ti no puedo dejar de prestarte atención.

—Se encoge de hombros. Esa honestidad tan absoluta que lleva por bandera lo hace ser irresistible—. Así que te observo.

¿De verdad es tan sencillo? ¿Se limita a hacer eso y ya?

—¿Qué estoy pensando ahora?

—Tienes preguntas.

Me río.

—Esa ha sido una respuesta fácil.

—Pues sí. Haz las preguntas que quieras.

—Son un poco... —Exhalo mientras río—. No son las típicas preguntas para conocer mejor a alguien. No son... normales.

—No eres una persona normal. —Por como lo dice, parece lo contrario a un insulto—. Y prefiero que preguntes a que le des vueltas a cuál puede ser la respuesta.

Cierro los dedos en torno a su vaso y noto la condensación en la palma. Luego vuelvo a ponerme la mano en el regazo, húmeda y fría.

Vale.

—En casa de Monica, dijiste que no te iba mucho lo de salir con chicas. Y Olive me ha dicho lo mismo...

Se ríe.

—¿Olive?

—Puede que hayamos hablado un poco sobre tu vida amorosa. —Me sonrojo.

—Ay, Olive... —Asiente—. Ella y Adam son... Creo que quiere que los demás tengan lo mismo que ellos.

Asiento yo también. La conozco desde hace solo dos horas, pero es la impresión que me ha dado.

—No es que sea una norma que siga a pies juntillas, eso de «nada de compromisos, nada de citas, nada de comer pasada la medianoche». Tampoco es que haya renunciado a ello porque crea que el amor es una construcción capitalista ni nada por el estilo. —Se encoge de hombros—. Pero, cuando era más joven, tuve un par de relaciones en las que no buscábamos lo mismo, y... es mejor ser sincero. Así nadie sale herido.

—Comprendo.

Me imagino a un niño al que su madre le dice que ya no es su hijo. Luego crece y rechaza la idea de tener que decirle a una mujer que ya no es su novia. Tiene sentido que tenga esta determinación. También hace que se me encoja el corazón.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo?

—¿Sales con muchos chicos?

Sonrío.

—A eso me dedico.

—Cierto. ¿Cómo empezó eso?

—Bueno. —Vuelvo a trazar patrones en el cristal—. Fue en la universidad. Es una historia deprimente. No combina bien con el queso. —Suelto una risa nerviosa con la esperanza de que él también se ría.

En vez de eso, pregunta:

—¿Deprimente por qué?

Sinceridad. *Sinceridad*. Es algo que probablemente pueda gestionar.

—Porque... yo no era consciente.

—¿No eras consciente de que estabas saliendo con alguien?

—No. —Trago saliva—. No era consciente de que era fingido.

Su actitud cambia. Todavía está centrado en mí, todavía me presta atención, pero ahora es más cauteloso. Va con cuidado. Como si estuviera

en un campo de minas.

—¿No?

Nunca he hablado en voz alta de lo que pasó, ni siquiera con Cece, porque... todavía no estoy segura de cómo pudo pasarme *a mí*. Han pasado años y todavía no lo siento como mi historia. Siempre soy tan cauta, tan precavida. Y cuando me tropecé, no solo me raspé la rodilla: caí de morros y me rompí todos los dientes.

—Cuando estaba en segundo de carrera, un conocido se mudó a otro país. El piso en el que vivía aquí era barato, así que me quedé yo con su habitación. Ahí conocí a J. J., que era su compañero de piso. —Aparto el vaso—. Lo había visto por el Departamento de Física y me parecía un buen tío. Aunque sí que es cierto que iba camino de convertirse en experimentalista.

—Ahí deberías haberte dado cuenta de que no era un buen partido.

Me río.

—Pasamos casi un año entero ignorándonos educadamente. La situación ideal entre compañeros de piso. Luego rompió con su novia. —Suspiro—. Fue un lío. Típica ruptura de veinteañeros, ¿sabes? Todavía sentían algo el uno por el otro, pero ella había conocido a otra persona y... Lo único que sé es que, un par de semanas después, vino a recoger sus cosas y nos encontró cenando juntos mientras veíamos algo en la tele. Se puso como una fiera. Estaba muy celosa, lo cual me hizo mucha gracia porque estábamos sentados a tres metros de distancia y yo estaba comiendo garbanzos. No creo que haya comida menos romántica que esa. Pero así fue como a J. J. se le ocurrió la idea de fingir que estábamos juntos para que se pusiera aún más celosa y... no sé, ¿corriera por todo el aeropuerto de Boston para declararle amor eterno? El plan tenía algunas fisuras, pero dije que sí porque...

—¿Porque se te daba igual de mal que ahora decir que no?

—Eh, nada de pullitas. —Él sonríe y yo continúo—: Comenzamos la pantomima aquella y... no solo hacíamos el paripé en el campus, cuando ella estaba cerca. Se lo contó a todo el mundo: a sus amigos, a los míos... Y, aunque puede que no tenga excusa, en mi defensa diré que no hablábamos mucho del hecho de que todo aquello era mentira. Me llevó a

conocer a sus padres durante las vacaciones, estudiábamos juntos, me enseñó a jugar al Go...

Jack asiente lentamente.

—¿Cuánto tardaste en ser mejor que él?

—Entre poco y nada. Pero hacía como que no porque él tenía muy mal perder. Odiaba sentir que no era la persona más inteligente de entre todos los presentes, pero era bueno ocultándolo. En público era encantador, pero en privado las inseguridades salían a flote y...

—¿No era tan encantador?

—La verdad es que no. Era un egocéntrico, pero... tienes que entender que yo nunca había tenido muchos amigos. Siempre había sido la marginada, la que trataba de no llamar la atención, pero de repente estaba en el centro del universo de alguien. Estábamos todo el tiempo juntos. Pasaron unas semanas, luego seis meses. Empezó a besarme también en privado. Luego empezó a haber algo más que besos. Y luego quiso acostarse conmigo.

—¿Y accediste?

Tengo la boca seca.

—Sí. Accedí.

—¿Pero porque te apetecía?

—Pues... no es que *no* me apeteciera. —Paso el dedo por el mantel—. Lo que más me apetecía era que él tuviera una versión de mí que pudiera disfrutar.

Los ojos de Jack se cierran y, de repente, tengo miedo de lo que me voy a encontrar cuando los abra. Asco. Lástima, quizá. Puede que me esté juzgando. Pero no: al abrirlos solo veo ese marrón oscuro, el trocito de color azul y un montón de cosas más que no reconozco.

—Éramos Elsie y J. J., todo el mundo decía que hacíamos una bonita pareja, y yo me acostumbré. Leí los libros de *Dune* porque eran sus favoritos. Me autoconvencí de que los Dream Theater eran buenos. Le lavaba la ropa. Me corté el pelo porque a él le gustaba más así. Me sentía poderosa, como si por fin hubiera aprendido a ser un ser humano social. Había aprendido a hacer que la gente me quisiera. —Me humedezco los labios—. Entonces su ex le pidió volver.

La mandíbula de Jack se tensa. Su cuello también.

—Y te dio puerta porque vuestra relación era falsa.

Asiento.

—Ni siquiera estaba segura de si tenía derecho a sentirme dolida. Fue muy... confuso.

—¿Estabas enamorada de él?

Suelto una pequeña carcajada y niego con la cabeza.

—Para nada. Y eso debería haberme hecho las cosas más fáciles, ¿no? Saber que no había perdido al amor de mi vida, que solo era un tío que me gustaba porque sabía cómo complacerlo. Pero entonces me di cuenta de por qué me había afectado tanto. —Tengo que parar. Respiro hondo—. Me había esforzado *tanto*. Lo di todo para ser la Elsie perfecta que él quería y... —Me duele tanto que casi no puedo ni decirlo.

—Le diste una versión perfecta de ti, y aun así no te quiso —dice Jack prosaicamente. Casi distante. Como si yo fuera una singularidad gravitacional que se puede explicar, catalogar, predecir.

Durante un segundo, me quedo atónita por la razón que tiene. Luego me sorprende que me haya sorprendido.

—Y la conclusión que sacaste era que tenías que esforzarte más.

Asiento.

—Más o menos. —Llega la bandeja de queso, pero tengo el estómago cerrado—. La novia de J. J. no quiso que siguiera viviendo en el piso, y como el contrato estaba a nombre de él, tuve que mudarme. No tenía adónde ir y... Te ahorraré los detalles, pero fue un desastre. Me perdí exámenes, entregas... No aprobé suficientes créditos para mantener la beca. Mis notas de tercero fueron una mierda y es lo primero que aparecía en las solicitudes que envié para acceder al doctorado. Llevaba una década queriendo ser física y por culpa de... un tío cualquiera que ni siquiera era bueno jugando al Go casi no lo consigo. —Me obligo a coger un trozo de fontina. J. J. se puede ir a tomar por culo. El delicioso sabor me inunda la boca. Rico y suave, dulce y picante. Me hace olvidar que he estado a punto de ponerme a berrear como una niña de cuatro años en medio de un restaurante de lujo—. Pero mi mentor me salvó.

Jack se tensa.

—Tu mentor.

Asiento y cojo otro trozo.

—Laurendeau. —El hombre cuya carrera Jack arruinó de rebote. Intento no pensar en eso; ni en el artículo de Jack, ni en lo que diría el Dr. L. si supiera que estoy aquí con él. Me parece una buena forma de aprovechar mis fantásticas habilidades de compartimentación—. Él miró más allá de mis malas notas y las cartas de recomendación que decían que era un poco rara. Me dijo que tenía potencial. Me aceptó en el doctorado. Todo lo que he conseguido se lo debo a él.

Jack me estudia durante un buen rato. Luego exhala lentamente y asiente una vez, como si acabara de tomar una decisión difícil.

—Elsie...

—Me toca a mí hacer una pregunta —interrumpo. Ya no quiero hablar más de J. J. ni del Dr. L.—. Ya que estamos hablando de estas cosas...

Jack vacila, como si no estuviera listo para cambiar de tema.

—Dime.

—Olive también me ha dicho otra cosa. Que cuando sí sales con mujeres, normalmente es para... —No me atrevo a pronunciar las palabras. Pero no importa, porque Jack parece saber exactamente a lo que me refiero. Nos señalo a ambos—. ¿Es eso lo que quieres?

No responde enseguida. En lugar de eso, me estudia, serio, ilegible, impenetrable como hacía tiempo que no lo era. Y entonces, tras pasarse un buen rato eligiendo las palabras adecuadas, dice lentamente:

—Tú y yo no vamos a acostarnos...

—¿Ya saben lo que van a pedir? —nos interrumpe la camarera.

No volvemos a tocar ese tema. Y me pregunto por qué el nudo de alivio en mi estómago se parece tanto a la decepción.



FLUCTUACIÓN

De camino a la comida con Greg, lo que más siento es miedo, seguido de cerca por el odio a mí misma, la culpa y un impulso incontrolable de volver corriendo a casa y dejar que Eri me coma. ¿Qué pensará Greg de mí ahora? ¿Me odiará? ¿Creerá que lo he sacado del armario a la fuerza? ¿Querrá que le devuelva su dinero? Se lo merece. Venderé una córnea. O un pie. Lo que paguen mejor.

Resulta que no debería haberme preocupado, porque Greg esboza una gran sonrisa en cuanto me ve, y luego pregunta de forma sugerente:

—Conque tú y mi hermano, ¿eh?

—Ay, no. No, yo...

Estamos en nuestra cafetería de siempre, pero, aunque hoy me vendría bien algo de distracción, esta vez no hay niños pequeños gritando ni chorros de vómito ni trágicos malentendidos. Solo estamos la camarera, que lleva una camiseta con la frase «Respira si odias a Tom Brady», yo y Greg, que está guiñándome el ojo. Deseo para mis adentros que haya un terremoto tectónico, pero no surte efecto.

—Estamos... Jack y yo solo estamos... quedando.

Fuimos a cenar el jueves pasado, sí, y la noche terminó cuando me llevó a casa y contestó a mi «¿quieres que repitamos algún día?» con un exasperante «¿tú quieres?». Y luego nos pasamos el sábado por la tarde

buscando la versión novelada de *Se ha escrito un crimen* para Millicent y discutiendo sobre la validez de la teoría de cuerdas. («No se ha sacado ni una sola predicción experimental que se pueda probar.» «Todavía estamos trabajando en la parte matemática.» «Trabajad, trabajad, pero hasta que no me vengáis con un avance sustancial, eso del multiverso para mí es un cuento chino.») Bueno, claro, y también nos vimos anoche, cuando me llevó en coche a una conferencia de la Northeastern a la que iba a asistir de todos modos. («O puedes coger el metro y nos vemos allí, si te va el rollo de ver a gente masturbarse mientras mira los anuncios de Tropicana.») Después pasamos una hora en su coche criticando al conferenciante por decir que experimentar con las ondas gravitacionales era tirar el dinero.

Ahora es martes, y sí, he visto a Jack tres veces en la última semana, pero, si se lo dijera a Greg, daría por hecho que somos pareja, y no lo somos. Ni siquiera nos hemos cogido de la mano, a excepción de esa vez que casi me atropella un Honda Civic mientras me quejaba de la militarización de la ciencia. Me agarró de la muñeca, tiró de mí hacia atrás y no me soltó hasta que llegué sana y salva al otro lado de la carretera y hubimos recorrido media manzana.

Sea lo que sea lo que tenemos, va a paso lento. Permanece invariable, que dirían algunos. Puede que me haya sorprendido a mí misma pensando en besarle. Puede que me haya sorprendido a mí misma pensando en si Jack estaría pensando en besarme. Puede que haya estado analizando las cosas aparentemente contradictorias que ha ido diciendo («tú y yo no vamos a acostarnos»; «la chica que me gustaba»; «muy guapa»; «ya se me pasará») y haya tenido que montarme un esquema mental de todo para tratar de averiguar qué es lo que siente por mí.

Supongo que podría preguntárselo. Lo haré. Cuando esté lista.

—No es nada serio. Solo estamos... conociéndonos y... —Greg levanta una ceja y yo me desintegro. Espiritualmente hablando—. No sé. ¿Quizá?

Sonríe.

—Tuve un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

—Me hizo muchas preguntas sobre ti. Pensé que solo estaba actuando como el típico hermano mayor que se pasa siendo protector, pero, cuando

entramos en el terreno de «¿Elsie es más de invierno o de verano?», me di cuenta de que había algo más.

Me rasco la sien.

—Algo mencionaste.

—¿Sí?

—El día del diente. Cuando...

—Ah. Sí. —Suspira—. Lo cierto es que esa noche me lo pasé realmente bien. Tal vez debería incluir más drogas recreativas en mi vida.

—Greg, tengo la sensación de que, sin querer, provoqué que tuvieras que salir del armario con Jack, y lo siento mucho.

Niega con la cabeza.

—Lo curioso es que en Woodacre, antes de que un diente decidiera pudrirme los adentros, decidí que ya era hora de pedirle a mamá que me dejara en paz. Además, aunque tuviera octillizos, la abuela probablemente seguiría dejándoselo todo a Monsanto, solo por despecho. Y Jack nunca me ha supuesto un problema. Hacía tiempo que quería decírselo, y es bueno ver que ahora que lo sabe me sigue tratando igual. Nada ha cambiado, excepto que se siente fatal por no haber investigado antes sobre el espectro aromático y asexual, y se siente muy *muy* mal por el hecho de que le atraiga mi «novia». —Hace las comillas con los dedos y se ríe.

Quiero pulverizarme como si fuera bruma matutina y desaparecer en la nada.

—Greg... —*Sinceridad*—. Te entiendo, creo. Entiendo cómo te sientes con respecto a las relaciones. Porque yo tampoco estoy muy segura de lo que quiero. Y... me encantaría que siguiéramos siendo amigos.

—Perfecto. Porque después de haber estado a punto de mearte encima, hemos creado una conexión de por vida. —Sonríe—. Dios mío. ¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta?

—¿De qué?

—De que, si lo tuyo con Jack funciona, el tío Paul os va a seguir proponiendo hacer un trío hasta el día que se muera.

Cierro los ojos. Puede que sea yo la que acabe vomitando esta vez.

La comida con George no tiene nada que ver con la anterior. Tengo una hora entre clase y clase en la UMass, y acepta reunirse conmigo a las puertas del edificio en el que las doy. Así pues, no entiendo por qué me la encuentro dentro de mi aula un minuto antes de terminar la clase de Introducción a la Física que doy a las once de la mañana.

—Tenéis que entregar los ensayos sobre cosmología moderna antes de...

—Me trabo al verla entrar. Su abrigo morado destaca en contraste con la monotonía de la sala—. Antes de que acabe la semana. Dos páginas.

—¿Interlineado doble? —pregunta alguien desde el cúmulo de cabecitas que ocupa la última fila.

No sé por qué todo el mundo parece dispuesto a vender su alma por sentarse ahí, ya que no suelo pedirles a los alumnos que salgan a la pizarra y, siempre y cuando no hagan mucho ruido, finjo que no me doy cuenta cuando se ponen a hacer otras cosas. Una vez hubo un chaval que se pasó la clase de Mecánica Analítica metiéndole el dobladillo a unas cortinas y ni me inmuté.

Sacó un sobresaliente. Me alegro por él y por sus ventanas.

—Interlineado sencillo. La letra tamaño 12. —Se escuchan algunas quejas—. Por favor, no insultéis a mi inteligencia usando la fuente Algerian. Y no cambiéis los márgenes a 3,3 centímetros esperando que no me dé cuenta, porque lo voy a comprobar.

No lo voy a comprobar. De hecho, me limitaré a echar un vistazo rápido a las redacciones en busca de palabras clave mientras Cece pone algo de Noah Baumbach que, por desgracia, no será *Madagascar 3*. Mis alumnos se darían cuenta de lo patética que soy si supieran lo mucho que me apetece ponerles a todos un sobresaliente y ya.

—Y recordad: si incluís citas en el texto, que sean de fuentes académicas.

Alguien levanta la mano.

—¿Y si mi tío...?

—Como ya he mencionado en otras ocasiones, aunque me alegro mucho de que tu tío se licenciara en Biología en la Universidad de Delaware hace veintitrés años, *no* aceptaré como fuente académica sus comentarios durante la cena de Acción de Gracias. Nos vemos la semana que viene.

George se acerca a la tribuna.

—Menuda forma más entretenida de pasar el tiempo en la viña del Señor —me dice cuando llega a mi lado—. ¿Cuántas clases como esta impartes a la semana?

—Ah, solo unas cuatro o cinco mil. —Se ríe y me siento culpable al instante. Debería estar agradecida por tener trabajo. La alternativa es hipnotizar a mi páncreas para hacerle creer que puede fabricar insulina y vivir a base de sobrecitos de ketchup del Wendy's—. Pero tampoco está tan mal. Los estudiantes son geniales, y...

—¿Doctora Hannaway? —Una estudiante de segundo corre hacia mí bajándose el jersey para enseñarme el hombro—. ¿Podría comprobar si esto es solo un grano o...?

—Ya lo hemos hablado, Selina. No soy *esa* clase de doctora.

—Ah, cierto. Culpa mía.

—Tranquila. Ve a que te echen un vistazo en enfermería, ¿sí? —Sonrío. Por fuera. Por dentro, estoy deseando perpetrar una masacre—. Por favor, no digas nada —le ruego a George.

—Venga, vámonos. —Me coge por el codo—. Te mereces una comida de doce platos.

Me lleva a un café turco cerca del campus.

—Muy bien —dice entre dolmas—, creo que ambas sabemos la razón por la que te he pedido que vinieras.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. —Se inclina hacia delante con las manos juntas y la mirada clavada en la mía—. Jack es mi mejor amigo. Si le haces daño, me convertiré en Tonya Harding. Aunque probablemente no les tengas tanto aprecio a tus rodillas como Nancy Kerrigan, así que iré a por los nudillos. No podrás volver a coger una tiza sin experimentar un dolor insoportable. Tendrás que sujetarla con los dientes, y el silicato de magnesio hidratado te joderá el tránsito intestinal de por vida. —Se me hiela la sangre. Empiezo a planear mi huida a una aldea remota de Letonia. Necesitaré un rallador de queso para modificar mis huellas dactilares y tendré que teñirme el pelo de negro, luego de rubio y luego de castaño otra vez solo para despistar a la gente... Entonces George estalla en carcajadas—. ¡Dios mío, *qué cara has*

puesto! —La miro parpadeando—. Lo siento, ha estado *tan* fuera de lugar, pero es que no podía dejar pasar esta oportunidad.

Parpadeo de nuevo.

—Así que no me has dicho de vernos porque...

—Nop, nada que ver con Jack. Puedes arrancarle el corazón del pecho, asarlo y comértelo con un poco de crema de maíz si quieres. O sea, a ver, le tengo cariño, pero las relaciones son como los culos. Cada uno tiene el suyo y no hay que meterse en el de los demás, blablablá. —Tiene una sonrisa pícara—. ¿Me perdonas?

Le doy un sorbo a mi ayran.

—No pasa nada. Lo único que... Nancy Kerrigan es mi prima. Y a mi padre le diagnosticaron una enfermedad pulmonar causada por inhalación de tiza.

Se pone pálida.

—Dios mío, lo siento mucho. No era mi intención... Me siento fatal por... —Se percata de mi sonrisita—. Te lo acabas de inventar, ¿verdad?

Me encojo de hombros y le robo una de sus dolmas.

—No solo me pareces perfecta para Jack, también creo que quizá me acabes cayendo hasta mejor que él, y eso es *mucho* decir. En fin, el motivo por el que te pedí que quedáramos es este. —Aparta mi vaso a un lado. Luego deja un papel sobre la mesa.

Da un sorbo de agua mientras yo leo y leo, sin entender una sola palabra. La señorita Whitecotton, mi maestra de primaria, estaría muy decepcionada.

—¿Esto es un...?

Asiente.

—No, no puede ser... No he hecho ninguna entrevista.

—Pero llegaste a la ronda final de una del MIT. Alguien que prefiere mantener su anonimato, pongamos que se llama Jack, me dijo que se habían presentado más de trescientos candidatos. Voy a confiar en que tus credenciales son correctas y que no maquillaste el currículum al poner que tienes un doctorado en Física cuando, en realidad, lo máximo que te sacaste fue el bachiller en un colegio de monjas.

—¿Me... me estás ofreciendo un trabajo? ¿En tu laboratorio?

—Como postdoctorada. En concreto hay dos proyectos sobre cristales líquidos en los que me gustaría que trabajaras.

—Jack te ha obligado —digo en un tono un poco acusador.

—No. En mi relación con Jack, normalmente, y con «normalmente» quiero decir *siempre*, soy yo quien le obliga a hacer lo que yo quiero.

Tiene que ser mentira.

—A ver, te lo agradezco. Es muy amable por tu parte, pero ya le dije a él que no. Y ahora que estamos medio... No sería buena idea que...

—Espera. —Frunce el ceño—. ¿A qué te refieres con que ya le dijiste que no?

—Ya me ofreció el puesto.

—¿Que hizo *qué*? —espeta George. El camarero y otros quince comensales se giran hacia nosotras—. ¿Jack te ofreció un trabajo?

—¿Tú... no lo sabías?

—Eso es muy inapropiado. —Se tapa la cara con la mano—. No le puedes ofrecer *un trabajo* a la ex de tu hermano, por la que llevas meses perdiendo el culo. —El gesto se extiende a ambas manos—. Dios. *Hombres*. Incluso los buenos son...

—¿Me estás diciendo que no lo sabías?

—No. Y yo no le dije que estaba planeando ofrecerte un puesto. Los fondos provienen de mis subvenciones. Es un asunto *completamente* independiente de mi trabajo con él. —Suelta un gran suspiro—. Escucha, te seré sincera: no sabía quién eras hasta la semana pasada. Para mí solo eras la chica de la que Jack hablaba cuando se emborrachaba, pero he estado revisando tu trabajo. Es *bueno*, y me vendría muy bien tener a alguien como tú en mi equipo. Y antes de que preguntes: sí, a Jack también le vendría muy bien, pero yo soy *mejor*. —Se inclina hacia delante y señala una línea del contrato—. El puesto duraría tres años. Puedo pagarte casi el doble que los Institutos Nacionales de la Salud. Para mí, los cristales líquidos son un proyecto paralelo, por lo que lo dirigirías tú. Tu nombre aparecería el primero en todas las publicaciones. Sé que no tienes experiencia práctica, pero necesitamos a alguien que se sepa la teoría como la palma de su mano. Nada de dar clases, nada de fuentes Algerian, solo investigación. Aunque si

quieres seguir fingiendo que te gusta lo que haces, seguro que podemos encontrarte alguna asignatura que dar.

¿Por qué últimamente todo el mundo se empeña en recordarme todas las malas decisiones que he tomado en la vida? ¿Acaso tengo cara de ser la protagonista de alguna novela?

—¿Y Jack en todo esto...?

—No tiene nada que ver. No me malinterpretes, me alegro por vosotros. Bueno, por él. Estaba empezando a parecer un infeliz con todos esos sentimientos de melancolía mezclados con lujuria y suspiros de culpabilidad.

Me aclaro la garganta.

—¿Tendría seguro médico?

—¿Es que ahora no tienes? —Niego con la cabeza y ella pone los ojos en blanco—. Manda huevos. El sistema por el que se rige el profesorado adjunto es la undécima plaga de Egipto. Sí, claro, tendrás seguro médico. No tendrás que hacer esa cosa rara de las citas falsas.

Dignidad: desintegrada.

—¿¡Jack te ha contado eso!?

—Uy. —Hace una mueca de arrepentimiento—. Emm... no... se te... ¿nota en la cara?

Ahora soy yo la que se echa las manos a la cara.

—A ver, tuvo que hacerlo porque yo tenía entendido que eras bibliotecaria. Pero créeme, aquí no se juzga a nadie. Me pagué el máster trabajando de asistente personal para uno de los amiguets de Elon Musk. Y volviendo a lo de la oferta: lo más importante es que tres teóricos del MIT se van a jubilar en los próximos cinco años. Tú serías la primera en la cola para sustituirlos.

—No hay nada que garantice que...

—No hay nada que garantice que no vaya a aparecer una aspiradora poseída por el demonio que nos succione a todos de la superficie de la tierra. —Duda un segundo, como si estuviera decidiendo si añadir algo—. Elsie, sé que no debe de ser fácil tener que aceptar un trabajo de alguien que te ha robado el que querías, pero te doctoraste hace menos de un año. Eres muy joven como para competir por puestos titulares. Sinceramente, me

sorprende que seas adjunta. La investigación es tu fuerte y deberías centrarte en hacer currículum, no en revisar los granos de los estudiantes.

Tiene sentido, y quiero aceptar lo que me ofrece: suficiente dinero como para no preocuparme por el dinero, una oficina donde colocar en fila mis Funko Pops y tres años de tranquilidad. Sin embargo...

—¿Te importa si antes lo hablo con mi mentor?

—Claro. ¿Quién es?

—El doctor Laurendeau, de la Northeastern.

De repente, tengo la sensación de que una nube se ha cernido sobre nuestras cabezas. George, que en todo momento ha tenido un aura de determinación y confianza, de pronto retrocede y se golpea con el codo en el respaldo de la silla.

—¿*Christophe* Laurendeau? ¿Jack lo sabe?

—Sí. ¿Por qué?

—Eh... Por nada. —Sacude la cabeza. La luz de sus ojos se ha apagado —. Pero no necesitas pedirle permiso. Es *tu* futuro. *Tu* carrera. *Tu* decisión.

Mi carrera, sí, pero si tengo una es gracias a que el Dr. L. se fijó en mí.

—¿Para cuándo necesitas una respuesta?

—Puedo esperar dos o tres semanas como máximo. Después tendré que empezar a buscar a alguien para cubrir el puesto.

Asiento. *Acepta el trabajo*, insiste una voz codiciosa y cansada en mi interior. Es la parte de mí que ansía poder comer esas patatas fritas con parmesano que cuestan cinco pavos la ración y que está harta de recordarles a los estudiantes que las respuestas se tienen que marcar con una cruz *dentro* del cuadradito, y no rodeándolo con un círculo. *Roba un cartucho de tinta de la impresora de la Universidad de Boston y consigue que te despidan. Entonces no tendrás más remedio que ir a trabajar para George. El Dr. L. tendrá que asumirlo.*

—Entonces —dice ella—, aparte de ofrecerte trabajo, ¿qué otras cosas escandalosas y totalmente inapropiadas te ha propuesto Jack? ¿Celebrar la ceremonia matrimonial durante la reunión del claustro? ¿Añadir guiones con carácter retroactivo a todas tus publicaciones académicas para que estén a nombre de Hannaway-Smith-Turner? ¿Daros mimos desnudos en la biblioteca del MIT?

Casi le escupo mi ayran encima sin querer. Pero no habría pasado nada porque un poco sí que se lo merece.

OceanofPDF.com



19

IMPEDANCIA

El viernes por la noche me pongo un vestido.

No es que sea elegante. Es como un jersey largo de punto trenzado que mi prima le dio a mi madre porque le quedaba demasiado largo, y que mi madre me dio a mí porque le quedaba demasiado pequeño. Lo complemento poniéndome el único pintalabios que tengo, el único rímel que tengo, el único delineador de ojos que tengo y un par de medias hasta el muslo. Me rizo el pelo yo sola, maldiciendo en voz baja cada vez que me quemo el lateral de la mano, para que Cece no me oiga.

La cosa es, querida lectora, que me oye de todos modos.

—Esto es un giro argumental al más puro estilo M. Night Shyamalan — me dice desde la cocina, donde se está sirviendo leche en un cuenco—. ¿Ves gente muerta? Dios mío, ¿estoy muerta yo?

—Cállate. Me arreglo muy a menudo.

Mueve la cuchara en mi dirección.

—No para ir a una cita.

—En realidad...

—No para ir a una cita *de verdad* con tu archienemigo profesional y hermano del chico con el que solías fingir que salías. No hace tanto le deseabas que se hiciera un corte feo con un papel y acabara estirando la

pata, pero ahora te gusta lo suficiente como para arreglarte ese remolino que tienes en la nuca.

Suspiro.

—Gran sinopsis de mi vida.

—Gracias. Si alguna vez necesitas una biógrafa... —Añade los cereales de chocolate *después* de la leche, como la criatura sin sentido que es—. ¿A dónde vais a ir?

—A una cena con sus amigos. Tiene un círculo social muy activo, lo que me recuerda que hubo un verano en el que mi mejor amigo fue una sandía con ojos de plástico, y eso me destroza por dentro.

—¿Cuando ibas a primaria?

—Secundaria.

—Uf, eso duele. Bueno, ahora me tienes a mí. Lista para llamar a las fuerzas de seguridad si no vuelves a las ocho y media. ¿Puedo? Siempre he querido denunciar una desaparición. —Sostiene la cuchara como si fuera un teléfono—. No, agente, no tenía enemigos, pero formaba parte de un extraño conflicto sectario que solo alguien con un doctorado en Física podría llegar a comprender. Fue vista por última vez retozando con un tío grandote en un baño portátil el Día de San Patricio. Sí, esperaré.

Me río.

—Mándame un mensaje antes de llamar a Liam Neeson. Y puede que llegue más tarde, pero no voy a pasar la noche.

—¿Nunca?

—Nunca.

Ahoga un grito. La cuchara repiquetea.

—¿No le dejas meter el cucurucho por haber escrito ese artículo? ¿Su yo de diecisiete años le está boicoteando el polvo al de ahora?

Frunzo el ceño: ante su uso de la palabra *cucurucho* y ante el recordatorio de que, sí, el chico con el que salgo hizo eso. Y no es que se me olvide, no. Es que me parecen dos realidades totalmente incompatibles. Por un lado, la forma de ser de Jack cuando estamos juntos: amable, divertido e incluso admirador de mi trabajo; y, por el otro, el hecho de que hace quince años...

—¿Elsie? ¿Es eso?

—No. No, es solo que... no tiene pensado acostarse conmigo.

Abre los ojos de par en par.

—¿Acaso tú sí tienes pensado acostarte con él?

Puede. Probablemente. No. ¿Debería? Quiero hacerlo. Tengo miedo. Puede.

—Tengo que irme —contesto.

Me muerdo el interior de la mejilla y cojo el bolso. Luego me detengo en la puerta cuando Cece dice:

—Eh, Elsie. —Me doy la vuelta—. Estás muy guapa esta noche. —Sus grandes ojos me lanzan una mirada afable—. Incluso más que de costumbre.

Sonrío. Creo que sigo siendo del montón, como siempre, pero ahora mi corazón está animado; animado gracias a Cece, esta personita extraña y preciosa que no sabe leer relojes analógicos ni distinguir entre izquierda y derecha, que ha estado a mi lado en las buenas, en las malas y en las peores durante los últimos siete años. Por un momento, me muero de ganas de abrir la boca y decir: *Odio las películas bohemias. ¿No podríamos ver una comedia romántica de vez en cuando? ¿Riverdale? ¿Literalmente cualquier temporada de las Kardashian?*

En vez de eso, lo que sale es:

—Eso de echarte la leche antes que los cereales es de ser un bicho raro, pero te quiero igual.

Salgo mientras ella me hace una peineta. Entonces me suena el móvil, y ahí es cuando mi noche se derrumba como un castillo de arena.

En mi defensa diré que, si contesto, es porque creo que es Jack, que llama para decir que va a llegar tarde, o que yo estoy llegando tarde, o que alguien le ha dado un martillazo en el lóbulo frontal y la lesión cerebral resultante le ha hecho darse cuenta de que no quiere verme nunca más. Un trágico error de cálculo por mi parte, porque:

—Elsie, por fin. Tienes que venir a casa *ahora mismo*.

—¿Mamá?

—Lance ahora está con Dana. Y Lucas le ha dado un puñetazo después del partido de fútbol. Lo ha visto todo el mundo.

Madre mía.

—Pero ya hablé con ellos la semana pasada. Lance me dijo que no estaba interesado en...

—Te mintió, Elsie. Me decepciona que no te dieras cuenta.

—Pero... —Exhalo y salgo del edificio—. Parecía sincero.

—Por eso tienes que *venir a casa* y ayudarme a resolver este tema. Llevo mucho tiempo acumulando tensión. Ay, mis pobres nervios...

—Mamá, no puedo. Para empezar, no tengo coche. Y además están las clases.

—Encuentra a un profesor que te sustituya.

—Eso no... No voy... Mamá.

Veo el coche de Jack. Hace mucho frío fuera. Todos mis instintos me gritan que primero termine la conversación, pero no puedo resistirme a subir. El asiento ya está calentito, el pelo de Jack aún está húmedo y se le riza a la altura del cuello. Parece recién afeitado y huele divinamente. Es un aroma como el del jabón que venden en las boutiques de lujo. A eso olía el hueco de su cuello el día que dormí acurrucada en sus brazos.

Dame un minuto, digo moviendo los labios pero sin hacer ruido. Él asiente. Mamá no para de hablar de que Lance es un incomprendido, de que Lucas es muy sensible, de que papá está ocupado con el trabajo y de que las malvadas señoras de la iglesia seguro que se alegran de ver el declive a la otrora preciada familia Hannaway. Mientras tanto, Jack se queda mirando la ropa que llevo y que asoma por debajo del abrigo. El vestido se me sube hasta quedar a medio muslo cuando me siento. Sus ojos siguen la línea del dobladillo y se detienen al llegar a mis rodillas. Se quedan ahí durante más rato de lo que se podría considerar educado. Entonces se le mueve la nuez y gira la cara. Levanta los hombros, luego los deja caer, y arranca y sale del aparcamiento, mirando a cualquier sitio menos a mí.

Vaya.

—Mamá, tengo que dejarte. Les llamaré mañana e intentaré convencerles de que... no hagan cosas ilegales, al menos.

—No puedes resolver esto a distancia.

Suspiro.

—Haré lo que pueda. Sinceramente, no estoy segura de poder resolverlo. No estoy segura de que exista *alguien* que pueda.

Mamá ahoga un grito, indignada.

—¿Cómo puedes ser tan *egoísta*, Elsie?

Espiro lentamente.

—No creo que esté siendo egoísta. Ayudaré en cuanto pueda, pero los dos han llegado a un punto en el que ya no quieren escuchar a nadie y...

—Increíble —dice, y luego... nada.

Absolutamente nada.

—Jack.

—¿Sí?

—Si estoy hablando con alguien y de repente oigo la señal de línea ocupada... ¿qué significa?

Me mira.

—Por cómo me lo preguntas, diría que ya lo sabes.

—Dios mío. —Me he quedado sin palabras—. Mi madre me acaba de colgar.

Asiente.

—¿Debería sorprenderme? ¿Esas cosas no ocurren en las familias estructuradas?

—Pues... no lo sé. ¿Tu padre te cuelga?

—¿Tiene mi número acaso?

Me río e intercambiamos una mirada de desamparo mezclada con humor. Si es que somos tal para cual, de verdad.

—Es la primera vez. —Siento que me pesa el estómago—. Normalmente le gusta mi forma de ser. O finge que le gusta.

Jack me mira con su cara de *Veo tu verdadero yo*. No estoy acostumbrada a que mamá esté tan enfadada conmigo. Me siento fatal, como si toda mi alma estuviera esforzándose por pasar una piedra por el riñón, y, de repente, la idea de salir a cenar no me apetece nada. *Te vendrá bien*, me digo. *Te caen bien sus amigos. Y la risa es la mejor medicina. O los opiáceos.*

—¿Te apetece contarme qué ha pasado? —pregunta con delicadeza mientras conduce el coche por Boston y sus estrechas callejuelas de sentido único.

—Mi familia es... un cuadro.

—¿Más que la de una docena de personas que llevan camisetas con monogramas y se pasan la vida sobrevolando a una nonagenaria como si fueran buitres, con la única esperanza de que caiga muerta y unos cuantos fajos de billetes acaben en sus manos?

—Mi familia haría lo mismo, si hubiera dinero en juego. Si le pasara algo a mi abuela, mis hermanos se pegarían por ver quién se queda con el pack de seis cervezas que se habría dejado en la nevera.

—¿Por eso se pelean? ¿Por la cerveza?

—Ojalá. Es... —Pongo los ojos en blanco. Es tan absurdo que me cuesta hasta decirlo—... por una chica.

—Una chica.

—Bueno, ahora ya es una mujer. Pero era una chica cuando todo empezó.

Frunce el ceño.

—¿Qué edad tienen tus hermanos?

—Son mayores que yo. Y la verdad es que creo que la culpa de todo este lío viene de las encefalopatías traumáticas. Los dos jugaban en un equipo de fútbol americano y se hicieron papilla el cerebro. Había setenta millones de animadoras con las que podrían haber, no sé, jugado a Dragones y Mazmorras bajo las gradas, pero no, decidieron elegir a la misma: Dana.

Sus labios se curvan.

—No creo que sea eso lo que la gente hace bajo las gradas, Elsie.

—Son mis hermanos, ¿vale? A efectos de esta conversación, se han estado peleando por el derecho exclusivo a asistir a las clases de *decoupage* de Dana. Y lo más ridículo es que se creen protagonistas de algo tipo *Leyendas de pasión*. Ambos piensan que el gran amor de su vida está condenado al fracaso por culpa de su gemelo malvado, pero la realidad es que desde fuera es muy evidente que aquí nadie quiere a nadie. El noventa por ciento de la dopamina que genera el cerebro de Dana es gracias a que dos tíos se están peleando por ella. A mamá solo le importa lo que piense la niñera de la hermana del marido de su prima, y no le preocupa lo más mínimo que se zurren siempre y cuando lo hagan en privado. Y lo triste es que Lucas y Lance solían ser uña y carne. Se divertían tratando de convencerme de que el bálsamo labial estaba hecho de esperma de

dromedario para que me entraran arcadas. Pero ahora... se han olvidado de que son hermanos, han olvidado por qué les gusta Dana siquiera. No son más que pollos picoteándose entre ellos como si fueran dos átomos de hidrógeno y Dana fuera el electrón que se van robando el uno al otro. Pero ambos son no metales y, aunque desearían poder quedarse ese electrón para ellos solos, resulta que tienen la misma electronegatividad, así que va a ser que no, se siente. Y volvemos a la casilla de salida cada seis putos meses.

—¿Y dónde entras tú? —pregunta Jack con tono calmado después de mi ataque de gritos.

Me siento mal por haberle contado mi vida entera. Ni que estuviera hablando con Oprah o algo. Debería estar haciéndole pasar un buen rato, no esto.

—Mamá me manda para negociar la paz. —Me rebullo en el asiento. Los ojos de Jack se desvían hacia mis piernas. O puede que me equivoque; el coche está oscuro y no veo muy bien.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que me dices, tus hermanos tienen problemas entre ellos. —Asiento—. ¿Por qué te manda *a ti*?

—Porque... Es que... Me... —Es una pregunta tipo *¿Por qué el cielo es azul?* Pues por la dispersión de la luz solar a través de la atmósfera, obvio—. Es mi familia.

—También es la familia de tu madre. Y la de tu padre. Y la de tus hermanos. Y, sin embargo, ellos están cómodos con la idea de no abordar el tema y pedirte que te encargues *tú*.

Gira a la derecha y las luces de la camioneta que viene en nuestra dirección le dan en la mandíbula en el ángulo perfecto. No puedo evitar pensar en lo guapo que es, en lo grave que es su voz, en lo bien que huele. ¿Qué quiere sacar este hombre con esto? *¿De mí?*

—Lo hago porque se lo debo.

—¿Estás segura?

—Sí. Tú no lo entiendes. Les he dado muchos quebraderos de cabeza a lo largo de mi vida. Mi diagnóstico les dio muchos problemas. Tuvieron que gastarse un montón de dinero por culpa de mis problemas de salud. Se

lo debo. —Se me revuelve el estómago. Ahora mamá está enfadada conmigo. Soy una ingrata.

—Así que, resumiendo: como tu páncreas dejó de producir insulina cuando eras pequeña, ¿ahora le debes a tu familia un trabajo emocional digno de una doula?

Dicho así suena fatal. Francamente horrible. Pero claro...

—Sí, más o menos.

—¿Qué piensa tu familia de tu situación laboral?

—Ah, eso. —Me encojo de hombros—. Poca cosa. —No tenía pensado dar más explicaciones, pero se me queda mirando con la ceja levantada y quiero que vuelva a prestar atención a la carretera—. No les cuento demasiado.

—¿No les hablas de tu vida?

—No me refería a eso. —Aunque no, no les hablo de mi vida—. Lo que pasa es que... soy la primera de mi familia que va a la universidad.

—Hay muchos académicos cuyos parientes nunca fueron a la universidad y que, aun así, pueden contar con su apoyo.

Pongo los ojos en blanco, pero no porque no crea que tiene razón ni porque no me duela el corazón de pensarlo.

—Adelante, hazlo.

—¿Que haga qué?

—Te mueres de ganas de psicoanalizarme.

Ni siquiera oculta lo entretenida que le parezco.

—¿Eso crees?

—Es obvio que tienes algo que decir.

—Em...

—Dilo y ya.

—¿Que diga qué?

—Que no le hablo a mi familia de mi trabajo porque soy incapaz de hacerles ver que soy más que la suma de las formas en las que puedo serles útil. Que si muestro mi verdadero yo, con sus necesidades y deseos, corro el riesgo de que me rechacen. Que he utilizado mi capacidad para ocultar quién soy como un antiséptico emocional y, en el proceso, me he convertido

en una marioneta. O en una sandía a la que le han pegado unos ojos de plástico.

Sigue conduciendo en silencio mientras vamos dejando atrás la luz de las farolas y, a medida que pasan los segundos, empiezo a pensar que he hablado demasiado, que he mostrado demasiado, que he sido demasiado yo. Pero entonces:

—Bueno. —Su sonrisa es cariñosa. Tierna—. Mi trabajo aquí ha terminado.

Cierro los ojos y dejo que mi frente se deslice por la ventana: la piel caliente contra el cristal frío.

—Sé que estoy fatal.

—¿Sí?

—Sí. Pero es que... no sé cómo parar.

—Entonces puede que mi trabajo no haya terminado. Así que será mejor que no te vayas muy lejos. —Me giro para comprobar si su expresión coincide con su tono: una mezcla entre burlón, dulce, divertido, esperanzado y otras cosas que jamás podré comprender.

Entonces me doy cuenta de dónde estamos.

—Esta es tu casa.

—Sip.

Aparca. No, aparca *marcha atrás*. Sin derramar lágrimas, gotas de sudor ni una letanía de *joder mierda joder*. Le odio.

—¿Te has olvidado algo?

—Nop.

—Entonces, ¿por qué...?

—He pensado que es mejor que nos lo tomemos con calma esta noche. Para poder estar relajados.

—¿Y tus amigos?

—Pueden entretenerse ellos solitos.

—Pero nos están esperando.

—No. Les he enviado un mensaje.

—¿Cuándo?

—Cuando te has puesto a comparar la relación entre tus hermanos con un enlace covalente apolar.

—Pero... ¿por qué?

—Porque es evidente que no estás de humor. Y probablemente has pasado una semana dura en el trabajo. Y has tenido comidas que casi se podrían considerar no consentidas con dos personas que sé a ciencia cierta que son como un grano en el culo. Creo que es mejor que nos quedemos en casa. —Apaga el motor—. Nosotros dos solos.

—Pero... —Miro su edificio. A diferencia del mío, no parece que esté a veinte minutos de ser declarado no habitable y a treinta y cinco de ser engullido en un incendio provocado por los cables expuestos—. ¿Qué vamos a hacer?

Oigo la sonrisa en sus palabras.

—Se me ocurren un par de ideas.

—Vale, entonces *Amanecer* es la primera.

—¿Qué? No. La primera es *Crepúsculo*. Si no se llamaría la saga *Amanecer*.

—Ajá. ¿Quieres una manta?

La luz es tenue, pero Jack puede ver cómo niega con la cabeza mientras doblo las piernas y me siento encima de ellas. El chocolate caliente que me ha preparado está en la mesa de centro, junto a una Heineken que es para él, y al llegar me ha parecido que subía el termostato después de haberme visto temblar en el pasillo por el frío. Voy demasiado arreglada, demasiado maquillada y demasiado peinada para una noche de sofá, peli y manta. Pero me da igual.

—Vale. —Coge el mando a distancia y se sienta a mi lado, cerca pero no lo suficiente como para sentirme intimidada. No llega a tocarme, pero noto que el cojín se hunde y el aire a mi alrededor es más cálido. Más denso.

—No me puedo creer que tengas todas las pelis de *Crepúsculo*.

—Necesitaba comprobar a qué venía tanto alboroto.

—Has comprado los Blu-rays. ¿Quién compra Blu-rays?

—La gente que no encuentra los VHS.

Me lo quedo mirando. Estudio sus ojos, tan extraños y bonitos.

—¿Cuántos años tienes, para ser exactos?

—Setenta y tres.

Me río.

—No, en serio.

—Diecisiete.

—Tienes treinta y tres años, ¿no? Treinta y dos. ¿Treinta y cuatro?

—Ay, ay... Seguro que te encantaría saberlo.

—Dame una pista. ¿Qué es lo que más recuerdas de tu infancia? ¿El blandiblu? ¿Los móviles con antena extraíble? ¿Las pinzas de pelo en forma de mariposa? ¿La gente muriendo de peste bubónica?

—Puedes reírte tanto como quieras de mi colección *Crepúsculo Forever*, pero he visto cómo la miras.

—¿Con un interés cortés pero indiferente?

—Con una descarada y codiciosa lujuria, porque sabes que incluye material extra como el corto *Edward viaja a Italia*.

Me vuelvo a reír. Es agradable estar aquí. Se está calentito.

—Bueno, y ¿qué sabes sobre las pelis?

Tamborilea con los dedos sobre su rodilla.

—Incluyen imágenes de una niña espeluznante generada por ordenador que se llama Elizabeth...

—Renesmee.

—... y me suena que haya algo de pieles brillantes, ¿puede ser? ¿Y monos araña?

—También hay béisbol vampírico.

—Fantástico.

—Vale, ahora en serio. —Me giro un poco hacia él—. ¿Crees que las vas a detestar?

—Probablemente. Pero no más que la de *2001: Una odisea del espacio*.

—¿Qué te suele gustar a ti?

—Sobre todo, persecuciones de coches que desafían las leyes de la física. Gente escalando edificios. Monstruos espaciales. —Se encoge de hombros—. George las llama «películas de hombre blanco rabioso».

—Vale, bueno, podemos ver una de esas. *Vengadores: Infinity Endgame* o una donde salga La Roca. Quiero decir, no hay que dejar siempre de lado lo que *tú* quieres, ¿no?

—¿Qué tiene que ver?

—Nunca nos centramos en eso.

—Porque a mí no me cuesta pedir lo que quiero.

—Eso ha sido un golpe bajo —murmuro resentida.

—Para nada, yo siempre apunto de cintura para arriba.

Juego con el dobladillo de mi vestido.

—Puedo comprender que quieras ayudarme a recuperar mi individualidad, pero, si vamos a ser amigos, deberíamos hacer cosas que también te gusten *a ti*. Si no...

—Elsie. —Me pone una mano en la barbilla y la levanta hasta que lo miro a los ojos—. Ya lo estás haciendo. Lo estamos haciendo. —Le aguanto la mirada hasta que no puedo soportarlo más, entonces me libero.

—Vale, está bien. —Trago saliva. Dos veces—. Aun así, no hacía falta comprar la colección.

—Ya te he dicho que...

—No, me refiero a que... —Mis mejillas están ardiendo—. Están en Netflix. Y en Prime.

Le quito el mando de las manos antes de que me pregunte que cómo lo sé. Y entonces hago como que no veo que a ratos se me queda mirando con una sonrisa en la boca. Mientras me bebo el chocolate caliente, voy soltando risitas como respuesta a sus comentarios: «Es todo como muy verde, ¿no?», «¿Esta gente todavía va al instituto?» o «¿Qué le pasa a esa botella de ketchup?».

Hacia la mitad de la película, aparco la revolución hormonal que me provoca esa angustia adolescente paranormal y miro a Jack. Está estudiando lo que pasa atentamente, como si fuera un documental sobre física de las no-partículas.

—Te prometo que no voy a hacerte un examen después —le digo—. Puedes mirar el móvil. Dormirte. Poner los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que hace la gente cuando ves *Crepúsculo* con ella?

—Es que nunca lo hago.

—¿Nunca haces qué?

—Verla con gente. —Nunca paso tiempo con otra gente haciendo cosas que *a mí* me apasionan—. Suelo verla pirata desde el portátil mientras

proyecto un aura de culpabilidad. Una vez Cece entró en mitad de *Eclipse*. Apagué el monitor y le juré que me estaba masturbando viendo *hentai* de hermanastros.

Sus labios se curvan.

—¿En vez de a Bill Nye?

—No se me ocurrió en ese momento.

Vuelve a mirar a la tele y yo noto que algo se me remueve por dentro. Siento que me nace un sentimiento que me hace sentir incómoda. Entonces digo:

—Eh. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. Gracias.

—¿Por sugerirte lo del porno de Bill Nye?

—No. Por... —Me cuesta encontrar las palabras, pero lo acabo consiguiendo—. Por tener suficiente interés en mí como para ver mi película favorita conmigo.

Me inclino hacia delante con la intención de darle un beso en la mejilla, pero al entrar en su espacio personal algo pasa y...

Cambio de planes. Me quedo quieta.

Jack está calentito. Huele bien, su tacto me resulta familiar y es de lo más real que tengo en mi vida. Así que me quedo ahí. Simplemente porque estoy a gusto. Y no me muevo ni siquiera cuando se gira hacia mí y su boca queda tan cerca de la mía que casi tengo la certeza de que esto está a punto de tomar otro rumbo. El rumbo a un *beso*.

Él espira.

Yo inspiro.

Levanta la mano. Me agarra de la nuca para que no me mueva. Cierro los ojos. Se me extiende un calor por el estómago, me arde la piel, mi corazón bombea con fuerza.

Por fin, un beso que deseo. Porque, ay, si lo deseo... Deseo que...

—No —dice. Sus labios casi rozan los míos al moverse—. No.

Me suelta bruscamente. Abro los ojos y está en el borde del sofá, a un metro de mí, mirando hacia otro lado.

—¿Jack?

Tiene la espalda rígida. Se frota los ojos mientras murmura algo que suena muy parecido a «Es demasiado pronto» y, de repente, siento frío y

pánico.

—No era mi intención... —Alargo la mano y se la pongo sobre el hombro. Se aparta al instante y me doy cuenta de que esa no es la forma correcta de pedirle perdón por invadir su espacio personal.

—Elsie, necesito que no me toques durante un momento. —Se levanta y se pone junto a la ventana mientras se frota la boca con los dedos.

En la tele, Bella está llorando. Yo también tengo ganas de llorar. Me muero de vergüenza. Siento tanto bochorno que con él sería capaz de producir energía como para abastecer a un país europeo de tamaño medio.

—Lo siento —le digo mirando sus hombros tensos—. Es posible que... —*Sinceridad. ¿Se puede una pasar de sincera?*—. Es posible que me sienta atraída por ti.

—Joder —exhala. Se da la vuelta y se pasa una mano por el pelo. Nunca le había visto angustiado—. Joder —repite en voz baja, y yo me pierdo.

¿Qué he hecho? No era mi intención que...

Respira hondo. De repente es aún más imponente.

—No voy a follar contigo —me promete en voz baja, casi hablando para sí mismo.

—Me... —No tengo ni idea de qué responder a eso—. Estoy... —¿Confundida? ¿Sintiéndome rechazada, tal vez? Pero es que yo no le he pedido *eso*. Está dando por hecho muchas cosas basándose en un par de segundos de proximidad, y me siento tentada de hacérselo ver, por eso me sorprende tanto cuando lo que sale por mi boca son palabras con un leve resentimiento—. Lo sé. Ya me habías comentado que no estabas interesado.

Suelta una carcajada.

—Nunca he dicho eso.

—En el restaurante dijiste que no querías acostarte conmigo.

—Dije que tú y yo no *íbamos* a acostarnos.

Frunzo el ceño.

—Es lo mismo.

—No, no lo es.

Mi mente va a mil por hora porque no entiendo nada. Hasta que lo entiendo todo y mi cuerpo entero se enciende por los calores.

—¿Así fue como interpretaste mis palabras? —pregunta incrédulo—. ¿Como una falta de interés?

Me encojo de hombros, como si no fuera importante. Como si no me hubieran calado hondo.

—Crees que no *quiero* follar contigo —dice, tan tajante como siempre.

—¿Por qué si no?

—Por qué si no...

Me aclaro la garganta.

—¿Por qué si no dirías que no vamos a acostarnos?

Jack niega con la cabeza. Tiene la mandíbula tensa y un aire de obstinación, como si todo aquello fuera una regla que se ha impuesto a sí mismo, algo a lo que le ha dado muchas vueltas.

—Es lo mejor para ti. Para nosotros. Ahora mismo.

—Perdón, acabas de... —Me aclaro la garganta de nuevo—. ¿Acabas de *informarme* de que no vamos a acostarnos porque es lo mejor para *nosotros*?

Asiente una única vez, como lo haría ante un hecho conocido e irrefutable. *Las moléculas de agua ralentizan la luz*. Y entonces es cuando me pongo de pie, indignada.

—Entiendes que esto debería ser el resultado de una conversación entre dos personas, ¿verdad? —Voy descalza. Es mucho más alto que yo y mi cuello protesta por ese ángulo tan antinatural—. No puedes tomar decisiones sin dar explicaciones.

—Lo cierto es que sí, puedo.

La forma en que se inclina hacia abajo tampoco debe ser cómoda. Estamos compartiendo un metro cuadrado de espacio. Cruzados de brazos. Sin sonreír. Hace un segundo estábamos bromeando en el sofá. ¿Qué coño...?

—Me parece increíble que tengas un comportamiento tan paternalista. No puedes dar por hecho que sabes lo que es mejor para...

—Está bien. —Avanza hacia mí y juraría que puedo sentir cada uno de los milímetros que nos separan—. ¿Qué tengo que hacer para que te corras?

Creo que... lo he entendido mal.

—¿Qué?

—¿Qué te da placer? ¿Qué te apetece que haga? ¿Cuáles son tus necesidades? —Sus ojos son un pozo negro en la penumbra de la habitación —. ¿Qué tengo que hacer para que te corras?

Sacudo la cabeza. Edward se mueve a la velocidad de la luz para salvar a su amada, y mi mente va a ritmo de caracol.

—¿Perdón?

—Me has dicho que era paternalista por mi parte no discutir contigo las cuestiones relacionadas con el sexo. Así que vamos a hablarlo. —Este es el Jack de nuestro primer encuentro: desafiante, inflexible, exigente—. A menos que te haga sentir incómoda. Lo cual sería una señal de que tal vez también sea mejor para ti no tener esta conversación, pero...

—No es eso —me apresuro a decir.

Pero quizá sí, un poco. No hablo mucho de sexo con la gente. Solo con Cece, y sobre todo en términos de lo que hacían las monjas del siglo XIV cuando supuestamente se iban a cuidar del huerto. Pero no tiene nada que ver con la *comodidad*. No hablamos de sexo por la misma razón que no hablamos de las acciones en bolsa: porque no tenemos.

—Entonces dime —insiste. Su mirada cambia y adquiere un aspecto casi desafiante. Es como si, por una vez, esto no fuera uno de sus juegos de poder, sino que realmente quisiera saber la respuesta—. ¿Qué tengo que hacer para que te corras?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Me... —Se me enciende la bombilla —. Dios mío. Crees que no tengo experiencia. —Me río en su cara—. Sí que tengo. ¡Me he acostado con J. J. como un millón de veces y de un millón de maneras! —añado, solo para ver cómo reacciona. Pero, para mi desesperación, su reacción es inexistente—. ¿Crees que miento?

—No. Si me dijeras que eres miembro del Club de las Orgías, te creería. Pero, ya que tienes tanta experiencia, imagino que no tendrás ningún problema en explicarme qué tengo que hacer para que te corras.

Abro la boca y... la cierro enseguida.

—Sigo esperando, Elsie.

Odio cuando se pone así. Tan arrogante, tan implacable, tan omnisciente, tan...

—Sigo esperando.

Me miro los pies y las medias transparentes que me cubren los dedos. De repente me siento...

Avergonzada. No tengo ni idea de qué contestar y, por un segundo, me planteo mentir. Fingir que soy una puta diosa del sexo. De las que tienen veinte orgasmos seguidos sin despeinarse. Pero Jack tiene un repelente antimentiras y se daría cuenta, y sería aún más bochornoso que decir la verdad: no tengo ni idea de qué tiene que hacer para que me corra.

Mi mente vuelve a J. J., y he aquí una verdad que no pienso admitir en voz alta en este lujoso apartamento diáfano: ni siquiera sé si tengo la *capacidad* de disfrutar del sexo. Nunca me lo he preguntado, porque que yo disfrutara de algo nunca ha sido una prioridad.

—¿Esto lo haces con todas las chicas con las que te acuestas? —pregunto con amargura—. ¿Es como una prueba de acceso?

—A veces.

—¿A veces?

—Otras tiro más por el método prueba y error.

Algo pesado se retuerce en mis adentros.

—¿Y después de eso?

—Después de eso, hago lo que a la otra persona le gusta. Y le pido que me haga lo que me gusta a mí, si es que está dispuesta.

Celos. Eso es lo que siento. Estoy celosa de esas chicas sin nombre. En mi mente todas tienen las piernas largas, son despampanantes e inteligentes. Dignas de ser folladas por Jack.

No como yo.

Me doy la vuelta y me acerco a una de las millones de ventanas que hay en la estancia. No sé cómo puede soportarlo. Este lugar está tan desnudo. Es una pecera. Necesita cortinas.

—Elsie. —Está detrás de mí. Veo su reflejo en el cristal, sosteniendo mi mirada como si fuera en un espejo—. Tienes un historial de hacer cosas que no disfrutas por el bien de los demás, y necesito estar seguro de que nosotros no vamos a caer en esa dinámica. Necesito saber que no vas a hacer nada conmigo porque creas que es lo que yo espero. Y necesito estar seguro de que no sientes que tienes que ser una... fantasía cuyo único

objetivo es darme placer *a mí*, que estás en un punto donde eres capaz de reconocer y verbalizar tus necesidades.

Dejo caer la frente contra el cristal mientras veo cómo mis ojos se cruzan sobre la nariz.

—Deberías decirme lo que piensas —dice al cabo de un rato.

Ha tenido el detalle de dejarme un margen de varios minutos.

—¿Por qué?

—Porque quiero saberlo. —Suspira—. Y me prometiste que lo intentarías.

Cierto. Se lo prometí. Por tonta.

—Pienso... —Me doy la vuelta. Tamborileo con las uñas contra el alféizar de la ventana y cierro los ojos cuando ya no soporto seguir mirándolo. ¿Qué es lo que estoy pensando? Cuanto más trato de comprender mi propia mente, más rápido se me queda en blanco—. Pienso que dos cosas pueden ser ciertas a la vez: que quieres protegerme y que lo haces de una forma paternalista. Pienso que, en un intento por respetarme, has acabado tomando una decisión por mí, como todos los demás antes que tú. Pienso... que en realidad no te conozco, aún no, pero a veces, cuando estoy contigo, siento que me conoces mejor que yo misma. —Trago saliva—. Pero también pienso otra cosa.

—¿El qué?

Abro los ojos. Es tan... Lo *deseo*. Lo quiero para mí. No tengo ni idea de cómo, cuándo ni por qué, pero lo quiero.

—Pienso que no sé qué es lo que tienes que hacer para que me corra, pero que me encantaría descubrirlo juntos.

Estoy agotada de tanto pensar, repensar y requetepensar. Así que, por primera vez en mi vida, dejo que mi mente se apague. Salgo de mi cabeza y entro en mi cuerpo, saboreo la ausencia de fórmulas y modelos de predicción, y, simplemente, doy el paso.

Agarro el dobladillo de mi vestido.

Me lo quito con un movimiento fluido.

Lo dejo caer a los pies de Jack.

Es una apuesta arriesgada. Nunca he hecho nada tan osado, estúpido ni temerario antes, pero ahí está Jack, ganándose varias de mis primeras veces.

Y ni siquiera importa si, nada más quitarme la ropa, mi valentía se desvanece. Me quedo mirando fijamente el vestido porque tengo demasiado miedo de dirigir la mirada hacia otra parte, y dejo que la tensión crezca, que la presión aumente, hasta que oigo un:

—Elsie —dice en voz baja.

Levanto la vista.

Mi cuerpo no me hace sentir insegura, probablemente porque estoy demasiado ocupada sintiéndome insegura sobre cada cosa que hago, digo o transmito, por pequeña que sea. Pero si fuera así, si tuviera alguna duda sobre si soy lo bastante atractiva, guapa o deseable para él, en este momento se disolvería como el azúcar en el agua.

Las mejillas de Jack están rosadas. Sus pupilas están dilatadas y fijas en algún punto entre mi ombligo y el borde de mis bragas. Las manos le cuelgan a los lados. Las estira y luego las cierra en puños.

—Es demasiado pronto —vuelve a decir—. Deberíamos esperar a que te sientas más cómoda conmigo.

—Contigo estoy todo lo cómoda que puedo llegar a estar —le contesto. Y luego, porque, ante todo, *sinceridad*—: Y también todo lo incómoda posible. Pero eso es porque eres un gilipollas, y es poco probable que cambies.

Se le escapa una carcajada aguda. Le miro y pienso que podría ganar esta partida si juego bien mis cartas. Pero entonces dice:

—Si vamos a... Necesitamos reglas.

Y me doy cuenta de que ya he ganado.

—No necesito...

—Yo necesito reglas —dice con firmeza, en un tono que no da lugar a objeciones. Se queda mirando la parte de mis pechos que asoma por encima del sujetador, cartografiando el borde de la sencilla pieza de algodón negro—. Prométeme que...

—Te pediré que pares si lo necesito. Te diré la verdad. Te seré sincera.

Casi pongo los ojos en blanco. Tiene razón, pero estoy impaciente. Acalorada. Siento un hormigueo que auspicia la posible victoria. Un mundo de posibilidades.

Veo cómo traga saliva.

—Nos lo tomaremos con calma. —Su voz empieza a sonar como si acabara de terminar un esprint. Considero la posibilidad de hacer una broma sobre CrossFit, pero mi mente está ocupada—. Nada de sexo. Y la ropa se queda en su sitio.

Miro mi vestido.

—¿Me lo vuelvo a poner?

—Madre mía. —Se lame los labios y se acerca. Levanta la mano y la deja flotando en algún punto alrededor de mi cintura, sin llegar a tocarme—. Yo me dejaré la ropa puesta.

No. No es posible, logísticamente hablando. Pero parece estar obsesionado con tener el control, así que le digo:

—Como quieras.

Me llevo la mano a la espalda para desabrocharme el sujetador. Me detiene y se acerca aún más.

—Déjate puesto.

Asiento y me agacho para quitarme las medias.

—Déjate las puestas también. —Aprieta la mandíbula—. Por favor.

Oh.

—De acuerdo. —Me aclaro la garganta. Mi corazón late con fuerza y él está callado. Ninguno de los dos hace nada. Estamos atrapados. Atrapados en este espacio de transición—. ¿Ahora podríamos...? No sé. ¿Besarnos, por ejemplo? ¿O todavía es «demasiado pronto»?

Jack no es torpe, nunca, pero la forma en que me coge de alguna manera sí que lo es. Demasiado apresurada, codiciosa, impaciente. El impulso que lo lleva a empujarme contra la ventana es demasiado fuerte. El frío cristal impacta contra la piel de mi espalda, un embriagador contraste con el inflexible peso de su pecho sobre el mío.

—¿Por qué me...?

Su boca está sobre la mía, y me siento abrumada, luego mareada, luego confusa. En mi experiencia, los besos son breves, algo que se hace antes de pasar a otras partes del cuerpo, a lo importante. Pero Jack no parece querer parar: su lengua presiona la mía, la acaricia lentamente, me hace abrir la mandíbula. Me besa como si ya estuviera dentro de mí. No sé qué hacer al

respecto, así que el momento se prolonga interminablemente, con ambos acalorados, hasta que no puedo evitar restregarme contra él.

Hay un sofá cerca. Una cama, innumerables sillas, hasta he oído hablar de un colchón inflable. Pero estamos aquí. El alféizar de la ventana se me clava en las caderas hasta que él me levanta y me sienta encima. Sigue siendo más alto, más grande, más fuerte, pero cede unos centímetros de ventaja y yo me arqueo hacia él para estar más cerca.

—Espera. Espera, deja que... —Me coge de las muñecas y pone mis brazos alrededor de sus hombros. Su mano se desliza entre mis muslos, levanta uno para hacer espacio a sus caderas, y entonces, por fin, encajamos el uno en el otro y estamos lo suficientemente cerca.

Gimo en su boca. Él gruñe y rompe el beso.

—¿Vamos bien? —pregunta con falta de aliento. Algo duro se me está clavando en el vientre a través de sus vaqueros—. ¿Estás cómoda? ¿Te sientes...?

—Sí.

—Joder, menos mal. —Me aparta el pelo y acerca su nariz al hueco de mi cuello. Inhala con fuerza—. Tu aroma es de otro mundo. Llevo enganchado a este olor desde el verano pasado, pero ahora es aún mejor y...

—Cama. Deberíamos ir a la cama.

—No vamos a ir a la cama. —Me muerde el pómulos, luego pasa la lengua por el lugar donde ha dejado el escozor y ambos gemimos al sentirlo—. No voy a follarte. Solo estamos... besándonos. Tonteando. Esto no es...

—Engancha el dedo en la copa de mi sujetador y lo baja. Su frente presiona la mía y mira hacia abajo, hacia mi duro pezón—. Joder —murmura.

—Puedo quitármelo.

—No. —Suelta un suave gemido y con el dedo juega con mi pezón, moviéndolo de un lado a otro. Lo pellizca un poco demasiado fuerte y eso hace que yo tenga que ahogar un grito—. No voy a follarte, pero joder si quiero... —Me roza todo el pecho con la palma de la mano y yo gimo tanto que es humillante.

Esto me va a gustar. Me va a gustar mucho. Ya es mucho mejor que... que cualquier otra cosa. Hace que salgan ruidos vergonzosos y desafortunados de mi interior.

—¿Qué hago? —me pregunta mientras encaja los dedos en las hendiduras de mis costillas.

Lo miro, con los ojos vidriosos, ya un poco aturdida.

—¿Cómo?

—¿Qué te gusta?

Está mirando mi cuerpo como si fuera la anomalía más bella del universo, algo que pertenece a alguna de las diosas menores, un misterio que debe ser investigado de forma metódica, impúdica y obscena. Me pasa la mano por el vientre. Roza el punto donde la piel de los muslos se vuelve tierna. Repasa el contorno de la bomba de insulina que hay justo encima de mis bragas con reverencia, como si esa cosita de la que depende mi vida formara parte de mí tanto como mi ombligo. J. J. me pedía que me la quitara, decía que le cortaba el rollo. También me hacía chistes sobre mujeres biónicas. En cambio, Jack se pasa la lengua por los labios y pregunta:

—¿Por dónde empiezo?

No tengo ni idea.

—Em...

Vuelve a besarme, esta vez poco a poco y con cuidado, muy diferente de como lo ha hecho en el impulso inicial. Me descubre el otro pecho y sus dedos vuelven a tocarme el pezón como si fuera un instrumento. Un calor líquido me inunda la zona de debajo del vientre.

—Prueba y error, entonces.

—¿Qué es lo que haces con otras chicas?

—¿Otras chicas?

—Chicas normales.

Se ríe en mi clavícula y empieza a lamerla.

—Elsie.

—Solo quiero saberlo. Si yo... si yo no fuera yo, ¿qué harías?

—No —dice contra mi esternón.

—Pero... me has dicho que fuera sincera. —Me lame el interior de los pechos como si fueran una fruta dulce y deliciosa. Paso los dedos por su pelo, me inclino hacia él, le ruego—. Por favor.

Respira fuerte contra mi pezón. Espero a que se lo lleve a la boca, tenso como una cuerda de violín, y, al ver que no lo hace, al ver que se retira para mirarme fijamente a los ojos, casi suelto un gruñido.

En realidad sí que lo suelto. Un gruñido suave y abatido.

—Si fueras cualquier otra mujer... —Me acaricia las rodillas con las manos y me separa las piernas—. Si fueras cualquier otra mujer, te llevaría a la cama. Y te follaría por todas partes. —Sus dedos subiendo por el interior de mis muslos son como electricidad que enciende todas mis terminaciones nerviosas—. Bajaría ahí abajo y te comería entera, quizá mientras tú me comes también a mí. Y como tienes unas tetas con las que me voy a tirar soñando décadas, te pediría permiso para correrme en ellas. Les pintaría un cuadro encima. —Llega hasta el elástico de mis bragas. Trago aire bruscamente—. Después te limpiaría y te daría de comer antes de llevarte a casa, si es que quisieras irte. —Empuja el tejido de algodón empapado hacia un lado con el pulgar y desliza la mano por debajo—. Pero tú no serías tú. Así que, después de eso, no pensaría mucho en ti.

Me toca el clítoris con suavidad y yo suelto un gemido. La oleada de placer que me recorre la espina dorsal me hace sentir tan bien que, de estar de pie, me fallarían las piernas.

—Estamos yendo demasiado rápido —dice con voz ronca, pero sigue dibujando circulitos lentamente.

La entrepierna me palpita al ritmo de los latidos de mi corazón y clavo las uñas en el alféizar con fuerza. Doy gracias por llevar bragas negras y que no se vea lo mojada que estoy. También por las luces tenues. Doy gracias por poder cerrar los ojos y fingir que no me está mirando, que no está viendo todos los rincones de mi cuerpo, todas las partículas de mi ser.

—Elsie, quizá deberías pedirme que pare.

—Ni se te ocurra. Hagas lo que hagas, por favor, no pares.

Se ríe, sin apenas aliento.

—¿Más? ¿Menos? ¿Qué quieres?

Lo quiero todo y nada será nunca suficiente. Estoy vacía y sufro y me contraigo alrededor de la nada y...

—Elsie, ¿qué es lo que...?

—No lo sé —gimoteo, ardiendo, fuera de control—. No lo sé, pero, por favor, ¿puedes...?

—Shh. Está bien. —El pulgar me presiona con más fuerza y mi cabeza vuelve a caer contra la ventana—. Yo a duras penas sé lo que quiero de ti, y eso que he tenido mucho más tiempo para pensarlo. —Está cerca, me lame el cuello y los pezones, me roza la garganta con los dientes. Hace que todo vaya a peor y a mucho mejor a la vez—. Yo tampoco sé lo que estoy haciendo. Contigo no. Esto es nuevo para mí.

Mi cabeza es un revoltijo de placer y pánico. Esto es... ay, Dios mío.

—Muy humilde por tu parte —consigo decir.

Muevo las caderas, tratando de acercarme a él y conseguir más fricción. Jack me ve esforzarme y no hace nada. Lo odio. Lo odio, lo odio, lo...

—Tener en mente la cara de la novia de tu hermano cada vez que te corres hace que te vuelvas muy humilde.

Otro gemido. Mío.

—Nunca fui suya.

—Eso yo no lo sabía. Durante meses, no lo supe.

Quiero preguntarle en qué pensaba. Cuándo empezó. Sin embargo, lo único que digo es:

—Estaba convencida de que me odiabas.

Se ríe, un poco melancólico, y se inclina para darme un beso en la sien.

—A veces sí. Porque me hacías detestar a mi hermano al pensar que él sí podía comerte entera. —Su mano se retuerce y algo cambia: hay más puntos de contacto. Separa los pliegues, la base de su mano me presiona el clítoris. Esto es aún mejor. Mucho mejor—. ¿Me dejas meterte un dedo?

Me sube un fogonazo por el pecho. Siento que todo el cuerpo me arde por una mezcla de vergüenza, calor y placer.

—No suelo... Normalmente me...

Noto cómo asiente contra mi mejilla.

—Entonces no.

—Pero... —La penetración nunca me ha parecido gran cosa. Pero tampoco me lo habían parecido los besos o las caricias, y, mientras estoy aquí sentada, temblando por culpa de la mano que Jack tiene entre mis piernas, no puedo evitar pensar que tal vez me estoy perdiendo algo—.

Prueba y error —digo, y eso le hace reír. Noto un profundo retumbar en su pecho.

—¿Segura?

Asiento. Y entonces su dedo corazón me roza la entrada de la vagina. Da toquecitos suaves mientras me acaricia el clítoris con el pulgar, y tengo la sensación de que esto va a costar, de que mi cuerpo va a tener que esforzarse, pero me equivoco. Se hunde dentro de mí como una piedra en el agua: con delicadeza pero sin dificultades. Noto el espacio muy estrecho, pero la fricción me resulta agradable. Se echa un poco hacia atrás para sostenerme la mirada y nos quedamos así, los dos vagamente sorprendidos, los dos sin atrevernos a respirar. Hasta que me besa y hace la forma de un gancho con el dedo.

Me arqueo y me contraigo a su alrededor. Ambos nos sacudimos.

—Joder —exhala—. Ahí te gusta, ¿eh? —dice, y vuelve a hacerlo.

No sé cómo, pero consigue tocarme justo en el lugar perfecto. Todo mi cuerpo se calienta y vibra de intensidad.

—*Joder*, Jack, estás...

Vuelve a hacerlo un poco más y pierdo la capacidad de hablar. Sus besos se intensifican, se vuelven más agresivos, pero me estoy dejando llevar demasiado por la sensación de placer que me llega al cerebro, estoy demasiado descoordinada como para corresponderle como Dios manda. Se da cuenta, creo, porque suelta un gruñido desde el fondo de la garganta y su otra mano sube por mi espalda y me atrae hacia su pecho. No soy más que una tierna criatura que ha recogido del suelo, que se retuerce en sus brazos y se derrite entre sus dedos, completamente indefensa.

—Me había imaginado mil veces estando así contigo, Elsie, pero esto supera todas mis expectativas. *Tú* superas todas mis expectativas. —Sus labios me recorren la mejilla—. Cuando esté dentro de ti, voy a perder la puta cabeza —dice entre jadeos contra mi oreja, como si fuera algo demasiado sucio para decirlo en voz alta, incluso estando a solas en una habitación a oscuras.

—Ya estás dentro de mí...

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. —Me muerde el lóbulo. Su mano me acaricia la columna vertebral, una sensación relajante que resulta

opuesta al océano caótico que tengo entre las piernas—. ¿Dos?

Trago saliva. Mis muslos empiezan a temblar y me doy cuenta de algo aterrador: puede que me llegue a correr. Puede que llegue a tener un orgasmo. Puede que pierda completamente el control y un poco la dignidad delante de otra persona. Delante de *esta* otra persona.

—¿Elsie? ¿Con un dedo está bien? ¿O quieres más?

No lo sé. No. Sí. Sacudo la cabeza y le agarro el brazo a ciegas, clavándole las uñas. Sus bíceps son como un roble, los músculos no ceden, y ya no me siento tan a la deriva. Estoy anclada.

Quiero más. Más Jack. Pero ya me siento llena, a reventar.

—Tienes unas manos muy grandes —digo, y lo que me callo es: *Me gustan tus manos. Me encantan tus manos. Quiero ver cómo usas estas manos.*

—Vale. —Moja sus labios contra los míos. Juntos estamos dibujando el mapa de un lugar que ninguno de los dos había visitado—. Vale, sigamos con uno.

—Creo que... —Le pongo una mano en la mejilla. Me aseguro de mirarle a los ojos—. Creo que deberíamos ir a la cama. Y follar. Follar de verdad.

Se ríe, tenso.

—Y yo creo que deberías dejar que me arrodille y te coma hasta que se haga de día.

Dios. Dios. Niego con la cabeza, mareada, acalorada, encandilada.

—Creo que es mejor que vayamos a follar. Es... es imposible que tú estés disfrutando con esto —le digo entre gemidos. Está claro que yo sí. Yo lo estoy disfrutando y mucho.

—¿Estás segura? —Se inclina un poco sobre mí y me es imposible obviar el bulto de su entrepierna contra mi cadera.

—Oh.

—Exacto.

—No estoy... Ni siquiera estoy haciendo nada. Si fuéramos a la cama, podría...

—Estás soltando gemiditos. Mueves las caderas cuando hago... Ajá, sí. Esto. Y noto pequeños espasmos alrededor del dedo que me hacen pensar

en lo que voy a sentir cuando sea mi polla la que esté dentro de ti. Teniendo en cuenta lo apretada que estás, todavía falta para eso, pero... —Cierra los ojos y respira hondo—. Perdona.

Aumenta el ritmo sobre mi clítoris y yo no puedo evitar dejarme llevar, con la respiración entrecortada y la visión borrosa.

—¿Perdona por qué?

—Estoy intentando controlarme.

—No tienes que controlarte. Puedes llevarme arriba y...

Mis músculos se contraen alrededor de su dedo y ambos gemimos.

—¿Seguro que no quieres dos, Elsie?

Dejo caer los hombros contra la ventana. Está mojada por mi sudor, ya no la noto fría.

—Podríamos probar, sí —contesto.

Esta vez se aparta para verlo. Se queda mirando cómo su dedo índice, junto al corazón, desaparece dentro de mí, mientras su otra mano me acaricia la cintura para relajarme. Yo me contraigo, jadeo y me retuerzo sobre él, pero no afloja, sigue empujando despacio y, tras ofrecer un poco de resistencia, me arqueo y consigo abrirme lo suficiente como para hacerlo mío. Suelto un último ruidito de gratitud e incredulidad.

—Madre mía —dice él—. *Joder*.

Me estoy acostumbrando a esta sensación de que algo cálido y precioso me llene por dentro. Voy probando movimientos. Contraigo los músculos y aprieto hasta que ambos emitimos sonidos propios de animales.

—¿Bien?

Asiento. Noto los bordes de mi campo visual borrosos.

—Bien.

Sus besos son piquitos suaves, casi castos. Es como si estuvieran en segundo plano, como si puntualizaran esto tan escabroso que estamos haciendo y que me tiene así de mojada.

—Parece ser que sí te gusta que te llenen —dice con voz ronca. Asiento. Parece ser que sí—. Te daré todo lo que tengo, todo lo que quieras, si me dejas arrodillarme para que te coma entera ahora mismo.

Me reclino hacia atrás, gozando de esa plenitud, e intento ordenar pensamientos entre el embrollo que hay en mi mente.

—Nunca antes me han hecho eso —susurro, y Jack debe de considerarlo algo inaceptable, porque se arrodilla frente a mí e inhala profundamente en el punto donde empieza mi abdomen.

Tardo un total de dos lengüetazos en sentir que estoy volando. Uno es alrededor del agujero que sus dedos insisten en dilatar, y siento que me voy a morir de la vergüenza, del calor, de la presión que crece dentro de mí con cada uno de sus gemidos guturales. Entonces se acerca a mi clítoris y sé —sé— que nunca antes había sentido nada igual, que las cosas buenas llegan con cuentagotas, que debería intentar que esto dure tanto como sea posible, pero se acaba antes de poder siquiera empezar. Una oleada de placer se apodera de mi cuerpo y estalla como si fuera una burbuja. Es tan puro e intenso que no creo poder soportarlo. Mis dedos tiran del pelo de Jack con demasiada fuerza, se clavan en su cuero cabelludo, y él sigue devorándome, incluso mientras mi cuerpo va cayendo. Sus dedos permanecen dentro de mí, como si quisiera darme algo a lo que aferrarme mientras me contraigo y surfeo esa ola, y es perfecto. Es explosivo, arrasador, atómico. En algún lugar del universo se está generando antimateria, y todo gracias a esto.

Gracias a nosotros.

—Creo que me estoy muriendo —digo totalmente en serio en cuanto puedo volver a respirar.

Mis talones se clavan en su espalda y se oyen ruidos húmedos ahí por donde sigue pasando la lengua.

—Creo que quiero hacer esto todos los días —responde, besándomelo como lo haría si fuera mi boca—. Todos los días durante el resto de mi vida.

Apenas percibo sus palabras, el fulgor del placer me confunde al sentir cómo saca los dedos y se levanta para darme un besito en la mandíbula. Murmura elogios para tranquilizarme y me acaricia la cabeza, como si supiera lo desorientada que me siento. Creo que esto son mimos. Sientan tan bien como un orgasmo.

Entonces me doy cuenta de algo: yo me he corrido. Él no. Pienso en ese momento de tensa desesperación que se produce justo antes de que llegue, en el miedo a quedarme atrapada justo en el borde del abismo. Me pregunto si es ahí donde se encuentra Jack ahora mismo. Si es así como se siente,

como si todo le apretara demasiado, como si su propia piel se le estuviera quedando pequeña.

—Quiero acostarme contigo —le digo por millonésima vez, y es verdad. Quiero. Quiero ver a Jack correrse por un montón de razones que tienen poco que ver con él. Es por puro egoísmo mío.

—Eso va contra las reglas de esta noche —murmura en mi hombro.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Parar sin más? —Muevo el muslo y confirmo que su erección sigue ahí.

—No me importa que...

—Sinceridad —le interrumpo. Los dos estamos empezando a usar la palabra como si fuera un arma arrojadiza—. ¿Qué quieres hacer ahora? Dejando de lado tus «reglas». —Pongo los ojos en blanco ante la última palabra, y eso parece que le hace gracia. Noto que vuelvo a sentir calor; es la reacción física que me provoca su hoyuelo.

—No necesito que...

—Sinceridad.

—Está bien. —Espira y baja la mirada para observar mi cuerpo. Considera cuáles son las posibilidades—. Quiero correrme en tu ombligo.

—Ah. —Esperaba... No sé qué esperaba, pero esto no—. ¿Es uno de tus... fetiches?

Niega con la cabeza.

—Normalmente, no. Pero... —Me mira a los ojos, inusualmente tímido.

—Sinceridad —pido.

—Nunca me he considerado un tío posesivo, pero... has sido de otra persona durante mucho tiempo. La parte más primitiva de mí se ha trastocado un poco.

Asiento, pensando en los celos que yo misma he sentido.

—En ese caso, creo que deberías hacerlo.

Traga saliva.

—¿Sí?

—Sí. —Me muerdo el labio mientras sonrío—. Sobre todo no te olvides de que no puedes quitarte la ropa. Según tus reglas y tal.

Me lanza una mirada asesina. Durante un momento, me río por el placer que me provoca burlarme de él, pero entonces oigo el tintineo de su

cinturón al desabrocharse, el cierre de una cremallera y el roce de la tela contra la piel cuando se quita los pantalones. Se me borra la sonrisa de los labios.

Yo lo estoy mirando; él a mí no. No se fija en mi reacción. Solo se la coge con la mano y empieza a deslizarla arriba y abajo. Su polla está dura, y es más larga y gruesa de lo que creía posible. Miro cómo se acaricia, luego dirijo la vista al sofá, luego a él otra vez, y le pregunto:

—¿No te... estorba?

Es una pregunta bochornosa, y en cuanto sale de mi boca quiero desintegrarme para así abandonar este plano existencial, pero Jack no me está escuchando. Sus ojos se van moviendo con rapidez por todo mi cuerpo, como si no llevara ya diez minutos prácticamente desnuda delante de él.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —murmura.

—Dijiste que para ti eso no era importante. Que apenas te fijabas. Que hay un montón de mujeres guapas.

—No sé. —Normalmente es muy seguro de sí mismo, pero ahora mismo suena tan desorientado como me siento yo—. En tu caso sí que me fijo. —Me va dando besitos húmedos por la mandíbula—. ¿Te ves capaz de correrte otra vez?

Es imposible saberlo. Nunca antes me había corrido con otra persona, y una tasa de mejora del 200 por cien me parece exagerada, pero supongo que podría darse. Sin embargo, prefiero prestarle atención a lo que está haciendo. Estudiarlo. Saber cómo es Jack cuando no lo tiene todo bajo control.

—Creo que no quiero.

Asiente, y lo que hace a continuación no es para mí. Se mete entre mis muslos e inclina la polla de una forma que hace que vaya dando golpecitos en mi clítoris. Ambos jadeamos de placer, pero esto es para *él*. Al igual que la forma en que desliza la punta hacia mi entrada, y el largo rato que la deja ahí mientras va soltando gruñidos. Es un punto de inflexión en el multiverso, donde existen dos futuros: uno en el que la mete y me folla, y otro en el que sigue esas reglas tuyas tan poco flexibles.

Por desgracia, Jack Smith-Turner es muy riguroso.

Me doy cuenta de que podría ser yo quien estuviera haciendo esto por él. Podría serle útil de otras formas, no solo proporcionándole un cuerpo calentito contra el que restregarse y unos brazos delgados con los que agarrarle del cuello.

—¿Quieres que...?

—Esta noche no. —Sus movimientos se intensifican, los nudillos rozan rítmicamente mis labios mayores—. Solo quiero mirarte. Saber que estás aquí.

Utiliza mi flujo para humedecerse. Va haciendo movimientos fuertes y rápidos, y después de unos cuantos segundos veo la tensión en sus brazos, el leve temblor en sus dedos, lo cerca que está.

—Joder, Elsie. —Tiene un tono de urgencia. También un poco de desesperación. Apoya su frente contra la mía—. Ha habido días, estos últimos meses, en los que solo podía pensar en ti. Y no podía evitarlo aunque quisiera.

Luego suelta un «joder» ahogado que siento como una bocanada de aliento contra mis labios, y entonces sé que está a punto.

Me imagino que se correrá entre gruñidos, que me ensuciará toda y quizá luego admirará su obra, pero no. En lugar de eso, se echa hacia atrás para poder sostenerme la mirada hasta el último momento. Tiene los ojos vidriosos y casi negros. Su mano libre tantea a ciegas, frenética. Agarra la mía cuando la encuentra y entrelazamos los dedos con fuerza. Y es entonces cuando me doy cuenta de que para Jack esto no va de tocarnos o de follar. Ni siquiera va de correrse ni de ninguna de las cosas que yo, tonta de mí, me he imaginado.

Esto va de él y de mí. De la posibilidad de que exista algo que va mucho más allá de nosotros dos.

—Elsie... —murmura al correrse.

Parece replegarse sobre sí mismo, cavar profundamente en su cabeza para lidiar con el asombroso placer de lo que acaba de vivir y así evitar perderla. Lo único que quiero es abrazarlo fuerte para recordarle que sí, que estoy aquí. Con él.

Estoy aquí.

Resulta francamente aterrador pensar en lo que podría salir de aquí. En lo que me gustaría que saliera de aquí. Hace que se me llenen los ojos de lágrimas, y luego me hace estallar en llanto, y luego querer aferrarme a Jack como si me fuera la vida en ello, aun con los restos de semen en mi barriga, acumulándose en mi ombligo y manchándole la camiseta. Tiene el detalle de no preguntarme qué me pasa. No me pide explicaciones. Se limita a abrazarme, incluso cuando mis lágrimas se convierten en risas, como si estuviera mal de la cabeza y no supiera qué ser ni qué sentir.

Espera. Eso es exactamente lo que me pasa.

Me río. Luego me río un poco más. No puedo parar. Termina la película, suena «15 Step», de Radiohead, mientras aparecen los créditos finales en blanco y negro, y vuelvo a reírme.

—Te estás cargando el momento. —Sus labios se curvan en mi cuello. Sigue faltándole el aliento, como si acabara de terminar una carrera olímpica.

—Lo siento mucho. Es que...

—¿Qué?

—Me preguntaba si sigues pensando que es «demasiado pronto».

Me da una palmada en el culo. Suelto un gritito y sigo riendo.

—Sí. —Se echa hacia atrás y me levanta la cabeza para que lo mire a los ojos—. Es *muy* pronto. Pero la única persona que puede hacer que vayamos más lentos eres tú, así que...

—¿Así que qué?

Me pasa un mechón de pelo empapado en sudor por detrás de la oreja. En sus ojos veo preocupación. También afecto y una ausencia de todo lo que no somos nosotros dos.

—Trátame con delicadeza, Elsie. Eso es todo lo que te pido.



20

CUERPOS EN CAÍDA LIBRE

De: SandraShuberton@gmail.com

Re: Trabajo de Termodinámica

Doctora Hannaway, han pasado 23 horas, ¿ha corregido ya mi trabajo?

El sábado me lo paso medio aturrida.

Me muevo por el dormitorio con pesadez, me olvido todo el rato de lo que estaba haciendo y no puedo evitar quedarme empanada mirando al vacío. Abro el armario y no recuerdo qué he venido a buscar. Ya no sé cómo apretar el tubo de pasta de dientes para que salga la cantidad adecuada.

Es la primera vez que me pasa esto. Intuyo que ha tenido lugar algún cambio paradigmático en mi persona, pero no puedo justificarlo. Jack y yo hicimos un montón de cosas que hoy en día cualquier adolescente apenas consideraría llegar a la primera base. ¿Y qué? Intento resignificar cognitivamente lo de anoche para poder considerarlo una velada casual que tuvo lugar entre dos adultos que tenían ganas de pasárselo bien, pero mi cabeza está llena de pensamientos intrusivos, agresivos y embarazosos que hacen que sea difícil concentrarse en corregir trabajos. Como si corregir trabajos no fuera ya de por sí complicado.

—¿A qué hora llegaste anoche? —pregunta Cece cuando hago acto de presencia en la cocina.

Como de costumbre, está inmersa en una mezcla de actividades: está enseñándole a Eri a superar una carrera de obstáculos, escuchando un audiolibro sobre las mujeres de la dinastía Plantagenet y preparándose un bol de avena.

Intento recordar qué hora ponía en el reloj del coche de Jack cuando me dejó en casa. Recuerdo los números rojos parpadeando en la oscuridad, como diciendo: *Deberías irte*. Y a Jack inclinándose sobre el reposabrazos para darme un beso, luego tirando de mí hasta quedar sentada sobre su regazo. Luego un susurro: «Todavía no».

—Alrededor de la una.

—Todo un récord.

—Vimos una película —le digo para evitar tener que decir: *Creo que anoche viví el momento más transformador de toda mi vida adulta, y ni siquiera fue por algo relacionado con el queso*.

—¿Cuál?

—Em... una de vampiros.

—Madre mía. ¿*Nosferatu: Eine Symphonie des Grauens*?

—Em... sí.

—Qué suerte. —Suspira—. ¿Os empezasteis a comer la boca antes o después de que el conde Orlok despertara?

—No nos... —Me señala el cuello. Me giro para verme en el cristal del microondas. Mierda—. Durante.

Ella asiente.

—Es imposible no ponerse cachonda viendo esa peli, ¿a que sí?

Más tarde, les recuerdo a mis hermanos que, si van a la cárcel por intentar matarse entre ellos, sus futuras vidas incluirán muy pocas dosis de Dana y una gran cantidad de agua del retrete. En respuesta, me llaman zorra (Lucas), me mandan a que me busque una puta vida (Lance) y me dicen, sin contemplaciones: «Pues vaya» (mamá).

—Han acordado no atropellarse el uno al otro si se encuentran en el mercado, algo es algo.

—Me alegra ver que pones de tu parte para trabajar por el bienestar de esta familia, Elsie —contesta ella.

Creo que me ha perdonado. Porque he hecho lo que me ha pedido. Eso debería ser un alivio, pero mientras mamá me habla de la cita inspiradora escrita en Comic Sans que ha colgado mi tía en Facebook y que puede o no ser una pullita hacia ella, yo me imagino poniendo en práctica lo de ser sincera. *Mamá, para. Las cosas no se hacen así.*

Sin embargo, no lo digo en voz alta.

Suelo reunirme con el Dr. L. los sábados, y me muero de ganas de hablar con él sobre la oferta de George, pero se ha ido a pasar unos días fuera. En lugar de eso, almuerzo con Cece (un bol de quinoa. Le hago una foto y se la envío a Greg, que me contesta con siete emojis seguidos de los que se llevan la mano a la cara con desesperación) y luego paso la tarde en la feria de ciencias, atendiendo sola el stand del Club de Física de la UMass porque ninguno de los estudiantes que se suponía que iban a ayudarme ha aparecido. Me estoy muriendo de frío y me pregunto si debería preocuparme por el grupo de niños que no para de rogarme que les enseñe a construir una catapulta. Luego me imagino teniendo que hacer esto otra vez el año que viene.

Y luego me imagino que hago con mi vida lo que de verdad quiero.

Cuando recibo un mensaje de Jack, mi cerebro deja de funcionar.

JACK: Greg nos ha invitado a cenar. ¿Quieres ir? Podemos quedarnos en casa si lo prefieres.

Habla como si fuera la dueña de sus sábados por la noche, a pesar de que esto nuestro no haya hecho más que empezar, y mi corazón se salta demasiados latidos.

ELSIE: Estoy en la UMass haciendo cosas indecibles hasta tarde. Pero podría ir cuando termine.

JACK: Perfecto.

Pienso mucho en la palabra *sinceridad* antes de añadir:

ELSIE: Me gustaría pasar la noche en tu casa después.

La respuesta tarda en llegar y me encuentro imaginando distintas posibilidades. *Es demasiado pronto. Volvamos a centrarnos. Tomémonoslo con calma.*

Pero algo ha cambiado. Quizá fue en el alféizar de la ventana. Quizá fue cuando me pellizcó la barbilla después de subirme la cremallera del abrigo. Quizá fue en el aparcamiento, cuando me agarró de la mano y me metió de nuevo en el coche para decirme que no podía irme sin contarle el final de la película. «¿Llegan a la universidad? ¿Edward se digna a ir al dermatólogo? ¿Qué grupo gana la cebolla de oro?»

Su respuesta tarda, pero no me sorprende cuando llega.

JACK: Vale.

Para cuando Greg abre la puerta, ya me he dejado llevar por el pánico.

—He pensado que venir con las manos vacías era de mala educación —suelto—, así que he traído esto. Lo he escogido porque era barato, pero no el más barato. —Le doy la botella de vino tinto como si fuera una patata caliente—. No me he fijado en el nombre hasta que he subido al autobús, y...

Greg baja la mirada hacia la etiqueta, que anuncia «Ménage à Trois» con una letra sugerente. Suelta una carcajada.

—Te juro que *no* es una indirecta.

—Lo tendré en cuenta. —Me abraza, y tengo una sensación extraña, como si esto fuera algo nuevo pero, a la vez, una costumbre.

—Voy a poner esta invitación a hacer una orgía en la nevera e iré a terminar la comida. Ponte cómoda.

Salgo de mi pozo de ansiedad, me quito el abrigo y me dispongo a seguirlo hasta la cocina, pero entonces...

Jack.

Sin motivo alguno, mi corazón da un salto y se me corta la respiración. Quizá mi salud cardiopulmonar no está en su mejor momento. ¿Acaso mi cuerpo le tiene ahora envidia al páncreas y pretende dejar de funcionar también? ¿Es que ya no hay *nada* que vaya bien dentro de mí? Pero, en realidad, da igual. A mí me da igual. A Jack le da igual. Está de pie a pocos metros de la entrada, con los brazos cruzados y esos ojos castaños desprendiendo calidez y diversión mientras murmura:

—Al final resultará que el tío Paul y tú sí que tenéis algo en común.

—Bueno... Es que... Ha sido un malentendido.

Sus labios se curvan.

—Cuando has dicho que querías pasar la noche, no pensaba que te referías a *aquí*.

Suelto un quejido y me tapo los ojos con la mano. Unos instantes después, siento el calor de su cuerpo. Se ha acercado y me permito hundir la cabeza en él.

—Hola —me dice con los labios contra la sien, y de repente el mundo me parece un lugar un poco más bonito.

Tengo tantas ganas de besarle como pocas de que su hermano nos pille morreándonos en su salón. Así que me aparto y abro la boca para decir lo primero que se me ocurre.

Entonces la cierro de inmediato.

¿Me estoy volviendo loca? ¿Se me está saliendo el cerebro por las orejas? No puedo decir *eso*. No estoy tan mal de la...

—Sinceridad —me reprende con delicadeza.

Mierda.

—Te... —Trago saliva. Cojo fuerzas. Respiro hondo—. Te he echado de menos. —Me froto la frente—. Dios, debes de pensar que estoy fatal.

Asiente lentamente, como si lo estuviera meditando. Luego dice:

—Hoy he ido al campus porque tenía que terminar unas cosas. En lugar de trabajar, me he pasado el día pensando en si realmente sería una locura pedirte que te mudaras conmigo.

Suelto una carcajada de sorpresa.

—Tú también estás fatal.

—Sí.

—¿Alguna vez has...?

—No. Primera vez.

—¿Qué nos pasa?

Me sostiene la mirada, impasible.

—Creo que ambos lo sabemos.

Vuelvo a reírme.

—¿El qué?

—Venga ya, Elsie. Sabes perfectamente en qué dirección va esto, lo nuestro.

Doy un paso atrás y casi tropiezo con un aparador completamente montado. El pánico me inunda mientras repaso la conversación. Creo que sé a qué se refiere, pero... no es posible. Puede que pensemos que sí, pero es demasiado pronto.

—No —contesto.

Y luego me doy la vuelta, con la boca seca, porque vuelve a mirarme con esa mirada que reserva para cuando los dos sabemos que estoy mintiendo.

Temo que me suelte una de sus frases despiadadas, pero se limita a asentir, me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y me dice:

—Ya te darás cuenta.

Tarda un breve instante en romper el contacto, pero baja la mano cuando Greg nos llama para decirnos que la cena está lista.

—Soy un cocinero bastante mediocre —me advierte, y no miente, pero su comida mediocre casa a la perfección con mi vino mediocre, y aún mejor con las historias mediocres sobre su infancia y la de Jack. Al parecer, el Greg adolescente solía actualizar los estados de su perfil de Facebook con letras de canciones emo. Jack pasó por una fase de skater y por otra (no a la vez) de llevar el pelo largo y recogido en un moño. Una vez participaron en un thriller casero sobre la mafia titulado *El ahijado*, y Greg ha prometido enseñármelo. A cambio, yo les hago reír con las historias más extrañas que he vivido haciendo de novia falsa, como la del chico que me pidió que antes de la cita me aprendiera salomas, o la del que le tenía miedo al papel pintado.

—Esto me está resultando... fácil —le digo a Jack mientras Greg atiende una llamada de trabajo a altas horas de la noche.

Él está lavando los platos; yo los voy secando.

—¿El qué?

—Pues... —Me quedo mirando fijamente sus dedos enjabonados—. Esto. Nosotros tres. Pensé que sería raro, pero... —No lo es.

—¿Y por qué crees que es así? —pregunta con un tono que indica que ya sabe la respuesta.

Pero yo no me la sé. No doy con ella, ni siquiera cuando Greg le quita el polvo a *El ahijado* para proyectarlo por primera vez en dos décadas. Después de darle un abrazo de buenas noches, me quedo dormida en el coche. Y, una vez en casa, cuelgo el abrigo en *mi* percha.

¿Está mal que haya empezado a pensar en esos términos? Si estar tres veces en un sitio significara que ya pasa a ser de tu propiedad, Cece y yo seríamos las baronesas del pasillo de los quesos del súper. Sea como sea, mi chaquetón siempre está en el mismo lugar: entre una chaquetita fina de color negro y la cinta con la tarjeta de identificación de Jack como miembro del Instituto de Física del MIT. La incipiente domesticidad hace que sea mucho más fácil decantarse por los pronombres posesivos.

—¿Quieres un chocolate caliente? —me pregunta.

Se adentra en el apartamento y enciende una única luz. Su rostro está lleno de sombras, y yo me pierdo un poco en ellas.

—No.

—¿Alguna otra cosa?

Niego con la cabeza y ahogo un bostezo. Son más de las dos y lo único que quiero es una almohada, pero creo que vamos a acostarnos. Eso es lo que significa «pasar la noche», ¿no? Debería consultarlo en el Urban Dictionary.

—Vamos arriba, entonces.

Ya en su habitación, me da una sudadera extragrande y me lleva al baño. Me la pongo sin hacer preguntas porque estoy demasiado cansada como para plantearme los motivos de su elección, porque es cómoda y porque quizá encaje con alguno de sus fetiches. Le gustó mucho la lencería. La

ropa de hacer deporte puede que sea el siguiente en la lista. O los consoladores en forma de tentáculo.

Uso su enjuague bucal, me limpio la cara y vuelvo a la habitación con el pelo recogido en un moño deshecho y el grueso algodón de la sudadera, que me llega casi hasta las rodillas, haciéndome cosquillas en los muslos. Ignoro a Jack y a su mirada burlona, me tumbo en *mi* lado de la cama (más pronombres posesivos injustificados) y hago una microsiesta de veinte segundos. O quizá han sido más bien diez minutos, porque al despertar veo a Jack bloqueando la luz que se filtra desde el pasillo. Huele a ducha y a pasta de dientes, y lleva unos pantalones de pijama de cuadros escoceses y una camiseta de *Toy Story*.

—Qué mono —digo mientras vuelvo a cerrar los ojos—. ¿Te has fijado en el trasfondo homoerótico que hay entre Woody y Buzz?

—A mí me pareció muy evidente desde el primer día.

—Eso me hace sentir validada. Gracias. Ahora vamos a... —bostezo— follar, ¿verdad?

El colchón se hunde.

—Claro.

Sus manos fuertes me acercan hacia él por debajo de la colcha de plumas y sus largas piernas se enredan con las mías. Ya hemos hecho esto antes. Es reconfortante. Me resulta familiar. La palabra «mío» vuelve a aparecer en mi cabeza somnolienta y la dejo por ahí flotando durante más tiempo del que debería.

—Vale, guay. —No puedo dejar de bostezar, pero me fuerzo a abrir los párpados—. Tomo anticonceptivos. De los que financia Planned Parenthood, si no, no podría permitírmelos.

—Los de Planned Parenthood son buena gente.

—Sí. —Me acerco más. Su erección me presiona la barriga, pero nada en él transmite sensación de impaciencia—. Podemos hacerlo sin condón. A menos que tengas ladillas.

Sus labios se curvan contra mi mejilla.

—Dudo que los condones te protejan de las ladillas, cielo.

Me quedo dormida sobre una almohada que huele a champú, a sudor y al despacho de Jack en el MIT, pensando en la logística de los bichitos que

saltan de una entrepierna a otra, hasta que me despierto de un sobresalto.

—No dejes que me duerma —bostezo contra su cuello—. Se supone que tenemos que hacerlo.

—Y en ello estamos. Como animales. Simplemente tienes que cerrar los ojos.

Y eso hago. Es más fácil así.

—¿Esta es otra de tus reglas? ¿Te va el rollo BDSM?

—Me va el rollo del consentimiento. Y que la persona con quien lo hago esté despierta.

Me imagino legiones de mujeres guapas, inteligentes, con curvas y titulaciones avanzadas.

—¿Qué fue de la geóloga?

—¿De quién?

—La chica con la que estabas el día que te conocí. Muy guapa. Tirando a bajita. Pelo oscuro. Me he olvidado de su nombre...

—Madeleine. Ahora mismo está en Europa, tomándose un año sabático. Va por España, creo. —Me pone un mechón de pelo detrás de la oreja—. Es una tía muy guay. Os llevaríais bien.

Estoy ligeramente más despierta.

—¿Has estado con muchas mujeres?

—Mmm... —El sonido retumba a través de mi piel y mis huesos—. No sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No tengo ni idea de cuáles son los parámetros de «muchas».

—Entre cien y trescientas doce. —Me da una suave nalgada. Me río entre dientes y me derrito sobre él—. Yo tampoco estoy segura.

—En ese caso, nunca lo sabremos.

—Pero se nota que tienes experiencia en esto.

—Pues hace tiempo que no lo hago.

—¿Desde cuándo?

—Creo que lo sabes.

Oh.

—Te gusta el sexo —digo. No es una pregunta.

—Sí. —Hace una pausa—. Pero también me puedo pasar meses sin pensar en ello si estoy ocupado trabajando para conseguir una beca o llevando a cabo un experimento.

—¿Como tu actual colección de experimentos fallidos?

Se ríe un poco y me da un beso en el pelo.

—En los últimos seis meses he pensado más que nunca en el sexo.

—Espero que lo disfrutes. —Me hundo más en él—. Conmigo.

—Lo haré.

—No lo sabes.

—Sí que lo sé. —Me pasa una mano por la espalda, como si fuera una mascota inquieta que necesita que la calmen. Puede que así sea.

—El concepto de compatibilidad sexual es real. ¿Y si no tenemos...?

—Entonces trabajaremos en ello.

—No quiero ser *trabajo*. No quiero que sientas que te doy *trabajo*.

Suspira.

—En algún momento se te cruzaron los cables. Tu cerebro decidió que no merecías el tiempo y el esfuerzo de la gente, y que, si pedías algo, no solo te iban a decir que no, sino que te iban a abandonar. —Lo dice con naturalidad, como si fuera Arquímedes de Siracusa ante la acrópolis, repitiendo por décima vez sus descubrimientos sobre la flotabilidad—. El amor no funciona así, Elsie. Pero no te preocupes por ahora. Ya te lo iré mostrando.

—Pero me...

—Duérmete.

—¿Qué? ¿Por qué? No. —Intento incorporarme, pero sus brazos me inmovilizan aún más—. Deberíamos estar follando desde hace rato.

—Después. Por ahora, cierra los ojos y guarda silencio durante veinte segundos.

—¿Por qué?

—Es un fetiche que tengo.

—Serás perverso... —bostezo—. ¿Dónde han quedado el sexo anal y el *bondage*?

—Ya llegaremos a eso. ¿Tienes los ojos cerrados?

Asiento contra su pecho.

—Perfecto. Ahora cuenta para ti hasta veinte.

Escucho su respiración. Tiene un ritmo relajado y constante. Estoy calentita y me siento segura, y solo consigo llegar a trece antes de perder la conciencia.

OceanofPDF.com



MOVIMIENTO ARMÓNICO COMPLEJO

Lo primero que pienso nada más despertarme es: *Voy a comprarle unas cortinas.*

Lo segundo: *Voy a prescindir del queso, la insulina y posiblemente del papel higiénico durante los próximos seis meses. Para ahorrar. Para comprarle unas cortinas.*

De las gruesas. De las de barra. De las que llegan hasta el suelo.

Es inaceptable esto de haberme dormido tan tarde y luego despertarme a las... ¿qué? ¿Siete y media? ¿Ocho? ¿Nueve? Solo porque un tío no sabe que existen las cortinas. Me parece que el concepto es bastante simple...

—Te compraré un antifaz para dormir.

Abro los ojos y pienso: *Azul*. Pero los suyos tienen menos de una octava parte de ese color. No tiene sentido.

—¿Cómo has sabido que...?

—Tu ceño fruncido me ha despertado —dice con la voz áspera.

Se mueve mientras bosteza y se estira, y para mí es como un episodio sísmico. Es como una enorme falla tectónica que se mueve por debajo de la corteza terrestre. Y eso se debe a que, en algún momento de la noche, he acabado encima de Jack, boca abajo.

—¿Cómo he acabado así? —le pregunto.

—Te estabas moviendo mucho —me contesta—. Me ha parecido la forma más fácil de evitar que me dieras patadas en la espinilla.

—Espera, ¿cuándo lo has...?

—Unos cinco minutos después de que te durmieras.

—Guau. —Debería apartarme, pero estoy cómoda encima de él. Es como una cama grande, firme y reconfortante. Estoy aturdida, no sé si por haber dormido poco o demasiado, y no quiero apartarme todavía.

Por una vez, me siento yo misma, estoy presente en mi cuerpo. La mano de Jack está apoyada en la parte inferior de mi espalda, debajo de la sudadera. Mis pies le rodean las pantorrillas. Su boca está un poco más lejos, pero también es accesible. La busco.

Intento darle un simple pico, pues sospecho que debe tener un aliento matutino con aroma a huevos podridos, pero no es el caso. Sabe a él. El beso se vuelve más intenso, pero sin dejar de ser suave, lento y perezoso. El tiempo no existe. Esta cama es la extensión del universo. Seguimos soñando, metidos en nuestras cabezas.

No noto que tenga ninguna prisa, ningún foco de tensión. Solo percibo el ritmo pausado de su lengua contra la mía y los patrones que traza sobre mi piel. Sus latidos se aceleran, pero se mantienen firmes. Su respiración se vuelve superficial, y lo noto con solo fijarme en el vaivén de su pecho contra el mío.

Qué maravilla despertarse así. Quiero repetirlo una y otra vez. Quiero sentir la luz cegadora del sol que entra por las ventanas, y quiero sentir este nuevo resplandor dentro de mí, frágil y abrasador a la vez.

Quizá por eso no hay cortinas. Bajo la luz es más fácil sentirse valiente. Todas las cosas que me dan miedo parecen superables y la sinceridad casi sale sola.

—¿Jack? —Me echo hacia atrás, aguantándome sobre las palmas, una a cada lado de su cabeza. Mi pelo se ha soltado y nos envuelve como un dosel.

—Elsie. —Me coge la cara con las manos.

—Te... —No tengo miedo. El miedo no existe—. Te he mentado.

Su boca se tuerce, aún somnolienta.

—¿De cuál de todas las mentiras estamos hablando?

Lo fulmino con la mirada.

—Te odio.

—Cómo no. —Me acaricia las mejillas con los pulgares. Con cariño. Porque de eso se trata—. ¿De qué mentira hablas?

—Dije que no lo sabía. Pero sí que lo sé.

—¿Que sabes qué?

Trago saliva.

—Hacia qué dirección va esto. Hacia dónde nos dirigimos. Nosotros dos.

El ambiente entre los dos se espesa y se vuelve denso y pesado. Yo lo sé. Él lo sabe. Lo hemos reconocido. Es casi como una señal, como si el universo nos estuviera dando permiso para seguir adelante. Jack me mira de forma afectuosa y penetrante cuando dice:

—Ven aquí.

No recuerdo haberme quedado sin el sujetador anoche, pero debió de pasar en algún momento, porque cuando me quita la sudadera para dejarla en el suelo, mi pálida piel queda desnuda bajo la luz cegadora. Ni siquiera siento ganas de pedirle que aparte la mirada.

Jack me ve. Y eso está bien.

—Ven aquí —repite, y posa sus labios sobre los míos, insistentes, esta vez sin freno. Es como si me estuviera besando por el presente, por todas las veces que no pudo hacerlo en el pasado y también por las que vendrán en el futuro.

Sea lo que sea lo que hizo que se contuviera ayer, hace dos noches o durante las últimas dos semanas, se derrite bajo el sol de la mañana.

Tú, sugiere una voz. Todas esas Elsie que no son realmente tú son lo que se interponía entre vosotros.

Ya estoy sin aliento cuando se sienta para quitarse la camiseta, y esto... esto sí que es *nuevo*. Está casi tan desnudo como yo, somos *iguales*, y cuando intenta tirar de mí hacia él, niego con la cabeza y empiezo a inspeccionarlo. Me siento a horcajadas sobre sus caderas, como si me dispusiera a cabalgar una bestia mansa y obediente en lugar de la criatura más peligrosa de mi vida.

—Antes... Antes de la entrevista, hubo veces en que me imaginé cómo serían. —Paso el dedo por la parte interna de su codo—. Tus tatuajes.

Se está quieto, pero no puede evitar tocarme. Sube la mano hasta mis costillas y con el pulgar acaricia el borde de uno de mis pechos.

—¿Cómo sabías que tenía tatuajes?

Trago saliva.

—Vi que te asomaba uno.

—Ah. —Su pulgar se mueve hacia mi pezón, ligero como una pluma. Arqueo la espalda ante el contacto—. ¿Qué creías que eran?

—Alambre de espino. Una cita de Bon Jovi. La cara de Elon Musk.

—Joder.

Me río, pero me empieza a faltar el aliento.

—Perdón.

Sus tatuajes son bonitos. La ecuación de Dirac. La nube de electrones. La desintegración beta. La espiral de Fibonacci. Modelos cinemáticos, planos astrales, la fórmula de Drake, la estructura molecular del MBBA. Trazos de tinta negra descolorida que se entrelazan hasta formar una bella obra de arte. Todo el fundamento de la física moderna reposa sobre su hombro y se envuelve alrededor de su gran bíceps. Repaso con el dedo cada una de las líneas, cada curva y cada ángulo, y él me deja explorar. Le está costando controlarse, pero lo hace. Nunca había sido tan egoísta, nunca había dedicado tanto tiempo a algo que es solo mío, y creo que él lo sabe. Creo que por eso me lo permite.

—¿Recuerdas cómo fue tener que aprendérselas? —pregunto—. La ecuación de Schrödinger, el modelo estándar...

Asiente. Veo que traga saliva. Noto lo duro que está debajo de mí, pacientemente impaciente.

—Aprender que el universo tiene sentido.

—Que está hecho de patrones. De reglas que se pueden aprender, descubrir, predecir.

—Que, si las descubres, sabrás cómo convertir el mundo en lo que tú deseas —dice él.

—Que, si las descubres, sabrás cómo convertirte en lo que el mundo desea —replico yo.

Nos quedamos mirándonos un momento. Mis manos están sobre él y las tuyas sobre mí, y pienso en el Jack de dos, cinco, diez años, solo en el mundo, llamando a alguien mamá, y esta persona diciéndole que pare. El único Smith rubio. Pienso en un niño decidido a moldear su entorno. Al final eligió tener su propio mundo, ¿no? Greg, Millicent, sus amigos... Se labró un lugar para sí mismo.

Y estoy segura de que él está pensando en mí. En todas las Elsie que he creado para encajar en todos los mundos que he habitado, toda la gente que ha vivido en ellos. Me las está quitando una a una, como lleva haciendo desde el día en que nos conocimos.

Tú y yo no somos tan diferentes, pienso, y entonces oigo que exhalo con fuerza. Había estado conteniendo la respiración sin darme cuenta.

—Sé en qué dirección va esto —vuelvo a decir, y siento la certeza de mis palabras en lo más profundo de mi alma, como la ecuación de Dirac, como la teoría de la relatividad, como la fuerte interacción entre quarks y gluones, y él lo interpreta como lo que es: el permiso para que tome las riendas, para hacernos rodar y quedar atrapada debajo de él.

Me quita las bragas. Las mete debajo de su almohada, como un dragón que guarda un tesoro.

—Si me dejaras —me susurra al oído antes de acercarse a mi clavícula—, te haría la dueña de mi mundo entero.

Le acaricio el pelo.

—Creo que eso es lo que quiero.

—En ese caso, lo siento.

—¿Por qué lo...? Uf... ¿Por qué lo sientes?

Se hace sitio entre mis piernas, las abre, me toca ahí a propósito, explora con premura, como si buscara respuestas. ¿Es esto lo que quiero? ¿Estoy preparada? ¿Estoy lo bastante mojada? Sí. Sí. No lo sé.

—Porque no pienso soltarte nunca más.

Suelto un gemido. Su erección me roza el vientre y bajo la mano para agarrarla. Yo también quiero sentirlo. Quiero tocarlo. Pero en cuanto le meto la mano por dentro de los pantalones, parece que cortocircuita. Su mirada se pierde y luego inspira bruscamente. Está duro. *Muy* duro.

—Para —me ordena, casi sin poder respirar.

Yo obedezco, pero digo:

—Si quieres sinceridad, he de decirte que me gustaría seguir.

No sabe si creerme. Pero deja que le empuje hasta quedarnos de lado y, cuando vuelvo a meter los dedos por debajo de su ropa, se queda quieto, inmóvil salvo por el movimiento de su garganta al tragar saliva.

—¿No te gusta cómo lo hago? —pregunto.

—Sí —contesta con la voz ronca.

—Pareces...

—Esto también es nuevo para mí.

Suelto una risita.

—¿Que te hagan una paja?

—Estar con alguien que... —No termina la frase. Mis dedos lo envuelven y él cierra los ojos. Es como si se estuviera cayendo dentro de sí mismo—. Joder.

Muevo la mano arriba y abajo, pero estoy incómoda. Cuesta hacerlo con los pantalones puestos. Mi forma de tocarlo lo distrae demasiado y tengo que tirar de la prenda varias veces antes de que entienda que quiero que se los baje.

—¿Puedes decirme cómo te gustaría que lo hiciera? —pregunto, ajustando mi agarre.

Necesito las dos manos. Sí, será mejor con las dos manos. Sigue siendo una posición incómoda, pero también muy íntima por lo cerca que estamos. Me gusta. Inhalo profundamente su aroma y huele tan bien. Tan pero que tan bien.

—Así es perfecto, Elsie.

—No, pero... —Niego con la cabeza contra su pecho—. Dime cómo lo haces. Cuando estás solo.

—Así está... Joder... Así está bien. Aunque... hazlo lento de momento. Sin parar. Y si tocas... la punta... Sí. Sí, *ahí*.

—¿Qué más?

Le oigo tragar saliva.

—Tu voz.

—Mi... ¿Qué?

—Habla.

—Pero no... —Se me escapa la risa—. No creo que se me dé bien decir guarradas.

—Habla de nemática. Cuenta hasta diez. Me da lo mismo, solo...

—Bueno... Puedo hablar de la oferta de George. De que lo he estado pensando seriamente. Si aceptara, trabajaríamos juntos. Estaría en el MIT contigo el año que viene. Ganaría una cantidad aceptable de dinero, así que tal vez podríamos salir a comer juntos de vez en cuando. Compraría...

Emite un sonido profundo y gutural. Baja la mano entre nuestros cuerpos y parece que está a punto de apartarme, pero inclina la cabeza hacia delante, cierra los dedos en torno a sus testículos y luego aprieta mi mano.

—Quiero follarte —me dice contra el cabello—. Por favor, déjame follarte.

Me limito a asentir.

Me encanta tenerlo encima de mí. Es tan grande. Pensaba que me sentiría agobiada, prisionera, pero no es así para nada. Le rodeo el cuello con los brazos, levanto la barbilla para besarle, dejo que me apriete contra el colchón y disfruto de que me contenga.

Y entonces, cuando su vientre se desliza sobre el mío, siento una punzada de pánico.

—Espera.

Se detiene al instante. Me mira, cauteloso.

—Si no nos gusta, trabajaremos en ello, ¿verdad?

Se ríe contra mis labios.

—De momento, este polvo ya es el mejor que he echado en mi vida.

—Pero si...

—Sí. —Me abre las piernas, o tal vez se abren solas. Primero me presiona el abdomen con la polla y luego va bajando hasta presionarla contra mi entrada. Se queda a las puertas empapadas de mis adentros—. Trabajaremos en ello.

De repente, tengo la sensación de que esto no va a salir bien. Su pene es mucho más grande que el de J. J., y, aunque ya tenía una idea abstracta o teórica de cómo era, en este momento las implicaciones prácticas se hacen evidentes. Es físicamente imposible. Eso, o voy a ver las estrellas de lo mucho que me va a doler. Y esta es la parte del sexo que menos me gusta:

cuando la otra persona empuja hacia dentro y a mí me cuesta hacerle sitio, seguir el ritmo, adaptarme. Imagino que ahora será igual y, durante una fracción de segundo, me pregunto si yo seré capaz de soportar que no me guste. Que no disfrute con Jack.

Es nuevo esto de preocuparme por mi propio placer. Estoy sopesando la idea, ligeramente embobada, cuando, de repente, algo cambia.

Jack empuja.

El glande se desliza dentro, solo dos o tres centímetros.

Mi cuerpo se contrae a su alrededor en un pequeño espasmo.

Suelto un grito ahogado y él murmura algo contra mi mejilla que suena parecido a un «Joder». Me arqueo hacia él mientras el aire se me escapa de los pulmones, intentando acercarme más, intentando perseguir esa sensación.

Me gusta. Me encanta. Más de lo que me esperaba. Puede que sea porque estoy lo bastante mojada, puede que sea porque estoy más relajada que nunca, pero no ha llegado ni a la mitad y ya siento cómo me palpita. Noto el cosquilleo de un orgasmo en ciernes en lo más profundo de mi vientre.

—Hostia puta —dice Jack con voz ronca, y eso me ayuda a perseguir lo que sea que está a punto de llegar.

Baja la mano entre nuestros cuerpos, me presiona el clítoris con el pulgar y yo me contraigo aún más.

Mi mente desconecta. Estoy confundida. Mareada. No creo que me haya corrido, pero esto me hace sentir bien de una forma que ni siquiera sé cómo interpretar. Estoy disfrutando y mi cuerpo lo sabe, porque deja entrar a Jack como si este fuera el lugar al que pertenece.

«Parece ser que sí te gusta que te llenen.»

Sí. Sí. Parece ser que sí.

—¿Está toda dentro?

Niega con la cabeza. Me planteo reírme en su cara, decirle que miente, pero no está en condiciones de hacerlo. Tiene los ojos vidriosos. El brazo sobre el que se está apoyando tiembla a un lado de mi cabeza, como si controlarse supusiera un esfuerzo sobrehumano.

—La tienes... enorme.

Asiente, como si lo supiera pero diera igual. Mis pezones contra su pecho están duros como piedras, y ese contacto resulta exquisito. Podría correrme solo frotándome contra él.

Suelto una risita aguda.

—¿Así es como se siente la gente normal cuando folla? —pregunto mientras muevo las caderas haciendo círculos, inclinándome hacia delante y hacia atrás, solo para ver hasta dónde puede llegar esto. Las posibilidades son tentadoras.

—Nadie nunca ha sentido nada igual —me contesta con voz grave y temblorosa, y luego me da un beso con lengua largo y apasionado.

Unos segundos después, me ablando, me abro, me pierdo, y ya solo necesito mover la cadera hacia arriba dos veces más, una fuerte y la otra casi accidental, para notar el roce de su escroto contra mí y saber que por fin lo tengo todo dentro. Siento que esto es un sueño, que es cosa del destino.

—Joder —murmura otra vez, pero apenas le oigo.

Me concentro en mi propio cuerpo, en la forma en que se estira hasta los topes. Siento a Jack desde los huesos del cráneo hasta la punta de los dedos de los pies, pasando por todo lo que hay en medio. No dejo de hacer movimientos suaves y de restregarme, pero, aunque nunca he estado tan cerca de nadie, sigue sin ser suficiente. Él debe de saberlo, porque mete las manos entre mi cuerpo y el colchón y me abraza. Estoy total y absolutamente rodeada por él, por la tensión perfecta del momento, y Jack empieza a moverse hacia dentro y hacia fuera, mete y saca, a un ritmo fantástico y provocando una fricción prolongada.

No puedo soportarlo. La sensación es demasiado buena, tan buena que roza lo absurdo. Echo la cabeza hacia atrás contra la almohada y sus labios se encuentran con mi mandíbula. Me muerde la barbilla, luego la garganta.

—Voy a follarte por todas partes, Elsie. —Me lame el hueco donde acaba el cuello—. Entre hoy y el día en que nos muramos, voy a follarte *por todas partes*.

Asiento. Le hago saber que tiene permiso. Se me está creando un estanque líquido y tenso en el vientre. Noto oleadas de placer que se abren camino por mi interior y que me suben por la columna vertebral. Vuelvo a

coger a Jack, lo atraigo hacia mí para darle los besos que ansío, pero no podemos. Nuestro instinto animal nos domina demasiado, somos demasiado nuevos en esto, estamos demasiado desesperados por absorber hasta la última gota. Nuestros labios se juntan y luego se quedan quietos, olvidados.

—¿Puedes correrte así? —me pregunta con su cálido aliento contra mi oreja.

Mi cabeza está volando. A partir de ahora no podré evitar pensar en esto cuando oiga su voz. Sus palabras se graban a fuego en mi cerebro. Esos susurros para decirme: «Sí», «Así», «Perfecto»...

—Elsie. —Su cuerpo tiembla sobre mí. Parece estar a punto de llegar—. ¿Puedes correrte así?

—No lo sé. Puede. —No me falta mucho, creo. Estoy a punto de estallar.

Es increíble cómo consigue tocar todas las partes dentro de mí a la vez. Algo que funciona así de perfecto podría considerarse una obra maestra de la biología, y solo necesito un poco más. Un poquito más.

—Mierda. —Sus embestidas se aceleran, entierra la cara en mi cuello, y tengo la sensación de que está cerca. También creo que no se lo esperaba. No quiere correrse, todavía no, pero puede que esto esté totalmente fuera de su control.

Y eso es lo que quiero. Ver cómo se pierde.

—Dios, qué bien. Qué bien lo haces —le insisto, pero esas palabras se quedan tan cortas cuando lo que quiero decir es *Esto es lo mejor que he sentido nunca y Gracias y Haz conmigo lo que quieras, de verdad, lo que quieras*.

—Joder —vuelve a decir, y lo veo en su cara. Veo el segundo en que se rinde. Me agarra fuerte de las caderas para sujetarme mientras la mete tan adentro como puede, y entonces siento cómo su polla hace unos movimientos rápidos y espasmódicos—. *Elsie*.

Yo gimo. Él jadea. Su cuerpo se apoya y se aprieta contra el mío, sudoroso. Su espalda se tensa y yo lo sostengo mientras sus caderas se vuelven erráticas, luego paran, y luego...

El calor que se extendía en mi interior se detiene. Veo cómo los ojos de Jack se quedan en blanco, siento que me muerde la clavícula como si fuera su ancla, como si necesitara recordar que realmente estoy aquí. Los

gruñidos que suelta provienen de muy adentro, de algún lugar que creo que ni siquiera él debe conocer, y lo sostengo pegado a mí hasta que su orgasmo se reduce a unas cuantas embestidas torpes e involuntarias.

Sigo sintiendo una tensión dentro de mí que todavía no ha explotado. Y debería ser frustrante; es frustrante que él haya llegado y yo no, sentir este calor dentro de mí, hirviendo a fuego lento, queriendo salir. Pero ha estado bien igualmente. Y, al cabo de un momento, la saca, con la respiración agitada y entrecortada, y me mira. Parece conmocionado, un poco asombrado incluso.

—Mierda —dice sin aliento contra mi cuello. Noto su corazón latir como un tambor en mi piel. No puedo dejar de temblar—. Lo siento.

—No pasa nada. Te...

Me abre las piernas con las manos y mi espalda se arquea al sentir cómo desliza dos de sus dedos dentro de mí. Vuelvo a sentirme llena de nuevo.

Ahora puede besarme como es debido, suave, profundo, con ansia, y dice:

—Déjame que... Voy a...

Su cerebro ahora se guía más por el instinto primitivo que por otra cosa. Estoy mojada por una mezcla de mi propio flujo y su semen. Va trazando círculos rápidos alrededor de mi clítoris que enseguida me llevan al límite. Cierro los ojos y me corro en fuertes oleadas, momento que él aprovecha para volver a meterse dentro de mí. Siento que tengo algo que apretar, algo agradable y que me ancla al mundo. Nos quedamos dormidos así, y pienso que, sea cual sea el lugar al que vamos, puede, solo *puede*, que sea un sitio del que nunca quiera irme.



22

MASA CRÍTICA

Cuando me despierto, el sol brilla en lo alto del cielo y las sombras se han acortado. La última vez que me quedé dormida hasta tan tarde fue cuando pillé la gripe en primero de carrera y me pasé cuarenta y ocho horas alucinando con que mi piel era una cáscara de huevo y mi esqueleto ya había crecido lo suficiente como para salir del cascarón.

Esta vez no tengo pesadillas. Solo una profunda sensación de haber descansado bien y el gran cuerpo de Jack curvado detrás de mí, con los brazos formando una cruz alrededor de mi torso, aferrándose a él. No cambia mucho de la forma en que me desperté hace exactamente dos semanas. Lo único que ahora estamos desnudos y con la piel pegajosa. Esta vez sí que va a tener que cambiar las sábanas.

Hay una voccecita en mi cabeza que me regaña diciéndome que no puedo permitirme perder el tiempo, que debería levantarme de la cama y ser productiva: contestar correos, limpiar el horno, comprar una parcela en el cementerio. La hago callar y me estiro entre los brazos de Jack. No se despierta, pero vuelve a estar empalmado. Me pregunto si será otra *erecpisión*. Si...

—¿Una qué?

Ay, mierda.

—Nada. —¿Lo he dicho en voz alta?

Su voz es ronca.

—¿Acabas de...?

—No. Nop. Estaba...

Escondo la cara en la almohada. Por eso no suelo quedarme a dormir: si no descanso las horas que debería, el filtro entre mi boca y mi cabeza deja de funcionar, y...

La mano de Jack baja hasta más allá de mi vientre. Empieza a frotarse somnoliento contra mi culo y mi mente se queda en blanco.

—¿Puedo? —pregunta, medio dormido.

—Por favor.

Pongo un pie detrás de su pantorrilla. Me da un beso con la boca abierta en la curva del hombro.

—Tenías razón al decir que tendríamos que trabajar en esto.

Me pongo rígida. Dije de hacer eso si no lo disfrutábamos. ¿No le ha gustado? Pensaba que sí, pero... ¿qué sé yo? El experto aquí es él.

—Lo siento, no he...

—Elsie. Trabajar para evitar que yo dure tan poco.

Me muerde en el mismo lugar donde me ha besado, y entonces presiona su polla contra mí, abriéndose paso hasta mi entrada. Hace un par de ruidos suaves, como gruñidos, junto a mi oreja, y luego la mete hasta el fondo de un solo empujón. Me contraigo a su alrededor y el roce contra mis músculos me resulta increíblemente placentero. Todavía está muy apretado, pero estoy mojada por los restos de su semen y tierna por haber estado durmiendo, por lo que entra sin ninguna dificultad.

Me pellizca el pezón, como si supiera exactamente lo que quiere mi cuerpo, aunque ni siquiera yo lo sepa. Me presiona el abdomen con la palma de la mano y me pregunto si debe sentirse a él mismo moviéndose dentro de mí, si se da cuenta de lo llena que estoy. Sus embestidas son lentas y profundas, y a la vez pausadas y enérgicas, lo bastante para ir empujándome hasta estar a punto de golpearme contra el cabecero.

—Vale, vale, creo que... —Se ríe con pesar, casi sin aliento, contra mi cuello. Yo alargo la mano por detrás de mí para tocarle la mejilla, para aferrarme a él—. Quizá deberías tomar tú las riendas. Antes de que empiece a follarte hasta hundirte en el colchón otra vez.

Sorprendentemente, aún soy capaz de sonrojarme.

—Qué quieres que...

—Solo muévete. —Me da un beso en el punto donde se encuentran mi cuello y mi hombro—. Haz lo que notes que te da placer. Déjame observarte... Sí. *Así*.

Restriego el culo contra su abdomen, poco a poco, despacio. Al principio me siento incómoda porque la postura es rara y porque ni siquiera sé lo que estoy haciendo, pero hago un giro amplio y sinuoso con las caderas y, de repente, algo da en el clavo, y entonces...

Ambos jadeamos al unísono.

—¿Ahí? —me pregunta susurrándome al oído y poniéndome las caderas en el ángulo correcto para darme aún más—. ¿Así es como tengo que hacerlo para que te corras?

Mi mente se nubla.

—Ya has conseguido que me corra.

Hace un ruido gutural.

—Quiero sentirlo mientras mi polla está dentro de ti.

Gimo, y de repente ya no soy yo quien lleva las riendas. El placer brota dentro de mí con una fuerza impresionante, más rápido de lo que creía posible, y se desencadena como una avalancha. Le aprieto los dedos y él me devuelve el apretón, y cuando mi cuerpo se abandona al suyo, me empieza a follar hasta hundirme en el colchón, tal y como había dicho, y me sigue follando como si estuviera fuera de control. Dice mi nombre una y otra vez, como un cántico de guerra. Huele a sexo, al sudor de ambos y a la mejor noche que he tenido nunca. Me susurra cosas dulces y sucias al oído, me promete que nunca me va a soltar.

El sol brilla en lo alto del cielo, Jack está dentro de mí y yo sonrío entre las sábanas sin ninguna razón en especial.

Es posible que sea feliz.

Aunque, debido a la falta de experiencia de primera mano, no estoy del todo segura. Pero en el baño, mientras observo cómo caen las gotas por el cuello de Jack, con las piernas enroscadas en su cintura y él empotrándome

contra los azulejos de la pared, me pregunto si no será esto. Esta sensación cálida y reconfortante que resplandece con timidez en mi pecho podría ser algo parecido a la esperanza.

La esperanza de que haya más días como este.

—Deja de sonreír así —me susurra al oído. El chorro de la ducha le da en la espalda y sus labios saben a agua caliente—. O estaré encima de ti todo el día.

Me río en su cuello y hago como si no le hubiera oído.

El reloj del baño, ese que, supongo, Jack maldecirá cuando llega tarde por las mañanas, marca las 12:37. Me seco con la toalla, rebosante de posibilidades, con la leve e incipiente impresión de que, por una vez, no estoy huyendo, sino que me *dirijo* a alguna parte.

—Comida —me dice una vez me he puesto mi (su) sudadera y un par de calcetines largos que no consigo que se me queden subidos hasta arriba en las pantorrillas. Esboza una bonita sonrisa de autodesprecio—. Sueño despierto con que me dejas ponerte delante un menú completo de cinco platos con alimentos que he cazado, recolectado y cocinado yo solo —confiesa dándome un beso en la frente.

—¿Y eso por qué?

Me lanza una mirada pícara.

—No es un impulso racional, no me puedes preguntar *por qué*. Entonces, ¿qué te apetece?

—¿Qué sabes hacer?

—Nada. —Se encoge de hombros mientras yo me río y me sube al hombro para llevarme abajo. Me siento como si fuera un cóctel chispeante—. Aprenderé. Ahora es mi nueva obsesión.

No recuerdo la última vez que me reí tanto.

La comida de cinco platos resulta ser un sándwich de queso fundido ligeramente quemado y una sopa de tomate precocinada. Me siento en *mi* taburete y él se come su plato de pie frente a mí, al otro lado de la isla. Es la comida más básica y más rica que he probado nunca.

En mi móvil veo un mensaje de Cece. Pone que lo ha mandado a las 9:23.

CECE: «Nunca pasaré la noche en casa de Jack», decía.

«Estoy destinada a morir sola, estrangulada por el revoltijo de telarañas que se habrán apoderado de mi vulva debido a la falta de actividad sexual», decía.

Me río, y Jack sonríe solo de verme, lo cual es en cierto modo impropio de él. Y también un poco ridículo. Él es ridículo. Yo soy ridícula. Los dos somos ridículos. O quizá solo sea que volvemos a tener dieciséis años. Jack Smith, Jack Smith-Turner, Jonathan Smith-Turner y yo nos hemos acostado. Más de una vez. Y más de dos. Y ahora estamos desayunando a la una de la tarde. Esta no es mi línea de tiempo, pero aquí me quedo igualmente.

Le hablo de la ciencia detrás del queso gratinado, de la carga superficial negativa que tienen las moléculas de lípidos, de la tensión y la deformación, del pH óptimo, que siempre debe estar en torno a 5,5.

—Un manchego, entonces —dice—. O un cheddar suave. El gouda también valdría.

Mi corazón no para de dar volteretas al descubrir que este hombre se sabe de memoria el pH de distintos tipos de queso. En ese momento, me suena el teléfono.

Es un recordatorio de que debo cambiarme la bomba de insulina. Barajo la posibilidad de posponerlo hasta que esté en casa, luego miro a Jack y pienso: *sinceridad*. Este día, esta sopa no especialmente rica y este hombre con un agujero negro tatuado que le asoma por debajo de la manga son demasiado buenos como para no dedicarles algo de sinceridad.

—Voy a tener que subir unos minutos —digo mientras me bajo del taburete—. Pero enseguida vuelvo.

—¿Qué sucede?

—Solo necesito cambiarme la bomba de insulina. —Rebusco en el bolso y levanto triunfante mi kit: una bolsa de color amarillo pálido con minierizos dibujados. Me la regaló Cece hace años—. No te preocupes, no lo voy a hacer delante de ti. Sé que la gente a veces es aprensiva. Me la cambiaré en tu habitación.

—Enséñame cómo lo haces.

Deja lo que le queda de sándwich y va a lavarse las manos.

Me río.

—¿Por qué?

—Porque quiero saberlo.

—¿Por qué querías...? ¡Madre mía! Seguro que quieres ponerme sirope de maíz alto en fructosa en mi dosis de insulina. Todo esto no es más que una tapadera para asesinarme, ¿a que sí?

Sonríe y niega con la cabeza.

—Estoy empezando a pillarle el gusto a esto de que pases por alto todas las explicaciones racionales que te ofrezco y te lances directamente a la conclusión de que soy un asesino en serie desquiciado.

—Es ya una costumbre.

Sus bíceps se tensan cuando apoya las palmas de las manos en la mesa.

—Enséñame cómo va —repite.

Suena un poco a orden, y yo le respondo con una pregunta:

—¿Por qué?

—Porque quiero saber estas cosas.

Hay algo ahí que se está callando. *Porque quiero saber más sobre tu vida*, quizá, o *Porque quiero saber más sobre ti*. Mis ojos se posan en el kit, y me imagino usando palabras como *reservorio*, *fecha de vencimiento* o *cetoacidosis*. Explicando cómo funciona cada componente. Nunca he dicho algunas de esas palabras en voz alta. Viven exclusivamente en *mi* cabeza, junto con el resto de *mis* problemas.

Incluso Cece sabe solo lo básico. Pero ahora estamos hablando de Jack. Así que trago saliva.

—¿Tienes algún tipo de desinfectante?

El hoyuelo ha vuelto.

—Ya estabas tardando en hacerme esa pregunta.

Menos de una hora después, me acomodo entre sus largas piernas en el sofá, con los dedos de los pies rozándole las pantorrillas y su mano extendida sobre mi barriga por debajo de la sudadera. Se niega a ver el final de *Crepúsculo* («Creo que ya he visto suficiente»), pero está de acuerdo conmigo en que *Luna Nueva* es la mejor de la saga («Relativamente hablando») y se acurruca en torno a mí para echarse una siesta de dos horas durante *Eclipse* («Hueles a mí. Deberías oler siempre a mí»). Se despierta

cuando la tarde empieza a dar paso a la noche, justo a tiempo para enterarse del inesperado embarazo de Bella.

—Esto me parece una *atrocidad* —comenta mientras se ríe de todo lo que hacen los personajes.

—Cállate.

Se ríe más fuerte contra mi nuca.

—¡Cállate! —repito—. ¡El embarazo podría *matarla*!

Más risas.

—Esto es un reflejo de las penas y dificultades que cualquier ser humano debe afrontar a lo largo de su vida, *Jonathan*.

Me mordisquea la oreja un poco demasiado fuerte.

—Sigue siendo mejor que *2001: Una odisea del espacio*, *Elsie*.

—Obviamente. —Me viene algo a la mente—. Por cierto, ¿Millicent está bien?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Es domingo. ¿No debería estar llamándote para pedirte que la ayudes con una emergencia de vida o muerte? ¿No estará el repartidor de periódicos tirando el *Times* entre sus rosales o algo así?

—Estoy bastante seguro de que la entrega de periódicos no funciona así desde principios de los 2000. Y llevó a cabo su rutina de fin de semana ayer. Envió una foto de un caimán saliendo de un retrete en una gasolinera de Florida y afirmó que la había hecho en el baño de su dormitorio.

—¿Sabe enviar fotos?

—Impresionante, ¿verdad? —Tamborilea con los dedos sobre mi vientre—. Me pasé a comer. Le conté las novedades. Me regañó por no llevarte.

—Oh. —Me sonrojo por la... ¿satisfacción?

—No recuerdo la última vez que le cayó bien alguien. Aunque no es que haya admitido que tú le caes bien, claro.

Me río. Luego, tras unos segundos, me arriesgo:

—Me dijo que tu madre le caía bien.

Algo cambia en él, pero no para peor. No es que se ponga rígido, más bien está menos relajado, un poco más alerta cuando dice:

—Eso creo, sí.

Me animo.

—Era física, ¿verdad?

—Sí.

—¿Teórica?

Suelta un suspiro profundo y sobreactuado que hace que me pierda.

—Por desgracia. —Le doy un pellizco en el antebrazo como venganza. Ni siquiera se da cuenta.

Estoy tentada de sacar el tema del artículo. Quiero averiguar cómo pudo hacerle algo así a su madre (a todos nosotros) y exigirle que asuma las consecuencias. Pero tampoco quiero perturbar esto tan frágil, nuevo y maravilloso que tenemos. Y tras un poco de forcejeo, gana el último tirón, y lo que le pregunto es:

—¿Tienes recuerdos de ella?

Siento que mueve la cabeza para decir que no.

—Murió demasiado pronto.

Me doy la vuelta hasta quedar bocabajo encima de él.

—¿Se parecía a ti?

—No hay muchas fotos. Mi familia se ha deshecho de casi todas las que había en casa.

No logro discernir si eso le duele o no.

—¿Cuándo te pusiste su apellido?

Suelta una risa suave.

—Eso fue decisión de Millicent, en realidad. Fue al registro a cambiármelo cuando tenía diez años. Creo que se sentía culpable, algo no muy propio de ella. —Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Sé que era sueca. Rubia. Tenía también los ojos con esta cosa extraña de la...

—¿Heterocromía?

—Sí. Era más alta que mi padre. Y escribía en detalle sobre su trabajo en unos diarios. Millicent me los dio cuando empecé a obsesionarme con la física.

—¿Publicó algún artículo?

Aprieta la mandíbula.

—Solo dos. Se casó cuando se estaba sacando el doctorado y no volvió a trabajar después de tenerme a mí. Su diagnóstico llegó poco después. —Su

tono es cauteloso, como si estuviera eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—¿Por qué no volvió a trabajar?

Exhala.

—Hubo... problemas con el investigador al mando de su grupo.

—¿Por qué?

—Hubo algún que otro... desacuerdo sobre la investigación que estaban llevando a cabo. Era muy controlador. Ella se negó a acatar sus órdenes. El resto te lo puedes imaginar. —Su rostro permanece inexpresivo—. En esos diarios... Ella no se lo tomó bien cuando se enteró de que no se le permitía volver.

—Es que menuda gilipollez. ¿Cómo se atreve a dejarla fuera de su propio grupo de investigación?

Jack no responde. Su pausa parece un poco más larga de lo normal.

—Investigaba sobre los semiconductores.

Abro los ojos de par en par. No es mi campo, pero sé un par de cosas, dado que es uno de los temas en los que trabaja mi mentor. Me pregunto si he debido de leer los artículos de la madre de Jack en algún momento sin darme cuenta. Un hilo invisible que nos une.

—¿Tenía buenos fundamentos?

—Muy sólidos, sí.

—Estoy segura de que era una mujer fantástica. Quiero decir, solo hay que ver que era física teórica.

—Cierto. Aunque, por otro lado, se casó con mi padre.

—Buen argumento. ¿Quizá antes estaba más... comprometido con su entorno?

—Puede ser. Puede que solo necesitara casarse para obtener los papeles. O que quisiera el dinero de los Smith.

—Era doctoranda; yo no lo descartaría. Y si ese fuera el motivo, la respetaría.

—Por supuesto.

Su sonrisa está llena de cariño. Y eso me lleva a preguntarle:

—¿La echas de menos?

Hay una larga pausa.

—No creo que sea posible echar de menos a alguien que nunca has conocido, pero... —Ordena los pensamientos. Ordena también los sentimientos—. Ahora que tengo mi propia vida, es fácil reírse al ver lo disfuncional que es mi familia, pero cuando era adolescente, había momentos en los que las cosas se ponían muy feas en casa. Leía sus diarios y pensaba que, si ella hubiera estado ahí, todo podría haber sido... —Se le hace un nudo en la garganta—. Pero no estaba.

Me he sentido fuera de lugar toda mi vida, pero nunca nadie me había hecho sentir así. Guardo silencio y me inclino hacia delante, escondo la cara en su cuello y le doy un beso a la altura de la nuez justo cuando esta se mueve. Sube la mano hasta mi cabeza y la deja ahí. Noto que vuelve a mirar hacia la pantalla. Las complicaciones del embarazo de Bella se están volviendo extrañas, y él suelta un quejido contra mi cabello.

—Elsie. No soporto ver esto.

—Pero si es la mejor parte. La montaña rusa emocional de su transformación. La trama inapropiada con Jacob. Su cara cuando bebe sangre.

—Ni hablar.

—Está bien. Puedes entretenerte con otra cosa, si quieres. Pero no te alejes mucho, porque eres un calentador espacial con forma humana.

—Perfecto.

Me levanta como si no pesara nada, intercambia nuestra posición y se coloca sobre mí. Me lo quedo mirando confundida mientras baja por mi cuerpo con el ceño fruncido y luego me levanta la sudadera como si...

¿Está...?

No estará...

¿De verdad está...?

—¿Qué haces?

—Me has dicho que podía entretenerme con otra cosa.

Me apoyo sobre los codos para sentarme.

—Me refería a echar otra siesta, o a hacer el Wordle de hoy.

—Tú sigue viendo la película, Elsie.

—Pero...

Me agarra de las caderas y me sostiene como si fuera una reliquia, con firmeza y delicadeza a la vez. Sus besos entre mis piernas son largos, sabrosos, sucios, lentos, y hacen que me arquee contra el sofá y me estremezca en su boca. Está envuelto por un aura de descaro: la forma en que disfruta, los sonidos que hace, el hecho de que a ratos parezca que se aleja, como si lo estuviera haciendo por él más que por mí.

—Uf —digo clavándole las uñas en el cuero cabelludo. Me rodea los muslos con los brazos, me sujeta las rodillas con las manos y, durante un rato, consigo tragarme los gemidos suplicantes que se me acumulan en la garganta. Después ya no—. Uf. *Uf, Jack.*

Me corro una vez, luego otra, luego otra más, y entonces se quita la camiseta, se pone encima y me penetra. Va embistiendo con paciencia mientras me besa sin parar y me dice lo guapa que soy y lo mucho que le gusta hacerlo conmigo. Suelta una risa sin apenas aliento contra mis jadeos mientras me recuerda que antes me daba miedo que no hubiera química entre nosotros en la cama, que este placer sobrenatural que nos ha cambiado la vida no fuera suficiente.

—Qué gracia —me dice con voz rasposa al oído— que pensaras que follarte una vez haría que se me quitaran las ganas de follarte más veces.

Me aferro a los músculos sudados de su espalda, siento que todo mi cuerpo se estremece y, cuando me ordena que lo mire, mis párpados se abren de par en par y ambos nos corremos. La presión que siento en el vientre y en el pecho es pesada, abrumadora, deliciosa, y le hundo las uñas en los hombros a medida que la tarde se funde en la noche.

—Es la segunda vez que lo hacemos con *Crepúsculo* de fondo —dice.

—No me puedo creer que nos hayamos perdido la parte en la que Bella le da una paliza a Jacob.

—Por Dios, Elsie, ¿qué clase de película es esta?

La habitación está completamente a oscuras, salvo por el resplandor del televisor. Me río contra su piel y me siento como en casa.

No deja que me vaya. Aunque, para ser justos, tampoco es que yo me esté esforzando mucho.

—Mañana tengo clase a las ocho de la mañana.

—No importa.

—En la Universidad de Boston.

—Sigue sin importar.

—Necesito ir a mi casa, vestirme, coger mis cosas, después coger el bus...

—Te llevaré.

—¿Me llevarás adónde?

—A cualquier sitio.

Estoy sentada en la encimera mientras él corta zanahorias para preparar la sopa que tanto me apetece. Hemos buscado la receta en su móvil y en la pantalla se aprecia el parpadeo de un anuncio de color rojo que ofrece cursos de cocina para parejas.

—Tendrías que levantarte como a las seis. No puedo pedirte que hagas eso.

Deja el cuchillo y se coloca entre mis piernas. Incluso así, es más alto que yo. Intento estar resentida con él por ello, pero mi corazón ha crecido un montón en los últimos siete días. Está a punto de salir flotando hacia el cielo.

—No hace falta que me lo pidas. —Me besa la punta de la nariz, luego la boca y otra vez la nariz—. Porque me estoy ofreciendo.

Mi corazón se hincha un poco más. Me estoy quedando sin espacio.

—¿Y si digo que no?

—No lo hagas. Porfa.

Sonríó. Su mano se desliza por debajo de mi sudadera y sube hasta mi cintura.

Me encanta esto. Tanto como pensaba que odiaba a Jack antes. Y tiene razón: esto está yendo muy rápido. Demasiado, quizá. Pero me pregunto si ciertas relaciones son la prueba viviente del principio de incertidumbre de Heisenberg: su posición y su velocidad simplemente no se pueden medir al mismo tiempo, ni siquiera en teoría. Y ahora mismo estoy demasiado ocupada saboreando el punto en el que estamos como para plantearme otra cosa.

—¿Qué? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—Solo estaba pensando.

—¿Pensando en...?

—Durante la entrevista, me imaginaba cómo sería trabajar contigo si conseguía el puesto. Y tenía unas fantasías muy elaboradas.

Le despierto el interés.

—¿Me imaginabas preparándote bocadillos y guardándotelos en una fiambarrera de *Crepúsculo*?

Me río.

—Ay, no.

—¿Te imaginabas llevando ese vestido rojo que te pusiste para la cena en el Miel y que yo te ponía a cuatro y...?

—No. —Todavía tengo la capacidad de sonrojarme. Impresionante—. Principalmente consistían en que yo te acosaba hasta que renunciabas a tu puesto.

—Ya veo. —Parece intrigado—. ¿Qué tenías pensado?

—Ah, bueno, ya sabes. Meterte el instrumental en gelatina. Difundir el rumor de que defecas en los urinarios. Inculparte de algún delito de guante blanco. Cosas así. —Por su cara, parece estar encantado—. Bueno, a ver... aún puedo hacerlo.

—Por poder puedes, sí.

—Más de uno opinaría que debo.

—Más de uno, seguro. —Me besa la comisura de los labios—. Quizá el año que viene —dice.

Suena esperanzador, como si escondiera una promesa, y me doy cuenta de que me encantaría aceptar la oferta de George porque quiero trabajar con ella, porque quiero dedicar todos mis esfuerzos mentales a los cristales líquidos, porque quiero *no* pasar once quinceavos de mi tiempo desplazándome entre diferentes campus y porque quiero tener dinero suficiente para regalarle a Cece algún gorrito para ese nugget con púas que tiene por mascota. Pero este hombre, que iba a ser la peor parte de que me dieran el trabajo de mis sueños, puede que acabe siendo lo que más deseo.

Para sorpresa de nadie, acabo quedándome también esa noche. Y, teniendo en cuenta lo que ocurre al día siguiente, resulta ser una decisión

bastante acertada.

OceanofPDF.com



23

PUNTO DE CONGELACIÓN

Me llega el correo del Dr. L. (Lo lamento, esta semana estoy de viaje, pero podemos reunirnos el próximo lunes) *antes* de que un estudiante de Física 101 me tienda una emboscada para hablarme de una película muy guay que acaba de ver y preguntarme si en teoría se puede invertir el tiempo (maldito seas, Christopher Nolan), y *después* de que me llamen desde la dirección de una de las universidades para decirme que sí, que hay una vacante para mí el año que viene, pero los adjuntos tendrán que asumir un recorte salarial debido a *blablablá* los impuestos, *blablablá* el decano, *blablablá* la explotación de los docentes no titulares como piedra angular del modelo capitalista en el mundo académico.

Un niño con lo que parece ser tos ferina me la pega en el autobús. En cuanto me bajo en mi parada, empieza a caer una lluvia helada y resbaladiza, y, por algún motivo, solo logro encontrar en mi bolsillo uno de los guantes que Cece tejió para mí durante su efímera fase de hacer cosas a mano. Están pasando muchas cosas. Muchas cosas. Pero no me importa, porque justo encima del mensaje más largo que un día sin pan que me ha mandado Lance pidiéndome que averigüe si Dana va a ir al concierto de U2 con Lucas, hay otro mensaje: una foto de la maqueta del Colisionador de Hadrones que vi en el escritorio de Jack, y luego solo cinco palabras.

Quedaría genial cubierto de gelatina.

Sonrí. Respondo: Creo que me decantaré por la de cereza, y luego sigo andando por el Departamento de Física de la UMass.

JACK: Se me había olvidado que el primer lunes de cada mes hacemos una quedada en casa de George. ¿Quieres venir? O también puedo pasar a recogerte, traerte a mi casa, preparar más sándwiches de queso fundido científicamente seleccionado y ver juntos el material extra sobre la familia Cullen.

Sonrí tanto que casi me tropiezo con una fuente.

ELSIE: Tengo que corregir cuatrocientos mil trabajos.

JACK: Haz lo que yo hago. Ponles a todos un sobresaliente.

ELSIE: ¿De verdad haces eso?

JACK: Dejo caer tres o cuatro notables y un par de suficientes y ale.

Esta vez sí que me tropiezo con una fuente. Una que no es la de antes.

ELSIE: No me extraña que te besen tanto el culo. ¿Lo de casa de George requiere algún tipo de etiqueta?

JACK: Si la tiene, pienso ignorarla.

ELSIE: ¿Panadera?

JACK: ¿A qué te refieres con panadera?

ELSIE: Así se llaman las camisetas que llevas día sí día también.

JACK: ¿Tienen un nombre?

En fin. Hombres.

ELSIE: Envíame la dirección de casa de George. Nos vemos allí cuando acabe.

La puerta de la casa de George se abre y aparece una mujer joven y rellenita con una sonrisa preciosa que me abraza con cariño y me da la bienvenida al apartamento más grande y bonito que he visto nunca.

—Están en el salón —me informa. Hay más gente charlando por el pasillo. Noto un ligero acento, y recuerdo que George mencionó que su mujer es una gurú griega de las finanzas—. Me voy arriba a comer algo y a escuchar a Bach con auriculares de los que cancelan el ruido. Pasadlo bien.

La primera persona que me encuentro es a Andrea. Está en la cocina cuando paso, rellenando un bol grande con totopos.

—Vaya. —Me mira—. Estás... aquí. —Sonríe sorprendida. Parece un poco tensa.

—Hola. —Decido acercarme con la esperanza de mandar un mensaje de *Esto no tiene por qué ser incómodo*—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Arruga la bolsa de totopos vacía—. Es fantástico que te resulte cómodo venir a casa de George, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Ah. —Me sonrojo. Imposible que esto no sea incómodo—. Sí. Es que...

—Andy —me interrumpe alguien detrás de mí—, George quiere saber si... —Es Jack, por supuesto. Se detiene a mitad de la frase, igual que yo, como si hubiera perdido completamente la noción del mundo—. Doctora Hannaway. Llego tarde.

Lo dice como si me hubiera estado esperando. Como si se hubiera pasado todo el tiempo que hemos estado separados pensando en cuándo podría volver a burlarse de mí, como si yo fuera lo primero en lo que piensa por las mañanas y lo último antes de irse a dormir. Antes de que me dé cuenta, yo también he dado un paso al frente, como él. Me pongo de puntillas y le doy un beso. Sonrío contra su boca.

No es más que un besito, pero mi corazón late con fuerza, al igual que el de Jack, según descubro al apoyar la palma de la mano en su pecho. Me alejo unos pocos centímetros para mirarle a los ojos. Es como si el último fin de semana nos hubiera cambiado como personas. Como si hubiera afectado a la estructura base de mi cerebro y también a la del suyo. Sus pestañas son como un abanico. Me está mirando la boca. Vuelve a inclinar la cabeza y...

—¿Qué es lo que quiere saber George, Jack?

Mierda.

Caigo sobre mis talones y me vuelvo hacia Andrea, muerta de la vergüenza. Miro a Jack, esperando encontrarme con su habitual despreocupación, pero sigue mirándome fijamente, un poco agitado, como si yo fuera su norte magnético.

Se aclara la garganta.

—¿Qué vino quieres.

—¿Cuáles son las opciones?

Parece confuso.

—Ah, tinto y... —Se encoge de hombros, y rodea los míos con un brazo, como si estar en mi espacio personal fuera ya lo más natural del mundo. Eso me hace sentir bien.

—A ver si lo adivino. —Andrea hace un gesto de exasperación—. ¿Blanco?

—Eso creo.

Resopla, coge el cuenco de los totopos y pasa entre nosotros dos para salir de la cocina. Vemos cómo se aleja, con sus ondas rubias y su excelente postura, y entonces Jack vuelve a acercarse a mí. A acercarse mucho. Quizá demasiado. Se inclina para darme un beso en la frente.

—Hola.

No puedo apartar la mirada de sus ojos.

—Hola.

Nos quedamos así, en silencio, durante lo que probablemente sea demasiado tiempo. Puedo oler su piel limpia, el aroma de su champú con un toque amaderado, el de la camisa de franela roja que he elegido esta

mañana de su armario. No tengo ganas de decir nada, así que no digo nada y me quedo así un buen rato, hasta que me pregunta:

—¿Estás lista para jugar?

—Uy. Jugar... ¿a qué?

—Ya verás. —Su sonrisa hace que me vibre el corazón—. Te va a encantar.

Tiene razón. Aunque por un momento, después de que Diego, el amigo de Jack, me haya explicado las reglas del Go Relámpago (las mismas de siempre, pero solo tienes diez segundos por jugada), me planteo pedir que me dejen fuera del torneo.

—Es muy poco tiempo. —Me muerdo el labio—. Quizá sería mejor que yo no...

—Sigue tu instinto —me susurra Jack al oído. Puede hacerlo porque está justo detrás de mí. O tal vez sea al revés: soy yo la que está sentada entre sus piernas abiertas, porque he contado dieciocho personas aquí y no hay suficientes asientos—. Puede quedarse aquí sentada conmigo mientras juego la primera partida —le dice a Diego—. Así aprende.

Todo el mundo ve cómo la mano de Jack se desliza por debajo de mi camiseta y se aplana contra mi abdomen; un peso sólido y agradable contra mi piel. Se olvida de que le toca porque está demasiado ocupado mirándome.

—¡Tío! —le reprende Diego la segunda vez que pasa.

—Perdón —dice Jack, imperturbable, y yo me paso las dos rondas siguientes sonrojándome y sin parar quieta en su regazo, hasta que me agarra por detrás y me dice al oído, medio distraído—: Pórtate bien.

Algo se enciende dentro de mí.

Jack gana igualmente. Y yo debo de haberle pillado el truco rápido, porque también gano mis partidas. Gano una de prueba contra George, que ha comprado cuatro tipos de queso distintos porque Jack le ha dicho que es lo único que como. Gano contra Sunny. Gano contra otra persona cuyo nombre no recuerdo. Gano contra Andrea en solo unos pocos movimientos.

—Es fácil llevar ventaja cuando eres la única persona sobria de la sala —murmura ella.

Noto un poco de rabia detrás de esas palabras, pero, cuando reconozco que no se equivoca, estalla en carcajadas y me ofrece la copa para brindar, así que me digo a mí misma que me lo habré imaginado. Circulan el vino, la cerveza, los chupitos y las historias de terror en el mundo académico. Hay una pizarra frente a la chimenea de George donde están escritos los resultados de las partidas, y para cuando llega la medianoche, el Go Relámpago se convierte en mi juego preferido del mundo mundial. Me lo estoy pasando genial. Me lo estoy pasando genial *de verdad*.

Cuando Sunny anuncia la partida final, ya está arrastrando las palabras. Se ha puesto una foto enmarcada de la boda de George sobre la cabeza e intenta que no se le caiga haciendo equilibrios.

—Las dos personas que aún no han perdido ninguna partida son... Jack, por supuesto. Anda y que te den, Jack; deja de hacernos la vida tan aburrida y de ser un don perfecto. Y, redoble de tambores... ¡Elsie! Elsie, por favor, al menos una vez en mi vida quiero tener la oportunidad de verle la cara al engreído este después de perder.

—Perdí varios frascos con muestras de orina que había en mi mesa —contesta él.

La foto enmarcada cae con suavidad sobre la moqueta. Sunny me agarra la mano.

—Véngame, Elsie. *Por favor*.

Asiento solemnemente y me coloco en el lado de las negras. Jack coge una piedra y se reclina en la silla, con los ojos clavados en mí. El trozo azul se ve tan vivo como el del mar, y hay una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

—Nos volvemos a encontrar —dice lo suficientemente alto como para que todos lo oigan.

Yo desconecto para no despistarme con los silbidos y gritos de ánimo de sus amigos. Percibo que se van callando a medida que vamos exprimiendo hasta el último segundo de cada ronda. Cada vez que levanto la vista, Jack ya me está mirando. Recuerdo la primera vez que jugamos, en casa de Millicent, y me pregunto si fue la primera de muchas. Me pregunto si Jack tendrá un tablero. Me pregunto si lo guardará en su estudio. Me pregunto por qué, cuando me mira, olvido lo mucho que me asusta que me vean.

Me pregunto por qué, cuando me alzo ganadora, parece estar tan feliz como yo.

—Bien jugado —dice, ignorando cómo todo el mundo se burla de él por haber roto su racha de ocho meses.

Asiento. De repente, *otra vez*, soy todo latidos.

Me meto en el cuarto de baño, eufórica por la victoria. Cuando salgo, George me espera al otro lado y me da un susto de muerte.

—*Hostia*.

—Reconozco que te he seguido —dice mientras se apoya con despreocupación contra la pared.

—¿Estabas escuchándome mear?

—No. Bueno, sí. No era ese mi propósito inicial, pero eso que me llevo.

—Sonríe—. La idea era acosarte por lo de la oferta de trabajo.

—Ah. —Me aclaro la garganta—. Todavía no tengo una respuesta. Lo siento.

Entrecierra los ojos.

—¿Jack está tratando de influenciarte de alguna manera? Porque estoy dispuesta a usar la picana eléctrica, si hace falta. ¿A quién quiero engañar? Claro que intentará convencerte de que aceptes el trabajo. Estoy bastante segura de que el noventa por ciento de sus fantasías consisten en llevarte al trabajo y comprarte un café con leche por el camino.

—Estoy segura de que no...

—¿Qué piensas *tú*?

Trago saliva. Luego echo un vistazo al pasillo, como si el arte macarrónico de la sobrina de George pudiera contener la clave de mi futuro profesional.

No es el caso.

—Me... —Respiro hondo—. Me encantaría decir que sí.

George parpadea. Luego sonríe. Luego repite:

—¿Sí?

—Sin embargo, no puedo aceptarlo formalmente hasta que hable con mi mentor. Pero no te preocupes —me apresuro a añadir, puesto que su sonrisa se ha desvanecido al instante—. Estoy segura de que la semana que viene

me dará el visto bueno. Le explicaré lo mucho que me apetece aceptar el trabajo y él estará de acuerdo en que es la mejor opción.

George se me queda mirando durante un segundo, parece bastante menos emocionada.

—De acuerdo. —Asiente. Y cuando estoy a punto de irme, añade—: Quiero que conste que me encantaría seguir siendo tu amiga aunque al final no aceptes. —Su sonrisa es un poco tensa—. Ale, adiós. Tengo que hacer pis, y no, no puedes quedarte a escucharlo, no me seas rara.

De vuelta al salón, mientras me pregunto por qué parece que George se acaba de resignar a que no voy a aceptar el trabajo, capto una conversación por casualidad.

—... ¿Ahora te juntas con los teóricos?

Es la voz de Andrea que viene de la cocina. Me detengo en el pasillo. Solo puedo ver medio cuerpo de Jack: la espalda ancha, el pelo claro que se riza a la altura del cuello, las manos grandes poniendo los platos sucios en el lavavajillas. Debería entrar y ayudar a limpiar, pero algo me dice que me esconda como si fuera una espía corporativa en una película de James Bond.

—¿Perdón? —responde él, confundido.

—¿Ella lo sabe?

—¿Quién?

—Elsie. —Un cuarto del cuerpo de Andrea aparece en mi campo de visión. Solo veo que sonríe levemente mientras mira a Jack—. ¿Sabe que desprecias a la gente como ella?

—Andy, ¿estás borracha?

—Un poco. —Suelta una risa nerviosa—. ¿Tú no? Se te estará pegando la forma de ser de Elsie. Me imagino que la debe chupar de maravilla, si has estado dispuesto a hacerles esa putada a Pereira y Crowley por ella. Supongo que se podría decir que está buena, aunque es un poco sosa...

—La putada se la han hecho ellos mismos. Y tú deberías volver con los demás —dice Jack con firmeza—. Estás más que borracha si crees que decirle a alguien que su novia es una sosa es buena idea.

—No es tu *novia*.

—Lo será si quiere. Y hasta me casaré con ella si eso es lo que desea.

Jack está perdiendo la calma que lo caracteriza. A pesar de que tiene una presencia dominante, rara vez está realmente irritado, y eso Andrea también lo sabe. Veo en su cara que algo se rompe, pero lo enmascara con otra risa débil que hace que me duelan los oídos.

—¿Una *teórica*, Jack? ¿Estás teniendo un año de sequía o qué?

—¿De verdad me estás...?

—Has perdido contra ella en el Go —dice petulante, aunque intenta mantener un tono despreocupado. Debería estar ofendida por sus palabras, pero algo me lo impide. Algo que me rompe el corazón—. *Nunca* pierdes una partida. Me dijiste que *nunca* perderías una.

—Nunca te dije eso. —Jack también ha detectado lo mismo que yo en su tono. Su tono se suaviza.

—Apuesto a que has perdido a propósito. Si de verdad la quieres tanto...

—Ha ganado de forma limpia. —Están hablando de otra cosa. Algo que no tiene nada que ver con el Go ni con nada de lo que ha pasado esta noche. Me doy cuenta de que ella se preocupa mucho por él. Puede que incluso haya algo más—. Aunque hubiese perdido contra ella a propósito, eso no tiene nada que ver contigo.

—Pues a mí me parece que sí.

—Andy... —Suspira—. Te he sido honesto acerca de mis sentimientos en todo momento. Dijiste que lo comprendías y...

—Por Dios, Jack. Es una *teórica*.

—Es mejor científica de lo que tú o yo seremos jamás. Estás dolida, y yo estoy intentando darte un poco de margen, pero te estás pasando demasiado de la raya...

—¿Es que ahora eres su representante? Tú eres *tú* y ella... Ella se *inventa* cosas. ¿Todo esto viene de que te la estás tirando?

—Viene de que *conozco* su trabajo.

—Pero llevas quince años criticando a la gente como ella. Fue gracias a ti que su campo perdió todo el prestigio que tenía. Incluso arruinaste alguna que otra carrera, Jack. ¿Y ahora me dices que *ella* es la persona por la que estás dispuesto a *sentir* algo?

—Basta —ordena Jack—. Se acabó.

—Has...

—Va en serio. Si quieres hablamos de esto cuando estés sobria, pero ahora mismo será mejor que dejemos la conversación aquí o voy a decir cosas de las que luego me voy a arrepentir.

—Si me...

—Andy.

Un segundo después, Andrea aparece en el pasillo con los ojos llenos de lágrimas. Me mira durante un doloroso e incómodo instante, y luego pasa de largo sin decir palabra. Apoyo los hombros contra la pared, intentando detener la centrifugadora de mi cerebro.

«¿Sabe que desprecias a la gente como ella?»

No me desprecia. ¿O sí? No. Sinceridad, ¿verdad? No, Jack no me desprecia.

Pero no me sorprende que Andrea piense que sí. Es exactamente lo que yo creía que pensaba Jack hace aproximadamente dos crisis en su piso. Es Jonathan Smith-Turner. Lo que le hizo a la física teórica hace una década y media está presente en la Biblioteca del Congreso y tiene una entrada en Wikipedia.

—¿Qué haces aquí? —pregunta George tras aparecer por el pasillo.

—Ah, nada. Solo estaba... mirando esto. —Señalo un cuadro de flores a mi derecha.

—¿Lo quieres? Lo hizo mi esposa con su ex en un sitio de esos donde vas a pintar y hartarte de vino. Hace mucho que me quiero deshacer de él.

Suelto una risa nerviosa.

—Em... quizá la próxima vez que venga.

Ella se va hacia el salón y yo me acerco a Jack, que está mirando por la ventana, con la espalda rígida y los músculos tensos.

—¿De mal humor por la derrota? —pregunto, aunque sé que no.

Solo quiero ver cómo la tensión abandona su cuerpo. Porque así quizá también abandone el mío.

—Elsie.

Os he oído, debería decir. ¿Realmente desprecias...?

Has dicho «novia».

¿Qué ha querido decir con...?

Pero no me da tiempo. Se inclina hacia delante, me rodea el cuello con las manos y me da un beso largo e intenso. La gente que pasa por nuestro lado suelta alguna broma o se nos queda mirando, pero él no para. Yo tampoco quiero que pare.

—¿Va todo bien? —pregunto cuando se aparta.

Mira hacia otro lado. Coge su botella de la encimera y se bebe lo que queda.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí. Vale.

Hacemos el trayecto hasta mi casa en silencio. Siento frío en todas partes excepto en la rodilla, donde descansa la mano de Jack. Me agarra un poco más fuerte de lo habitual. No sé por qué decido invitarlo a subir. Quizá es porque sé lo que tiene que pasar. Quizá solo estoy intentando aferrarme a él, prolongar ese punto de contacto.

Cece no está, probablemente por asuntos relacionados con Faux, y me siento un poco aliviada. Nuestra casa es un desastre, porque la última vez que limpiamos fue cuando la señora Tuttle vino a convencernos de que la cosa verde de la pared era pintura y no moho. Intento ver el apartamento a través de los ojos de Jack, pero a su favor hay que decir que no se comporta muy a lo Smith para las condiciones en las que vivo. En lugar de eso, hace algo tan *de Jack* que casi me estalla el pecho: levanta la parte superior del aparador como si no pesara nada. Se le tensan los bíceps y hacen que se le estire la franela de su camisa mientras la coloca donde debe estar, perfectamente centrada con el módulo inferior.

Tres segundos. Para hacer algo que Cece y yo hemos estado posponiendo durante tres años.

—Bonito piso —dice mientras se sacude el polvo de las manos en los vaqueros.

Suelto una risita.

—Para nada.

Se apoya en la mesa donde he trabajado, comido, reído y llorado durante los últimos siete años.

—Pues entonces deberías mudarte conmigo.

Me vuelvo a reír. Tendría que darle las gracias por lo del aparador. Lo único que...

—No iba de broma. Este sitio es... —Hay un bicho panza arriba en el suelo—. ¿No se supone que estos solo viven en zonas tropicales?

—Mmm... Nuestra teoría es que aquí se da un nexo 4D donde existen múltiples regiones climáticas a la vez y... ¿Lo dices en serio? ¿Lo de irnos a vivir juntos?

Se encoge de hombros.

—Te ahorrarías una pasta.

—Estoy bastante segura de que la mitad del alquiler de tu piso cuesta más que la mitad del de este.

—Yo no pago alquiler. Así que no tendrías que pagarme. Eso me da igual.

Ya, claro. Le da igual el dinero. Porque tiene dinero.

—No puedo dejar a Cece —replico—. ¿Quieres acogerla también?

—Me sobra una habitación.

Resoplo. Y entonces me doy cuenta de cómo me está mirando.

Como si estuviera hablando *muy* serio. Y como si estuviera esperando una respuesta.

—No puedo irme a vivir contigo —le digo—. Ni siquiera estamos... —¿Ni siquiera estamos qué?

Aparto la mirada. Me siento como el puto culo y no termino de captar si está hablando en serio o no. Supongo que tiene que estar de broma, pero su cara dice otra cosa.

Da unos cuantos pasos sobre el suelo de vinilo barato y se planta frente a mí. Estoy atrapada entre él y el fregadero. Unos dedos fuertes se acercan a mi barbilla y la inclinan hacia arriba.

—Yo creo que sí lo estamos.

Me tiembla el corazón. Ese trocito de iris azul me atraviesa como un cuchillo, y lo único que se me ocurre decir es:

—Andrea no estaría de acuerdo.

No quería sacar el tema. De hecho, tenía toda la intención de evitar el tema durante el resto de mi vida. Pero supongo que esto de la sinceridad es un poco adictivo.

Jack cierra los ojos y maldice en voz baja.

—La has oído.

—Bueno... —Libero mi barbilla, y él comprende que necesito espacio. Da un paso atrás, pero yo sigo sin poder respirar—. No era mi intención. Pero... —Exhalo—. Sí, la he oído.

Jack suspira.

—Lo siento. Hablaré con ella cuando esté más tranquila.

Asiento, y el tema debería zanjarse aquí. Al fin y al cabo, hemos llegado a un acuerdo. Sin embargo, en vez de eso, me oigo preguntar:

—¿Y qué hay de Crowley y Pereira? Y de Cole. Y del resto de tus alumnos. ¿Hablarás con ellos también?

Aprieta los labios y su expresión se vuelve opaca. Como si se estuviera preparando para algo.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Elsie?

De repente, el millón de canicas que llevan rodando por mi cabeza desde hace dos semanas empiezan a rebotar contra mi cráneo. Y me hacen *daño*.

—¿Sabes cuál es el problema? Que esta gente te admira. Les caes realmente bien. Tus alumnos, tus compañeros, tus amigos. Todos ellos quieren complacerte. Y, para la mayoría, complacerte significa mostrar que les disgusta lo que *a ti* te disgusta. Y así es como todo nos lleva a ese artículo de las *Crónicas*.

Espira.

—Elsie...

—Y lo cierto es que yo he hecho lo mismo. —Empiezo a pasearme por la cocina—. Me gustas tanto que he evitado pensar en ese tema todo lo que he podido. Y, las cosas como son, se te da bien hacer que me olvide. Nunca *siento* que seas la persona que escribió aquello, lo cual hace que me resulte más fácil fingir que no existías antes de conocerte, que tus acciones pasadas no importan. Pero lo que ha dicho Andrea hoy... Se lo debo a mi mentor. No puedo olvidar que Laurendeau era el editor de la revista en ese momento. Que fue censurado. Y... —Siento la misma mezcla de rabia y vergüenza de siempre cuando pienso en lo que pasó—. La cosa es, Jack... que tú vas por la vida con la confianza propia de un hombre con dinero.

Nunca te cuestionas tus acciones. Pero lo que hiciste tuvo consecuencias, hubo víctimas colaterales que...

—Laurendeau no lo fue —contesta en tono seco.

—Sí, Laurendeau también. Aquello tuvo un enorme impacto en su carrera y...

—Lo suyo no fue *colateral*.

—Él se... —Dejo de caminar. No proceso las palabras de inmediato, pero cuando lo hago, me quedo aún más confundida—. ¿Qué?

Jack se humedece los labios.

—Laurendeau *era* el objetivo.

—No entiendo.

—Escribí ese artículo porque quería acabar con la carrera de Laurendeau. —Veo que traga saliva—. Todo lo demás sí que fue colateral.

Mi mente da un millón de vueltas y se detiene de golpe.

—¿Todo lo demás?

—No quería convertirme en la imagen de portada de la disputa entre teóricos y experimentalistas. —Levanta una mano, impaciente. Por un momento percibo cierta vacilación, pero su mirada se endurece, se vuelve obstinada, casi parece la de un adolescente. Vuelve a tener diecisiete años—. No estaba tratando de hacer ninguna *proclamación*. Lo único que quería era que Laurendeau dejara la física, pero fracasé, claro está. Dado que, después de darle por culo a mi madre, se ha dedicado a joderle la vida a la única persona de la que me he llegado a enamorar.

¿Qué es lo que...? ¿Su madre? ¿La única persona de la que...?

—Me...

—Él era el colaborador al mando del proyecto, Elsie. *Él* fue la razón por la que mi madre no pudo volver a trabajar después de que yo naciera. *Él* fue la razón por la que ella se sintió... Era lo más importante para ella, Elsie. Su trabajo la *definía*, y él se lo arrebató y... —Alza la voz cada vez más hasta que se detiene de golpe, como si en ese momento se hubiera dado cuenta de lo mucho que está gritando.

—¿Por qué hizo...?

—Porque le tenía envidia. Porque se sentía superior. Porque quería *controlarla*. También es así contigo.

—¿Qué? —Niego con la cabeza—. No. No, a mí me *ayuda*.

—Ya, hasta el punto de que no te sientes autorizada para aceptar el trabajo de tus sueños sin su permiso, ¿no? Esa no es una relación normal entre mentor y alumna.

—No sabes de lo que estás hablando.

Jack simplemente no lo entiende. El Dr. L. es la única razón por la que pude entrar en el doctorado. La razón por la que pude perseguir mis sueños. La razón por la que actualmente tengo un trabajo.

Da un paso adelante.

—Laurendeau te ha aislado y ha conseguido que seas incapaz de darte cuenta. Hizo lo mismo con mi madre. —Se frota la frente y me pregunto cuándo fue la última vez que habló de esto con alguien—. Está todo en sus diarios.

—Dios mío. —No me lo puedo creer—. ¿Por eso escribiste el artículo? ¿Por lo que ponía en esos diarios?

Suelta una carcajada sin rastro de humor.

—No. Lo escribí porque fui a la Northeastern e intenté denunciar a Laurendeau, pero me dijeron que no podía denunciarlo porque yo no era la víctima. La cosa se quedó en nada. Y, Elsie, yo estaba... —Me sostiene la mirada durante un segundo, y lo veo todo. Era joven y estaba cansado. Estaba triste. Estaba enfadado. Se sentía solo; estaba solo; era el Smith raro. Se veía indefenso. Quería vengarse—. *Entonces* fue cuando escribí el artículo. —Sube y baja los hombros—. Utilicé todo lo que sabía de física para que fuera creíble, y aun así no pensé que fueran a aceptarlo. Pero, por algún motivo, lo hicieron, y cuando leí que a Laurendeau lo habían destituido como editor... —Sacude la cabeza—. No consiguió aliviar lo que sentía por no recordar nada sobre mi madre, ni por las cosas que me hizo Caroline. —Sus ojos están llenos de pena—. Así que dejé de pensar en el tema. Y cada vez que alguien me lo recordaba, lo ignoraba. Hasta que te conocí.

Mi expresión se endurece.

—Porque yo no paro de sacártelo.

—No, Elsie. —Su voz es tranquila, firme—. Porque la idea de que Laurendeau pueda hacerte lo que le hizo a mi madre me aterroriza.

Me río de sus palabras.

—¿Por qué no me avisaste, entonces? Hablamos sobre él. Y sobre tu madre. Tuviste infinidad de oportunidades. —Una pequeña parte de mí, en algún lugar en lo más profundo de mi cabeza, es consciente de cuánto debe de haberle costado a Jack admitir su vulnerabilidad. Pero, hasta ahora, el resto de partes pensaban que esta era la primera relación basada en la sinceridad que habían tenido, y ahora... me siento increíblemente tonta—. Me *mentiste*. Una y otra vez.

—¿Me habrías creído si te lo hubiera contado? —pregunta, acercándose un paso más—. De hecho, ¿me crees *ahora*?

—Pues... —Desvío la mirada. De repente me siento aturullada—. Creo que *tú* crees que lo que dices es verdad. Pero... tal vez malinterpretaste los diarios. Debe de haber sido un malentendido, porque él nunca... Le debo tanto, y...

Jack se pellizca el puente de la nariz.

—*Precisamente* por esto no te lo dije. Lo idolatras y no estabas preparada para oír todo esto. Si hubiera sacado el tema, te habría hecho daño y te habrías alejado de mí.

—¡Eso no lo tenías que decidir tú! Y, de todas formas, ¿por qué crees que me he pasado la vida mintiéndole a la gente, Jack? —exclamo—. ¿Por qué crees que nunca le he dicho a Laurendeau que odio dar clases, o a Cece que sus películas son peores que un salvapantallas de Windows, o a mi madre que soy un puto ser humano de carne y hueso? Porque tengo miedo de que la verdad les *hiera* y me abandonen. ¿Por qué solo consideras que es una buena excusa cuando eres *tú* quien la utiliza?

Me alejo de la mesa y de Jack. Respiro hondo, dispuesta a calmarme, mirando las farolas que brillan por encima de la nieve de los tejados.

Jack me ha mentido. Después de todo, ha sido *él* quien me ha mentido *a mí*. No sobre qué peli quiere ver o sobre si le apetece comer sushi; me ha mentido sobre algo extremadamente importante.

—¿Quieres saber lo que pienso, Jack? —le pregunto mirando al horizonte de Boston, enfadada, abatida—. Que te gusta cantarle las cuarenta a la gente cuando la caga, pero a ti nadie te las canta cuando eres tú quien hace el gilipollas.

—¿Cuando hago el gilipollas?

Me doy la vuelta, sin saber qué decir. Y, sin embargo, cuando le miro, las palabras salen solas.

—Cuando eras adolescente, la ira te llevó a hacer algo impulsivo, y eso... *eso* lo puedo entender. Pero después pasaste a tener una carrera brillante que dio legitimidad a tus acciones y, aun así, *nunca* te molestaste en abordar el tema. Incluso después de hacerte mayor y tener tiempo para darte cuenta de lo que era correcto. —Me limpio la mejilla con la palma de la mano porque estoy llorando. Cómo no—. Tus acciones... *tus* acciones hirieron a mucha más gente aparte de a Laurendeau. Y aunque tú elegiste no pensar mucho en ese artículo, yo pensé en él todos los días durante más de una década. Tuvo consecuencias terribles para algo que me apasiona de verdad, ¿y sabes qué? He hecho todo lo que he podido para evitar pensar en ello, pero no sé si voy a poder seguir haciéndolo. No sé si voy a ser capaz de dejar de estar enfadada contigo. No sé si... —Se me quiebra la voz y se me nubla la vista. No soporto estar aquí, con Jack, ni un segundo más.

—¿Eso es lo que sientes? ¿Enfado? —Su mano me acaricia la mejilla y me obliga a mirarlo a la cara, ahora borrosa—. ¿O solo tienes miedo? ¿Porque has sido más sincera conmigo de lo que habías sido jamás?

—Es posible. —Me aparto y veo, por cómo mueve la mano, que quiere alcanzarme, pero no. No—. Puede que tenga miedo. Y también puede que seas un mentiroso. ¿Dónde nos deja eso?

Me lanza una mirada larga e indescifrable.

—No lo sé. ¿Dónde?

«Sabes perfectamente en qué dirección va esto, lo nuestro», dijo una y otra vez. Y yo dije que no, y luego dije que sí, y realmente *es* adonde quiero ir. Pero él me pidió honestidad y me mintió a cambio. Fue él quien atacó todo lo que me importa hasta dejarlo en ruinas, y yo solo...

Necesito espacio. Necesito pensar.

—Deberías irte, Jack.

Deja escapar un suspiro y se acerca. Parece como si quisiera arroparme. Veo las ganas de cuidarme en la forma en que sus músculos se mueven.

—Elsie, vamos. No estás...

—Lo digo en serio. —Empiezo a sollozar. Quiero que me toque, pero no soporto que esté aquí—. Siempre me dices que debo expresar lo que quiero, Jack. Tú me has enseñado a pedirlo. Pues bien... —Me obligo a mirarle directamente a los ojos y demostrarle que lo que digo va en serio, aunque ni siquiera yo estoy segura. Siento una quemazón en el pecho que me abrasa y duele—. Ahora mismo, no quiero estar aquí contigo. Necesito que me des espacio.

Veo en sus ojos el momento en que se da cuenta de que estoy diciendo la verdad. Y, en cuanto se va, siento un dolor en el alma que nunca antes había sentido.

OceanofPDF.com



24

ELECTROMAGNETISMO

Jack me llama dos días después, durante mi horario de trabajo, pero estoy ocupada explicándole a una estudiante de último curso de la UMass que, si de verdad considera que es absolutamente necesario pegar un párrafo entero de Wikipedia en su redacción, al menos debería quitar los hipervínculos.

Vuelve a intentarlo el viernes por la noche, mientras estoy corrigiendo los trabajos de Termodinámica que se han entregado tarde, y una última vez el sábado por la mañana, mientras estoy en la cama mirando el techo de gotelé, pensando en él.

No me planteo cogerlo. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando no puedo dormir. Ni siquiera después de haberme pasado la semana entera de mal humor, distraída y sin ser muy productiva porque no puedo dejar de reproducir nuestra pelea en mi mente. La disecciono, repaso mis palabras, repaso las suyas, analizo cuáles son nuestras posiciones, qué algoritmos podrían utilizarse para resolver el lío en el que estamos metidos y qué es lo que siento. Ni siquiera me lo planteo cuando Cece suelta un comentario sobre el hecho de que el aparador por fin está entero, lo cual hace que lo eche tanto de menos que me da rabia.

Necesito respuestas. El lunes por la mañana, el despertador suena a las cinco y media, pero yo ya estoy despierta. Llevo despierta toda la noche. Me visto rápidamente, sin mirarme al espejo, y salgo tratando de hacer el

mínimo ruido posible. Solo me detengo para darle un puñado de pienso a Eri, que me mira desconfiada. Es lo bastante temprano como para que el autobús a la Northeastern esté semidesierto; solo estamos el conductor, yo y una chica con uniforme de enfermera. Da golpecitos con el pie al ritmo de una música que no oigo, y concentrarme en ella hace que casi me resulte soportable pensar en lo que estoy a punto de hacer.

El Dr. L. aún no está en su despacho. Llega unos veinte minutos después y me encuentra apoyada en la pared, junto a su placa, por primera vez en seis años. Analizo sus manos mientras abre la puerta y pienso en cómo puedo sacar el tema de Grethe Turner.

Alguien me ha comentado que...

Estoy segura de que todo es un malentendido...

Sé que son acusaciones graves, pero...

Por favor, dígame que no fue usted capaz de...

—¿Qué es lo que querías decirme, Elise? —La silla verde hace que me pique la parte de debajo de los muslos. El tono del Dr. L. es, como siempre, alentador. De apoyo—. En tu correo mencionaste algo sobre una oferta de trabajo. ¿Dónde sería?

No es que me hubiera... olvidado de la oferta de George, pero ahora mismo este tema resulta trivial e intrascendente comparado con mi necesidad de saber qué ocurrió realmente entre Laurendeau y la madre de Jack. Aun así, ese es el motivo por el que en un principio programé esta reunión. Como no tengo ni idea de cómo sacar el tema que me interesa, me aclaro la garganta y empiezo por lo más fácil.

—En el MIT.

—Vaya. —Sus finos labios se estiran hasta formar una sonrisa de satisfacción—. Los del departamento se han dado cuenta de que cometieron un error. Me complace oír que...

—No. Es... No es eso. Georgina Sepúlveda quiere que sea su investigadora postdoctoral. El puesto tiene un buen sueldo e incluye seguro médico, y George tiene una línea de investigación sobre los cristales líquidos.

Sus ojos se abren de par en par y se entornan al instante.

—Georgina Sepúlveda te robó el puesto y ahora estás planteándote trabajar *para* ella.

—No es que me *robara* el puesto. —La irritación se cuece dentro de mí, pero consigo reprimirla—. Se lo merecía. Y tengo mucho que aprender de ella. Sinceramente, me parece una oportunidad perfecta, y estoy sopesando aceptarla. —El Dr. L. se queda callado y me mira fijamente. La sonrisa de satisfacción ha desaparecido y estoy a punto de tener un escalofrío—. ¿Qué le parece a usted?

Permanece callado unos instantes más. Luego se echa hacia atrás en la silla y, con esos labios tan finos, pregunta:

—¿Para qué has venido, Elise? ¿Buscas mi bendición para aceptar este puesto?

Respiro hondo una vez. Otra. *Sinceridad*, me repito como un mantra. *Sinceridad. Puedo ser honesta conmigo misma. La gente que de verdad se preocupa por mí no se va a ir, ni aunque no sea la Elsie que quieren.*

—Sí. Entiendo su reticencia, y respeto su sabiduría, pero...

—Si realmente la entiendes, vas a tener que dejar de plantearte esa posibilidad ahora mismo.

Mi cerebro se queda en blanco durante un momento.

—Dejar de... ¿Cómo?

—Vamos a dejar de lado la humillación que sería trabajar para alguien que se ha quedado con un puesto al que tú también aspirabas; he investigado a Georgina Sepúlveda. No solo es una experimentalista, sino que además colabora frecuentemente con Jonathan Smith-Turner.

No estoy segura de qué golpe me duele más: el tono cortante con el que se dirige a mí o el shock de oírle decir el nombre de Jack.

—Esto no tiene nada que ver con él. George es una científica que se ha ganado su sitio por méritos propios y...

—Basta, Elise. —Levanta la mano, como si yo fuera una mascota bien adiestrada que se calla con un simple gesto. De repente parece cansado, como si lo agotara tener que lidiar con la rabieta de una niña malcriada—. No vas a aceptar ese puesto.

Frunzo el ceño. Me quedo un buen rato sin saber qué hacer. Porque, por un lado, cuento con el conocimiento semántico de lo que debería hacer la

Elsie de Laurendeau: estar de acuerdo, disculparse, achacar su testarudez a la meningitis, marcharse tras hacer unas cuantas genuflexiones con los ojos llorosos y continuar su vida como lo ha hecho durante los últimos seis años. Pero, por otro, está la Elsie que yo quiero ser.

Y las cosas que elige decir.

—Doctor Laurendeau, aceptaré el puesto si considero que es lo mejor para mí. —Mi voz suena sorprendentemente firme—. Y aunque entiendo sus reservas y agradezco su labor como orientador, en última instancia seré yo quien decida...

—Pero mira que eres tonta y testaruda...

Su tono, duro y condescendiente a la vez, lo siento como si fuera un cubo de hielo cayéndome sobre la cabeza.

—No tiene derecho a hablarme así.

El Dr. L. se levanta despacio, como suele hacer durante nuestras conversaciones. Por primera vez en seis años, yo también me pongo en pie.

—Como mentor académico tuyo que soy, puedo hablarte como considere oportuno. —Se inclina hacia delante. Tengo que inmovilizar mis propias rodillas para no retroceder—. Si te empeñas en querer trabajar bajo las órdenes de una experimentalista —continúa con frialdad—, tal vez podamos echar un vistazo a algunos de los físicos que se interesaron por ti en el pasado, pero...

—¿Qué ha dicho?

—Que estoy dispuesto a revisar otras ofertas, pero la de la doctora Sepúlveda no es...

—¿Otras... ofertas? Me dijo que no había otras ofertas.

—Hubo algunas. De físicos experimentales. Lo cual es absolutamente inaceptable. Sin embargo, serían mejor opción que trabajar con...

—Pero nunca me lo dijo.

—Porque no valía la pena contemplar siquiera esas posibilidades.

La habitación empieza a dar vueltas. Se viene abajo. Se encuentra con una grieta en mi interior; un corte limpio.

—Me ha... —No puedo ni hablar. No encuentro las palabras—. Eso... Esa decisión... me correspondía tomarla *a mí*. Usted sabía las dificultades

económicas por las que estaba pasando. Lo poco que he podido investigar este último año. ¿Y no tuvo la decencia de decírmelo?

Su boca se curva en una línea hacia abajo.

—Soy tu mentor. Mi trabajo es guiarte hacia lo que es mejor para ti.

—Se ha *extralimitado* —replico con una contundencia que dista mucho de los *peros* suaves y los *síes* reticentes a los que lo tengo acostumbrado.

Por un momento, parece desconcertado. Pero se recupera enseguida y esboza una sonrisa que me resulta escalofriante.

—Elise, si no fuera por mí, no habrías entrado en el doctorado. Yo te *elegí*. Tu carrera laboral me la debes a mí. Más vale que no se te olvide.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Esta vez doy un paso atrás, y luego otro, y de repente me doy cuenta de que...

—Jack tenía razón sobre usted.

—No tengo ni idea de quién es Jack, ni me importa. Ahora, por favor, siéntate. Discutamos esto civilizadamente, y...

—Tenía razón al decir que es usted un controlador. Y un manipulador. —Trato de tragarme el nudo de la garganta—. Jack tenía razón. Es cierto que usted arruinó la carrera de Grethe Turner.

Sus ojos se entrecierran hasta convertirse en unas rendijas llenas de amargura.

—Ah. Conque ese es Jack. —Niega con la cabeza dos veces, como si le hubiera decepcionado profundamente—. Te has estado juntando con Smith-Turner. El hombre que puso en peligro la propia existencia de tu campo de trabajo.

—¿Qué le hizo a Grethe?

—Su madre no importa aquí —contesta mientras pone los ojos en blanco con impaciencia—. Grethe Turner no importa ahora ni importaba entonces. En todo caso, su comportamiento debería servirte como advertencia: en la física no hay sitio para las niñas tontas y testarudas. ¿Y cómo puedes creerte nada de lo que te diga Smith-Turner? —Sus fosas nasales se ensanchan—. El artículo que escribió fue una patraña malintencionada que arruinó e hizo descarrilar varias carreras, lo que volvió mucho más difícil que los teóricos obtuviéramos financiación para llevar a cabo nuestro trabajo. Nos convertimos en el hazmerreír del mundo académico.

—Eso es verdad —concedo—, pero no quita lo que le hizo a Grethe Turner.

—No vuelvas a mencionármela. —Nunca le había oído usar un tono tan áspero como ese—. Y muestra algo de gratitud hacia la persona que te ha dado una carrera.

Sacudo la cabeza, a punto de llorar. Pero no pienso llorar aquí.

—Creía que quería que fuera la mejor física posible.

—Lo que quiero, Elise, es que hagas lo que te digo y...

Llaman a la puerta. Se abre antes de que pueda darme la vuelta.

—¿Doctor Laurendeau? Tengo unos papeles que necesitaría que me firme... Ay, Elsie, hacía tiempo que no te veía. ¿Qué tal va todo?

Reconozco la voz de mis días como doctoranda: es Devang, el administrador del departamento. Me giro y le saludo con la mano, aturdida. Siento como si mi mano no me perteneciera.

—Pasa, Devang —dice el Dr. L.

Tengo náuseas, estoy mareada.

Durante los últimos seis años, he intentado ser la Elsie que el Dr. L. quería. Capaz, trabajadora, incansable. Todas mis necesidades (dinero, insulina, tiempo, descanso, puto espacio mental), *todas*, las ponía por detrás de mi trabajo. Seguí sus consejos más que los de cualquier otra persona porque pensaba que me los daba teniendo en cuenta lo que era mejor para mí. Creía que, a cambio, se merecía una Elsie que se esforzara por triunfar.

Y durante todo este tiempo, lo único que quería era alguien a quien poder controlar.

—¿Prefieres que vuelva más tarde? —pregunta Devang.

—No —responde el Dr. L. con los ojos clavados en mí y apretando los labios—. Elise ya se iba.

Le sostengo la mirada, consciente de que esta ha sido la primera vez que he sido sincera con él y de que probablemente será la última que lo vea.

—Doctor Laurendeau —le digo antes de darme la vuelta—, creo que debería empezar a hacer el esfuerzo de llamarme Elsie.



25

DUCTILIDAD

De: michellehannaway5@gmail.com

Asunto: ¿POR QUÉ NO COGES EL TELÉFONO? HAN PASADO TRES DÍAS.

[este mensaje no tiene contenido]

De: marioluvr666@gmail.com

Asunto: Re: Muerte de un familiar no puedo ir a clase

buenas, señora Hannaway, qué quiere decir con que necesita saber quién ha muerto?
estoy bastante seguro de que no puede preguntarme eso, va en contra de la HIPAA.

De: Dupont.Camilla@bu.edu

Asunto: Re: No soy quien cree que soy

Dra. Hannaway:

Le pido disculpas. La he confundido con el Dr. Hannaday, que imparte mi clase Shakespeare: Entre las Sábanas del Bardo. En realidad, es un hombre de unos setenta años con patillas muy grandes y que siempre tiene la nariz taponada, así que... ups y jaja. De todas formas, ¡muchas gracias por responder a mis preguntas! Cogí su idea de hacer el trabajo sobre cómo Amanecer de Stephenie Meyer se basa ligeramente en Sueño de una noche de verano y, de hecho, ¡me han puesto un sobresaliente! Le adjunto el trabajo por si le interesa (se titula: «Crepúsculo vs. Shakespeare: El que vaya más caliente gana»). También la he buscado en la base de datos de la BU y veo que imparte Introducción a la Termodinámica, ¿verdad? Estoy pensando en apuntarme a su clase el año que viene. Tengo que elegir una asignatura de ciencias, y me ha parecido muy amable. Si alguien puede ayudarme a entender cosas como la gravedad o las divisiones de polinomios, esa es usted.

Cam

De: GreenbergBern@northeastern.edu

Asunto: Queja formal

Estimada Elsie:

Quería agradecerle de nuevo que me haya informado sobre la actitud de su antiguo mentor. El patrón de conducta que nos comenta que ha seguido con usted resulta muy preocupante. Ya hemos iniciado una investigación para esclarecer el asunto. Por ahora, quiero asegurarle que parte de mi compromiso como nuevo director del Departamento de Física aquí en la Northeastern es luchar contra el secretismo, la toxicidad y la falta de regulación del entorno académico que ha hecho posible que el doctor Laurendeau la mantuviese apartada a lo largo de estos años.

La mantendré informada,

Saludos,

Doctor Bernard Greenberg

El martes por la noche ya he tomado una decisión, pero no es hasta el viernes por la mañana cuando cojo el metro y me dirijo a Cambridge. Camino por Harvard Square con el abrigo desabrochado. Disfruto de un día de sol fantástico para ser febrero (debemos de estar rozando los dieciséis grados) a costa del más que probable blanqueamiento de unas cuantas hectáreas de coral en algún punto del Mar Rojo. Me siento como llevo sintiéndome todo el resto de la semana: desamparada, delicada, un poco torpe. Como si estuviera probando a vivir la vida de otra persona.

Es la primera vez que entro en el edificio, pero no tardo en encontrar el despacho. Cuando llamo, oigo una voz gritar desde dentro:

—¡No estoy! ¡No entres! ¡Vete!

Me río y abro la puerta de todos modos.

—¡Ay, Dios, Elsie! Pasa, pasa. Pensaba que eras una de mis compañeras. O una alumna. O algún miembro de mi familia. Básicamente, cualquier persona menos tú. —George parece estar encantada de verme.

Su despacho se parece a ella: un poco desordenado, pero acogedor y cómodo. Empieza a mover una pila de papeles de la silla, pero niego con la cabeza.

—No hace falta. No me puedo quedar mucho rato. Quería hablar contigo en persona. Sobre la oferta de trabajo.

—Ah. —Su expresión se vuelve una mueca de dolor durante un instante. Luego vuelve a una leve sonrisa tranquilizadora—. No tenías que venir hasta aquí para eso. Entiendo perfectamente que trabajar para una experimentalista no sea tu sueño. Y no me cabe duda de que pronto encontrarás un puesto como titular. Como te dije, creo que tú y yo deberíamos seguir siendo...

—En realidad... —Me aclaro la garganta—. He venido aquí para decirte que acepto.

Parpadea. Muchas veces.

—¿Aceptas?

Respiro hondo, sonrío y asiento.

—Sí.

—¿Aceptas... el trabajo?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Solo para estar segura: ¿dices que aceptas el puesto de trabajo?

—Sí.

Suelta un grito. Y me da un fuerte abrazo. Y tras la sorpresa inicial, se lo devuelvo. Y unos diez segundos después, algo hace que la bruma de los últimos días se disperse: me siento egoísta y feliz. Acabo de tomar una decisión por mí misma, para mí misma, sin construir primero un sofisticado modelo teórico de los consejos, preferencias y necesidades de los demás. Sin tener esa molesta sensación de que el único camino que podía tomar era el que ya estaba preestablecido que era para mí.

Esta decisión la he tomado yo.

—Quería decírtelo en persona —le digo cuando nos soltamos—. Y también quería darte las gracias por esta oportunidad. —Me tiembla un poco la sonrisa. Es posible que me acabe emocionando, pero todavía no. Primero tengo que decir unas cuantas cosas—. Y me encantaría concertar una reunión, quizá para la semana que viene. No sé si te lo he mencionado en algún momento, pero llevo trabajando en varios algoritmos sobre el comportamiento de los cristales líquidos bidimensionales desde hace... bueno, años. Tengo muchos proyectos incompletos que me gustaría terminar, y me encantaría contarte más sobre el tema para que puedas darme tu opinión. —Me muerdo el labio inferior—. Quizá podríamos incluirlo como parte de nuestra investigación conjunta.

—Sí. Por supuesto, quiero que me lo cuentes todo. —Sonríe. Y luego se le corta la sonrisa casi de golpe—. De verdad que pensaba que no ibas a aceptar.

Asiento.

—Lo sé. —Mi corazón late un poco más fuerte—. Pero, al final, ha sido fácil tomar la decisión. Porque era lo que yo quería.

Me voy con la promesa de quedar para tomar algo la semana que viene, cuando su amiga Bee esté en la ciudad. El viaje de vuelta a casa sigue

siendo delicado, pero me siento un poco menos desamparada. Cuando saco el móvil en busca de una buena canción, las notificaciones de aquellas llamadas sin contestar de Jack me miran fijamente, sin inmutarse.

No ha intentado ponerse en contacto conmigo desde el fin de semana, y me pregunto si estará enfadado. Me pregunto si estará triste. Me pregunto si estará decepcionado.

Entonces me acuerdo: yo estoy enfadada. Y triste. Y decepcionada. Sí, Jack tenía razón sobre Laurendeau, pero sigo cabreada. Con ambos. Me mintieron, me ocultaron información y se jactaron de saber lo que era mejor para mí. Una nueva versión de mí, más vengativa que la anterior, se deleita al ver que estos dos hombres que se odian mutuamente están ahora conectados por *mi* rabia. No es que la ira sea una emoción nueva como tal, al menos no para mí, pero, por primera vez en mi vida, me estoy permitiendo *saborearla*.

A las Elsie deseables nunca se les permitió aceptar los sentimientos negativos. Pero la Elsie que estoy descubriendo que soy ahora está en el ojo del huracán y, en vez de tratar de canalizar, desmontar, descartar, olvidar, enterrar, transformar, ahogar, borrar o hacer desaparecer esos sentimientos; en lugar de hacer cualquiera de esas cosas, simplemente, deja que fluyan.

Inspira. Espira. Inspira otra vez y se permite sentirlos.

El psicólogo con el que hablé una vez pero al que nunca volví porque el copago era demasiado alto, incluso con el seguro médico de papá, probablemente diría que esto es regodearse. Que es nocivo y destructivo. Pero yo no lo tengo tan claro.

Valoro mis nuevos sentimientos. Los atesoro. De vez en cuando los estudio, les doy la vuelta, los observo como si fueran una fruta madura que he arrancado de un árbol misterioso, uno que ni siquiera debería crecer en mi jardín. Y cuando me la meto en la boca para tragármela entera, tiene un sabor amargo y delicioso a la vez.

Por razones que probablemente tienen que ver con la dopamina y la oxitocina y otras absurdas sustancias químicas que tengo en la cabeza, Jack resulta omnipresente. Lo veo en la sombra que se mueve mientras hago cola en la farmacia para comprarme la insulina, en el hombre alto que espera en la parada del autobús, en la risa profunda que oigo de camino a la reunión

del profesorado en la UMass. No puedo tocarlo, pero no dejo de sentirlo allá donde voy.

Pero no pasa nada.

Por primera vez, al enfrentarme a una situación conflictiva con alguien que me importa, no siento el impulso de tener que ceder para arreglar las cosas. Y es irónico, como probablemente pensaría Alanis Morissette, que la razón principal sea que tengo la voz del propio Jack en mi cabeza, preguntando: *¿Qué es lo que quieres tú, Elsie?*

Quiero arañarte la cara, Jack. Y luego quiero morderte el hombro mientras me abrazas con fuerza. Pero me conformaré con estar permanentemente furiosa contigo.

Así que me permito sentir todo eso, y el ejercicio también se traslada a otros ámbitos. Ignoro los mensajes de pánico de mamá advirtiéndome de que mis hermanos se están endeudando para ver quién se compra la camioneta más grande. Digo que no a ocuparme del stand de la Asociación de Físicos en la Feria Extraescolar de Boston. Cuando Cece me pregunta si me pasa algo (he estado distraída, no podía dejar de pensar en Jack y en el hecho de que se comportó como un prepotente irresponsable durante quince años para *luego* tener el descaro de ser capaz de ver lo que hay dentro de mí y hacerme reír como nunca nadie lo había hecho) y se ofrece a ver *Delicatessen* conmigo («¡Para que te relajes un poco!»), digo: «No, gracias», y me meto en mi habitación con un trozo grande de queso para poder leer tranquilamente algún fanfic sobre Bellice.

Un cálido miércoles por la tarde, creo ver a Jack entre una multitud (era una escultura posmoderna hecha con pinzas de la ropa). Me duele el corazón por la rabia y otra cosa que no me permito nombrar, y entonces me doy cuenta de algo: la última vez que me sentí tan mal fue después de que J. J. me echara y toda mi vida se desmoronara. Salvo que en esa ocasión me fui convencida de que tenía que esforzarme más para ser la Elsie que los demás querían. Esta vez...

¿Qué es lo que quieres tú, Elsie?

Quizá esta vez no esté dando tumbos por la vida de otra persona. Quizá lo que ocurre es que estoy viviendo la mía por primera vez.

Cuando llego a casa, veo que Cece lleva:

una chaqueta de estas peluditas

un delantal

un único calcetín de los que llegan hasta la rodilla

nada más

Está cocinando y bailando al son de alguna canción que no oigo, y de vez en cuando desafina cantando en dirección a Eri, que está retozando en un cuenco lleno de pienso para gatitos.

Noto mucha energía caótica. Incluso para ser ella.

Cuando me acerco, se saca uno de los AirPods y sonríe.

—¡Me he encontrado diez pavos en el suelo del baño del Boylston Hall y me he pasado por el supermercado! Vamos a comer *tartiflette*, pero sin beicon y con extra de queso.

—Tengo que decirte algo.

Su sonrisa se mantiene en el sitio.

—¡Dispara!

—Me llevará unos minutos.

—De acuerdo. —Se saca el otro auricular—. ¡Dispara!

Abro la boca y...

No pasa nada. El aire entra, pero no vuelve a salir. Cierro los ojos con fuerza.

—No hace falta que dispires si no quieres. —Hay un matiz de preocupación en su tono. Una línea entre sus cejas—. Puedes simplemente decir lo que te pasa o soltarlo rápido o...

—Quiero hacerlo. Es solo que... —*Mi sistema motriz no responde.*

Cece quizá lo haya adivinado, porque se cruza de brazos, ladea la cabeza de esa forma tan compasiva y tan suya, y me dice:

—Quizá si lo dices con un acento raro te resulte más fácil. ¿Puedo sugerir el australiano? No pretendo ser ofensiva, pero esas *e* tan cerradas son una cosa...

—No me gustó nada *Deseando amar* —espeto—. Y disfruto más bien poco con la filmografía de Wong Kar-wai.

Cece se sobresalta. Físicamente. Espiritualmente.

—Pero... pero si son *increíbles*.

—Lo sé. Bueno, *no* lo sé. Tienen pinta de que deberían parecerme increíbles, pero a mí me resultan tristes y un poco lentas. Aun así, son mejores que las pelis rusas de los setenta, que me dan la sensación de estar frotándome zarzas en los globos oculares, y creo de corazón que los productores deberían dejar de darle dinero a Lars von Trier y, en su lugar, donarlo a alguna organización benéfica. O simplemente tirarlo a la basura, ya puestos. Y no me hagas hablar de *2001: Una odisea del espacio...*

Ahoga un grito como si esto fuera una obra de teatro.

—¡Dijiste que te encantaba!

—Bueno... Puede ser. Más que nada, me limité a repetir cosas que había encontrado por internet.

Frunce el ceño y mira el vinilo que recubre los azulejos.

—Sí que es verdad que tu crítica me recordó mucho a la de Roger Ebert
—murmura para sí.

—Odio el cine de autor.

Mi boca parece un desierto.

Luego se seca aún más cuando Cece me pregunta con el ceño fruncido:

—¿Qué te gusta, entonces?

Intento tragar saliva. Fracaso.

—*Crepúsculo*. Es mi favorita.

Los ojos de Cece se salen de sus órbitas. Abre la boca. La cierra. La abre. La cierra. La abre una última vez.

—¿Cuál? —pregunta con el corazón en un puño.

—No lo sé. —Hago una mueca—. Todas. ¿La cuarta?

Suelta algo parecido a un quejido. No sé cuál esperaba que fuera su reacción, pero no esta. Se queda mirándome y luego me tira algo a la frente. Y luego otra vez. Y luego...

—¿Me estás...? —Levanto las manos y doy un paso atrás para protegerme—. ¿Me estás tirando dados de cheddar a la...?

—¡Eso es *exactamente* lo que estoy haciendo! —Hace una pausa de dos segundos para apagar los fogones y vuelve al ataque. Con mejor puntería y más vigor. Retrocedo hasta que llego a la encimera—. ¡*Sabía* que ese día no

estabas viendo *hentai*! Sabía que había visto a ese tío que siempre va con cara de vinagre en la pantalla, lo sabía, lo sabía, lo...

—¡El queso no, Cece!

La lapidación se detiene. Y cuando asomo la cara entre los dedos, Cece está allí, agarrando una bolsa de cheddar de marca blanca con el puño y mirándome fijamente.

Sus ojos están inundados.

—¿Por qué? —pregunta, y se me rompe el corazón.

Quiero retirar todo lo que he dicho. Era una broma. Me encanta Wong Kar-wai, y Kubrick es el mejor. Sigo siendo la Elsie que ella quiere, y esta noche podemos hacer maratón de Jodorowsky. Nuestra amistad es tan grande y esta es una mentira tan pequeña...

Lo que pasa es que he construido toda mi vida sobre la base de pequeñas mentiras. Y, con el tiempo, todas se han ido haciendo más y más grandes. Y la Elsie que Cece quiere, ante todo, no es una mentirosa.

—Porque... —Niego con la cabeza.

Ni siquiera soy capaz de decirlo. Ay, señor.

Ay. Señor.

—Porque —intento hablar con acento australiano— pensé que, si te enterabas de que no nos gustaban las mismas películas, entonces... —No puedo terminar.

Una lágrima cae por su mejilla.

—Por favor, dime que no te daba miedo que dejara de quererte.

Solo puedo mirarla, compungida.

—Ay, cielo.

A mí también me pican los ojos.

—Lo siento mucho.

—Elsie. Elsie... —Da un paso hacia mí. Luego otro. Luego dos más y nos abrazamos como no lo habíamos hecho en mucho tiempo, quizá nunca, y pienso que huele a queso y a flores y a algo inefablemente hogareño y reconfortante—. Te voy a querer siempre —me dice contra el cabello—. Aunque seas un monstruo con muy mal gusto.

—Lo sé. Es que...

Se aparta para mirarme.

—¿Estás fatal?

—Sí. —Me río entre lágrimas—. Eso.

—No pasa nada. Tampoco es que yo esté mucho mejor —dice de forma enigmática. Sube y baja los hombros—. ¿Algo más que hayas estado fingiendo?

—La verdad es que no. —Me rasco la nariz—. Las toallitas desechables no son realmente desechables.

—Uy. —Ladea la cabeza—. ¿Eso también... lo estabas fingiendo?

—En realidad no, pero deberías dejar de usarlas.

—De acuerdo. —Asiente—. Pobre culito mío.

—Ah, y Eri y yo nos odiamos.

Entorna los ojos.

—Ahora ya te estás empezando a inventar cosas.

—La llamo la palabra que empieza por *a* cuando no estás.

—¿La palabra que empieza por *a*?

—Alfile-

—No te atrevas a decirlo. ¡Somos sus madres!

—Me considero más bien una madrastra malvada.

Me da una palmada en el brazo.

—¿Te *conozco* siquiera?

Intento tragar saliva, pero tengo la garganta cerrada. Así que me conformo con tenderle la mano y mirarla a los ojos con la sensación de que esta es la primera vez que lo hago de verdad.

—Soy Elsie. Me gusta mucho el queso, la física de partículas y las películas con vampiros que brillan.

Lo recibe con una sonrisa entre lágrimas.

—Yo soy Celeste. —Noto que tiene los dedos pegajosos, da un poco de asco. La quiero *tantísimo*—. Estoy segura de que seremos superbuenas amigas.



CRISTALES LÍQUIDOS

Le paso un agua a los dados de cheddar que he recogido del suelo mientras pienso: *Probablemente deberíamos barrer más a menudo; espero que no pillemos el tétanos*. Justo entonces Cece se levanta triunfante con los tres últimos en la mano y dice:

—¡El suelo está sorprendentemente limpio!

Sonrío mirando cómo se va el agua por el desagüe.

—Veamos... —Se apoya en el fregadero con los brazos cruzados—. ¿Cuánta culpa tiene Jack de que hayas admitido públicamente que eres una mentirosa mentirosilla?

Reflexiono un momento y cierro el grifo.

—No es... —Sacudo la cabeza—. Es un desastre.

—¿El qué?

Se me encoge el corazón.

—Todo.

—Pero si el fin de semana pasado os lo pasasteis follando.

Me sonrojo.

—En realidad no... —Noto que levanta la ceja y aborto la misión Negar lo Obvio—. ¿Has quedado con Kirk últimamente?

—Menuda mierda de intento de desviar la atención, será mejor que haga como que no has dicho nada. Entonces, ¿qué es exactamente lo que *no* está

pasando entre tú y el Jackstruo?

—Fuera lo que fuese lo que... A dondequiera que estuviera yendo lo que... —Agarro el paño de cocina. Probablemente también deberíamos lavarlo—. Creo que ya no va a ir a ninguna parte.

—¿Y eso?

No me apetece mirarla a los ojos.

—Me mintió. Y antes de que digas nada: sé que tiene gracia que precisamente yo me queje de que otra persona me haya mentido, pero...

—Hmm... —Tamborilea con los dedos contra el acero del fregadero—. ¿Tiene esto algo que ver con el artículo?

—Sí. —Suspiro mientras doblo el trapo raído—. Me he cansado de esconder las cosas debajo de la alfombra. Si algo me molesta, voy a permitirme estar molesta. Y ese artículo lleva quince años sirviendo de munición para que la gente se burle de mi trabajo, así que...

—No, me refería al artículo que ha escrito hoy.

Levanto la mirada.

—¿El qué?

—¿No lo has visto?

—¿Ver qué?

—Todos los tuiteros académicos están hablando del tema. Incluso los de humanidades, y ya sabes lo ocupados que estamos siempre suplicando a las juntas directivas que no cierren nuestros departamentos. ¿De verdad no lo has visto? Jack ha publicado un artículo. Hoy mismo. En *Crónicas de Física Teórica*.

Estoy convencida de que se ha colado un ganso en casa y le ha comido el cerebro a Cece.

—Espera, me he equivocado —admite, y yo me tranquilizo—. No es un artículo, es más bien una de esas columnas de opinión, ¿sabes?

¿Está drogada? ¿Ha estado inhalando los vapores que emana el Tauron?

—No hay columnas de opinión sobre ciencia.

—Hay columnas de opinión sobre todos los temas. La pesca de la trucha, el protoplasma refrigerante, los trajes de terciopelo, la insoportable levedad del ser...

—De acuerdo. Sí. Pero Jack no ha escrito una columna de opinión, y, de haberlo hecho, no la publicaría en las *Crónicas*.

Frunce el ceño con obstinación. Coge el móvil. Toca la pantalla un par de veces mientras murmura algo sobre la incredulidad de santo Tomás, y luego me lo planta en la cara.

—Cece, no puedo leer nada si me lo pones a un milímetro de la nariz.

—Toma.

Me deja el móvil en la palma de la mano y vuelve a centrarse en la *tartiflette*. Enfoco lo que pone en la pantalla y...

El suelo tiembla. Se sacude. Luego cae bajo mis pies.

En la página de inicio de la revista en la que han publicado a científicos como Einstein, Feynman o Hawking, hay una carta abierta escrita por Jonathan Smith-Turner.

Una carta abierta a la comunidad científica.

Retrocedo unos pasos y me detengo cuando mis piernas chocan contra la mesa. Siento como si tuviera a Jack susurrándome al oído las palabras que veo en la pantalla.

La última vez que publiqué en *Crónicas de Física Teórica* tenía diecisiete años y lo hice motivado por algo que no tenía nada que ver con la ciencia: la venganza.

Mi madre, Grethe Turner, falleció hace ya tiempo, pero fue una física teórica brillante. Yo empecé a interesarme por la física en mi adolescencia y, como consecuencia, leí sus diarios y me puse en contacto con sus antiguos compañeros con la esperanza de hacerme una mejor idea de lo que podía suponer trabajar en este campo. Así fue como descubrí la terrible experiencia que tuvo con su antiguo mentor, quien la obligó a abandonar el mundo académico.

Ese hombre en cuestión era Christophe Laurendeau, y en aquel momento era el redactor jefe de esta revista. Cuando intenté denunciar lo que le había hecho a mi madre, me dijeron que no había motivos suficientes para abrir una investigación, así que tomé cartas en el asunto.

Sabía qué tipo de artículo tenía que escribir si quería que el doctor Laurendeau lo mirara con buenos ojos, y había escuchado rumores sobre la fama que tenía de ser

poco estricto con la revisión por pares cuando se trataba de artículos que creía que favorecerían a sus propios intereses científicos. Así que escribí algo ajustándome a esos criterios. De nuevo: mi objetivo era sabotear la carrera de Laurendeau y, por poco ético que pueda parecer, es algo de lo que no me arrepiento. Aquello afectó a su reputación y, durante varios años, no logró conseguir financiación ni se le permitió ser mentor de estudiantes. No lamento que esas fueran las consecuencias a las que tuvo que enfrentarse.

Sin embargo, eso no es todo lo que ocurrió. Después de aprovecharme de un resquicio concreto de una revista en concreto para arremeter contra un individuo en concreto, la comunidad científica comenzó a utilizar mi artículo como ejemplo de la decadencia de la física teórica. Lamento haber permanecido en silencio y no haber alzado la voz para impedirlo.

Durante más de quince años, no he hecho nada para desmentir la creencia de que considero que la física teórica es una disciplina inferior. Me he convertido en un símbolo de la enemistad entre teóricos y experimentalistas, y de eso sí que me avergüenzo. Me avergüenzo al pensar en cómo se debieron sentir mis compañeros teóricos, y me avergüenzo por no haber disipado estas suposiciones durante más de una década. Pero, lo que más me avergüenza, por encima de todo, es haber hecho que una persona a la que respeto profundamente se viera en la tesitura de tener que explicarme las consecuencias de mis propios actos porque yo estaba demasiado enfadado y había tomado una postura demasiado orgullosa y egocéntrica como para darme cuenta.

Así que permítanme enviar un mensaje a cualquiera que siga citando mi artículo como si estuviera empuñando un arma en medio de esta guerra mezquina que se está librando en nuestra disciplina: no lo haga. Nunca he creído que la física teórica fuera menos rigurosa o un campo menos importante que la física experimental. Y si usted sí que lo cree, se equivoca. Le recomiendo que se lea algunos de los artículos teóricos más importantes de las últimas décadas. Dejo varios citados a continuación.

—Dios mío. —Me tiemblan las manos. Y las piernas. Y estoy bastante segura de que el suelo también—. *Dios mío*.

—Sip. —Levanto la vista. Me había olvidado de que Cece estaba aquí. Me había olvidado de respirar. Me había olvidado de que el resto del mundo existía—. Esto es como el equivalente científico a que alguien te proponga matrimonio con un *flash mob*.

—No. —Sacudo la cabeza con la suficiente fuerza como para hacer que se mueva todo lo que tengo dentro. Pájaros y poco más, probablemente—. No se está declarando. Solo está... —Me desplomo sobre una silla.

—¿Admitiendo por fin la malvada estela que ha ido dejando durante estas últimas décadas porque quiere que seas su novia y que le envíes emoticonos de corazones y que hagas un sesenta y nueve con él de vez en cuando?

Vuelvo a sacudir la cabeza. La verdad es que lo parece. Es como si la carta estuviera dirigida a mí.

—No... A él... A él no...

—Y tanto que sí. Tiene *todísima* la pinta. Pongo la mano en el fuego a que le van todo tipo de guarradas. —Sonríe—. En fin, después de leer esto, señorita Persona a la que Respeto Profundamente, no parece que lo vuestro *no* esté yendo a ninguna parte.

Mi mente no para de girar. No. Sí.

—Es complicado.

—¿El qué?

—Jack. Jack es complicado. —Me masajeo las sienes. —O tal vez no. Tal vez no lo sea, pero... yo sí soy complicada. Demasiado complicada.

—Bueno, sí. Totalmente. No voy a fingir que no eres complicada para no herir tus sentimientos. Me has mentido durante siete años diciendo que te gustaba David Lynch. A menos que realmente sí te...

—No.

—Ya. Bueno, este hombre acaba de escribir una columna de opinión que va a conseguir que los señores CTIM le tiren tomates hasta el día que se muera, y estoy bastante segura de que lo ha hecho por ti, así que quizá deberías tenerlo en cuenta. Quiero decir, parece bastante robusto. Podrá soportar unos cuantos tomates. Probablemente podría soportar que le tirasen

un campo entero de coliflores. Además, el poder del amor hará que el dolor sea...

—Joder. —Me tapo los ojos—. Mierda.

—¿Elsie? —Se arrodilla frente a mí—. ¿Qué pasa?

—*Todo*.

—Ya, bueno, pero si pudieras ser un poquitín más específica...

—Tiene razón. Tenía razón. Estaba enfadada porque me había mentido, y dijo que yo tenía miedo, y... lo tengo. Tengo miedo de estar demasiado hecha mierda para él.

—¿Para Jack?

Asiento sin quitarme las manos de la cara.

—No paro de mentir sobre quién soy. Mientras que Jack...

—Ay, Elsie.

—Él lo ve todo...

—Elsie.

—... y un día se va a cansar de mis gilipolleces...

—¿Elsie?

—... y además es demasiado alto para mí y ¡ay! —Dejo caer los brazos. Me veo un golpe en el dorso de la mano. Hay otro dado de cheddar en el suelo—. ¿Pero qué coño...?

—Deja de lloriquear en mi cocina —ordena—. Miedos aparte, ¿quieres estar con Jack? ¿Te *gusta* estar con Jack?

Mucho.

Muchísimo.

Muchísimo.

—Me gusta. Pero aun así quizá no debería.

—Hay cosas que son así. Que te hacen sentir bien pero que resultan nocivas, como el MDMA o los bastoncillos de los oídos. Sin embargo, no creo que Jack entre en esa categoría.

—¿Por qué?

La mirada de Cece es sincera. Sus dedos buscan los míos.

—Me conoces, Elsie: *odio* reconocerle el mérito a un tío que probablemente fue a una guardería que estaba en un *château* francés. Pero llevabais, ¿qué? ¿Tres o cuatro semanas quedando? Y no sé qué es

exactamente lo que habéis hecho el uno por el otro, pero él, después de cargar con ese peso media vida, acaba de soltar una de mierda que... tela. Y tú... siento que te conozco más que antes. Y estoy pensando que tal vez se lo deba un poco a él.

Miro a Cece y dejo que sus palabras se arremolinen a mi alrededor en patrones desordenados e impredecibles. Luego se asientan en mi cerebro y consigo *saborear* la verdad de la que hablan.

Hace tres semanas era una persona diferente.

No: hace tres semanas era un número infinito de personas diferentes. Me he metido en cien cajitas, he interpretado mil papeles, me he esculpido en un millón de poses, pero ahora, por primera vez desde que tengo memoria, estoy luchando contra eso, y...

¿Qué es lo que quieres tú, Elsie?

Aprieto fuerte la mano de Cece. Luego me levanto, cojo mi abrigo y salgo corriendo por la puerta.

Hay algo nuevo colgando de la puerta del despacho de Jack.

Bajo la placa con su nombre, «Doctor Jonathan Smith-Turner», y la placa con su puesto, «Director del Instituto de Física», alguien ha pegado una copia impresa del artículo de las *Crónicas* que Cece me ha enseñado hoy.

Las dos páginas.

Incluidas las citas.

Una de ellas es un artículo mío.

—¿Doctora Hannaway?

Me giro y veo a Michi, que camina por el pasillo.

—Ay, hola.

—¡Hola! —Esboza una amplia sonrisa—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Oh, estaba... —Señalo la puerta, pero parece que estoy señalando los papeles. Bajo la mano rápidamente—. Estaba buscando a Jack.

—Creo que se ha ido directo a casa después de la reunión del claustro.

Mierda.

No. Nada de *mierda*. Eso es bueno. Puedo ir a su casa. Sé dónde vive. Prácticamente he vivido allí durante un par de fines de semana. Así que perfecto, esto me da más tiempo para pensar en lo que voy a decirle, ya que no tengo ni idea. ¿Por qué estoy aquí siquiera? Me he dejado llevar por la corriente sin más, como un salmón en época de apareamiento.

Le dedico una sonrisa a Michi y salgo corriendo por el pasillo. Creo que me grita que me ha seguido en Twitter, pero no me paro a confirmarlo. En lugar de eso, ensayo mi conversación con Jack. *Hola. Buenas. Buenas tardes, he visto el artículo* me parece un buen comienzo. Pero también podría empezar más suave. *Pasaba por aquí y mi perro se ha escapado. ¿Me ayudas a buscarlo? Es un terranova blanco y negro que siempre va con la lengua colgando, y sí, si tengo que inventarme una mascota imaginaria, ya que estoy elegiré a una mona.*

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que apenas me doy cuenta de que alguien me está llamando. Hace falta un «Doctora Hannaway, ¿es usted?» para reconocer la voz.

Me doy la vuelta.

Es Volkov. Y detrás de él están Ikagawa y Massey. A su lado, Monica, Sader, Andrea y media docena de personas más cuyos nombres no recuerdo. Justo entonces sale de la sala de conferencias una figura cuya espalda es mil veces más ancha que la de cualquiera de los presentes y cuya cabeza queda varios centímetros por encima de las demás.

Jack. Por supuesto.

Michi se ha confundido. La reunión del claustro acaba de terminar.

—Doctora Hannaway —dice Volkov con cariño, como si fuera una sobrina que debería venir a visitarlo más a menudo.

Hay veinte personas mirándome fijamente y me gustaría desintegrarme en el aire, pero, en vez de eso, levanto la mano con timidez y saludo:

—Hola.

—Vaya, una lástima no haberme traído el bañador, con lo que me gusta a mí surfearlas.

La madre que me parió. ¿Cómo he llegado a este punto?

—¿Elsie? —interviene Monica con recelo—. ¿Va todo bien?

Me muero de vergüenza. Apuesto a que tiene miedo de que monte una escena.

—Em... —*Me he perdido. Me dejé unos enemas olvidados en el baño hace unas semanas. ¿Por casualidad no habréis visto un terranova?*

No. No. *Venga, Elsie. Sinceridad.*

—Querría hablar con Jack —digo con una firmeza que no sé ni de dónde sale.

Jack.

Que, a estas alturas, ya me ha visto.

Y viene hacia mí.

Y se queda plantado frente a mí.

Se eleva, imponente, con el ceño fruncido y expresión perpleja.

Respira hondo. No pasa nada. No pasa nada.

—No sabía que vosotros dos hablabais —dice Monica mientras nos lanza una mirada llena de escepticismo.

—Pues sí, Monica, aprendí hará unos años —contesta Jack con calma y la vista fija en mí. Ella no es más que una mosca zumbando a nuestro lado—. Y Elsie está en proceso de dominar el arte de hablar por sí misma.

Lo fulmino con la mirada. Sus labios se curvan.

—Elsie, ¿Jonathan te ha estado importunando? Porque...

—No. En absoluto. Sí que... —Me pongo roja—. Sí que *hablamos*.

Sus ojos se abren con sorpresa y luego se entrecierran con sospecha.

—¿Esas *charlas* que tenéis han tenido algo que ver con el artículo que ha escrito Jonathan? —pregunta. No sé muy bien a quién.

Jack sigue mirándome y se queda callado unos segundos. Después dice:

—Hace tiempo que debería haber escrito ese artículo.

—Desde luego que sí —contesta Monica después de resoplar—. Aun así, esto resulta... muy poco ortodoxo.

—Tampoco nos pasemos —replica él mientras se encoge de hombros—. Solo lo justo y necesario.

Se pone rígida.

—Jonathan...

—¿Monica? —Volkov la llama desde atrás—. ¿Nos ayudas con el acta de la reunión?

Se va después de dedicarle una mirada asesina a Jack y, de repente, soy muy *muy* consciente de que venir aquí puede que no haya sido una buena idea. Por varias razones.

—Lo siento —me disculpo.

Ladea la cabeza.

—¿Por qué?

—No sé. Es que... —Hago un gesto con la mano para señalar a nuestro alrededor, luego miro para ver lo que mi mano ha abarcado y... gran error.

Hay gente por el pasillo. No creo que puedan oírnos, pero mirar nos están mirando, eso sí, y no querría...

Espera.

No. No me importa la gente y lo que piensen.

—Pensaba que estarías en tu despacho.

—Nop. Pero podemos ir, si quieres. Aunque si entramos juntos en mi despacho...

Asiento. Vale, me importa *un poco* lo que piense la gente. Lo justo. Puede que no quiera que me imaginen a cuatro sobre el escritorio de Jack. Puede que todavía esté confundida. Lo pensaré más tarde.

—¿Elsie?

—¿Sí?

Se está riendo de mí. Y lo odio. Y me encanta.

—¿Qué haces aquí?

—Quería... —Me aclaro la garganta—. Sé que tuvimos una discusión *muy* fea. Y que no he respondido a tus llamadas, porque estaba *muy* enfadada. Y sé que debiste pensar que ahí se acababa todo y que nunca nos volveríamos a ver, pero...

—No he pensado eso en ningún momento.

Oh.

—Ah, ¿no?

—Te estaba dando el espacio que me pediste. —Parece estar pasárselo bien—. Y tenía algo pendiente por hacer.

—Ya. El artículo. Sé que lo has escrito porque ya tocaba y no por mí, pero...

—Ambas cosas.

—... igualmente te quería... ¿Qué has dicho?

—Que ya tocaba y que lo he hecho por ti.

Tengo la boca seca.

—Por mí.

Asiente, y la diversión se transforma en algo más serio.

—Tenías razón en lo que me dijiste. Era lo correcto. Pero también...

Elsie, hay muy pocas cosas que no haría por ti.

Mis mejillas están ardiendo y congeladas a la vez.

—Tengo que... Jack. Necesito explicarte algo. He...

Mi móvil elige el peor momento posible para vibrar. Miro la pantalla: *Mamá*, rechazo la llamada e inmediatamente vuelvo a mirar a Jack.

—Lo siento, es que... Sinceridad. Vamos a hacer esto con *sinceridad*. —
Inhalo—. He venido porque tengo varias cosas que decirte.

Sus labios se curvan.

—Adelante, por favor.

—Bien. Vale. En ese caso... debo empezar por decir que me parece fatal que no te haya gustado *Crepúsculo*. Eso invalida todas tus demás opiniones, sobre todo en cuanto a películas se refiere, pero también en otros ámbitos.

El móvil vuelve a vibrar. Lo ignoro.

—Vaya.

—Luego, tienes que comprar cortinas, porque en tu apartamento hay *demasiada* luz. Y tu sándwich de queso a la plancha está bueno, pero estaría mejor si le añadieras alioli.

—Claro.

—Y...

El iPod vibra otra vez, y... *hostia puta*.

—Mamá —contesto—. Ahora no, por favor.

—Elsie. Por fin. Tus hermanos no paran de darme quebraderos de cabeza y tú sin dar señales de vida. Necesito que...

—¡Que *ahora* no! —repito impaciente—. Estoy haciendo algo importante. Lucas y Lance son adultos, si quieren arruinarse la vida, allá ellos. Me da igual, igual que me da igual lo que la tía Minnie ponga en Facebook. Por favor, deja de llamarme para cualquier cosa relacionada con estos dos temas. —Cuelgo.

Jack me mira con expresión pétrea e impenetrable.

—Perdón.

—Tranquila, me ha parecido...

Cierro los ojos con fuerza.

—¿Propio de una desquiciada?

—Iba a decir sexy. Elsie, mírame. —Su tono es autoritario, pero de una manera que no me cuesta permitir—. ¿Por qué has venido?

—Porque...

Cierro los ojos un momento. Respiro profundamente un millón de veces.

—Porque he aceptado la oferta de George. Y voy a trabajar aquí el año que viene. —Su sonrisa de felicidad se ensancha, pero desaparece de golpe cuando añado—: Y porque te odio, Jack. —Noto algo cálido en los labios. También salado—. Te odio, y es bastante molesto, dado que creo que también te... —Sacudo la cabeza—. Y tienes razón. Estoy *aterrorizada*, me muero de miedo cada vez que pienso en la posibilidad de que, cuanto más me conozcas, menos te guste. Se me hace verdaderamente *insoportable*.

Me lanza una mirada confusa y curiosa. Como si supiera que soy una persona complicada, pero no le importara. Como si prefiriera pasarse el resto de su vida estudiando un solo centímetro de mí que descubriendo los misterios del universo.

—¿Qué se te hace insoportable?

—La forma en que eres capaz de adentrarte en mi cabeza.

—Elsie. —Sus ojos se cierran durante un breve instante. Cuando los abre, el mundo se para—. ¿Es que crees que a mí no me pasa lo mismo contigo?

—No... no lo sé, la verdad. No te entiendo. No me contaste lo de Laurendeau y... tú lo sabes *todo* sobre mí, pero yo no sé casi nada sobre ti. Me abro constantemente, pero tú raramente me correspondes. A veces sí, claro, pero una gran parte permanece oculta, y no estoy segura de qué se esconde ahí...

Se acerca más. Me coge la cara. Hay gente a nuestro alrededor: Monica, Volkov, Andrea, los actuales compañeros de Jack (que serán mis futuros compañeros también). Todos están presenciando el espectáculo, pero él se agacha igualmente, como si mi espacio fuera suyo.

—Está bien, entonces. Sinceridad. —Inclina mi cabeza hacia atrás y acerca los labios a mis oídos—. Te deseo, Elsie. Todo el tiempo. Pienso en ti. Todo. El. Puto. Tiempo. No puedo ni concentrarme. Estoy rindiendo fatal en el trabajo. Y mi primer impulso, la primera vez que te vi, fue salir corriendo. Porque sabía que, si empezábamos a hacer esto, ya no podríamos parar. Y eso es exactamente lo que está pasando. Te quiero conmigo en todos los universos posibles. Quiero estar contigo, y *dentro* de ti, cada segundo de cada día. Tengo unos pensamientos, unos *sueños*, que rozan la locura. Quiero que te cases conmigo mañana mismo para que te cubra mi seguro de salud. Quiero encerrarme contigo en mi habitación durante dos semanas enteras. Quiero ir a hacer la compra al súper y coger las cosas que a ti te gustan. Quiero hacerme el guay, aparentar que me atraes y ya, pero me es imposible ocultar que estoy obsesionado contigo. *Muy* obsesionado. Y necesito que seas tú quien nos mantenga a raya. Necesito que seas tú quien marque el ritmo, porque sea cual sea el sitio al que vamos... Yo ya he llegado. Ya hace tiempo que estoy ahí.

Se endereza. Da un paso atrás, con una mirada intensa y tranquila. Como si acabara de sacar todo lo que quería decir y no se arrepintiera lo más mínimo.

—Cuánta... —Carraspeo—. Cuánta sinceridad.

Se queda callado un momento y luego asiente.

—Así quiero que sea. Contigo. Y siento haberte mentido.

—Está... Está bien. Por esta vez te perdono. —Vuelvo a carraspear—. Lo que tú... Las cosas que... El hecho de que... —Respiro hondo, decidida, y despejo la mente. Por fin, digo—: Yo también.

Ladea la cabeza.

—¿Tú también qué?

—Que casi he llegado. Al sitio a donde vamos... Estoy prácticamente ahí. Me queda como... un centímetro. Solo necesito... —Respiro hondo de nuevo, y esta vez también siento que me estremezco—. Solo necesito comprobar si puedo mantener el equilibrio. Ver si me siento segura.

Sonríe, y mi corazón se encoje. En algún lugar de la Galaxia Renacuajo están naciendo cometas y brotando estrellas, los cristales líquidos se retuercen, se alinean, y forman filas ordenadas.

—Yo ya he llegado —dice Jack. Estamos solos en este pasillo, él y yo. Solo nosotros dos, a pesar de la gente—. Pero tómate tu tiempo, Elsie. Esperaré tanto como sea necesario.

OceanofPDF.com



EPÍLOGO

Ocho meses después

Lo planeo todo un domingo por la mañana.

El sol brilla, las cortinas siguen sin estar y los párpados de Jack deben de estar más cerrados que nunca, porque consigo pasar al menos veinte minutos maquinando antes de que se despierte y tire de mí para acercarme a él. Después, su barba de tres días me roza el vientre y yo aparco todos los planes, los guardo cuidadosamente en un rincón despejado de mi cerebro, y me dejo llevar en sus brazos.

—Te noto pensativa —me dice más tarde, en la cocina, pero lo distraigo con un beso.

Su boca es dulce como el almíbar y el olor a gofres espesa el aire otoñal de primera hora de la mañana.

La distracción funciona.

Es un plan que requerirá práctica y organización, además de un toque de ingenio para solventar los problemas logísticos que puedan surgir. La mejor opción sería contratar a otra persona para que me ayude, pero no sé. Prefiero hacerlo sola. Lo que pasa es que Jack y yo pasamos la noche del domingo igual que todos los domingos: quedándonos dormidos en el sofá mientras nos ponemos al día leyendo artículos. El lunes lo pasamos en casa

de Millicent con el resto de la familia, lo que implica la rutina habitual: Greg y yo charlamos sobre libros juveniles que hemos estado leyendo a la par, Jack juega con su abuela al Go, y el resto de la familia, Caroline incluida, evita, con respeto, mencionar que he pasado de salir con un hermano a salir con el otro. No estoy segura de qué ha pasado ahí, o qué ha sido lo que ha provocado que el Universo Cinematográfico Smith de repente haya ampliado sus límites. Sospecho que se han debido de mantener conversaciones serias, se ha tenido que proferir alguna que otra amenaza y se ha avisado a la gente de que tienen dos opciones: callarse la boca o no volver a pisar la casa de Millicent.

Ha funcionado.

El martes por la noche tampoco puedo porque tengo terapia, cosa que ahora, por suerte, me puedo permitir. Nunca he tenido tan buena salud como ahora, tanto mental como físicamente. Las maravillas de tener seguro médico.

—... y la mayor parte del tiempo creo que de verdad me ve tal y como soy, pero a veces siento un miedo atroz —le explico a Jada— cuando pienso que quizá no sea así. Que quizá esté cometiendo un error. Que quizá cambie de opinión. Que quizá haya algo que rompa el acuerdo, y que ese algo esté a días o *segundos* de descubrirse.

—¿Y qué hacemos cuando nos sentimos así?

—¿Vamos al súper y compramos dos kilos de pecorino?

Jada parpadea mientras me mira, sin ningún indicio de que le haya hecho gracia.

Suspiro.

—Exponemos nuestras inseguridades a nuestra pareja y escuchamos su respuesta.

Pero no es fácil eso de exponer. Cada vez más, sí, pero unas horas después, cuando estoy tumbada en el sofá encima de Jack, lo único que me sale es:

—No vas a levantarte un día y a darte cuenta de repente de que en realidad no te gusto, ¿verdad?

Inclina la barbilla para mirarme.

—Si mis sentimientos por ti no han cambiado después de leer ese fanfic sobre el alfaverso de Bella y Alice, estoy bastante seguro de que lo nuestro es de por vida.

—Se dice *omegaverso*, ¡y dijiste que te había gustado!

—Dije que la trama me había parecido muy *sexy* —me corrige. El fragmento azul se oscurece—. En realidad, creo que deberías leérmelo otra vez. Ahora mismo.

Pongo los ojos en blanco.

—No, es que... Te prometo que no suelo... Pero a veces siento que... No estoy segura de que... —Me callo. No encuentro las palabras adecuadas.

—¿Una sesión dura con Jada? —pregunta. Y yo asiento hasta que me abraza más fuerte.

Vemos una de sus películas de hombre blanco rabioso en silencio, y entre una persecución de coches, un extraño monstruo generado por ordenador y sus manos anclándome a él, pienso que quizá no exista nada ni nadie que pueda romper este trato, que no tengo que esperar a que pase lo inevitable, porque lo inevitable no va a pasar.

Nosotros somos nosotros.

Así que, llega el miércoles. Se supone que el miércoles es el día en que ejecuto mi plan, pero al despertar veo que me ha llegado el mejor correo electrónico que he recibido nunca.

De: editor@naturephysics.com

Asunto: ID del artículo: 89274692

Estimadas Dras. Hannaway y Sepúlveda:

Enhorabuena. Me complace informarles de que, tras tomar en consideración las revisiones, su artículo titulado «Organización supermolecular en los cristales líquidos liotrópicos: un nuevo marco teórico» ha sido aceptado para su publicación en Nature Physics. A continuación encontrará información adicional...

Esa noche, la mujer de George prepara *souvlaki* para celebrarlo. Está delicioso, pero George y yo estamos demasiado ocupadas leyendo y releendo el correo electrónico y soltando chillidos para poder saborearlo de verdad. Somos odiosas, pero no podemos evitarlo.

—¿Deberíamos romper con ellas? —Oigo que pregunta Dora.

—Sin duda nos merecemos algo mejor —responde Jack.

Pero esa noche, mientras me cepillo los dientes, me abraza por detrás y me susurra:

—Eres lo más impresionante que me ha pasado nunca.

Y sé que lo dice de verdad.

Estoy fatal. Soy una obra en construcción. Avanzo dos pasos y retrocedo uno. Me como todo el queso y no sé cargar el lavavajillas como es debido, y voy a pelearme con la verdad hasta el día en que estire la pata.

Todo esto Jack lo sabe, y me quiere. No *a pesar de*, sino *porque*.

Así que, al día siguiente, ya toca. Es jueves. Algo apurado, pero me vale.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta mi madre por teléfono mientras voy de camino a casa.

—Bien. Genial, en realidad.

—¿Y ese novio que tienes? —Parece un poco mecánico, como si estuviera leyendo la lista de preguntas que ha escrito en las notas de su móvil. Pero lo está intentando. Y hace tiempo que no me exige que cuide de Lance y Lucas—. ¿Ya te ha propuesto matrimonio?

Me río.

—Mamá, no llevamos ni un año.

—¡Es tiempo de sobra!

—No necesito que me pida que me case con él —digo distraída, rebuscando en el bolso para ver si encuentro las llaves que ya casi nunca uso. Espero no habérmelas dejado en casa de Jack.

—¿Por qué no?

—Porque... —¡Ja! Aquí están—. Porque ya sé que quiere.

Cece llega un par de minutos después de que colguemos.

—¿Sabe Jack *por qué* estás aquí? —pregunta, con las mejillas relucientes por el frío que hace fuera.

—No. Le he dicho que solo íbamos a pasar un rato juntas. Para aprovechar el poco tiempo que nos queda antes de mudarnos del todo el mes que viene.

—Buena idea. —Me mira mientras mezclo el polvo con el agua—. Quizá debería haber traído a Eri, ¿no? Para hacer noche de chicas al completo. Bueno, a Kirk también le va a gustar pasar un rato con ella a solas.

No, qué va. Le tiene tanto miedo como yo. Por fin me siento comprendida.

—Tengo sentimientos encontrados con eso de que no vayamos a renovar el contrato —digo.

—No te preocupes. —Sonríe—. He apuntado la contraseña de HBO de la señora Tuttle.

Me río y niego con la cabeza.

—Es el fin de una era.

—No, porque nuestros nuevos pisos están a cinco minutos.

—Igualmente. —Miro a mi alrededor—. Quizá hasta eche de menos los cables expuestos y los cangrejos de los cocoteros.

Sigo removiendo el líquido y nos quedamos calladas un rato. Entonces su hombro choca contra el mío.

—¿Elsie?

—¿Sí?

—Para que lo sepas, siempre serás mi persona preferida.

—Tú también para mí, Cece. —El rojo de la olla se vuelve un poco borroso por un segundo—. Tú también.

A la mañana siguiente, cuando Jack entra en su despacho, yo ya estoy allí, esperando en la silla de su escritorio.

—Bueno, bueno, bueno —dice sorprendido, encantado—. Mira quién ha...

Sus ojos se posan en los frutos de mi trabajo: su pequeña maqueta del Colisionador de Hadrones está... bueno, donde siempre. Lo único que cambia es que hoy está cubierta de gelatina de cereza.

—Feliz cumpleaños —le digo.

Estoy un poco falta de aire. Sigo quedándome boquiabierta cuando lo veo después de un tiempo. Me pregunto si alguna vez me dejará de pasar. Me pregunto si todos estos sentimientos bonitos y trascendentales que me despierta llegarán a asentarse alguna vez hasta convertirse en algo ordinario. No consigo imaginármelo.

—¿La gelatina es mi regalo de cumpleaños? —pregunta, como si estuviera encantado de que lo fuera.

—No. —Señalo la tarjeta de al lado—. El regalo es esto.

Su hoyuelo hace que me dé un vuelco el corazón.

—¿Es otra tarjeta regalo de alguna tienda de accesorios del hogar? ¿Para que compre más cortinas?

Me río y me vuelvo a sentar en su silla. Es cierto que los profesores titulares tienen mejor mobiliario que los postdoctorales. Le escucho abrir el sobre y dejo que mis ojos se pierdan en las ventanas, en los árboles que están a punto de ponerse rojos y amarillos, en los estudiantes que siguen con sus vidas, en el cielo azul. Entonces cierro los ojos e imagino la cara de Jack mientras lee mis palabras.

Querido Jack:

Sé que he tardado, pero quería que supieras algo: ya he llegado. Estoy aquí, contigo.

OceanofPDF.com



NOTA DE LA AUTORA

La teoría del amor es, con diferencia, el libro más «académico» que he escrito. Llevaba tiempo queriendo contar una historia de amor con el trasfondo de la política académica, y aquí me he metido de lleno en ese jardín. ¿Puede que me haya pasado? ¡Pido perdón! Pero, como de costumbre, muchos elementos se han inspirado en mi propia experiencia de haber navegado por las cloacas del mundo académico.

En este contexto, las entrevistas de trabajo pueden ser tan largas, agotadoras y machacadoras como las percibe Elsie. Las disputas entre disciplinas son igual de desagradables. El poder de los mentores sobre sus alumnos, igual de absoluto. La adjuntificación de la enseñanza superior, que priva a los docentes de estabilidad laboral y financiera, igual de aterradora. El artículo falso que escribió Jack está inspirado en un hecho real: el escándalo Sokal tuvo lugar en 1996, cuando un profesor de Física de la Universidad de Nueva York escribió y envió un artículo que «no tenía sentido» a *Social Text*, una importante revista académica de estudios culturales. Su intención era denunciar la dejadez editorial y la falta de rigor intelectual. El artículo fue aceptado, y las controversias, las implicaciones y los conflictos académicos que surgieron ya forman parte de la historia (y están documentados en una entrada de Wikipedia, por si te apetece sacar las palomitas).

En cualquier caso, espero que te haya gustado este libro. Y si te estás preguntando por qué alguien querría tener una carrera laboral en el mundo académico después de esto... bueno, hay muchos académicos por ahí que adoran su trabajo y que, sin embargo, ¡se preguntan lo mismo!

OceanofPDF.com



AGRADECIMIENTOS

¿Escribir es difícil o simplemente se me da mal a mí? En este trabajo, les hablaré de...

Para ser sincera, todo esto de publicar libros no me está resultando nada fácil, y sigo dependiendo de varios trillones de personas para que me ayuden a darle forma a mis obras. *La teoría del amor* ha sido, al mismo tiempo, un libro que tenía muchas ganas de escribir y un libro que me ha costado mucho escribir (¡a ver cómo se coge eso!). Le debo mucho a mi editora, Sarah Blumenstock (gracias por permitirme mantener ese salto en aquel capítulo; por cierto, todavía estoy enfadada porque no me dijiste nada sobre el recuadro ese), y a mi agente, Thao Le (¡gracias por ser la única que se ríe de mis chistes!), que me apoyan constantemente en todos mis empeños por ser escritora y son la razón por la que me lo paso tan bien escribiendo. Me siento realmente honrada de poder trabajar tan de cerca con dos personas que me caen tan bien. También quiero transmitirle todo mi agradecimiento a Liz Sellers por su valiosa aportación. A mis queridas Jen, Lucy, Margaret y Kelly, que tuvieron que tragarse versiones mediocres de este manuscrito: esto es lo que os pasa por ser amigas mías, de nada (lo siento mucho, os quiero).

Gracias a mis lectores beta (anónimos) por la labor tan difícil e importante que llevan a cabo. Además, tengo la increíble suerte de contar con las mejores artistas (Lilith, que siempre crea las portadas de mis sueños,

y Rita Frangie y Vikki Chu), editoras de producción (Lindsey Tulloch) y correctoras (Janice Lee) para mis libros. Y, por supuesto, al mejor equipo de marketing y publicidad. A Bridget O'Toole, Him-Salina I, Kristin Cipolla y Tara O'Connor: hola. Perdón por ir demasiado a mi bola a veces, y perdón por llorar tanto durante las reuniones por Zoom. Quiero decirles que aprecio de corazón que estéis aquí y todo lo que hacéis por mí. Es posible que no os merezca, pero por favor no me dejéis. También mando unos agradecimientos especiales a mi abueditora, Cindy, y a mi abupublicista, Erin.

También quiero dar las gracias a todos los editores extranjeros que han adquirido y publicado mis libros en otros países. Es un tremendo honor que *La hipótesis del amor* haya llegado a tantas lectoras, ¡y os lo debo todo a vosotros! En particular, todo mi cariño a mi equipo de Sextante/Arqueiro (y a Frini y Nana) por acogerme en Brasil y brindarme la experiencia de mi vida, y a mi equipo de Aufbau (especialmente a Stefanie y Sara) por llevarme a tantas cafeterías de gatos y hoteles Motel Ones durante mi inolvidable visita a Alemania.

Cuando la gente me pide consejos para escribir, lo que siempre digo es que lo más importante es tener una buena red de apoyo, y la mía es fantástica. Le debo mucho a mis gremlins, a las demás autoras que han publicado bajo el sello Berkley y a todos los amigos que me han apoyado tanto en los dos últimos años. En particular, gracias a Lo, Christina, Adriana y Elena por su constante amistad, asesoramiento y orientación. (Y venga, vale, gracias también a mi marido por hacer cenas tan ricas).

Por último, pero no por ello menos importante: toda mi gratitud a cualquiera que haya leído algo de lo que he escrito, sea lo que sea. El tiempo es un recurso finito y valioso, y constantemente me embarga la emoción de pensar que la gente decide gastarlo en mis palabras. Así que gracias, gracias, gracias.

Título original: *Love Theoretically*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Edición en formato digital: 2023

© Ali Hazelwood, 2023

© de la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2023

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-71-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

OceanofPDF.com

Contenido

Prólogo

Ondas y partículas

Fisión nuclear

Reacción en cadena

Entropía

Constante gravitatoria

Ánodo y cátodo

Resistencia eléctrica

Fricción

Tiempo de fuga

Inercia

Fuerza centrípeta

Colisión (inelástica)

Aniquilación

Centro de gravedad

Transferencia de calor

Fuerzas fundamentales

Desplazamiento

Fluctuación

Impedancia

Cuerpos en caída libre

Movimiento armónico complejo

Masa crítica

Punto de congelación

Electromagnetismo

Ductilidad

Cristales líquidos

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

OceanofPDF.com